

SUDAMÉRICA

Por el conde Charles d'URSEL

París, 1879

SUMARIO

CAPÍTULO PRIMERO

Llegada a Río de Janeiro.- La ciudad y los suburbios.- Presentación al emperador y la emperatriz.- Petrópolis y la selva virgen.

CAPÍTULO II

Viaje en la provincia de San Pablo.- Las serpientes.- Los hormigueros.- *Fazenda de Sete Quedas*.- El café.- Tentativas de colonización.

CAPÍTULO III

Procesión del Corpus Christi.- Las *irmandades* y la francmasonería.- Monumentos públicos de Río.- Recuerdos de la fundación de la capital.- La vida « fluminense ».

CAPÍTULO IV

La minas de oro de *Morro Velho*.

CAPÍTULO V

La *fazenda* imperial de Santa Cruz.- La esclavitud y los esclavos en Brasil.-

CAPÍTULO VI

La fiebre amarilla.- Las *fazendas* : el *fazendero* nuevo estilo y el *fazendero* viejo estilo.- El algodón y la *cipo-seda*.- Un insecto que se vuelve planta.- Recuerdos de caza.

CAPÍTULO VII

Montevideo.- La ciudad y sus alrededores.- Una revolución.- Corridas de toros.- Buenos Aires ; el banco provincial.- La guerra contra Paraguay.

CAPÍTULO VIII

El *mate*.- *Estancia de La Virgen* ; crianza de corderos ; la esquila.- *Arroyo Malo* los trabajos en una estancia de crianza bovina.- Invasión de langostas.

CAPÍTULO IX

Los caballos.- El *gaucho*.- El ganado vacuno.- Los *saladeros*.- El final de una revolución.

CAPÍTULO X

Visita a la colonia belga de *Itajahy*.- Viaje del emperador a *Campos*.- La caña de azúcar y la industria azucarera.- Bautismo del príncipe de *Grão Para*.

CAPÍTULO XI

El Estrecho de Magallanes y el *Sandy Point*.- La isla de Róbinson Crusoe.- Valparaíso ; Santiago.- Terremotos.- Resultados económicos de la Exposición de 1875.- Política interior.

CAPÍTULO XII

Una visita por las *haciendas* del Sur.- La *Zamacueca*.- El cultivo del trigo.- El ex rey de la Araucanía.- *Copiapó* : la sequía ; el *cerro encantado*.- Riquezas mineras.- *Iquique* y *Arica* : el incendio y el terremoto.

CAPÍTULO XIII

Desembarco en trapecio.- Arequipa.- En tren por la Cordillera de Los Andes.- Navegación en el lago Titicaca.- La Paz.- Entrada triunfal del presidente de Bolivia.

CAPÍTULO XIV

Viaje a las *Yungas*: el *Illimani*; las *Angosturas* ; la *coca* ; costumbres y paisajes.- La quinina.- Cómo funciona en Bolivia el sistema republicano-democrático-representativo.- Recuerdos del presidente Melgarejo.- Los indios oprimidos.- Ruinas de Tiahuanaco.- Regreso a la costa a través de la Cordillera.- Tacna.

CAPÍTULO XV

Lima, la ciudad y sus monumentos.- Las limeñas.- Santa Rosa y la Perrichole.- Las *huacas*.- Los chinos.- Peleas de gallos y lidias de toros.- Política interior.

CAPÍTULO XVI

Chorrillos.- El ferrocarril de La Oroya.- La agricultura, el salitre, el guano.- Sistemas económicos y financieros de la república del Perú.

CAPÍTULO XVII

Salida de Lima.- Guayaquil ; el presidente Veintemilla.- Recuerdos de García Moreno.- Travesía del Istmo de Panamá.- Caracas.- La Martinica.- El regreso.

SUDAMÉRICA

VIAJES Y ESTADÍAS EN BRASIL, EN LA PLATA, EN CHILE,
EN BOLIVIA Y EN EL PERÚ

Por el conde Charles d'Ursel
Secretario de Legación

Obra enriquecida con un mapa y grabados

Segunda edición

Paris
E. Plon y Cia. Impresores-Editores
1879

Traducción del francés por Hernán MINDER PINO
Lieja, septiembre-diciembre 2005

SUDAMÉRICA

CAPÍTULO PRIMERO

Llegada a Río de Janeiro. La ciudad y los suburbios.- Presentación al emperador y la emperatriz.- Petrópolis y la selva virgen.

Río de Janeiro, 15 de diciembre de 1873.

En veintitrés días de travesía en el *Léopold II*, terminamos por pasar, casi sin transición, de las brumas del Escalda a la luz brillante de los trópicos ; una escala de doce horas frente a Lisboa, donde tuvimos que soportar la cuarentena, fue lo único que distrajo la apacible uniformidad de nuestra vida a bordo.

El 8 de diciembre, cuando el hombre de guardia « gritaba » medianoche, entrábamos en la rada de Río de Janeiro. Al penetrar en la bahía se siente una singular impresión de invernadero caliente : el aire es tibio, fragante, recargado de vapores, y esta suave temperatura contrasta profundamente con la brisa del mar, cuya frescura acababa de desaparecer.

Habida cuenta de la hora avanzada, no pudimos desembarcar. Aquella noche me quedé largo tiempo mirando, en la semi oscuridad, el paisaje que se dibujaba vagamente frente a mis ojos ; relámpagos de calor iluminaban el cielo de manera entrecortada, haciendo sobresalir en el horizonte las altas siluetas de las montañas, mientras que tanto a la derecha como a la izquierda, las numerosas luces de Río y de Niteroy se reflejaban en el agua con mil centelleos.

Todo lo cual era lo desconocido, lo nuevo que se presentaba a mi imaginación bajo el aspecto caprichoso de ideas imperfectas salidas de descripciones diversas. Tenía prisa por verlo, y sin embargo lamentaba dejar este navío que me parecía ser una parcela del país, ya tan lejano.

Al día siguiente, a primera hora, luego de haber echado con admiración un vistazo a esta bahía inmensa rodeada de montañas de contornos extraños, con crestas quebradas, cubiertas de una brillante vegetación, descendí en lancha hasta el puerto.

Calles estrechas, casas sin estilo, bonitos jardines, gran animación, un gentío ruidoso, ocupado, de todos colores ; soldados negros incómodos en sus uniformes, mujeres negras de una estatura de seis pies ; cantidad de paraguas que hacían oficio de quitasoles ; éso es lo que un rápido recorrido en tranvía me permite apenas de entrever al dirigirme hacia el *Hotel dos Estrangeiros*.

El calor. Se me dijo que es abrumador, todo el mundo se queja y se abanica ; pero esperaba una cosa muy diferente, lo confieso. Según parece gozo de un privilegio común a los que acaban de desembarcar : los tejidos de la piel, acostumbrados todavía al frío, son menos sensibles a los efectos de esta temperatura elevada, pero ya veremos lo que es bueno, porque esta feliz circunstancia desgraciadamente dejará de hacer efecto dentro de poco.

Sin embargo, tenía prisa por conocer la ciudad cuyo aspecto, para mí tan nuevo, me atraía. El centro de la animación es la *rúa Ouvidor*, calle de las tiendas elegantes, lugar donde se divulgan las noticias, objeto de paseo, pretexto para callejear. Es tan estrecha que los letreros, instalados perpendicularmente a las fachadas, se entrecruzan por encima de las cabezas formando un verdadero tejido.

¿Qué decir de esta población de todos los colores, que varían del café con leche al negro imprenta, que circula y se empuja en las calles y las avenidas ? ¿Será por casualidad que los hijos de Cam tendrían el defecto de no poder pensar sino que en voz alta ?... El hecho es que muchos de ellos se entregan, caminando, a largos monólogos, que interrumpen para saludarse ruidosamente cuando se encuentran. Ahí viene uno vestido como hombre civilizado : cubierto con un sombrero gris, muy tieso dentro de su cuello falso ; se contonea con el aspecto a la vez importante y bonachón que caracteriza a su raza. Al lado de él pasa cantando su hermano y congénere, el mozo de cuerda, en cabeza, llevando detrás de las orejas, entre sus cabellos crespos, cigarrillos fumados hasta la mitad, fósforos y mondadientes. Vestido con algunos jirones de tela gruesa, deja al desnudo brazos y piernas que, por la fuerza del color, recuerdan el bronce.

Más allá una vieja horrible, con la cabellera infestada de parásitos, con labios de un grosor desmesurado, fuma filosóficamente la pipa y mira desdeñosamente pasar una negrita ufana , de punta en blanco, que ha puesto una flor escarlata en sus cabellos lanudos en los que pudo ¡oh prodigio ! hacer una raya...Va vestida con una blusa deslumbrante en raso verde, con una falda de muselina blanca, paseándose con la apostura de la persona acostumbrada a hacer conquistas...

Pero la palma en el género se la llevan las negras de *Minas*. Sin considerar sus caras, son mujeres magníficas ; diría con gusto que son cariátides, a tal punto su aspecto es majestuoso, a tal extremo sus formas son colosales. Casi todas son vendedoras de frutas y verduras ; vigilan sus escaparates en cuclillas en el vano de la puerta, o bien en la Plaza del Mercado. Llevan la cabeza rapada, pero un inmenso turbante esconde este detalle hasta que una violenta comezón obliga a estas damas a descubrirse para expulsar el impertinente. Frente al extranjero deslumbrado muestran todas las seducciones de una piel de ébano ; el cuello y los brazos van adornados con corales que se destacan singularmente sobre la tez oscura ; y cuando marchan, llevando sobre la cabeza un bulto, echan sobre sus hombros desnudos un chal tan elegantemente drapeado que se creería ver pasar estatuas antiguas.

De repente escucho detrás mío un gran alboroto, gritos y cantos acompasados ; nos apartamos para dejar paso a cinco o seis negros que transportan, al son de una cantilena africana, pesados fardos que sus hombros robustos soportan con facilidad. A cada instante, para evitar de ser atropellados, hay que apearse contra los muros y esperar que pase un tilburi con la capota levantada cuyo conductor, sin cuidarse del peatón, dirige la marcha rápida sobre un adoquinado duro y desigual.

Cuenta la historia que en Rusia, en los tiempos de la gran Catalina, todo hombre que quisiera ser bien visto, debía llevar, incluso durante los grandes fríos, ropa de nanquín, como para asegurar que la temperatura era de las más templadas. Es sin duda por un sentimiento de vanidad patriótica del mismo tipo que en Río se acostumbra vestirse de la manera menos confortable : al exterior se lleva sombrero de copa alta y los trajes negros son casi de rigor. Pero al interior de su casa se compensa esta moda tiránica y una vez de regreso se viste rápidamente ropa blanca y se calzan pantuflas.

En general, las mujeres salen poco, pero están lejos de ignorar lo que pasa en la ciudad. En cuanto ha disminuído un poco el calor del día, se ve abrirse sucesivamente las ventanas, levantarse las persianas, mientras que una cabeza curiosa se pone a observar hasta que el día se termina.

Por lo demás el espectáculo de la calle en ese momento no carece de variedad, particularmente en las arterias principales ; es la hora de una gran circulación y la fisonomía de Río se vuelve entonces verdaderamente característica por la cantidad de tranvías que circulan por todos lados llevando hacia los suburbios una parte importante de los habitantes. Bajo tal clima es un verdadero alivio el de ser así transportado cómoda y rápidamente. La igualdad más democrática existe en medio de los bancos de madera de estos vehículos, donde la elegante *baronessa* se codea sin reservas con el último de los esclavos. Este tipo de locomoción, establecido solamente hace pocos años, permitió a todas las personas que tenían una pequeña fortuna de ir a vivir en los suburbios, que están ubicados a varios kilómetros del centro de la ciudad.

Hoy, el comercio y los negocios están agrupados en la ciudad propiamente dicha ; los suburbios son un refugio donde, caída la tarde, se olvida en elegantes quintas, detrás de las palmeras, la algarabía de las calles llenas de gente y la afiebrada agitación de la Bolsa.

Sin embargo, no todos gozan del fresco de la tarde, puesto que a pesar de la temperatura de 35° y 40° centígrados, mucha gente se atreve a enfrentar los teatros, entre los cuales hay algunos que se llenan todos los días. Uno de los más apreciados por la juventud dorada de la ciudad es el *Alcázar* ; es indispensable ir allí para observar en vivo ciertas costumbres brasileñas nacidas del contacto con las grandes manifestaciones de la civilización, tales como *La Grande Duchesse de Gerolstein*^(*) o *La Fille de Madame Angot*^(**)

(*) Ópera bufa en 3 actos y 4 cuadros (1867). Música de Jacques OFFENBACH (1819-1880) Libreto de Henri MEILHAC y Ludovic HALEVY. (NdT)

(**) Ópera cómica en 3 actos (1872). Música de Charles LECOCQ (1832-1918). Libreto de CLAIRVILLE SIRAUDIN y KONING. (NdT)

El otro día asistí a una primera representación de *La Vie Parisienne* ^(*); la multitud era inmensa, pero una ansiedad se leía en más de un rostro. Es que en esta obra hay, en efecto, un brasileño demasiado vistoso cuyo papel podía ofender la susceptibilidad de algunos de sus compatriotas. La administración inquieta había pensado de hacer de él un peruano, pero un diplomático del Perú acababa de ser acreditado en Brasil. Al fin de cuentas, para sortear esta grave dificultad se decidió por un boliviano. La actriz a la moda fue cubierta de flores, de ramilletes y, según una costumbre local, sus admiradores hicieron llover sobre ella, varias veces, canastos llenos de pétalos de rosas... Es verdad que la oposición hizo llegar a sus pies algunos huevos frescos, a la manera de nuestras manzanas cocidas; pero la policía se encargó de poner orden y al fin de cuentas *La Vie Parisienne*, interpretada sobre el antiguo suelo de los guaraníes, hará aquí sin duda su centésima representación.

Ése es un ejemplo de nuestros placeres en la noche. Durante el día no me canso de contemplar desde las ventanas de mi hotel, ubicado en *Botafogo*, el magnífico espectáculo de la entrada de la bahía surcada por navíos, grandes o pequeños, que parten o que llegan.

Aún más, la llegada de los paquebotes en procedencia de Europa es un verdadero acontecimiento; cuando echan el ancla, largando el vapor que silba y se arremolina, parecen jadeantes al final de la larga carrera de dos mil leguas. Son nuestro lazo con los ausentes, puesto que nos traen las noticias esperadas y las inesperadas, añejas ya de tres semanas; pero, ¿qué importa?; el correo es siempre deseado con impaciencia... La importancia de tales llegadas va a desaparecer por lo demás muy luego, a causa de la instalación del telégrafo submarino⁽¹⁾.

Del otro lado de la bahía las miradas son atraídas por la punta del monte *Corcovado*, que con su cresta casi vertical domina la ciudad de una altura de dos mil quinientos pies. En la base de esta montaña, cuya hendidura justifica muy bien el nombre de « jorobado », se extienden soberbios macizos de verdura, entre los cuales admiré, más que nada, el Jardín Botánico. Ahí vi una avenida de palmeras de más o menos quinientos metros de largo; sus troncos alineados, derechos, muy elevados, completamente lisos, parecen ser inmensas columnas de granito y su corona de palmas está más cerca de la arquitectura que de la botánica. El resto del jardín me dio la impresión de un inmenso invernadero; me acuerdo de haber cogido ahí y comido un excelente fruto llamado *maracuja*^(**), que es el producto de una planta bien conocida en Europa, donde sólo al precio de grandes cuidados se consigue la flor, llamada flor de la Pasión.

En torno de los estanques se despliegan gigantescos nenúfares; cenadores de bambú con hojas finamente recortadas forman largas y misteriosas arcadas. Por todos lados sólo veo especies que me son desconocidas, plantas carnosas, orquídeas, hierbas de una variedad infinita... y como para alegrar este hermoso jardín tropical de tiempo

^(*) Opereta en 4 actos y 5 cuadros. Música de Jacques OFFENBACH. Libreto de Henri MEILHAC y Laurent HALEVY. (NdT)

⁽¹⁾ El cable que une Río de Janeiro a Europa fue inaugurado en julio de 1874. (NdA)

^(**) *Maracuja*: (*Passiflora laurifolia*) o fruto de la pasión, producido por una liana frutal del mismo nombre de América tropical. (NdT)

en tiempo un gracioso colibrí, con plumaje de rubí y de esmeralda, aparece de súbito revoloteando en torno de las flores o hundiendo su pico afilado en sus cálices entreabiertos.

Todas estas maravillas me invitaban a ir a contemplarlas desde la cima del *Corcovado*, donde la mirada podría abarcarlas en su conjunto. Esta excursión es por lo demás una de las primeras que se imponen al llegar a Río de Janeiro y yo tenía prisa por llevarla a cabo. Fue de noche, aprovechando un espléndido claro de luna, que me puse en marcha.

La subida, por un camino bien cuidado, es bastante fácil y se hace casi en su totalidad a caballo. Un parapeto en obra de albañilería corona la cumbre de cuyo lugar se abarca toda la ciudad y su panorama incomparable. En el momento en que alcanzaba la cima, los rayos de la luna se borraban poco a poco frente a las primeras luces de la aurora ; luego el sol pareció surgir del mar iluminando con regueros de luz, en una atmósfera perfectamente transparente, los más mínimos detalles del paisaje. El *Pan de Azúcar*, esa roca cónica que vigila la entrada de la bahía, me pareció completamente reducido por la distancia ; las casas, las calles, los jardines, especialmente las palmeras del Jardín Botánico, me parecieron juguetes de Nuremberg^(*). Distinguía hasta los vehículos que circulaban en las calles, mientras que en el horizonte las olas del mar, las praderas onduladas, las islas de la bahía y los contrafuertes de las montañas se destacaban como sobre un plano en relieve.

Algunos días después de mi llegada tuve el honor de ser autorizado a presentar mis homenajes a SS.MM. el emperador y la emperatriz. El castillo imperial de San Christovão (sic) está situado al extremo de uno de los suburbios de Río, sobre una elevación del terreno, desde donde se descubre un horizonte bastante amplio. El palacio es considerable ; está construido en el estilo de la arquitectura italiana y cuenta con algunos hermosos salones amoblados, en general, muy sobriamente.

Aunque los alabarderos hacen guardia en las escaleras, el palacio está abierto a todos ; y por la recepción, efectuada por los chambelanes, como por la solicitud reservada a los que se presentan, se siente que el monarca recibirá a todos de buenas ganas y con bondad.

Era un sábado, día de audiencia si se puede decir pública, puesto que todos están autorizados a hablar a Don Pedro II. Al fondo de una larga galería divisé al emperador en traje negro, deteniéndose al lado de cada persona, tendiendo a menudo la mano y escuchando siempre con visible interés su interlocutor. Nada más impresionante que el espectáculo a la vez simple y emocionante al que tuve que asistir : ahí vi hombres de condición modesta y pobremente vestidos esperar su turno para exponer sin intermediario su petición al soberano. El emperador, con tanta benevolencia como dignidad, deja así venir a él una vez por semana, todos aquéllos de entre sus súbditos que creen tener una reclamación que hacer o un favor que solicitar. Se cuenta en la ciudad que esta excelente costumbre es a veces un freno saludable para el funcionario que estaría tentado de dejarse arrastrar a tomar una medida arbitraria.

^(*) Referencia a las artesanías en madera polícroma de Nuremberg, muy conocidas en Europa. (NdT)

Mi jefe, el señor Bartholeyns de Fosselaert, ministro de Bélgica, me presentó a Su Majestad, que tuvo a bien hablarme de la manera más gentil de mi país y de mi familia. Su memoria es de verdad sorprendente ; se acuerda de todos los nombres, se refiere a incidentes de los cuales los mismos protagonistas han olvidado la existencia.

Al salir de la audiencia con el emperador, nos dirigimos donde la emperatriz. Será imposible olvidar la acogida llena de una amable bondad que Su Majestad reserva a los que tienen el honor de acercarse a ella. Esta bienvenida que se da al que acaba de llegar es una de las primeras y de las mejores impresiones que me correspondió experimentar en este hermoso país de Brasil.

Petrópolis, 16 de enero de 1874.

Petrópolis es la residencia habitual de la corte durante el verano, el que en el hemisferio sur comienza en el mes de diciembre. Los cuerpos diplomáticos se trasladan también a estas alturas, lo mismo que la gente elegante de la capital, con el objeto de escapar a los calores de la costa y a los peligros de la fiebre amarilla.

Se va ahí, primero navegando durante una hora y media en un pequeño barco a vapor que atraviesa a la bahía bordeando las islas pintorescas de las cuales está sembrada. En el desembarcadero de Mauã, situado en el norte, el viajero encuentra un ferrocarril que en un trayecto de unos veinte minutos lo conduce hasta el pie de la montaña haciéndole atravesar un llano a veces pantanoso, otras veces cubierto de cañas de azúcar. En la estación, vehículos tirados por cuatro mulas lo reciben y se parte a trote largo. Se sube a una altura de cerca de tres mil pies por un camino bastante bueno, que permite de descubrir a cada recodo un panorama espléndido. Al cabo de dos horas de ascensión se llega a Petrópolis.

A pesar de la altura, bastante considerable ya a la cual se encuentra este lugar, está bastante encajonado en las montañas ; por todos lados el campo presenta un aspecto salvaje y los cerros circundantes están cubiertos de bosques. La calle principal está dividida, en su sentido longitudinal, por un torrente convenientemente canalizado y bordeado de árboles ; las casas son muy sencillas, construídas en general en el estilo de quintas o chalets y algunas adorablemente ubicadas.

Hay una gran diferencia de temperatura entre Petrópolis y Río de Janeiro ; aquí estamos bajo un clima temperado, y aunque a mediodía el sol es todavía bastante caliente, las mañanas son deliciosas, pero desde la puesta del sol la humedad es tal que es casi imposible sentarse al exterior de la casa . Y lástima que la lluvia tenga, según me parece, un papel de tal importancia en nuestra existencia, porque cae casi sin parar durante días enteros con un vigor muy tropical... La humedad que resulta de ello es tan grande que todo queda saturado. La ropa, los libros, las provisiones de todo tipo se impregnan de una manera que da pena ; al cabo de veinticuatro horas los zapatos se encuentran cubiertos de una verdadera capa de hongos. Una cantidad de agua tan grande sólo puede regocijar los sapos, cuya especie es numerosa y variada ; son del tamaño de dos puños, se les encuentra en todas partes, no solamente en las calles, sino que también en las casas. En la noche, cuando todo está en calma, estos animales repelentes se entregan a una música completamente extraña ; de sus gáznates potentes salen sonos diversos, que ora imitan gemidos lejanos, ora se parecen a martillazos repetidos ; esta lúgubre sinfonía haría maravillas en alguna

guarida de brujas. Las primeras noches, al acostarme, sentía cierto asco al ver correr en torno mío cucarachas con antenas desmesuradas o alguna gran araña juguetona recorriendo lentamente mi mosquitero ; pero uno se acostumbra rápidamente a estos invitados, más repugnantes que incómodos.

La principal distracción de nuestra estada de verano consiste en hacer excursiones en los alrededores. Pocos lugares se prestan mejor para los paseos a caballo, tanto por la variedad de los paisajes que por lo imprevisto y lo pintoresco que se encuentra a cada paso en los mil rincones de esta comarca encantadora.

Recordaré durante mucho tiempo la admiración profunda que sentí al penetrar por la primera vez en la selva virgen. Seguíamos una *picada*, sendero mediocre trazado por el paso de las mulas que llevan a Petrópolis los productos de algunas *fazendas* (propiedades de explotación) distantes, y marchando al azar penetramos en plena selva.

Para empezar, se queda menos sorprendido por el tamaño o la belleza de los árboles, que por lo imprevisto y la originalidad de este amontonamiento de verdor y de flores resplandecientes. La espesura es tan densa, que casi no se ve a más de veinte pasos. Difícil es de imaginarse, cuando no se la ha visto, esta bóveda de verdura, este aspecto grandioso de la vegetación y el efecto gracioso de estas lianas que corren de un árbol a otro, enlazando con sus grandes anillos algún enorme tronco cubierto de musgo, para recaer enseguida de la más alta rama derechas, delgadas y flexibles, hasta el suelo.

Algunas de estas lianas se interrumpen a mitad de camino balanceando a su extremidad manojos de orquídeas, cuyas flores multicolores se agrupan caprichosamente formando ramilletes primorosos. Se ve árboles tan completamente invadidos por las plantas parásitas que parecen todavía verdes y perfectamente vivos, en circunstancias que la savia dejó de circular por ellos hace ya bastante tiempo... Especies innumerables y variadas de helechos arborescentes, de plantas con hojas enormes que se elevan desde el suelo colgándose en cualquier parte, en los costados de las rocas, de los árboles, de las piedras desprendidas que transforman los arroyos en cascadas.

Seducidos por lo pintoresco de nuestro paseo habíamos amarrado a los árboles nuestros caballos cuyos cascos estaban inseguros sobre las piedras húmedas, y continuamos nuestro camino a pie. De pronto, el sendero que rodeaba en cornisa la pendiente de la montaña, nos permitió entrever en una admirable confusión de verdura un océano de flores rojas, amarillas, violetas, mientras que una suave brisa levantaba las hojas de ciertos árboles haciéndolas pasar alternativamente del blanco plateado al verde esmeralda. A lo lejos distinguíamos la bahía de Río, las islas y en el fondo la ciudad y la rada, donde los navíos anclados parecían grandes puntos negros ; en el horizonte se distinguían las singulares siluetas del *Corcovado* y del *Pão d'Assucar*.

Nuestra excursión, un poco improvisada, nos había conducido hacia una verdadera selva virgen ; pero a este propósito tengo que decir que en mi calidad de recién llegado y en mi impaciencia por ver el *matto virgen*, cuyo solo nombre abre la imaginación a toda suerte de misterios, a menudo lo vi donde no estaba. A este

respecto es necesario, según parece, que para tener derecho a la virginidad en esta materia, la selva no debe haber sido víctima ni del hierro ni del fuego. Ahora bien, sucede lo siguiente : Las propiedades son tan vastas en este país, que no se tiene ningún cuidado de velar a la integridad del terreno. Cuando un propietario de plantación quiere limpiar un campo, le pone fuego a la selva ; las cenizas mismas de los árboles que la formaban hacen esta tierra excelente y produce abundantemente, pero a la larga termina agotándose. Entonces el propietario la abandona, pero la fuerza de la vegetación es tal que al cabo de treinta años una nueva selva cubre esos terrenos, en otro tiempo cultivados. Al ojo, ese bosque parece perfectamente virgen, pero un detalle acusa la diferencia entre la antigua selva y la nueva. Cuando por primera vez se le ha allegado fuego al bosque, los árboles más robustos resisten a menudo a la violencia del incendio ; es verdad que son despojados de su follaje, que son muertos y medio carbonizados, pero quedan de pie y el cultivador es muy parco de su esfuerzo como para darse la pena de derribar esas gigantescas osamentas que no son obstáculo ni al aire ni a la luz. Cuando la selva ha crecido una segunda vez, estos veteranos de la primera vegetación sobresalen con toda la altura de sus cumbres seculares sobre los más grandes árboles de la nueva generación, y es curioso ver esos gigantes, descarnados o cubiertos de lianas, dominar los campos y los bosques, mientras que sus ramas resacas sirven de percha a todas las aves de presa de la comarca.

Al volver aquel día de nuestra excursión, nos detuvimos al lindero de la selva, frente a una cabañuela donde un buen colono nos indicó el camino a seguir después de habernos ofrecido graciosamente, para reconfortarnos, *etwas milch*. No hay que sorprenderse de escuchar hablar alemán en estos rincones, puesto que Petrópolis es una colonia casi completamente poblada por los hijos de Germania, es su lengua y se habla con los mismos títulos que la lengua nacional. Es interesante encontrar tan lejos de ella la Alemania con sus tipos, sus usos e incluso sus nombres. En efecto, los diferentes puntos de la montaña o del valle desbrozados por los colonos se llaman el Palatinado, Bingen, Westfalia, etc... Cada cual, cuando llegó, dio a su nueva residencia el nombre de la patria ausente y esos nombres persisten.

El domingo, los colonos van a la iglesia a escuchar los oficios y cantar en coro, como es la costumbre en la patria lejana. Al verlos, vestidos con sus trajes que datan de los días de fiesta de antes de la migración, esos hombres con gran hopalanda, esas viejas con traje oscuro y severo, esas jóvenes con largas trenzas rubias, se creería fácilmente transportado a algún pueblo de las orillas del Rin. Los vi el día de Navidad asistir devotamente a la misa del gallo y reunirse a continuación, por familias, en sus modestas viviendas donde no habían olvidado el festivo árbol de pascua resplandeciente de lucecitas ; ¡pero con tantos grados de calor estábamos bien lejos del tradicional bizcocho de Nochebuena !^(*)

^(*) En el original : *bûche de Noël* : bizcocho de Nochebuena, que tiene la forma de un leño de esos que van a la hoguera de la chimenea invernal de la Navidad europea. (NdT)

CAPÍTULO II

Viaje a la provinvia de San Pablo.-Las serpientes.- Los hormigueros.- *Fazenda des Sete-Quedas*.-El café.- Tentativas de colonización

A bordo de la *Vénus*, 1º de febrero de 1874.

El contraalmirante del Quilio, comandante de la estación francesa del Atlántico Sur, tuvo a bien invitarme a acompañarlo a bordo de la *Vénus*, que arbolaba su pabellón, para ir hasta Santos, y luego hacer desde ahí una excursión a la provincia de San Pablo.

Un viaje a bordo de una fragata presenta cierta similitud con la vida palaciega cuando llueve : se está muy bien protegido, es verdad, pero es imposible salir, por lo que hay que distraerse con sus propios recursos. Ellos no escaseaban a bordo de la *Vénus* y las horas transcurrían muy agradablemente ora en el castillo de proa o en el salón del almirante, ora en la cámara de oficiales, donde la conversación llena de inspiración e ingenio, hacía amplio honor a su carta de ciudadanía bajo bandera francesa.

La meta de nuestra excursión desgraciadamente no estaba muy lejos, y luego de una treintena de horas de navegación fondeamos en la bahía de Santos, para saludar luego con los cañonazos de estilo el pabellón brasileño izado en el fuerte.

El primer día fue consagrado a explorar las vecindades y a hacer con la tripulación una gran pesca donde cada redada traía gran número de peces de todas formas y de todas especies. Al día siguiente la chalupa a vapor nos remolcó en bote en el río ancho y profundo que riega Santos.

Esta ciudad está situada con fortuna para servir de puerto : da la espalda a la bahía propiamente dicha, de la cual está separada por una extensión de terreno plano de más de tres millas, que la abriga completamente de los vientos de alta mar. Es hoy uno de los principales puertos comerciales del Brasil : de ahí parten todos los cargamentos de café que la provincia de San Pablo exporta en gran abundancia. Por lo demás esta importancia se limitará en parte en provecho de la capital del imperio, cuando San

Pablo quedará unido a Río de Janeiro por un ferrocarril cuya conclusión no podrá tardar más de dos o tres años.

Las casas de la ciudad están construídas directamente sobre el muelle ; algunas incluso sobre pilotes. Aparte de los grandes almacenes donde se amontonan los sacos de café, no hay nada interesante que ver ; por éso no tardamos de subir en el vagón para dirigirnos a San Pablo.

El ferrocarril que sube las pendientes de la *serra do mar*, honra con creces los ingenieros ingleses que lo construyeron : la subida se compone de cuatro rampas sucesivas, con una inclinación considerable y sobre cada una de las cuales el tren es tirado por medio de un cable movido desde arriba por una máquina a vapor. Una de las partes más interesantes del trayecto es la travesía de un puente que se proyecta entre dos montañas. Este puente, en plano inclinado, describe una curva elegante a más de doscientos cincuenta pies de altura. Por todos lados, encima como debajo de sí, sólo se ven selvas espesas donde los árboles cargados de flores se destacan de manera encantadora sobre este fondo de verdura..

Una vez llegados a la meseta superior que se extiende indefinidamente hacia el oeste, no nos demoramos en alcanzar la capital de la provincia. San Pablo es una ciudad que se ha hecho bastante animada gracias a su Escuela de Derecho y a su gran comercio de café. Contiene también un convento de Padres Capuchinos de origen francés, que nos recibieron con la más amable solicitud, haciéndonos los honores de su casa, de su colegio y des sus jardines. El museo de este establecimiento es especialmente notable por una colección de serpientes, que según parece abundan en esta región, pero también por unas hermosas muestras mineralógicas y geológicas. Se nos mostró, entre otras cosas, una piedra curiosa : es una piedra de granito de dos a tres centímetros de espesor y cuya flexibilidad es tal, que se la puede doblar bastante sin que llegue a quebrarse.

Los Padres insistieron para hacernos visitar su casa de campo y aceptamos con gusto de hacer esta excursión para el día siguiente. Un capuchino a caballo nos acompañó ; es un hombre amable el Padre Génereux, pero tiene aspecto más guerrero que monástico, con su larga barba, su sombrero de fieltro gris de ala ancha, su hábito levantado dejando ver sus grandes botas armadas de espuelas gigantescas ! Al cabo de una hora y media de marcha a través de una región abarrancada por las lluvias y muy poco habitada, nuestro cicerone nos detuvo anunciándonos que en ese momento nos encontrábamos en el punto matemático por donde pasa el trópico de Capricornio. Creímos en su palabra, pero penetrando en la zona temperada el sol se encargó de hacernos sentir que no hay que tomar muy en serio esta importante división geográfica.

Y ya hemos llegado. Todo el colegio está reunido delante de la casa para recibirnos, mientras que un grupo de jóvenes músicos nos deseó la bienvenida con una festiva charanga. Al visitar el parque que rodea esta vivienda de campo, se nos mostró un verdadero capricho, un prodigio de la vegetación tropical : hace algunos meses, el jardinero cortó un hermoso cedro e hizo con él dos vigas de tamaño desigual de manera a construir una cruz, que levantó así sobre un montículo, en una especie de calvario. Hoy esta cruz echó raíces y de sus tres extremidades superiores brotaron hermosas ramas cubiertas de hojas que hacen de ella un verdadero árbol. Al

lado se encuentra otro tronco cortado con sierra en sus dos extremos ; fue enterrado hace quince días y ya es un arbolito adornado abundantemente con verdura. Por éso, cuando en lo sucesivo dejo mi paraguas o mi bastón en un rincón húmedo, tiemblo a la idea de encontrarlo cubierto de una vegetación frondosa !...

A la caída de la tarde, cuando íbamos a ponernos en camino para volver a San Pablo, una tempestad espantosa se desató ; la cabalgata de regreso no nos tentaba, por lo que aceptamos el ofrecimiento que se nos hizo de alojarnos en el convento. Compartí con mi amigo, el conde de Laugier-Villers, secretario de la legación de Francia, una habitación que daba directamente al jardín y mientras platicábamos sobre la suavidad de la hospitalidad, una peligrosa vecina velaba en la oscuridad. En efecto, al día siguiente vi salir de bajo la cama de mi compañero una pequeña serpiente que había también querido buscar un refugio durante la tempestad. Pudimos llegar a matarla; se me dijo que era una *ibiracuca*, el reptil más peligroso conocido en la provincia de San Pablo. Se muere de su picadura, según parece, casi instantáneamente... ¡Qué agradable compañera de cama !...

Encontrarse con estas serpientes, chicas o grandes, es siempre algo desagradable ; pero en realidad el peligro de ser mordido es mucho menor que lo que se puede imaginar. ¡Cuántas veces las divisé en los bosques, en los jardines e incluso en los caminos ! Pero estos reptiles huyen siempre cuando el hombre se acerca, reptando con presteza entre las altas hierbas o perdiéndose en los árboles, donde suben de rama en rama para tratar de escapar. Como la serpiente es más que nada medrosa, se mantiene despierta y se arranca al más leve ruido ; será pues necesaria una casualidad muy desgraciada o una ausencia completa de precauciones elementales para pisarlas o para causar su ira. Para protegerse con cierta seguridad basta con golpear el pasto con un bastón o de caminar con prudencia. La mayoría de los negros andan descalzos ; es cierto que su piel está tan endurecida que llega a ser igual que los mejores zapatos del mundo. Los casos más frecuentes de picadas se producen durante la cosecha del café ; cuando los trabajadores van a las ramas bajas, las serpientes los pican en las manos. Pero los negros, muy expertos en venenos y contravenenos, en caso de ser picados emplean cierta liana muy común en la región, mascan un pedazo, tragan el jugo y aplican sobre la herida los filamentos reducidos por la masticación a una especie de pasta. El efecto producido por este remedio es casi infalible por lo que su empleo en Europa sería sin duda precioso contra numerosas picaduras de víperas, cuyas consecuencias causan quizá, en término medio, más accidentes que todos los reptiles de este país que, según se dice, son terribles.

Seguimos con nuestra excursión al interior de la provincia por medio del ferrocarril, hasta su terminal. Gracias a la lentitud extrema de nuestra marcha, tenemos tiempo de escudriñar el paisaje, haciendo a veces altos prolongados porque esperamos que una tropilla de bueyes, echados indolentemente sobre los rieles, se digne molestarse para cedernos el paso.

En la estación *El Salto* tomamos vehículos lugareños. En lo que respecta la carrocería, nada es más curioso e ingenioso que estos vehículos llamados *trolls*, cuyos resortes son reemplazados por tablas puestas en el sentido del pértigo. Tales tablas, hechas de una madera casi irrompible y perfectamente flexible, resisten mejor que el fierro y el acero a los tumbos violentos.

¡Pero también qué caminos ! Si es que se puede llamar así una serie de barrancos y atolladeros profundos, con pendientes increíbles y a menudo con grandes hoyos. ¡Qué importa !, el cochero ataca los obstáculos con bravura ; las mulas también, con lo que se está a punto de creerse perdidos ; pero no, bestias, personas y carruaje, todo se encuentra al otro lado sin que falte nada. Sólo se hizo el esfuerzo de agarrarse a su banco para no ser proyectado por los aires. Así atravesé veinte veces en coche pasos que habría creído infranqueables y sobre los cuales los cocheros se lanzan a toda velocidad. No sé qué es lo que hay que admirar más : su destreza, la firmeza de sus puños capaces de mantener esas cuatro mulas endiabladas, o bien la extraordinaria solidez de sus carros.

Itú, lugar donde iremos a alojar, es una pequeña ciudad sumergida en la verdura y cuyo aspecto exterior es de lo más risueño ; pero sus calles, al no estar adoquinadas y sus casas sucias, la hacen menos atrayente desde el interior.

Cuando visité los jardines circundantes me llamó la atención la cantidad de montículos, a veces de una altura de veinte pies, que se levantan por todos lados en forma de conos alargados. Son hormigueros cubiertos por una espesa capa de greda endurecida gracias al sol y que abrigan, hasta profundidades considerables, miríadas de hormigas. Estos insectos son la plaga del país ; cuando una de sus tribus se pone de viaje, todo lo que se encuentra a su paso es arrasado ; les es necesario algunas horas para despojar completamente un gran árbol ; incluso si una casa se encuentra en su camino, ella es completamente asolada. Por lo demás es muy interesante -por lo menos para el viajero- de ver trabajar esos industriosos pequeños bichos, en un árbol por ejemplo. He aquí cómo hacen : un destacamento sube a las ramas y se empeña en aserrar pedazos de hojas de tamaño uniforme ; esos recortes, al caer al suelo, son rápidamente tomados y transportados a un lugar seguro por el grueso del ejército que espera al pie del árbol. A veces el hormiguero está muy lejos, por lo que se encuentra a menudo en el camino o a través de los bosques y los llanos una verdadera cinta de hormigas que van y vienen sin que jamás un obstáculo, con excepción del agua, pueda detenerlas en su marcha.

El plantador les hace una guerra a ultranza. En las *fazendas*, hombres especializados no tienen otro trabajo que el de buscar los hormigueros para sitiarlos como se debe : generalmente se les extermina por asfixia. El *formigueiro* obtura todas las galerías conocidas, luego prende fuego a materias secas en un extremo de la mina ; el humo que se escapa indica todas las salidas que no han sido cerradas todavía y se termina por destruir así la tribu peligrosa en su propio refugio. El gobierno ha prometido una recompensa de cincuenta *contos* (125.000 francos) al inventor de una medida segura y rápida para destruir las hormigas... Todavía se está buscando.

Sacudidos en nuestros *trolls* proseguimos nuestro viaje atravesando sucesivamente praderas, bosques llenos de frescor, maizales o arrozales y por último plantaciones de café.

En esta fértil región el café se impone como el único cultivo ; por todas partes sólo se ven cafetales escalonados en filas simétricas cubriendo las pendientes de los cerros. Estos arbustos se parecen bastante a la camelia ; su altura varía entre uno y tres metros, según la edad de las plantaciones. Cada cafeto es podado en forma de

bola ; su follaje verde oscuro, con reflejos metálicos está, en esta estación del año, moteado con las manchas blancas de sus flores.

Llegamos a Campinas, ciudad importante que sirve de nexo entre el interior, que produce y el centro de los negocios, que compra. Tenía una viva curiosidad por ver de cerca y en todos sus detalles una *fazenda* de café, para tener una idea exacta del trabajo que se ejecuta en una explotación de este tipo. No tardé en ser satisfecho con creces, puesto que el *commendador* (sic) Joaquim Bonifacio de Amaral nos propuso de visitar su propiedad de *Sete-Quedas*.

La *fazenda* propiamente dicha, es decir el conjunto principal de las viviendas, se compone de una amplia casa de un piso, sin arquitectura y sin elegancia ; ahí se suceden grandes salas en las cuales a menudo el único mobiliario está compuesto de algunas mecedoras y sillas de caña. Detrás de este edificio, construido sobre un punto culminante, están alineados los almacenes donde se amontonan las cosechas, y alrededor de los cuales están los secadores, grandes cuadrados de veinte a treinta metros por lado, sobre los cuales se exponen las bayas frescas del café para ser secadas al sol. A la derecha se ven los cobertizos que contienen las máquinas, que son puestas en movimiento por una fuerte caída de agua, están destinadas, sea a levantar los mazos que efectúan la decorticación, sea a accionar el aserradero, cuyo empleo es indispensable para trozar los árboles del bosque vecino. A la izquierda se extienden las dependencias, es decir, las viviendas de los esclavos ; y más lejos, en la ladera de la colina, se divisa un poblado pintoresco compuesto de pobres cabañas rodeadas de huertecillas. Tal porción de tierra es cedida a los esclavos ; ellos constituyen ahí modestos cuartos donde van a disfrutar de las horas de libertad que se les concede de tiempo en tiempo. A quinientos metros de ahí se divisa la aldea en la cual nuestro anfitrión acaba de hacer una tentativa de colonización.

El ojo del amo puede pues vigilar todo, y ése es el carácter específico de estos establecimientos. Ahí nada está destinado al recreo, al lujo, ni siquiera al frescor ; todo está instalado con vistas a lo útil. El aspecto general carece de alegría y sin embargo, con un poco de gusto y escaso gasto podría hacerse de estas viviendas lugares elegantes y confortables. Pero si el bienestar del plantador es dejado de lado, por lo menos se dispensan cuidados minuciosos a las operaciones delicadas y múltiples por las cuales el propietario hace pasar su cosecha durante el período que va de la recolección a la venta.

No tenemos idea en efecto, al saborear una taza de café, de la cantidad de manipulaciones que han debido sufrir los granos antes de llegar hasta nosotros.

El fruto del cafeto está contenido en una especie de bolsa dura y roja parecida a una cereza; consiste en dos granos yuxtapuestos. Una vez cogidos se les echa en un estanque para remojar su vaina ; luego se les desparrama en los secadores donde son frecuentemente removidos para que reciban los rayos del sol por todas sus faces.

Cuando está bien seco y que la cáscara se ha agrietado y endurecido por la acción del calor, pasa bajo los mazos que efectúan la decorticación . En seguida un tamiz que es agitado violentamente por un movimiento de vaivén, separa la pulpa del grano ; éste continúa recubierto todavía por una delgada película que se extrae a su vez con

ayuda de un segundo tamiz sometido a una poderosa ventilación ; la delgada membrana, cuando es eliminada, sirve en seguida como base a un excelente abono.

Por último los granos son precipitados en un gran tubo destinado a separarlos mecánicamente en tres tamaños diferentes. Se economiza así un inmenso trabajo efectuado por la mano de obra, lo que no impide sin embargo que los esclavos, encargados especialmente de este proceso, tengan que depurar de nuevo cada montón ; en realidad, los grandes como los pequeños granos son de la misma calidad, ya que provienen del mismo árbol ; pero al parecer su valor comercial es diferente, puesto que los granos chicos se parecen a los del café moka y son « vendidos bajo tal denominación » en los mercados de Europa. Se bebe pues, en el mundo entero, una cantidad enorme de café de América que se aprecia mil veces mejor, porque se piensa que es de Arabia.

Es de lamentar que producto tan importante del Brasil no haya obtenido todavía el favor que se merece ; desgraciadamente, en vez de tratar de convencer los consumidores por medio de la evidencia, la mayoría de los propietarios de plantación o de explotadores brasileños emplean aún subterfugios singulares : así una gran parte de su café es vendida en los Estados Unidos, pero para venderla más fácilmente someten los granos a una operación llamada « bruñido », que consiste en hacerlos rodar sobre sí mismos de manera de darles un color lustroso... ¿Qué es lo que gana la calidad con tal tratamiento ? Absolutamente nada, y sin embargo se dice que esta pequeña operación permite de vender el producto mucho más caro.

Sea como fuere, el café trabajado así es ensacado y pesado por arrobas de dieciséis kilogramos, cuyo valor comercial es en término medio de diez mil réis (27 francos con 50 centavos).

El propietario de *Sete-Quedas* nos dice que contando holgadamente los costos anuales de mantenimiento de la *fazenda*, de sus máquinas, más la alimentación de sus cien trabajadores, como también el transporte de los productos, el total de sus gastos no se eleva a más de un quinto de los ingresos ; su beneficio neto por arroba de café es entonces de ocho mil réis, es decir, veintidós francos. Y como su cosecha es, en término medio por sus doscientos mil cafetos, veite mil arrobas, percibe entonces una renta anual de cerca de un medio millón de francos, lo que le asegura un futuro apacible y al abrigo de las necesidades.

El Brasil es el primer productor de café del mundo. La exportación de este producto, que en 1830 era inferior a dos millones de kilogramos, en 1873 alcanzó la cifra de ciento cuarenta y seis millones de kilogramos ; ella había sido incluso superior algunos años antes.

El futuro de este cultivo es pues magnífico, siempre que encuentre el número suficiente de brazos. En efecto, si la producción aumenta, el consumo también aumenta en el mundo entero. Con toda seguridad el terreno no faltará puesto que hoy, de todos los estados del imperio, cuatro solamente exportan el café ; son los de Río de Janeiro, San Pablo, Bahía y Ceará. A pesar de ello, no son los únicos estados en que el cultivo del café sea posible, porque según las observaciones de naturalistas distinguidos, esta planta se desarrolla bien desde una temperatura media de 12,5° centígrados, hasta la de 31° en los cerros bien expuestos. Pues bien, en todas las

partes del imperio existe gran cantidad de terrenos ubicados en estas favorables condiciones climáticas y topográficas.

Por lo demás, pocas plantas recompensan mejor al cultivador por su trabajo : una hectárea de terreno puede contener en término medio 918 cafetos, los que producen 674 kilogramos de café en los terrenos pobres, 1.384 kilogramos en las tierras de segunda categoría y 2.022 kilogramos en las tierras de primera categoría. Un solo trabajador es suficiente para ocuparse de una plantación de dos hectáreas y obtener un resultado de cerca de 1.112 francos en las tierras inferiores, de 2.283 francos en las tierras de segunda categoría y de 3.336 francos en las tierras de primera calidad ; y éso suponiendo que el café sea vendido al antiguo precio de ochenta centavos el kilogramo, mientras que los precios actuales en realidad han más que doblado, y tienden siempre a subir.

La creación de nuevos ferrocarriles, decretada por la ley del 24 de septiembre de 1873, contribuirá sin dudas a facilitar todavía más este cultivo con el cual no puede rivalizar ningún otro producto agrícola a causa de su precio elevado, de la pequeñez del volumen, la extensión de su consumo y las facilidades del transporte por vía férrea.

Pero aquí surge un problema que según me parece no ha sido todavía solucionado ; ¿dónde se contratarán los trabajadores ? Los esclavos, gracias a la nueva ley de emancipación, habrán desaparecido dentro de unos veinte años ; ¿serán reemplazados por colonos ? - A primera vista éso casi no me parece probable, por lo menos en un plazo tan corto, puesto que la cuestión de la colonización le ha costado al gobierno hasta aquí muchos desengaños y pocos resultados.

¿Se podrá por fin llegar a establecer un flujo de emigración, de manera más estable, de Europa hacia las zonas tropicales del Brasil ? -En vez de enviar ahí artesanos, habitantes de las ciudades o personas completamente ajenas a todo cultivo, los agentes de emigración, ¿se decidirán a enviar individuos más aptos a la vida agrícola ? - ¿ La autoridad local se decidirá de una vez por todas a proteger al inmigrante contra las explotaciones indignas a las cuales está expuesto de parte de ciertas empresas coloniales ? Ésos son puntos importantes que merecen la atención. Por el futuro del Brasil es de desear que estas dificultades de hoy se encuentren pronto definitivamente allanadas.

La abolición de la esclavitud los decidirá por lo demás en parte, porque ella traerá como consecuencia la parcelación de la propiedad. En efecto, la mayoría de propietarios de plantación se verán, temprano o tarde, obligados de alienar una gran parte de sus tierras que, si no, se harían improductivas a causa de la falta de brazos y que sin embargo continúan a estar sujetas a impuesto.

En la época actual las fortunas territoriales son inmensas y se reparten entre unos pocos privilegiados. Así por ejemplo, en la ciudad de San Pablo, que tiene veinticinco mil habitantes, hay más de diez familias que poseen un capital superior a diez millones de francos.

Puede ser que, si los colonos llegaran a establecerse como independientes sobre este terreno listo para la agricultura, el Estado podría protegerlos más eficazmente

que hoy, en que encuentra interpuesto entre él y el emigrante, un propietario poderoso.

El *comendador* de Amaral es uno de los principales plantadores que trató de aplicar el trabajo de los colonos al cultivo de café en una gran explotación. En dos palabras, he aquí lo que pude retener de este sistema.

El contrato firmado entre el propietario y el emigrante es deslumbrador para el pobre diablo que no posee nada ; el primero en efecto, adelanta al segundo los gastos de viaje, le da una casa y tierras cultivables. Según la cantidad de brazos con los cuales el colono dispone en su familia, recibe un número determinado de plantas de café a cultivar, más o menos según las bases que ya enumeré. Realizada la cosecha, el propietario se compromete a dividir en dos partes iguales el ingreso de esta porción de su terreno, dejando al colono una de ellas. A primera vista parece que para éste el asunto es bastante ventajoso y que con un poco de suerte el recién llegado irá lejos. Pero si el año es malo y si la desgracia dispone que dos o tres años malos se sucedan, el colono no recibe casi nada, mientras que el propietario recibe una compensación de una u otra parte de sus tierras que habrán dado una buena cosecha. Con la mala suerte, el desconocimiento de la región, las enfermedades, el colono aumenta rápidamente la deuda contraída para financiar su viaje, mientras que además ella crece con un interés excesivo de 8%, deducido por el propietario.

Entonces el emigrante desalentado querrá partir, pero su contrato se lo impide, sus deudas lo retienen, encontrándose completamente a la merced del amo... Es una cuestión de suerte si éste es bueno y humano, ya que el recurso a la ley es siempre difícil lejos de los centros, y los colonos casi no se sirven de él.

Se considera que en *Sete-Quedas* son bien tratados ; su aldea es bonita y limpia, sus tierras son fértiles y el propietario me asegura que están contentos. La mejor prueba de ello es que han escrito a sus compatriotas del Holstein para que vengan a juntarse a ellos. Y don Bonifacio espera para luego la llegada de ciento cincuenta o doscientos nuevos inmigrantes.

Habíamos dejado nuestro anfitrión y regresado a Campinas, cuando en la noche vimos llegar a nuestro hotel el hijo del *commendador* seguido de cuatro esclavos, cada uno doblado bajo el peso de un gran saco de café que el *fazendeiro* regalaba a sus visitantes de la mañana. Con este peso considerable para nuestras maletas de turistas fue que alcanzamos, dos días después la fragata e hicimos vela hacia Río de Janeiro.

CAPÍTULO III

**Procesión del Corpus Christi.- Las *irmandades* y la francmasonería.-
Monumentos públicos de Río.- Recuerdos de la fundación de la capital.-
La vida fluminense.**

Río de Janeiro, 15 de agosto de 1874.

Una estadía de varios meses en Río me permitió de examinar largamente los monumentos de la ciudad, estudiar los usos y costumbres de sus habitantes y asistir a algunas ceremonias interesantes. Entre las que más me llamaron la atención pongo en primer lugar la procesión del Corpus Christi : el desfile de este cortejo ofrece un espectáculo curioso en que la piedad más elevada es mezclada a una escenografía algo teatral.

A la cabeza de la procesión van músicos vestidos con traje de ópera cómica tocando melodías muy poco religiosas ; detrás, a caballo, avanza un paladín encerrado en una armadura completa, llevando un casco con plumas abiertas, con la mirada fija y la lanza en ristre. En seguida viene San Jorge, representado por un muñeco amarrado a un caballo ; está también armado de los pies a la cabeza, y esta cabeza de cartón que se contonea, ese ojo fijo dirigido hacia la multitud hacen un efecto muy especial. Un lacayo empolvado, vestido enteramente de rojo, verdadero criado de carne y hueso, sigue con una seriedad imperturbable su amo de cartón piedra.

En seguida es una larga serie de *irmaõs* ; así se llaman los miembros de estas famosas cofradías llamadas *irmandades*, que en este momento constituyen la causa de luchas religiosas en Brasil. En ellas hay negros, blancos, pero especialmente cobrizos. Desfilan en dos filas, llevando en la mano un cirio, mostrando en sus caras la dulce satisfacción de pavonearse frente al público.

Un escuadrón de caballería precede los caballos del emperador llevados a la mano por los criados a pie en gran librea verde y oro. Estos caballos está revestidos de una caparazón ricamente bordada y ornada en sus cuatro esquinas con las armas imperiales en plata maciza.

En último término viene el santo sacramento llevado devotamente por el obispo de Río, que camina bajo un palio cuyos seis montantes son llevados, a la derecha por el emperador, a la izquierda por el vizconde de Río Branco, presidente del consejo y detrás por ministros y grandes dignatarios.

Quisiera ser pintor para reproducir, según el efecto que me hizo, ese cuadro que tuve frente a mí : el soberano en gran uniforme, sin abandonar su aspecto imponente, tiene su bastón a dos manos y mira distraídamente la multitud que lo rodea o las ventanas llenas de gente. Al otro lado, en la misma actitud, su primer ministro sonríe elegantemente con toda su gran estatura, reflexionando quizá sobre la singular coincidencia que aproxima así el gran maestro de la francmasonería del buen Dios !... Y luego van el obispo de Río en compañía del ministro de la justicia : el paralelo hace pensar involuntariamente al obispo de Pernambuco que allá, en un fuerte, soporta la prisión en virtud de una condena inflingida por la corte suprema de justicia !

Por fortuna el trayecto recorrido por la procesión no es largo, ya que el sol golpea con sus rayos ardientes numerosos cráneos desnudos. Buen número de asistentes tomaron por lo demás la precaución de protegerse la cabeza por medio del cosmopolita pañuelo a cuadros.

Tal prevención es quizá particularmente útil en este momento en que más de un cerebro se encuentra en ebullición, a causa del conflicto que acaba de estallar entre el alto clero y las *irmandades*. Es hoy la cuestión especialmente ardiente en el Brasil ; he aquí su historia en algunas palabras :

En todo el país existen asociaciones llamadas *irmandades*, compuestas por miembros que vienen de todas las clases de la sociedad, tanto en las ciudades como en los pueblos pequeños. La constitución del Brasil reconoce la calidad de personas civiles a estas asociaciones. Ellas poseen bienes muebles e inmuebles que son administrados en beneficio de todos los cofrades ; construyen hospitales, tienen cajas de socorros mutuos para los miembros menesterosos, sus viudas y sus huérfanos.

El objetivo fundamental de estas congregaciones es filantrópico, pero se dan un carácter religioso adquiriendo o construyendo iglesias y capillas donde los *irmãos*, entre otros privilegios, gozan del de asistir a las ceremonias con un traje especial. Resulta que las *irmandades* forman también cofradías dirigidas y exhortadas por sacerdotes, hacen decir misas, sermones y oraciones y tienen fiestas especiales y solemnidades religiosas en toda ocasión.

Hace ya largo tiempo que la francmasonería hacía numerosos prosélitos en las filas de los *irmãos*, y los obispos hubieran podido continuar a cerrar los ojos sobre este hecho si no hubiera sido por las diferentes advertencias que la Iglesia juzgó útil de lanzar contra la francmasonería.

Monseñor Vidal, obispo de Pernambuco (u Olinda), fue el primero que levantó la voz. Declaró que no toleraría en su diócesis que los *irmãos* francmasones tuvieran acceso a las iglesias ni que los sacerdotes afiliados pudieran decir misa en ellas.

De ahí, gran emoción. Si se hubiera tratado solamente de un asunto espiritual, habría sido suficiente para afligir el espíritu de los brasileños, muy apegados de corazón a la religión, por lo menos bajo sus formas exteriores ; pero, motivo más poderoso todavía, las personas afectadas, previendo los resultados de tal medida, se sintieron heridas en sus intereses temporales.

La cuestión se enconó a un grado tal, que el gobierno imperial se alarmó. Se dio orden a monseñor Vidal de anular su prohibición contra los francmasones. « No tenía derecho, agregó el partido de los ciudadanos sancionados, de emplear su autoridad eclesiástica contra una asociación que no es puramente religiosa y de comprometer, como lo hizo, los intereses materiales de los súbditos brasileños ».

Invocando bulas pontificias y recordando que la Iglesia católica no había reconocido jamás, en principio, este derecho de *veto* a ningún gobierno, el prelado insistió y se negó a ceder. Su actitud fue calificada de crimen por haber actuado, en su calidad de obispo, directamente contra las leyes del imperio. Fue detenido, echado en prisión y luego, considerando su dignidad, se le hizo comparecer ante el tribunal supremo de justicia.

Sin embargo el asunto fue grave ; todos los obispos se declararon más o menos abiertamente en favor del jefe de la diócesis de Pernambuco, y el país tomó partido por uno u otro bando.

Tanto para calmar la opinión pública como para buscar una salida a una posición falsa, el gobierno brasileño decidió enviar a Roma una misión extraordinaria cuya dirección fue confiada al barón de Peñedo, su ministro destacado en Londres.

No me corresponde contar lo que ocurrió entonces ; pero el hecho es que la misión no tuvo éxito. Nada fue allanado.

Entretanto el obispo, una vez juzgado, fue condenado a cuatro años de trabajos forzados. El emperador, en virtud de su derecho de gracia, conmutó la pena en cuatro años de reclusión.

Tuve ocasión de visitar, en el fuerte de São João, a monseñor Vidal. El obispo está alojado en una dependencia de esta fortaleza que domina la entrada de la bahía ; su habitación tiene buen aspecto, encontrándose ahí convenientemente instalado ; tiene como compañía uno de sus sacerdotes y dos domésticos. Para pasearse cuenta con todo el fuerte, que es bastante amplio y cuya vista se extiende a través de la bahía y sobre el mar. Su Ilustrísima me hizo los honores de « su prisión ». Nuestra conversación se desarrolló con toda naturalidad sobre los acontecimientos que lo habían llevado ante los tribunales y conocí entonces ciertos detalles que generalmente son muy poco conocidos. Por ejemplo, escuché repetir en torno mío que el prelado había actuado con demasiada precipitación ; pero él se defiende enérgicamente de tal cargo. Me dijo que, desconfiando de su juventud, de su ardor, de su poca experiencia, había resuelto usar de moderación y de paciencia ; pero la francmasonería, a contar del día en que fue instalado en su diócesis, no cesó de provocarlo por medio de los ataques más directos.

Un día por ejemplo, los funcionarios de una *irmandade* hicieron saber con gran alboroto que un servicio divino sería celebrado para festejar el aniversario de la fundación de una de las logias de Pernambuco. Este paralelismo entre la logia y la Iglesia puede parecernos extraño ; pero hay que considerar la francmasonería tal como existe en Brasil. En efecto, para la mayoría de sus miembros ella es una institución puramente filantrópica que, para dar más brillo a sus fiestas, toma de la religión sus solemnidades y las ceremonias de su culto. Sin embargo la logia es completamente hostil a la Iglesia. Para convencerse de ello basta con asistir a ciertas piezas de teatro representadas en las salas de Río, donde se figura la francmasonería ganándole la partida, de manera odiosa, a las instituciones más respetables del catolicismo.

La misa de aniversario fue prohibida y de ahí nació un primer motivo de queja.

Poco tiempo después la logia anunció un oficio fúnebre en memoria de un hermano masón fallecido recientemente ; nuevas prohibiciones del obispo y nuevas reclamaciones de los hermanos. Se llegó a decir que el prelado prohibía rezar por los muertos. Por más que trató de explicar que prohibía solamente officiar frente a las insignias de la francmasonería una misa públicamente anunciada por la logia, no dejó de acusársele de intolerancia. Luego, sin duda como bravata, se procedió a la elección, bajo las mismas ventanas del palacio episcopal, de un jefe de *irmandade* conocido por todos como un gran dignatario de la logia y manifiestamente hostil a la religión católica. El obispo intervino de nuevo con suavidad para hacer anular la elección, pero se le resistió.

Por último, una de las nuevas provocaciones más escandalosas fue la publicación en los periódicos de una lista completa de todos los francmasones integrantes de las *irmandades* y entre los nombres se encontraban los de varios sacerdotes.

¿Sería todavía posible de contemporizar ? El obispo pensó que no y lanzó el interdicto : prohibía a las *irmandades*, en su calidad de cofradías religiosas, de recibir miembros francmasones ; prohibía además a los *irmãos* afiliados a la logia de tomar parte en las ceremonias de la Iglesia, puesto que según las bulas pontificales, están excomulgados.

Como consecuencia de esta orden episcopal, casi todos los sacerdotes comprometidos, salvo dos según creo, obedecieron las órdenes de su obispo ; pero muchos laicos resistieron. El resto de la historia se conoce.

Al prohibir el acceso a la iglesia a los francmasones, el clero brasileño no tuvo en absoluto la pretensión de privarlos del uso de las ventajas civiles o materiales privativas de ciertas cofradías en Brasil ; pero desgraciadamente existe tal conexión entre estos intereses religiosos y sociales que se confundieron ineluctablemente, provocando una crisis cuyo origen podría ser, después de todo, un malentendido. Si realmente fuera así, el hecho sería sin duda lamentable ; pero el mal tendría remedio. Desafortunadamente todo parece indicar que esta campaña emprendida por la francmasonería se realiza según un plan preconcebido dirigido contra el catolicismo y en el cual las influencias europeas serían ajenas a él. Por lo demás la existencia de un ataque tan persistente, dirigido contra el obispo más joven que es

considerado como el menos paciente no es uno de los síntomas menores del carácter agresivo que tomará esta lucha.

¡Y ahora resulta que el obispo del Pará está igualmente condenado por motivos análogos !

Es posible que el resto del episcopado sea arrastrado por el ejemplo y siga el mismo camino. También es posible que el emperador amnistie pronto a los dos ilustres condenados⁽¹⁾; pero en uno como en otro caso, ni la continuación de los rigores ni el acto de clemencia imperial no serán una solución, y la situación continuará siendo en extremo delicada. En efecto, los obispos o a falta de ellos aquéllos que los reemplazarán a la dirección de las diócesis, ¿podrán retractarse sobre un entredicho lanzado en nombre de una cuestión de principios ? O bien, tarde o temprano, los que no han actuado con rigor todavía, ¿no se verán obligados de tomar medidas de castigo ? Y si el gobierno, por su lado, se cree lógicamente forzado a persistir, en la medida en que su interpretación de la Constitución lo ha empeñado, ¿cómo se arreglarán las cosas ?...

No puedo prejuzgar de la línea de conducta que en esta circunstancia el Vaticano deberá señalar al episcopado brasileño ; pero a primera vista la cuestión no parece querer aclararse de ese lado. Esta crisis religiosa pues, puede tener en el Brasil grandes consecuencias. ¿Quién puede asegurar que no traerá consigo un cisma al provocar la formación de una Iglesia nacional que se apoyaría en un poderoso partido político y que encontraría muchos partidarios en el bajo clero, cuya disciplina eclesiástica es muy relajada ? ¡De ello nacerán quizá muchas dificultades y conflictos lamentables !...

Para dar una idea de la manera como un sujeto tan grave ha apasionado todas las capas de la población, siendo explotado al fin de manera tan liviana como irreverente, podría citar como un ejemplo entre mil el artículo de un diario muy difundido, en el cual leí este título pomposo : *La Iglesia y el Estado*. —Entre nosotros, ¿no sería ése el título de una grave disertación ? -.

« Señor redactor, uno de sus colaboradores, ‘Ganganelli’, cuando habla del obispo de Olinda dice que el gobierno manifiesta con respecto a Su Ilustrísima, en la cárcel de São João, las más delicadas atenciones y que incluso le suministra objetos de tocador.

« Creo justo recordar al señor Ganganelli y al hombre público, que se trata seguramente de brillantina de ésa que llaman *vigor do cabelo*, de la cual Monseñor Vidal se sirve para embellecerse y ofrecerse a la admiración de aquéllos que contemplarán su hermosa barba de monje.

« Esta brillantina se encuentra en mi negocio y soy el único depositario, a tres mil réis el frasco... a tanto la docena...manera de emplearla...etc., etc.... »

¡América continúa siendo la tierra privilegiada de la publicidad !

Los monumentos antiguos casi no existen en la capital del imperio brasileño ; uno de los raros vestigios del siglo XVI es la iglesia del monasterio de San Bento,

⁽¹⁾ El 15 de septiembre de 1875, un decreto imperial amnistió sin condiciones los obispos de Pernambuco y del Pará. (NdA)

construido en un estilo español de mal gusto ; el interior del edificio es sin embargo notable por sus doraduras sobre madera con el cual está cubierto el cielo raso.

Si se encuentran pocas huellas de la ocupación extranjera en estos países es porque los primeros europeos que llegaron aquí no tenían ninguna intención de establecerse. Estaban muy apurados por recoger el oro y las piedras preciosas, de retirar de este suelo tan rico todo lo que podían arrancarle, y casi no pensaban en construir un edificio que tuviera la más mínima solidez. Los portugueses vinieron a « acampar », y esta idea se encuentra hasta el día de hoy en la arquitectura sin gusto de las casas y la falta de interés de los habitantes por la comodidad.

Hace solamente pocos años que se ha querido dar un impulso de hermoamiento a esta ciudad, que la naturaleza quiso rodear de un marco tan magnífico. Al emperador se debe la iniciativa de construir grandes hospitales, pero también la de construir varias plazas y jardines espaciosos, de un gran número de monumentos públicos y especialmente de escuelas excelentes. Durante su largo reinado, don Pedro II se ha ocupado en primer término de la instrucción pública. A menudo me encontré sorprendido de encontrar en Brasil, en pequeños poblados, una escuela mantenida con un cuidado y un lujo en su instalación que darían envidia en las aldeas más civilizadas de Europa. Desgraciadamente, fuera de los grandes centros, el celo de los padres corresponde menguadamente a la actividad desplegada en la cúpula gobernante y la instrucción primaria es menos generalizada en el imperio que lo que podría serlo, según el poderoso apoyo que le ha sido dispensado.

La Cámara de Diputados y el Senado celebran sus sesiones en dos palacios diferentes ; estos edificios no tienen nada de especial desde el punto de vista monumental, pero las reuniones que tienen lugar en ellos están a veces llenas de enseñanzas útiles a quien quiere estar informado de los intereses tan numerosos y variados de este inmenso imperio. Las cuestiones más graves y a veces las más candentes son discutidas ahí siempre con gran dignidad de conducta y de lenguaje, que podría con razón servir de modelo a muchos parlamentos europeos.

El jefe del imperio abre en persona cada año el período legislativo. Llega al palacio del Senado con gran gala, en cortejo, acompañado por la familia imperial y seguido de toda la corte. El emperador hace su entrada en la sala de sesiones llevando sobre la frente la corona imperial ; va vestido con un traje de raso blanco, casi enteramente cubierto por un inmenso abrigo de terciopelo verde briscado de oro, del cual un gran dignatario tiene detrás de él la larga cola. Sus hombros están cubiertos de una especie de esclavina hecha de plumas de « tucán » de tres colores : negro, rojo y amarillo. Llevando el cetro en la mano, Su Majestad toma lugar en el trono y lee el discurso de la corona. Todos los senadores y diputados en gran uniforme están reunidos en el recinto, mientras que en las logias relumbran las joyas y los diamantes que la emperatriz y todas las damas de palacio, en gran traje de etiqueta, hacen centellear en las tribunas. El conjunto de esta ceremonia es de un carácter completamente aristocrático y presenta cierto contraste con las maneras democráticas que toman de ordinario las solemnidades nacionales en Brasil.

La reapertura de las cámaras coincide con el comienzo de la estación relativamente fría ; en esta época la gente elegante deja sus lugares de vacaciones

para volver a Río con el fin de gozar, de mayo a diciembre, de su temperatura encantadora de los meses de invierno.

También comienza entonces el período brillante de la vida *fluminense*. Este nombre extraño designa todo lo que es relativo a Río ; así sus habitantes son los *fluminenses* y constituye el calificativo indispensable de todas las sociedades, de todas las empresas, de todos los productos de la capital. Este nombre tiene su origen en los primeros europeos que desembarcaron en esta magnífica bahía creyendo estar en la desembocadura de un gran río y como éso sucedió en el mes de enero, llamaron este lugar *Río de Janeiro* (el río de enero). El error es comprensible ; pero, ¿por qué los habitantes actuales insisten en llamarse *fluminenses*, es decir, los que viven al borde de un curso fluvial, mientras que se comprueba cada día más que no hay ningún río ?

Para recordar la fundación de su ciudad, los *fluminenses* honoran de manera especial san Sebastián, patrono de Río. En la capilla imperial se puede ver, encima del altar mayor, una estatua del mártir representado como siempre atado a un árbol y atravesado con flechas. La veneración popular hizo condecorar esta estatua con la orden del *Cruzeiro*, lo que produce un efecto muy singular al ver este santo engalanado llevando al pecho en forma de aspa, como único vestido, el gran cordón de la más estimada de las órdenes brasileñas.

En los bailes que de tiempo en tiempo da el *Casino Fluminense*, sus amplios salones se llenan de encantadores trajes salidos de las tijeras del gran Worth^(*) en persona. En el país de los diamantes es muy natural de ver centellear esa joya en gran cantidad, en medio de estas reuniones de la gente elegante ; pero a este respecto los pechos de los maridos hacen una terrible competencia a los bustos más graciosos, porque muchos hombres llaman la atención por la riqueza de sus condecoraciones, placas de órdenes, gemelos o botones de chaleco con piedras preciosas refulgentes.

Durante el día los paseos públicos están generalmente desiertos ; el único lugar muy animado es, a la hora del cierre de la Bolsa, la calle Ouvidor. En este espacio estrecho todo lo que Río cuenta en elegantes, de vividores o de ocupados se codean, se saludan, se cuentan las nuevas y se intercambian ideas. Es el club al aire libre ; por lo demás no hay ningún otro.

Dos veces por año sin embargo el *high-life fluminense* encuentra la ocasión de reunirse en los llanos situados no lejos de la ciudad, para asistir a las carreras de caballos. El Jockey-Club de Río está todavía en su infancia, mientras que la raza equina es susceptible de grandes mejoras. Los deportistas intertropicales están sin embargo llenos de ardor y de buena voluntad ; estas solemnidades hípicas los excitan muy particularmente y el día de las carreras, en vez de tomar lugar en las tribunas, los más elegantes se creen abligados a ir al hipódromo a caballo, con botas y con espuelas, vestidos con un traje que hace pensar que van a cazar el ciervo. Algunos lucen sobre el pecho una sarta de condecoraciones, que tuve la descaminada idea de tomar primero como medallas de salvataje ; pero se me dijo que tales insignias estaban destinadas a recordar las victorias pasadas de su cuadra.

(*) Charles Frédéric WORTH (1825-1895), gran costurero francés de origen británico.(NdT)

Algunos criadores han hecho venir ya, con grandes gastos, bestias de raza inglesa, y yo vi correr en la pista de « San Francisco de Paula » el primer caballo pura sangre nacido y criado en Brasil. ¡Quién sabe si de esos intentos no saldrá, un día u otro, el vencedor del Gran Premio de París !...

CAPÍTULO IV

Las minas de oro de *Morro-Velho*

El señor Gordon, director de las minas de oro de *Morro-Velho*, encontrándose en Río, donde tuve la oportunidad de conocerlo, me pidió acompañarlo en su visita a su explotación, que se encuentra situada a unas cien leguas hacia el norte, en la provincia de *Minas-Gerãis*.

Acepté con gusto. El objetivo de esta excursión me tentaba porque la ocasión era excelente par informarme en detalle sobre la manera de viajar en el interior del Brasil. Fue convenido de encontrarnos en *Juiz-de-Fora*, límite de la región recorrida por líneas férreas o caminos transitables.

Desde Petrópolis se llega a este lugar sirviéndose de la berlina inglesa que, partiendo al alba, sigue una ruta llamada *Unido e Industria*, construída y mantenida con gran cuidado.

Primero se sigue el río que riega Petrópolis, el *Piabana* ; se pasa por cerros cubiertos de bosques, con ricas plantaciones de café, encontrándonos a cada vuelta del camino con un paisaje nuevo, siempre variado. A medio camino, la ruta atraviesa, por un puente construído intrépidamente, el río *Parahyba*, que separa los estados de Río y de Minas ; luego se interna en la orilla izquierda del *Parahyba*, yendo a lo largo de hileras de agaves, especies de áloes gigantescos, o de murallas de bambúes que forman por encima de la cabeza un encantador arco de verdura.

Las cuatro o seis mulas enganchadas al vehículo son cambiadas cada hora y recorren la etapa a pasos que a veces toman proporciones de velocidad inquietante. Llegamos a *Juiz-de-Fora* hacia las seis de la tarde, luego de haber recorrido con presteza en una jornada ciento cincuenta kilómetros.

La Compañía que construyó esta hermosa vía de comunicación, sin duda quiso dar al viajero que penetra hacia el interior un buen recuerdo de las delicias de la civilización, puesto que hizo construir ahí un hotel excelente, reputado con razón de ser el mejor del Brasil. Igualmente estableció en el pueblo de *Juiz-de-Fora*, fundado por ella, una escuela de agricultura dirigida por hombres competentes ; desgraciadamente este establecimiento carece de alumnos. Verdaderamente es de lamentar que los plantadores locales no aprovechen como se debe de una institución que está tan cerca de ellos, donde sus hijos pueden aprender, en primer lugar, todas las cosas de ciencia y de experiencia útiles en una gran explotación.

No lejos de ahí, en la montaña, se encuentra una colonia de alguna importancia formada casi exclusivamente por tirolese ; el paraje es particularmente pintoresco, porque los colonos dieron a sus viviendas, esparcidas en medio de los bosques que desbrozan, el estilo de las bonitas construcciones de su país natal.

El día convenido, las diferentes personas que debían componer nuestra pequeña caravana se encontraron con puntualidad en el lugar. Montamos buenas mulas ágiles y vigorosas, que muy tarde en la noche nos condujeron a nuestra primera etapa, el *rancho* (refugio) de *Gonzaga*, cuyo aspecto bajo el claro de luna no es nada atractivo.

Al día siguiente, al alba, nos pusimos de nuevo en camino. La etapa se alarga delante nuestro monótona y sin incidentes. Aprovecho para examinar mis compañeros de viaje. A la cabeza va el señor Gordon, director de las minas de oro, nuestro cicerone y anfitrión ; es de una amabilidad a toda prueba, atento en toda circunstancia ; es un agradable compañero cuya conversación es preciosa e interesante ; porque instalado desde hace tiempo en estos rincones, sus conocimientos son extensos y variados sobre todos los temas.

Entre los jinetes de nuestro grupo hay uno que es esperado con impaciencia en *Morro Velho* : es el Reverendo Ward, capellán del navío inglés anclado en Río. Él debe celebrar las nupcias de Miss Gordon ; prometida desde hace meses, espera la llegada de un pastor para casarse. Podemos imaginar que « pequeño dios » protegerá nuestro camino.

A veces caeríamos en la turbación o en el silencio, si no estuviera el *senhor* Márquez, jefe de la tropilla, para ayudar a distraernos. Es un viejo portugués, hombre de confianza, antiguo empleado de la Compañía cuyas funciones consisten en llevar cuatro veces por año el convoy de oro a Río de Janeiro. Mientras camina, el *senhor* Márquez recita Camoëns ; nos habla de los esplendores del Portugal, pero da una gran importancia a la *Cidade do Oporto*, su ciudad natal, de la cual enumera con orgullo la hermosura y las grandezas.

En cuanto a su subalterno, el negro Antonio, nos precede majestuosamente llevando una librea celeste con botones de oro y anchas bocamangas amarillas ; un sombrero de copa alta, cubierto de tela encerada, adorna su cabeza de ébano, mientras que sus largas piernas se pierden en inmensas botas replegadas sobre la rodilla. Este botones lleno de color lleva bajo el brazo una gavilla de quitasoles.

Detrás nuestro vienen las mulas de repuesto a trote corto, bajo la conducción de un hermoso esclavo negro ; en seguida, más lejos, toda la *tropilla* (caravana de mulas)

que se compone de unas treinta bestias cargadas con equipajes, cajas y mil y una cosas necesarias a una instalación material como la de *Morro Velho*, donde las provisiones sólo llegan cada tres meses.

Los caminos son malos, la ruta es extremadamente montañosa, pero el paisaje es poco variado. De tiempo en tiempo cruzamos otros viajeros como nosotros, a veces grandes y pesadas carretas con ruedas macizas y chirriadoras tiradas por dieciocho bueyes enyugados de a dos. Por todos lados se divisa en medio de los brezales una multitud de hormigueros que se elevan en conos de hasta veinte pies de altura, o bien bandadas de buitres llamados *urubúes*, que se encarnizan con los numerosos cadáveres de mulas y bueyes abandonados a lo largo del camino.

Estos pájaros tan feos como útiles son muy reputados en Brasil, donde están protegidos si no por la ley por lo menos por la costumbre ; en efecto, nunca nadie se ha aventurado a matar uno de ellos. Por éso se les ve en Río en bandadas enormes abatirse sobre los techos ; conozco algunos barrios donde son tan numerosos que los árboles, el maderamen de las casas y todos los puntos donde se encaraman, están negros de ellos. Por lo demás son los únicos empleados serios de la higiene pública en el país ; son también un poco agentes de policía ya que a veces ayudan a descubrir, en lugares aislados, el rincón donde fue tirado el cadáver de un viajero víctima de una mala pasada.

A este respecto, han debido tener mucho trabajo en los bosques y zanjones de mala muerte que vamos atravesando en la *Serra do Mar*, ya que las numerosas cruces de madera diseminadas a lo largo del camino y que recuerdan que ahí fue enterrado un malaventurado occiso, dan qué pensar sobre la seguridad del lugar. Pero muy felizmente parece que hoy los salteadores de estos parajes están completamente inactivos.

Al término de una fatigante jornada en la que fuimos engeguedidos por una atroz y sofocante polvareda, nos detenemos a algunos kilómetros de *Barbacena*, en casa del *senhor* da Costa, mayor de la guardia nacional. –No hay que asustarse por los disturbios que podría provocar este cuerposeudomilitar ; felizmente para el Brasil, la guardia nacional sólo cuenta con mayores !...

Por lo demás nuestro anfitrión no tiene nada de belicoso y se entrega a la apacible industria de cigarrillos liados en hojas de choclo. Nos dice que obtiene un ingreso anual de unos cincuenta mil francos al cultivar él mismo el tabaco y empleando sus esclavos en esta fabricación que es de las más sencillas. Por mi parte, estos cigarrillos locales me gustan bastante por su gran fuerza, pero también por su gusto excelente y muy fino.

De *Barbacena* tuvimos que hacer largas jornadas a caballo, partiendo al alba y deteniéndonos a la caída de la noche. A veces quedaba embelesado y encantado con los colores extraños que se ofrecían a nuestros ojos ; los matices infinitos del horizonte se confundían insensiblemente con el cielo, mientras que en primer plano la combinación de las diferentes materias que componen el suelo profundamente quebrado, lo volvían a veces rosa, a veces rayado de rojo amapola, de amarillo, de violeta y pardo, formando un conjunto de colores de un efecto incomparable.

Al atravesar la *Serra dos Taipas* divisamos una inmensa extensión de terreno absolutamente inhabitado ; en diversos puntos, una larga columna de humo se escapa en espirales de algún bosque en llamas y derrama en el aire una nube tan espesa que, hacia el sur, el disco del sol nos aparece como en una neblina opaca. A lo lejos, tropas de monos lanzan sus aullidos siniestros ; un vuelo de loros pasa por encima de nuestras cabezas ; luego es un águila que levanta su vuelo majestuoso delante nuestro.

El estado del camino es indescriptible ; los derrumbes ocurridos durante la estación de lluvias sólo han dejado una serie de grietas en medio de las cuales el trazado de la ruta ha desaparecido. Entonces se está obligado de rodear esos hoyos abiertos y es gracias a los esforzados mulos, cuyo pie seguro no vacila nunca, que se pasa por todas partes casi sin peligro. A veces, al amanecer, encontramos en estas alturas la tierra completamente cubierta de una escarcha blanca, provocada por el frío de la noche ; pero rápidamente el sol la hace desaparecer.

En *Machina de ferro* atravesamos una montaña de una riqueza mineral notable : el camino, los guijarros, las rocas son de fierro, y los cascos de nuestros caballos golpean el metal casi puro, que se encuentra ahí en una proporción de 80 a 90%, incluso a flor de tierra. Estos yacimientos se quedan desgraciadamente casi inexplorados en razón de la dificultad en los transportes, del precio excesivo de la mano de obra y de la falta de hulla, la cual es reemplazada por la leña, único combustible empleado y que se revela insuficiente.

Al término del séptimo día de nuestro viaje llegamos a orillas del *Rio das Velhas* donde se encuentra *Morro Velho*. Un grupo de jinetes espera nuestro pequeño grupo en el límite de la concesión : son los oficiales de la *S. John d'el Rey mining Company*, que vienen a desear la bienvenida a su *superintendente general*.

El señor Gordon, en efecto, estuvo ausente durante varios meses, por lo que se le quiere recibir como conviene : los petardos le desean un feliz regreso y a la entrada del pueblo una banda de música, tocando marchas brillantes, se pone a la cabeza de nuestro verdadero cortejo.

Penetramos en el patio de la vivienda ; una nube de negritos vestidos con librea original se precipitan a la cabeza de nuestras monturas, mientras echamos pie a tierra para ir a saludar a la señora Gordon y su hija, que nos esperan en la veranda. Al ver al Reverendo, ciertos ojos brillaron con alegría no disimulada: ¡la espera había parecido tan larga!

En lo que a mí respecta, humilde laico, cuya venida no era esperada con tanto ardor, aproveché para retirarme en mi habitación para gustar en ella las delicias de frescas abluciones. Cuando se ha debido soportar el polvo del camino durante varias centenas de millas y que uno se ha sentido a muchas leguas de la civilización, encontrar una hermosa casa de campo inglesa es una verdadera ganga, con todos sus refinamientos de lujo y comodidad que los súbditos de Su Majestad Británica tienen la buena idea de llevar consigo por doquier.

Al día siguiente temprano, me despertaron los ruidos de las máquinas que hacen el oro, o más bien que lo liberan de todas las materias con las cuales está envuelto.

Sabía ya, por los relatos de nuestro anfitrión, que esta explotación, que hoy se encuentra en plena prosperidad, había pasado por grandes infortunios. Hace siete años, todo caminaba de maravillas ; la veta de oro que se explotaba era abundante, cuando de repente, sin que nada haya podido anunciarlo, el fuego se declaró en la mina. En algunas horas, el maderamen que sostenía el trabajo de basamento de la galería ardió ; torbellinos de llamas y de humo se escapaban por las salidas e impedían aportar cualquier socorro.

Entre dos males, con mucha presencia de ánimo, el director supo elegir el menor : recurrió a la inundación completa. Entonces hubo un período de tres años durante el cual los trabajos recomenzaron penosamente ; nuevos accidentes se sucedieron con intervalos bastante alejados, para destruir cada vez el fruto de largos esfuerzos ; luego, un día, un derrumbe espantoso causado por los estragos del incendio y de la inundación, destruyó al mismo tiempo las galerías y los pozos. Esta vez, la mina estaba absolutamente perdida.

Pero dotado de la tenacidad propia a su raza, el señor Gordon se obstinó ; cavó otros pozos, reparó sus máquinas y reencontró el filón ! Hoy la prosperidad renace y las acciones de la Compañía de *Morro Velho* son tan demandadas en la Bolsa como hace siete años.

Emprendimos la exploración de la mina de oro bajando en una de las cubas que de ordinario vuelven vacías luego de haber subido el mineral desde el fondo. Este descenso de alrededor de cuatrocientos metros no tuvo nada de interesante ; sin saber por qué se piensa, durante el recorrido, cómo quedarían los viajeros de la cuba al fondo del pozo, si la cadena llegara a romperse. Las diferentes capas que se atraviesan, antes de llegar al precioso metal, son solamente de pizarra ; esta materia forma igualmente la base de la veta donde se encuentra el oro.

La cadena cesa de desenrollarse entre las paredes estrechas y penetramos en una amplia caverna. A la vista de estos muros opacos y grises, chorreantes de humedad ; de estos negros que atacan la piedra a golpes de picota y cuyos torsos desnudos cubiertos de sudor relucen al resplandor de las antorchas, sentí primero una cierta sorpresa : no me había imaginado así una mina de oro y me habría creído más propiamente en una mina de carbón.

Los cantos de los trabajadores ocupados en otras galerías parecen salir de las mismas entrañas de la tierra ; recorremos sucesivamente estos diferentes trabajos subterráneos, acogidos en cada nueva excavación por los sonoros *¡viva!* con que nos saludan los mineros.

Como no se puede distinguir al ojo el mineral aurífero del que no lo es, nos contentamos con creer en la palabra de nuestro guía, que a veces nos hace pasar por corredores donde hay que avanzar casi arrastrándose ; otras veces nos pide pegarnos contra las paredes húmedas para dejar lugar a las vagonetas cargadas de mineral, que se encaminan hacia el orificio.

Tenía prisa por dejar estas profundidades, cuya visita presentaba por lo demás poco interés, y volvimos a la superficie por un pozo diferente. Éste sirve para dejar paso a los tubos de cuatro bombas que funcionan sin interrupción para extraer el agua de la nueva mina y sobre todo para vaciar las antiguas galerías inundadas. ¡Pero la

ascensión de los mil doscientos escalones es penosa, por escalas derechas ! Confieso que vi de nuevo el cielo con gran contentamiento.

La roca de la cual se extrae el oro está compuesta de cuarzo mezclado en fuerte proporción al carbonato de cal y severamente impregnado de fierro, de arsénico y de piritas de cobre. Los bloques triturados, pero de grosor desigual, son llevados a la superficie y echados en un galpón donde los obreros los reducen a pedazos de igual volumen. Se les vierte entonces poco a poco en amplios embudos donde, por un ingenioso sistema de plano inclinado entregan cada uno sólo una piedra a la vez a una gruesa mano encargada de triturarla. En el momento actual hay una centena de estos trapiches que funcionan noche y día ; ¡ imagínense el alboroto !

Reducida a un polvo extremadamente fino, la materia pulverizada cae en un tamiz de alambres de cobre donde encuentra una corriente de agua que la lleva a través de los tejidos bastante apretados de esta tela metálica. El agua barrosa de color pizarra corre entonces en conductos dispuestos en plano inclinado de cerca de unos quince metros de largo.

Estas acequias están tapizadas con pieles de buey yuxtapuestas que miden cada una tres a cuatro pies de largo por un pie y medio de ancho, cuidando de conservar los pelos destinados a contener el polvo de oro. En efecto, este metal, más pesado que todos aquéllos con los cuales componía la piedra, es necesariamente el primero a engancharse en las pieles, que la corriente de agua toma a contrapelo.

El largo de los conductos asegura un tiempo de desagüe suficiente para que la mayor parte del oro se deposite, mientras que el cuarzo pulverizado y casi todo el cobre son arrastrados por la corriente. Entonces queda sobre las pieles una especie de lodo negruzco, que contiene en su mayor parte arena, arsénico y oro.

Al operar el lavado a la manera primitiva, se puede ya separar el precioso metal ; pero en la práctica esta operación sería demasiado larga. Sin embargo, para darnos una idea de ello, nuestro anfitrión quiere hacer efectuar la experiencia delante nuestro. Una negra recoge el contenido de dos o tres pieles, lo vierte en un gran plato de madera, luego pone un poco de agua y comienza a sacudir suavemente con la mano su escudilla, dejando escapar cada vez la arena mezclada al líquido. Poco a poco todas las materias extranjeras desaparecen ; se puede ver en la vasija un color amarillento cada vez más pronunciado y para terminar, el oro se encuentra completamente liberado ya que, siendo más pesado, se quedó en el fondo. Es el método de los chinos en California ; es también el sistema empleado por todo minero que, en búsqueda del oro, quiere probar cualquier mineral en el cual sospecha su presencia.

Pero se ha encontrado un mejor medio para las minas que producen grandes cantidades de cuarzo aurífero : el lodo recogido en las acequias es transportado en toneles, donde es sometido a una rotación continua que dura veinticuatro horas ; el oro, y solamente este metal, se amalgama con el mercurio que se agregó previamente. Entonces se vierte todo el contenido de los toneles en tinas llenas de agua, sometido a un movimiento de vaivén fuertemente sacudido. La amalgama, muy pesada, va al fondo, mientras que las otras materias, levantadas con el agua, se escapa por agujeros practicados con ese fin. Sólo queda coger la amalgama que está separada en bolas del

tamaño de una manzana las que, apretándolas con fuerza a la mano en pieles de gamuza, se obtiene que el mercurio se escape en gran cantidad a través de las fisuras ; pero está lejos de haber desaparecido completamente.

Para llegar a eliminarlo por completo, se depositan estas bolas en platillos que van al horno, donde son sometidas a la acción de un fuerte calor : el mercurio se volatiliza y, separándose completamente del oro va a enfriarse al aire exterior, en un recipiente, donde es recogido para que pueda servir nuevamente. He aquí pues el oro completamente libre, para ser fundido en hermosos lingotes de un valor de 500 libras esterlinas, es decir, 12.500 francos.

La mezcla de agua y de materias minerales de las que acabo de hablar y que transportan el oro pulverizado, es tres veces recogida y tres veces sometida a los mismos procedimientos para extraerle tanto como sea posible todo el material que contiene. Luego de estas operaciones, la arena es puesta de lado y conservada ; en el caso en que un nuevo accidente ocurriera en la mina, los trabajadores podrían ser empleados útilmente a retirarle la cantidad de oro, relativamente mínima, que le queda todavía.

El agua es la que mueve todas las máquinas, y como ella es poco abundante, hábiles ingenieros la han programado tan bien como para poder utilizarla lo mejor posible. Es por éso que al primer vistazo se ve por todos lados un conjunto incomprensible de acequias, de maderámenes, de ruedas gigantescas en movimiento continuo.

Pero rápidamente uno se da cuenta que el genio del hombre está ahí, dirigiendo toda esta aparente confusión... y se admira una vez más la ciencia que llevó a encontrar el oro ahí, donde es invisible, y que supo separarlo de las materias al medio de las cuales la naturaleza lo había escondido.

El rendimiento del oro en *Morro Velho* aumenta desde hace algún tiempo en proporciones que merecen ser señaladas. Así veo que en octubre de 1873 se extrajo por un valor de 6.500 francos ; en diciembre, esta cifra se elevaba a 72.000 ; en febrero de 1874 era de 255.000, mientras que en el mes de abril siguiente alcanzaba a 350.000 francos. Los resultados serán bastante más considerables todavía cuando la Compañía tendrá a su disposición un número suficiente de máquinas y de pozos de extracción ; ella cuenta alcanzar tales objetivos antes de dos años.

Toda la cuestión, para el futuro, es de saber si *la veta continuará*. En todo caso se está seguro que la explotación será lucrativa por lo menos por algunos años ; por éso las acciones de la *S. John d'el Rey mining Company*, de un valor nominal de 100 libras esterlinas, no pueden ser compradas en este momento, en la plaza de Londres, por el precio de 250 libras.

En la explotación de *Cerro Velho* están empleados cerca de mil doscientos trabajadores ; de entre ellos, quinientos son extranjeros o autóctonos, blancos o negros, siendo sus servicios retribuidos según las capacidades de cada uno de ellos. El resto de esta población de mineros está compuesto de esclavos.

Un domingo, el señor Gordon nos hizo asistir a una curiosa revista : hacía la inspección de los esclavos de la Compañía. Ahí vi alineados sobre el césped, frente a la morada, más de quinientos negros, hombres, mujeres o niños todos con uniforme. Las mujeres llevaban un refajo blanco, un chal abigarrado y un pañuelo rojo en la cabeza ; sus capitanes femeninos, ubicados a la cabeza de la fila, se distinguían porque llevaban un chal rojo con cintas del mismo color cosidas en círculo en torno del refajo según la importancia de su grado. Los hombres tenían un pantalón blanco, una blusa azul con solapas rojas y una pequeña toca ; sus capitanes lucían una chaqueta con las insignias de su grado en las mangas.

Grandes y pequeños, de los dos sexos, alineados como podían, están ahí formando un cuadrado y soportan la inspección. El excelente director pasa delante de sus tropas ; nada le escapa y distribuye a quien lo merece un reproche o una felicitación. Por lo demás tiene razón de estar contento ya que todos están admirablemente presentados y reflejan la salud y la satisfacción .

Era extraño este espectáculo representando una escena de esclavitud en un medio tan inglés como el que nos rodeaba. Para completar el cuadro, al centro del cuadrado formado por los negros, se elevaba un gran mástil encima del cual flameaba orgullosamente el pabellón de Su Majestad Británica... ¡y los pliegues de la bandera inglesa cubrían suavemente con su sombra ondulante todas esas cabezas de esclavos ! -¡Filantropía y mistificación !...

El casamiento de la señorita Gordon fue para la colonia la ocasión de un gran número de festejos, a los cuales participamos con gran gusto. Un día entre otros, nuestro huésped dio un gran baile donde fueron reunidas todas las notabilidades y todas las bellezas del lugar. Gran sala adornada con ramas de naranjo en flor, brillante orquesta, banquete, nada faltaba.

Se bailó con entusiasmo las danzas nacionales, tales como el *ferro-fogo*, cuya ejecución consiste en golpear acompasadamente con los pies y las manos ; y la *moreninha*, ritmo de polka interrumpida por un *bolero*, donde se reemplazan las castañuelas por un hábil castañeteo de los dedos. Si los originarios del lugar, especialmente las mujeres, sobresalen en estos movimientos lánguidos, los colonos al contrario no logran tener éxito en este tipo de ejercicio, porque quieren, contra todo marco melódico, transformarlo en una giga irlandesa.

La ceremonia del casamiento tuvo lugar con la más perfecta e inglesa corrección ; compartí con mi amable compañero de viaje, el honorable H. Gough, secretario de la legación de Inglaterra, el honor de servir de testigo a los dos esposos. En el momento de partir, un trazo pintoresco se reveló en toda su magnitud : la joven, en efecto, luego de haber retirado su vestido blanco, reapareció con un elegante traje de amazona ; el novio volvió con botas y con espuelas ; hubo abrazos en la escalinata, luego de lo cual saltan a caballo y parten al galope, mientras que padres y amigos ponen en práctica una costumbre antigua del país natal : tiran por los aires sus viejas pantuflas para augurar la felicidad a la nueva pareja.

Camareras, domésticos, esclavos, equipajes, todo desfila con presteza apresurándose al mismo ritmo que sus amos. Hoy tendrán que hacer cuarenta kilómetros y otro tanto mañana y pasado mañana, para llegar donde ellos.

Yo también, pero menos poéticamente, me puse en camino al otro día y mi única conversación fue de intercambiar opiniones, mientras cabalgábamos, sobre el celibato con Su Reverencia el capellán Ward.

Sentí mucho tener que renunciar a extender mi excursión hasta las orillas del *Río Doce*, distante de unas veinte leguas ; ahí habría podido visitar los indios *botacudos*, que acampan en las selvas salvajes ; o bien pasar por *Diamantina* para buscar diamantes en el lecho del río. Pero no me quedaba el tiempo suficiente, porque tenía que volver en día fijo a Río de Janeiro.

Nuestro camino de regreso se realizó casi sin incidentes. Habíamos modificado ligeramente el itinerario que seguimos al venir y tuvimos que pernoctar en una ciudad llamada *Congonhas de Campo*, que contenía de ordinario dos mil habitantes, pero que con motivo de una gran feria se encontraba atestada con catorce mil viajeros autóctonos. Dejo a la imaginación del lector de ver el cuadro del conjunto de negros y negras, de bestias de cuatro y de mil patas en que tuvimos que pasar la noche, durmiendo al sereno sobre cueros de buey.

Al proseguir nuestro camino, felices de dejar bien lejos esta multitud abigarrada y hormigueante, encontramos en un bosque solitario un hermoso puerco espín, que uno de nuestros negros capturó. El hombre pudo darse cuenta hasta qué punto este animal posee excelentes defensas ; porque habiendo estirado la mano con imprudencia para cogerlo vivo, se sintió picado por una cantidad de dardos que como flechas se clavaron en su piel, causándole vivos dolores. Mientras tanto, como habíamos dominado la situación, consentí abandonar en beneficio del Reverendo esta presa que él ambicionaba, comunicándome luego la alegría que sentía al donarla al zoológico de Dublín. Desgraciadamente, tuvimos el pesar de constatar que el puerco espín había hecho un boquete en su jaula de bambú y desapareció para no gozar de tan grande honor !

CAPÍTULO V

La fazenda imperial de Santa Cruz.- La esclavitud y los esclavos en Brasil.

En el curso de una velada en la Legación de Francia, a la que el emperador asistió, la conversación se dirigió hacia el tema de las *fazendas*; Su majestad propuso al ministro Noël y a su señora de visitar su dominio imperial de Santa Cruz, y tuvo también la gran amabilidad de pedirme de acompañarlos en esta excursión.

Esta propiedad de la corona está situada al borde del mar, a algunas leguas al sur de Río. El palacio, construído sobre una elevación de terreno, forma un inmenso cuadrado cuyo centro está ocupado por una iglesia. Por lo demás, es más bien un convento que un castillo, levantado ahí antaño por los jesuitas. Desde entonces, el rey del Portugal, Juan VI^(*), lo había tomado para hacer de él su residencia favorita. El lugar debía convenir muy bien a las ideas de exilio del soberano desposeído, ya que la vista que se despliega al pie de esta elevación es de una gran melancolía.

Por todas partes sólo hay llanos inmensos, limitados a lo lejos por una cadena de montañas o por el mar; únicamente algunas hileras de altos cocoteros cortan las líneas uniformes de este horizonte.

En torno de una gran terraza se encuentra agrupada la aldea, casi exclusivamente habitada por negros, en número de dos o tres mil; hasta hace poco eran esclavos, pero gracias a la famosa ley de emancipación de 1871, el emperador los liberó. Hoy sólo deben a la *fazenda* un cierto número de días de trabajo, tributo que por lo demás pagan de manera muy imperfecta. Al pasearnos frente a sus cabañas vemos que los negros se inclinan delante de nosotros con todas las demostraciones de un profundo respeto; nos piden la *benção* (bendición) o bien nos desean la bienvenida en nombre

^(*) Juan VI de Portugal, llamado *El Clemente* (Lisboa, 1867-1826), Regente de 1792 a 1816, se retiró al Brasil en 1807 para huir de la invasión francesa. En 1821 volvió al Portugal para reinar, luego de haber aceptado la Constitución votada por las Cortes. En 1825 perdió el Brasil. (NdT)

de Nuestro Señor Jesucristo. Esta fórmula de saludo, en uso casi entre todos los esclavos del Brasil, es sin duda un vestigio de las misiones ; ella degeneró en una especie de silbido que consiste en decir un Jsus Cris más o menos ininteligible para el que no conoce el significado. Es de buen gusto responder a esta piadosa exclamación con un : *Para sempre*.

La noche de nuestra llegada, el intendente encargado de hacernos los honores de la *fazenda*, nos había preparado un espectáculo bastante original. Vemos llegar, con actitud misteriosa y grave, quince o veinte negras, todas de edad respetable y vestidas con trajes más típicos que completos. Se ubicaron en corro en la sala donde nos encontrábamos y entonaron en coro una melodía extraña, casi salvaje. Luego, cada una a su vez entra en el círculo y al medio de sus compañeras que brincan, se entrega a contorsiones muy raras. Una vez es la danza del *maribundo* (avispa), recordando con los gestos mas groseros la *danza de la abeja* que ejecutan estas graciosas almeas ; ora es el *pé di pato*, que consiste a imitar el paso pesado del pato, ora el *lundu*, con movimientos brincados y bruscos. ¿No será que el cancán es un privilegio de la civilización ? En todo caso, al ver estas pobres viejas africanas entregándose a esta danza típica, no se puede poner en duda que ahí se encuentran los verdaderos comienzos de la coreografía primitiva.

Siempre acompañándose, unas con una pandereta, otras con un coco vaciado, al interior del cual se agitan granos de plomo, muchas de estas hechiceras llevaban, amarrado a la espalda, un niño de algunos meses. Tal paquete no parece molestarles ni para bailar ni para gritar, y los pobres morenitos, o bien dormitaban tranquilamente o bien llevaban ya el compás del paso macabro de sus extrañas madres con sus pequeñas cabezas crespas. Animándose cada vez más entonaron luego una especie de letanía ininterrumpida de gritos, ejecutando poses grotescamente plásticas. Luego, la más inspirada del grupo, dirigiéndose a cada uno de nosotros improvisó, siempre en el mismo tono, algún cumplido de bienvenida ; el estilo era sobrio y la intención excelente ; retuve esta frase ingenua : « ¡Ustedes que vienen de la ciudad, el camino les fue feliz cuando venían ; ojalá que les sea feliz cuando regresen ! ».

Este canto, estos gritos y estas danzas parecen ser un atributo de los mayores, un sacerdocio que los otros consideran con respeto. ¿De dónde les viene esta tradición ? Creo que estos africanos trasplantados en tierra de América, adaptaron sus melodías y sus danzas nacionales a letras y cantos que les enseñaron los jesuitas ; de ahí viene sin duda esta mezcla de religioso y de salvaje.

En la misa del domingo escuché estas mismas mujeres salmodiar en la iglesia, en un tono del mismo tipo ; sin embargo debo confesar que frente al facistol olvidaban sus poses excéntricas.

Otra noche se nos ofreció un baile donde fueron reunidas todas las bellezas indígenas que, de una u otra manera, estaban relacionadas con las notabilidades de la comarca. La orquesta, por lo demás bastante buena, estaba compuesta exclusivamente por negros de la *fazenda*. Las damas eran de todos los colores y, según la moda del lugar, llevaban un corpiño del cual eligen los matices en tonos tanto más vivos cuanto sus hombros y su tez son morenos oscuros.

La fiesta fue encantadora y muy animada ; por desgracia yo no conocía bien todavía la lengua portuguesa, de modo que con gran pesar no pude gozar de todas las riquezas de esta amable sociedad. Sin embargo, conocía lo suficiente como para conmoverme con una respuesta, tan ingenua como inesperada, que me dio una deliciosa morenita cuya cintura bien ceñida dibujaba sus graciosos contornos en una tela de seda color amarillo canario.

Cuando la cumplimentaba, de manera muy conveniente, sobre su conjunto deslumbrante, me respondió, bajando modestamente los ojos : *As suas ordens, senhor*, lo que me habría con seguridad encantado, como asombrado, si no hubiera sabido ya que tal expresión es una gentileza tan común como : *a la disposición de usted*, de los españoles.

En las diversas excursiones de caza o de paseo que tuve la ocasión de hacer en las inmediaciones, me llamó la atención de encontrar en todos lados numerosas huellas de la civilización traídas antaño por los jesuitas. Algunos establecimientos tales como una fábrica de alfarería, una curtiembre, un soberbio puente construido por ellos, testimoniaban que en otro tiempo esta región estaba muy particularmente bien explotada. Es interesante encontrar a cada paso estos vestigios dejados por la orden de San Ignacio ; la mayor parte de estas construcciones se encuentran hoy abandonadas desde que los civilizadores fueron expulsados de ahí, como de muchos otros lugares, para recompensarlos por los servicios que habían prestado.

Pero no es el momento, en verdad, de bosquejar aquí un proceso contra ciertos actos pasados del gobierno, justo cuando tengo frente a mí el gran ejemplo que acaban de dar el soberano y el Estado al liberar, en un generoso impulso para el progreso, todos esos hombres que me rodean y que ayer todavía cargaban las cadenas degradantes de la esclavitud.

Esta reflexión me viene naturalmente al espíritu al recorrer, rodeando completamente este dominio de la corona poblado únicamente de esclavos libertos, las *fazendas* que pertenecen a particulares. Ahí, dondequiera que dirija la mirada, diviso una larga fila de esclavos que trabajan penosamente la tierra bajo este sol de fuego, mientras que detrás de estos pobres seres, un *feitor* los vigila y los anima con ayuda de un *chicote* (látigo), instrumento que sirve demasiado a menudo como insignia del mando.

En Europa se tiene, muy generalmente, una idea bastante falsa de la esclavitud en Brasil. Esta institución, aunque fue abolida por la ley del 28 de septiembre de 1871, existe sin embargo todavía con todo su rigor, marcando un singular contraste con las numerosas manifestaciones de una civilización que por lo demás es muy avanzada.

Las estadísticas oficiales dan la cifra de un millón quinientos mil esclavos, por una población de un poco menos de diez millones de habitantes : ¡Más de un esclavo por cada siete habitantes !

Es inútil discutir sobre si el momento de abolir la esclavitud fue elegido oportunamente para la prosperidad del Brasil ; porque sin considerar los resultados de tal hecho y las consecuencias desastrosas desde ciertos puntos de vista del interés material, es imposible de no inclinarse ante la idea tan grande y muy generosa que

inspiró los gobernantes. El emperador contribuyó sobre todo en gran parte al mejoramiento de la suerte de los esclavos, y continúa ayudando todos los días con sus actos y por medio de sus palabras, al cumplimiento del voto, hecho ley, de la nación brasileña.

Como lo dejé dicho, desde la promulgación de esta ley y para servirle de corolario, todos los esclavos pertenecientes a la corona o personalmente a la casa del soberano, han sido liberados ; y hay que hecer justicia a los miembros del gobierno : no se ha levantado ni una sola voz en favor del mantenimiento de la esclavitud. Todos los representantes de la nación comprendieron que en ello estaba en juego, por el honor nacional, una gran cuestión de civilización y de progreso, entonces diputados y senadores hicieron generosamente el sacrificio enorme que tal cambio impone para el futuro. Si se levantaron discusiones en el seno de las cámaras en esta ocasión, ellas sólo tenían que ver con la oportunidad y la hora elegidos, pero en absoluto sobre la utilidad de la reforma propuesta.

La Ley N° 2040 , llamada comúnmente en Brasil *la ley de la libertad de vientre*, que sanciona este gran acto de humanidad, puede dividirse en dos partes distintas : 1° : ella declara libres los hijos que, a partir de esta fecha, nacerán de una mujer esclava ; 2° : ella se encarga de asegurar la liberación por medio de diferentes medidas con el fin de apurar lo más posible la extinción de la esclavitud.

De ello resulta que de aquí a veinte años, a lo más cuarenta años, el elemento servil habrá probablemente desaparecido del imperio. En efecto, fuera de los decesos y la liberación por los amos que, según las estadísticas, dan un cuociente de 5% en favor de la extinción de la esclavitud, la ley contribuye además declarando libres los esclavos que pertenecen a las sucesiones con ausencia de derechos, o aquéllos que son abandonados por sus amos. Estos últimos, en caso de abandono por causa de lisiadura, encuentran también protección legal ante el *juez de huérfanos*, que puede obligar al *senhor* a mantenerlos.

También fue creado un *fundo de emancipação* (fondo de emancipación) alimentado por el ingreso del impuesto sobre los esclavos, por el producto de ciertas loterías, por el pago de multas cobradas en virtud de esta misma ley, etc., etc.... Desgraciadamente esta excelente institución está aún en estado de formación y hasta ahora los fondos recogidos, que se elevaban a cerca de diez millones de francos, todavía no han emancipado a nadie. Aunque para ello hay una razón de peso, que es la dificultad que encuentra el gobierno para hacer beneficiar desde ya de esta ventaja a los individuos que están ya en derecho de ser elegidos, por temor de turbar peligrosamente la tranquilidad y la seguridad de los plantadores. Al ver que sus compañeros son liberados por ley, ¿podría el resto comprender por qué no son también liberados ? ¿No habría que temer que reclamaran una explicación por medio de revueltas y motines ?

Digámoslo, esta ley tan moral en principio no dejaría de traer consigo ciertas consecuencias enojosas provenientes de su misma aplicación. Quiero hablar de la influencia que tiene sobre el futuro de los recién nacidos y sobre el matrimonio de los esclavos. En el primer caso, ella impone al propietario de la mujer esclava que se hizo madre la obligación de criar este niño hasta la edad de ocho años. Para el amo es una carga pesada la de alimentar durante un tiempo en que esta criatura es sólo un gasto y

que, nueve de cada diez veces, le escapará el día en que su trabajo podría hacerse remunerador. En efecto, la ley asegura al propietario el derecho de utilizar, hasta los veintún años, el trabajo de los hijos nacidos libres, ¡pero cuántos mueren antes de cumplir diez años ! Y luego, ciertas restricciones, como el derecho que tiene el niño de exonerarse a muy bajo precio gracias a la facultad que se arroga el Estado de sustraer arbitrariamente el hijo nacido libre al amo de la madre esclava, son otras tantas posibilidades que van contra el trabajo eventual que podría entregar este individuo.

Por éso, de hecho, cualesquiera sean las causas, es que los propietarios cuentan poco con este trabajo y, desde el estricto punto de vista de sus intereses, casi creen no deber cuidarse de la suerte de los recién nacidos. Por éso escuché hablar de manera muy seria, en uno de los principales diarios de la capital, del gran número de abortos, de niños mortinatos y de niños muertos algunos días después del nacimiento, como consecuencia de una negligencia culpable de la parte de los amos.

En lo que respecta el matrimonio entre esclavos, la ley de 1871 tuvo por resultado de hacerlo desaparecer casi completamente de las costumbres. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando ella declara, en todos los casos de alienación o de transmisión de esclavos, la prohibición bajo la pena de anulación del acto, de separar los esposos de una parte, y los hijos de menos de doce años de sus padres, de otra parte ? Se hace, pues, infinitamente más simple de no celebrar matrimonios para facilitar, llegado el caso, las ventas y las transmisiones. Es justamente lo que sucede en realidad. Visité muchas *fazendas* y pude constatar siempre que el número de hombres casados es extremadamente restringido.

Sin embargo hay excepciones a esta regla y me acuerdo que cierto domingo el capellán casó solemnemente, ante todo el personal de la plantación, una pareja de esclavos. La feliz novia, negra como azabache, estaba completamente vestida de blanco y coronada con los tradicionales azahares ; pero estos emblemas parecen muy singulares cuando adornan más que esconden, a los ojos más distraídos, un estado interesante muy caracterizado. Nadie encontró raro aquéllo y yo fui el único en admirarme. ¿Qué es lo que hay de sorprendente ? Muchas de estas jóvenes esclavas, en efecto, se hacen madres desde los doce o trece años ; si son bonitas, si el matiz más claro de su piel las hace más atractivas, su belleza muy a menudo las ha destinado de antemano a adornar la casa del amo..., o de su intendente, que no querrá quedar de lado.

Sería muy difícil y muy arriesgado tal vez de tratar de dar una idea justa del tipo de moral que en tal materia dirige los caprichos, los sentimientos o los instintos de los diferentes propietarios de esclavos. Unos, y yo los creo numerosos, tratan sus esclavas de manera irreprochable ; otros, sea con suavidad, sea con amenazas, abusan de su juventud, de la impotencia en que se encuentran de poder resistir, y... ofrecen mil razones a la crítica de los moralistas. Por supuesto que la ley prevé estos abusos y los persigue ; ¡ pero la autoridad es fatalmente muy débil para castigar los delitos que provienen de una institución que ella debe todavía tolerar, mientras que de hecho ya la ha condenado !

Un novelista brasileño, el doctor Bernardo Guimaraes ha tomado del natural estas costumbres curiosas en una novela titulada *A escrava Isaura* ; bajo este título reunió

las situaciones más dramáticas : una joven y encantadora esclava cuarterona fue criada por su ama con todo el cuidado y el lujo puestos en la educación de una hija de buena familia. La protectora muere antes de haber liberado su esclava favorita que cae, por derecho de sucesión, en poder de un joven sin Dios ni ley. La persigue con ardiente pasión. Todos los instintos de la muchacha se rebelan a la idea de ser la cosa de este hombre que ella desprecia. Él quiere obligarla empleando incluso la tortura. Ella resiste y termina por darse a la fuga... Pero por la fuerza de la ley la desgraciada es pronto devuelta a su perseguidor... Por último -como es una novela- nuestra heroína encuentra quien la salve, comprándola y casándose con ella.

Imagino fácilmente como *Isaura* una encantadora joven sirviente que encontré un día en una *fazenda* ; su tez clara y sus cabellos rubios me llevaban a suponer que era una europea, por lo le pregunté si hacía tiempo que estaba en Brasil ; «¡ Por supuesto, me respondió, porque soy esclava nacida en la propiedad ... ! »

El elemento servil ha sido en todo tiempo y especialmente hoy, empleado en la agricultura ; de ello resulta que las provincias de Río de Janeiro, de Minas Gerães y de San Pablo poseen el mayor número de esclavos. Como los propietarios de las provincias del norte no tienen una necesidad tan urgente de esclavos para las explotaciones agrícolas, se deshacen cada vez más de ellos y los venden a los plantadores de café, quienes compran estos trabajadores a precios muy altos.

La jornada de los negros en una *fazenda* es larga y muy fatigante ; van al trabajo antes de la salida del sol y sólo tienen, en todo el día, una hora de reposo, durante la cual toman su comida. La penosa labor a la cual se entregan sólo se detiene en la noche, pero en muchos lugares se les obliga además al *serão*, trabajo efectuado a la luz del interior de amplias granjas.

En lo que respecta a su comida, ella se compone de una pasta hecha con harina de maíz ; se le agrega también una porción de porotos negros ; la *carne secca* (tasajo exportado (sic) del sur y de La Plata) les es dada, en algunas propiedades, dos o tres veces por semana, pero en otras muy raramente. Lo mismo pasa con las distribuciones de aguardiente y de tabaco, que varían en todas las *fazendas*. Creo que se puede evaluar en término medio el mantenimiento de un esclavo, bajo una buena y generosa administración, en 200 réis por día, es decir, 50 centavos.

Los dormitorios son, sea una sucesión de verdaderos nichos, sea salas comunes amobladas con una gran cama de campaña hecha con tablas ; cada esclavo extiende sobre este duro lecho una estera bien espesa hecha de juncos.

La vestimenta de los trabajadores consiste en una camisa y un pantalón de tela para los hombres ; un refajo para las mujeres ; todos tienen además un grueso chaquetón de lana destinado a protegerlos según el caso, del frío o de la lluvia.

En la mayoría de las grandes explotaciones se observan los domingos, o más bien un día de reposo semanal ; porque con el fin de impedir que los esclavos se reúnan con los de las *fazendas* vecinas , los propietarios eligen cada uno un día diferente que hace las veces de domingo para sus negros. Ese día descansan. Agobiados por las fatigas de la semana, raros son los que piensan en trabajar para sí ; sin embargo el amo les concede generalmente, muy cerca de la habitación principal, un pedazo de

tierra donde construyen una choza. Algunos cultivan alrededor de ella un poco de maíz, porotos, arroz e incluso café ; pero la actividad más seria siempre me pareció la crianza de gallinas, las que comparten con ellos sus cabañas y que, venido el momento se las comen o las venden, según las necesidades.

Una especie de jerarquía administrativa distribuye y controla el trabajo ; la autoridad se desplaza, pues, del *senhor* a su *administrador*, y de éste a los *feitores* provistos del látigo tradicional, verdaderos jefes de cuadrilla, muy corrientemente esclavos ellos mismos.

La disciplina es severa y dispone de un verdadero arsenal de castigos ; los más simples consisten en la privación de aguardiente y de tabaco o en la aplicación de la *palmatoria*, mango corto que lleva en su extremidad una rodaja de madera con la cual se golpea sobre la mano, que el culpable debe presentar para ello. Ésa es una corrección leve destinada a las mujeres y a los niños. En seguida viene la vara, que tiene varias puntas, al extremo de las cuales hay una bola de plomo ; se aplica sobre la espalda del culpable, indistintamente de uno u otro sexo, en un número de azotes proporcional a la falta.

El *tronco de pes* es un instrumento de castigo destinado a mantener el esclavo acostado en el suelo sobre el dorso sin que pueda mover las piernas. Para el efecto, se practica una abertura en una tabla cuya parte superior es movable y la parte inferior está fija en el suelo. El hombre tiene pues los tobillos empotrados en el cepo y no tarda a sentir el adormecimiento muy incómodo, que se hace cada vez más doloroso. El supliciado se queda a veces en esta posición días y semanas enteros, encerrado en algún cuchitril casi sin aire y sin luz. En regla general, sin embargo, se le suelta durante el día y se le envía al trabajo como los otros.

Entre las faltas penalizadas más severamente, las tentativas de fuga son consideradas como las más graves. A pesar de lo cual los ejemplos de esclavos fugitivos son frecuentes , aunque la suerte de estos desgraciados sea en todos los casos de las más tristes. Acosados y puestos fuera de los sitios habitados, no les queda otro recurso que el de errar por los bosques de donde salen por la noche para vivir miserablemente de robos y de rapiñas. Estos fugitivos se llaman *quilombos* y son peligrosos para la gente apacible ; a veces se reúnen y forman una temible banda de salteadores, que incluso la policía vacila a enfrentar. Pero el vagabundo termina siempre por hacerse coger, puesto que la ley castiga severamente a aquél que le da refugio ; entonces entra en un cruel período de expiación y durante largos años lleva, incluso cuando trabaja, sea grillos en los pies, sea un anillo de fierro en el cuello.

Varias veces he encontrado esclavos que llegan con la cara cubierta con una máscara de fierro prudentemente encadenada : tal precaución se tomaba para impedirles de comer tierra, medio de autodestrucción empleado por algunos de entre ellos para poner fin a sus execrables existencias

En las ciudades, la policía pone en el calabozo los esclavos que le envían para ser encarcelados ; ella se encarga incluso de propinarles latigazos si ése ha sido el deseo de su amo. Sin embargo la prisión y los castigos corporales están en ese caso siempre sometidos a la discreción del « subdelegado de policía ».

¡Véase, pues la brutalidad de los medios ! Pero hay que decir , para justificar su empleo, que según la opinión unánime el temor del castigo produce su efecto sobre esas naturalezas incultas. Se asegura que la suavidad no puede ser suficiente para una sabia administración.

Sin embargo, el esclavo no trabaja solamente bajo la amenaza del látigo; también se lo estimula por medio de la recompensa. Frecuentemente, cuando cumple bien su tarea y que ella da más de lo que debe dar, su celo se encuentra remunerado con una pequeña gratificación pecuniaria. Parece que por medio de un trabajo asiduo puede llegar a economizar un monto considerable de alrededor de 125.000 réis, es decir un poco más de 300 francos por año. Pero en general este dinero, en cuanto es recibido desaparece en la compra de *cachaça* (aguardiente de caña), o de una multitud de cosas inútiles. Tales gastos son tanto más fáciles cuanto que ordinariamente los plantadores han instalado en la misma *fazenda* una *venda* o almacén que abastece los negros de todo lo que pudieran necesitar y donde según su generosidad, el *senhor* les vende toda suerte de mercaderías, sea a precio justo, sea tratando de asegurarse por ese medio cierto beneficio.

Muy naturalmente se presenta al espíritu el hecho que un esclavo, al ser capaz de ganar más de 100.000 réis anuales, si economizara solamente durante unos diez años, podría reunir un peculio suficiente para comprar su libertad, gracias en especial a las facilidades previstas por la nueva ley. Pero en la práctica no sucede así. Para comenzar, esta pobre gente en su mayoría ignora sus derechos a este respecto ; pude darme cuenta por mí mismo varias veces al interrogarlos ; luego, incluso cuando pudieran imaginar la libertad al cabo de sus sacrificios, no estoy seguro que esta meta pudiera ser un estimulante decisivo. Muchos de ellos han aceptado poco a poco esta triste existencia, y si llegaran a entrever en el estado de libertad la perspectiva ideal de no hacer nada, su carácter indolente en cambio no les da los medios de imaginar el porvenir. Y también este sentimiento tenaz que apega el hombre a la tierra, porque la ha regado con su sudor, y que lo liga a su amo, porque siempre lo conoció como tal, actúa con fuerza sobre estas criaturas primitivas. Tienen ahí una gran familia con la cual sus existencias, por decirlo así, se han identificado, y fuera de ella el mundo no existe.

Toda esta población africana trasplantada al Brasil ha conservado mucho de sus costumbres, de sus usos y de sus tradiciones comunes a las otras tribus de allende el océano. Su mismo lenguaje, especie de argot compuesto de palabras portuguesas y africanas, sólo es inteligible para ellos. Entre estos hombres existe el doble lazo del origen y el de la fraternidad en el cautiverio ; forman instintivamente una sociedad exclusiva cuyos miembros se reconocen y se ayudan si hay necesidad. Si llegaran a saber cuántos son, no hay duda que este millón y medio de parias sería capaz de causar grandes disturbios en el país ; por éso se da gran importancia al hecho de impedir que se encuentren en las plantaciones vecinas, lo que no está desprovisto de un fondo de prudencia.

Muchas veces se me mostró antiguos jefes de tribu que fueron hechos esclavos y a quienes los suyos trataban todavía con cierto respeto. Sin embargo, uno de ellos había él mismo hecho la trata de esclavos en otro tiempo, vendiendo a los mercaderes hombres de su propia tribu. Un día fue raptado a su vez y la casualidad quiso que el antiguo jefe traficante y uno de aquéllos que había cobardemente vendido se

encontraran compañeros de cautiverio en la misma *fazenda*. Se reconocieron y la explicaciones no fueron muy prolongadas : el vendido quería matar al vendedor. Se fue obligado de deshacerse del negro tan justamente indignado, para no tener que encontrarse luego con la pérdida de por lo menos uno de los dos esclavos.

Si la aplicación de la ley de 1871 da indirectamente lugar a inconvenientes, tiene sobre todo la gran ventaja, al restringir el número de esclavos, de convertir cada individuo en algo mucho más precioso a los ojos de su amo. Éste tiene hoy gran interés en no agotar su esclavo e incluso en cuidarlo mucho, por éso los tratamientos en general son más suaves que antes y toda *fazenda* de alguna importancia posee su hospital donde un médico viene a hacer visitas regulares. En efecto, el capital que representan los esclavos para un propietario es considerable ; una plantación de café debe ocupar en término medio entre cien y ciento cincuenta esclavos ; luego, el precio de un trabajador varía hoy entre 3.000 y 6.000 francos e incluso más. ¡Que se juzgue a partir de una tropa (sic) de trescientos a quinientos esclavos !

Para darme una idea de los precios en curso, un habitante de Río me hizo un día pasar revista a ocho esclavos que acababa de comprar. Me los mostró como se muestra un bonito par de caballos recientemente adquiridos. El lote era más bien mediocre, ya que se componía de cuatro negritos, dos mujeres ya viejas y dos hombres ; y sin embargo los había pagado 12 contos de réis, es decir, 32.000 francos. El hombre estaba particularmente orgulloso de un hermoso mulato, carpintero de oficio, que sólo él había costado 7.000 francos.

En razón de estos precios elevados, los pequeños propietarios pueden poner en arriendo sus esclavos a precios que les dan grandes beneficios ; así es como un negro o una negra son una fuente de beneficios de la misma manera que un asno o un caballo, que son alquilados al día, al mes o al año. El alquiler de un buen obrero es de 75 a 100 francos al mes, es decir un ingreso anual de un millar de francos... Una buena nodriza se arrienda regularmente de 1.200 a 1.500 francos por año.

Por lo demás, para hacerse una idea sobre la importancia de las ventas y alquileres de carne humana, basta con echar una ojeada en la cuarta página de un diario cualquiera.

A título de curiosidad cito algunos anuncios tomados al azar :

SE VENDE : En una casa particular dos camareras nacidas en el país ; una de diecinueve años, la otra de veintidós, de buena figura, tranquilas y sumisas, sabiendo lavar, planchar y coser perfectamente. Saben hacer de todo.- Dirigirse a..., etc.

SE ARRIENDA : Una nodriza (*una dama de leite*) muy sana y suave, mulata de color claro, buen origen garantido ; su leche es nueva y de excelente calidad.- Dirigirse...,etc.

SE VENDE : Una excelente esclava de veintiún años de edad que tiene un hijo de un primer parto. Es hábil en todo y sería un muy buen regalo.- Calle..., etc.

A continuación, en la misma columna junto a tales anuncios :

SE VENDE : Una máquina nueva de Howe, calle San Pedro, 92.

SE VENDE : Una negra vieja que sabe hacer bien la cocina y lava bien, calle do General Camara, 269.

SE VENDE : Un excelente cocinero, buena presentación, suave y sin vicios ni defectos. El último precio es de 2 contos (5.000 francos).

¡200.000 RÉIS DE RECOMPENSA ! a quien traiga a su amo el esclavo Romano, que huyó de la *fazenda* de ..., le... Tiene alrededor de veinticinco años, es grande y fuerte, habla con dificultad y perdió dos diente en la mandíbula superior. Quienquiera que lo esconda será castigado con todo el rigor de las leyes.

SE VENDE : Cinco amables negritos de siete a catorce años, un negro y dos negras para trabajar en el campo ; también una bonita mulata, rua do Hospicio, 69.

En un voluminoso periódico cotidiano de la capital, el *Jornal do Commercio*, existen dos grandes páginas donde se encuentran en desorden las ofertas de venta, de compra, de cambio de caballos, esclavos, trilladoras mecánicas, mulas, muebles, etc.

Muchos establecimientos en Río tienen todavía como especialidad estos tráficos de esclavos que según parece son bastante lucrativos ; pero el bárbaro pintoresquismo de las ventas públicas, donde los compradores venían a inspeccionar como si fueran bestias los pobres seres expuestos, ha completamente desaparecido. Un gran número de fortunas actualmente considerables se hicieron en Brasil con la trata de negros. Era el tiempo en que el negro rendía al vendedor 200 y 300 % de su valor. Los horrores de la trata son demasiado conocidos para que yo me extienda aquí a recordarlos. Tales horrores habían aumentado aún durante el tráfico clandestino, que se practicó en Brasil hasta en 1852.

Al ver desaparecer a grandes pasos la llaga social de la esclavitud, es lamentable tener que constatar que estos seres, hechos interesantes por su infortunio, una vez liberados, no trabajan ni trabajarán jamás. Estos temperamentos profundamente perezosos no tienen ninguna preocupación por el futuro ; les es suficiente para vivir alimentarse con algunos frutos de la tierra ; en estas regiones maravillosas el suelo produce de ellos sin que sean cultivados. No teniendo ninguna idea de civilización, los negros no sienten la necesidad, el ideal para ellos es el *farniente*. Tenemos frente a nuestros ojos ejemplos en todas las grandes propiedades donde, viviendo en terrenos que se les ha concedido, no hacen absolutamente nada y vegetan en la pereza y la borrachera.

Será sin duda necesario un tiempo considerable para modificar esta raza africana propiamente dicha, trasplantada en suelo americano ; yo creo más bien que ella se extinguirá en muy pocos años. Entonces sólo quedará como vestigio de su venida el tipo y el color, dos caracteres ya demasiado mezclados en la sangre de los brasileños. De ello resulta por lo demás, que los prejuicios de la diferencia de casta por el color, tan exagerados en los Estados Unidos, son muy atenuados en Brasil. Es verdad que el esclavo es de una clase aparte ; es considerado como un animal doméstico, pero no se le demuestra ningún desprecio ; ninguna marca distintiva puede hacer la diferencia entre un negro o un mulato esclavo y un hombre de color libre ; por éso en la calle o en los vehículos públicos, en las iglesias, el blanco se codea con el negro sin ninguna repugnancia.

La esclavitud, tan criticada en Europa, lo es mucho menos, hay que confesarlo, por los europeos que viven en Brasil ; por ejemplo, ningún agricultor, ningún director

de explotación, al mismo tiempo de mostrarse orgulloso de su calidad de europeo no muestra el menor escrúpulo en poseer esclavos y de enriquecerse con el trabajo de ellos. Ya conté en otro lado lo que sucede en la provincia de Minas, donde una compañía inglesa que tiene su sede en Londres, administrada exclusivamente por súbditos de la reina, posee centenas de esclavos. Aunque los trata admirablemente, lo que me apresuro en reconocer, esta compañía no actúa menos en contradicción diametral con los votos tan a menudo expresados por todas las autoridades diplomáticas y militares de la Gran Bretaña.

Es bastante normal que frente a tales ejemplos se sea sorprendido en Brasil al ver de tiempo en tiempo elevarse dudas (como sucedió muy recientemente) sobre el derecho que tendría el gobierno de reclamar un esclavo fugitivo refugiado a bordo de un navío de guerra extranjero fondeado en aguas brasileñas.

En resumidas cuentas, el país cumplió con su deber cuando renunció generosamente a la esclavitud ; pero después de todo es justo que una vez hecho este sacrificio, pida que en un lapso de tiempo, por lo demás bastante corto, se suavice la crisis que la nueva ley impone a la agricultura.

Después de haber tratado de describir la esclavitud en su aspecto riguroso, faltaría a la exactitud si no dijera también cuánto el esclavo es feliz en muchas *fazendas*, gozando incluso de un bienestar y de una seguridad de los cuales estaría celoso un trabajador europeo. En efecto, la idea de la *familia* antigua parece haberse conservado en torno de ciertos *senhores*, que han comprendido sus deberes desde el punto de vista moral y humanitario.

El lazo que existe entre el amo y su esclavo es extraño y difícil de definir ; es quizá un sentimiento del tipo del que une el hombre a los animales destinados a ayudarlo en sus trabajos y, por decirlo así, que comparten su existencia. Nada da una idea más justa de estas relaciones que ver los pequeños hijos de esclavos, admitidos en la vida de familia un poco como entre nosotros ciertos gatos y perros que participan a la vida común. Los sentimientos experimentados hacia estos *moleques* (negritos) tienen un poco de la afición de los padres por sus hijos y mucho del apego del amo por su caniche preferido.

Todo esto es tan diferente de nuestras ideas europeas, que hay que abstenerse de juzgar, puesto que se guzgaría en falso. De ello puedo dar un ejemplo : un día hablaba con un amable *fazendeiro* sobre sus hermosas mulatas ; tan pronto, halagado por mis elogios, las llamó al salón donde nos encontrábamos, les dio la orden de alinearse frente a mí y comenzó a darme una verdadera perorata sobre las cualidades de su grupo femenino. La *senhora* hacía a propósito de cada una de estas pobres niñas una broma o una observación, que me daban vergüenza por ellas, pero sin razón seguramente, ya que ellas no se sentían en absoluto humilladas de esta exhibición o de esas burlas.

Ahora bien, al día siguiente, cuando medía todavía en mi espíritu la inconmensurable distancia social en la cual tales costumbres ubican estos pobres seres, sucedió que cuando quisimos jugar durante la velada a « la gallina ciega » o a « adivina quién te dio », la dueña de casa y sus hijas no estaban en número suficiente

para animar la partida. Las mulatas de la víspera fueron llamadas y se pusieron a jugar naturalmente con nosotros, sin que ello pareciera molestar a nadie.

Habría muchas cosas que decir todavía sobre este tema lleno de interés, ya que cada localidad tiene sus particularismos que merecen un estudio especial. Pero me detengo, esperando al menos haber hecho comprender los trazos sobresalientes de este legado de otra edad que se llama esclavitud y que mañana habrá desaparecido bajo un escobazo dado por la civilización.

CAPÍTULO VI

**La fiebre amarilla.- Las fazendas : el fazendeiro nuevo estilo
y el fazendeiro viejo estilo.- El algodón y la cipo-seda.- Un insecto que se vuelve planta.-
Recuerdos de caza.**

Todos los años, cuando comienza el verano, la fiebre amarilla hace su aparición en los grandes centros de la costa del Brasil, y en particular en la capital. Traída a estos parajes hace unos veinte años por algún navío infestado, la *febre amarella* eligió desde entonces domicilio en Río de Janeiro, donde la insuficiencia de las medidas de higiene contribuye con creces a conservar los gérmenes pestilenciales. Es verdad que a cada reaparición de la epidemia hay comisiones sanitarias que hacen voluminosos informes y hermosos proyectos para combatirla ; pero las mejoras se limitan a éso ; y cuando el invierno llega, las buenas intenciones desaparecen al mismo tiempo que el *vómito negro*.

Vi la enfermedad hacer estragos con violencia, puesto que los boletines oficiales acusaban más de cien víctimas por día, para una población de alrededor de doscientas mil almas. Durante estas tristes semanas la consternación es grande en la ciudad ; en las calles y en los negocios no se habla de otra cosa que del azote ; acaba de golpear al vecino, quizá mañana le tocará a usted !... Cortejos fúnebres recorren las calles de la ciudad todos los días a trote largo : esta marcha les da un aspecto vivo y alegre que concuerda muy poco con el verdadero pánico que reina.

Los más expuestos al mal son siempre los europeos y mientras menos se han aclimatado, más están expuestos al peligro ; la razón de ello es que los recién llegados quieren a menudo llevar bajo este clima tropical la misma vida que en Europa. Pues bien, la mejor precaución es una suma moderación en los trabajos físicos, en las comidas, en la bebida ; porque la sed se hace sentir a veces cruelmente.

Si la medicina está lejos de haber dicho su última palabra sobre la fiebre amarilla, por lo menos ha efectuado grandes progresos para combatirla. Es un hecho probado que la mayoría de las personas aquejadas pueden ser salvadas combatiendo la enfermedad desde el comienzo. Por lo demás la epidemia está completamente circunscrita a la zona costera y no puede propagarse a la meseta elevada que domina el mar de muy cerca. Por éso es que todos los que están en condiciones de hacerlo van a pasar el verano en las alturas, tanto para evitar el calor como para huir el medio infestado.

Los habitantes del campo manifiestan un temor saludable por el azote que golpea la *corte* (la capital) ; es la razón por la que durante seis meses por año permanecen prudentemente confinados en sus tierras. Es el momento favorable para encontrar en medio de sus propiedades los plantadores opulentos ; aproveché entonces muchas veces para compartir con ellos la vida de *fazenda*.

Una de las primeras etapas que de ordinario hacía cuando dejaba Petrópolis, me llevaba en un día de caballo al pueblo bautizado con el nombre de *Teresópolis*, en honor de S. M. la emperatriz. Se llega a él tomando senderos de cabras a través dos o tres quebradas de la montaña llamada *dos Orgaos*, porque esas cimas alargadas y agudas, vistas desde Río, se parecen extrañamente a una serie de grandes tubos de órgano.

De ahí alcancé *Nova Friburgo*. La distancia entre esta ciudad y *Teresópolis* es bastante considerable y antes de llegar hay que pasar la noche en una de las fincas aisladas que se encuentran aquí o allá en medio de vastas plantaciones de maíz, principal cultivo de la región. La hospitalidad, como es practicada en Brasil, es verdaderamente algo encantador. Entre nosotros, la confusión de un dueño de casa que ve llegar al pie de la escalinata de su modesta morada siete u ocho desconocidos, que llegan de improviso a pedirle albergue para ellos y sus bestias, sería enorme. Aquí, sin previamente informarse quiénes son ni de dónde vienen, se apura por responder simplemente que la casa es muy insuficiente, pero que todo lo que tiene está a la disposición de los viajeros. Llama sus esclavos, da órdenes de preparar inmediatamente una comida, de almohazar las bestias y aprovisionarlas como conviene de maíz ; luego manda a prevenir, a menudo a grandes distancias, sus parientes y amigos para que vengan a ayudarlo a festejar sus nuevos huéspedes.

Ahí estamos sin duda en la *fazenda* primitiva ; la casa tiene un aspecto triste y desnudo ; hay algunos escasos muebles de caña en las salas, mientras que postigos de madera son los únicos que protegen del aire y del calor, en detrimento completo de la luz del día.

Se nos invita a tomar lugar en la mesa, sentados sobre bancos puestos a lo largo del muro ; entonces cada uno se dedica a hacer honor al plato nacional por excelencia, la *feijoada*, compuesta de carne de cerdo con porotos negros. Todo lo cual está espolvorado con una buena dosis de harina de mandioca, que reemplaza el pan. La porción así preparada está regada con una salsa de ají capaz de despertar los paladares más rebeldes. Un solo vaso, lleno de agua cristalina, circula entre las manos de los comensales ; los amigos de la casa se limpian la boca con el mantel, a falta de servilletas. Pronto la conversación comienza, casi siempre sobre el mismo tema : los viajeros cuentan las noticias, los del lugar las comentan ; luego de lo cual hace su aparición la política local. Generalmente nuestro interlocutor termina su párrafo con esta reflexión de bastante falsa modestia : « ¡Ah ! ¡Estamos muy atrasados ! » Pero cúidese de estar de acuerdo, si quiere conservar sus favores.

Corrientemente la parte femenina de la familia no se muestra en estas reuniones y apenas se habla de ella ; porque las mujeres están, en muchos lugares, relegadas en el gineceo con las esclavas. Los primeros portugueses habían traído en estos países nuevos, tradiciones de celos legadas sin duda por los árabes ; hoy estas ideas no han desaparecido completamente. Por lo demás este papel apagado impuesto a la mujer es

quizá mantenido como consecuencia de la inferioridad de su educación que, en las clases bajas, es muy descuidada.

Nova Friburgo es una estación de veraneo que los habitantes de Río comienzan a frecuentar. Esta ciudad cuenta apenas con algunos años de existencia y fue creada, con ayuda de colonos suizos, por uno de los más ricos capitalistas del Brasil, el barón de Nova Friburgo. Hoy casi toda la región le pertenece y su fortuna es empleada inteligentemente en proveer sus extensas explotaciones de todos los nuevos recursos que la ciencia y la industria ofrecen a la agricultura. Construyó un ferrocarril que une sus dominios con la capital, transportando así, en un recorrido de más de treinta leguas, los productos de sus *fazendas* hasta el mercado de exportación. Este ferrocarril es de una notable ejecución: sube a unos mil metros de altura por medio de un sistema de ruedas dentadas que se engranan en un riel con cremallera (el mismo que en el Mont-Cenis^(*)), en pendientes de una inclinación media de 8%.

De su elegante quinta donde están reunidos todos los refinamientos del lujo más exquisito, el barón supervisa la administración de sus tierras, los numerosos trabajos que emprende por doquier, la construcción de sus vías férreas y la explotación de sus magníficas plantaciones. Una red telegráfica pone en contacto su gabinete con sus *fazendas* y le permite de comunicar en todo momento con el numeroso personal de ingenieros y de *administradores* que mantiene a su servicio.

En *Areas*, mansión señorial situada a un día de ahí y que depende del dominio del barón, se había comenzado hace algunos años la explotación de una mina de oro; pero como este trabajo sólo daba de un 7 a 8% y que el café es de un rendimiento muy superior, el propietario prefirió consagrar a este cultivo todos los brazos de los cuales podía disponer. El oro queda reservado para los días aciagos. ¡Feliz país !...

Par distraernos, se nos ofreció una curiosa caza en una laguna reservada a los *capivaris* y a los *caimanes*. El *capivaro* es un anfibio que tiene la cabeza de un hipopótamo, el cuerpo del tamaño de un jabalí, el cuero áspero y grueso, las patas cortas; está provisto de grandes dientes que le escapan del hocico; el todo forma un conjunto pesado y sin gracia. Este animal se encuentra siempre al borde del agua y hay que dispararle en el momento en que, sorprendido entre las cañas, se dirige apresuradamente hacia la laguna a zambullirse, para reaparecer sólo a una gran distancia..

En cuanto a los caimanes, que los brasileños llaman *yacaré*, diviso por todos lados durmiendo a flor de agua. Su piel es una verdadera coraza que las balas atraviesan difícilmente; además, si con suerte se llegara a alcanzarlos, incluso por el codillo, es raro si no le queda suficiente fuerza para sumergirse y huir en el cieno, donde no es muy fácil ir a buscarlo. La primera vez que tuve la ocasión de disparar sobre un caimán, grande fue mi decepción al ver mi víctima, que estaba seguro de haber herido, desaparecer súbitamente. El *fazendeiro*, en casa del cual me encontraba, deseoso de agradarme, me dio en esta ocasión un hermoso ejemplo de una hospitalidad cuyas deferencias son llevadas a un límite extremo. Hizo venir una decena de esclavos premunidos de piochas y les ordenó de cavar una ancha sangradura que permitió a la laguna, dispuesta convenientemente para ello, de

^(*) Mont-Cenis: Macizo de Los Alpes donde fue abierto entre 1857 y 1871 un túnel ferroviario. Fue una obra de ingeniería pionera en los ferrocarriles de alta montaña. (NdT)

desaguarse rápidamente. En efento, antes del fin de la jornada toda el agua se había evacuado y los negros entraron con coraje, con las piernas desnudas, en el cieno. Lo que era de prever sucedió : uno de ellos puso el pie sobre mi caimán herido ; el animal abrió un ancho hocico para agarrarlo, pero de un hachazo rápido el esclavo le partió la cabeza y me trajo triunfalmente el animal.

Si se deja el dominio del barón de Nova Friburgo para continuar visitando las *fazendas*, esta vez es a lomo de mulas que hay que viajar, siguiendo los caminos que tan pronto atraviesan selvas vírgenes y montañas salvajes, tan pronto se prolongan graciosamente a lo largo de la corriente caprichosa de algún río. Recorrí así el poético valle del *Río Paquequer*, cuyo nombre se hizo popular en Brasil por las novelas de un escritor de talento, el señor de Alençar. Es en el marco de este hermoso paisaje que el autor situó su obra maestra, *El Guarany* ; ahí se dedicó a describir, con los colores más brillantes y más verosímiles, las costumbres de los habitantes de estas comarcas antes de la llegada de los europeos. No es otra cosa que un conjunto de escenas de la vida salvaje, salpicado con relatos de guerra, de caza o de amor descritos con un dominio perfecto del color local. Todas las novelas de este autor son verdaderas recopilaciones de detalles que se han podido recoger sobre las costumbres, los usos, la historia de los primeros habitantes del Brasil ; a tal título ofrecen un serio interés.

A cuatrocientos años de esa época, escenas muy pintorescas nos distraen todavía en el camino, en medio de este paisaje que casi no ha cambiado. Encontramos largos convoyes de mulas cargadas con fardos de café, caminando lentamente detrás de la *madrina* (mula que camina a la cabeza) ; ésta agita con audacia su gualdrapa con cascabeles, completamente brillante de placas de metal. Los mulateros negros, pañuelo multicolor enrollado en torno de la cabeza, cantan o conversan para amenizar el prolongado camino.

Más allá es algún *fazendeiro* en viaje con toda su familia. El *senhor* monta un caballo ricamente enjaezado y anima su cabalgadura con su fusta con mango de plata y sus gigantescas espuelas que suenan como chatarra. Detrás de él van la mujer y los niños, unos en un palanquín o silla de manos sostenida por dos mulas puestas en el varal delante y detrás ; los otros, los más jóvenes son llevados en la perilla de la montura por algún viejo servidor. Luego vienen los esclavos machos y hembras, grandes y pequeños, caminando con un paso vivo bajo el ojo vigilante del *feitor* ; por último, ls bestias de carga aplastadas bajo el peso de los equipajes.

Hacia la noche se divisan las caravanas detenidas en el campamento, al lado de algún arroyo ; las mulas, sintiéndose libres, se revuelcan con gusto en el pasto espeso o van por grupos a beber a largos tragos el agua clara de la fuente vecina. Las cargas y las albardas, puestas con gran orden, formarán por la noche el alojamiento de los hombres. En el momento en que pasamos, éstos preparan la comida de la noche. El fuego, cerca del cual están en cuclillas y cuyo humo azul se eleva lentamente hacia el cielo, las bestias que pacen a alguna distancia forman un apacible y risueño cuadro cuyos contornos se destacan agradablemente sobre un hermoso fondo de montañas y de bosques.

Henos aquí que penetramos en los dominios de un rico *fazendeiro*, verdadero tipo del plantador de antaño, mientras que el que acabamos de dejar es la personificación misma de las ideas modernas.

Sobre la existencia de estos grandes señores, feudales por decirlo así, corren ciertas leyendas que los describen ejerciendo singulares abusos de poder o de resistencia llenas de peripecias contra la autoridad impotente para imponer sus derechos. Y no podría ser de otro modo, frente al verdadero poderío del cual disponen estos hombres... Son poseedores de inmensos terrenos, de selvas casi inextricables de las cuales sólo ellos conocen los refugios ; son los amos de miles de esclavos que pueden armar para rechazar la fuerza por la fuerza. Nuestro nuevo huésped es de aquéllos a los cuales se les atribuye estas leyendas, ¡ y se está dispuesto a acordar fe a ello desde que se ve la apariencia de su casa solariega !

Echamos pie a tierra delante de su vivienda principal construída sobre una sucesión de terrazas que le dan un aspecto de fortaleza. Se sube a ella por una escalera estrecha y una de las primeras salas en que se penetra está tapizada de armas, de fusiles, de trabucos naranjeros, que aumentan la ilusión. Atravesamos el patio central formado por el alojamiento de los esclavos, amplio enjambre donde hormigean los negritos chillones, las jóvenes mulatas, los viejos esclavos curvados por el trabajo y los años, los bellos jóvenes que sirven de escolta y de pajes al amo cuando sale.

Mis compañeros y yo fuimos acogidos con amabilidad perfecta por la dueña de casa. Ella se excusó por la ausencia de su marido, al que esperaba de un momento a otro y nos hizo entrar en un amplio comedor donde se encontraba puesta una mesa de un largo admirable. Los numerosos niños, parientes y amigos se agruparon más o menos jerárquicamente en un extremo de esta mesa, mientras que el resto de los comensales se ubicó a su guisa ; había ahí invitados de los cuales los dueños de casa conocían apenas sus nombres, viajeros, incluso pobres que venían a pedir una ayuda. Treinta personas estaban reunidas y el número de asientos que quedaron vacíos nos dio una idea de hasta qué punto la hospitalidad es ilimitada.

Esclavos descalzos completamente vestidos de blanco circulaban en torno nuestro, mientras que negritos con largas cañas, en la punta de las cuales se balanceaban delgadas bandeletas de papel, agitaban el aire y espantaban las moscas que hubieran podido importunarnos.

El dueño de casa llegó cuando nos levantábamos de la mesa.. Es un hombre de setenta y tres años, que no parece tener más de cincuenta ; mide seis pies de alto y a pesar de su aspecto un poco arisco, tiene mucho estilo. Cuando entró en la sala de estar, vestido como campesino y calzando botas hasta los riñones, todo el mundo se levantó ; sus hijos y nietos vinieron a besarle la mano, los esclavos se inclinaron para recibir la « bendición ». Aunque durante la mañana hizo sus cuarenta kilómetros a caballo, este anciano de alta y derecha estatura no dejaba ver ninguna fatiga. Su principal ocupación es de recorrer sus *fazendas* inmensas que colindan y que forman en alguna manera un pequeño reino. Sus tierras no se abandonan en un espacio de treinta leguas ; ellas van hasta el mar y ahí posee además una isla de veinticinco leguas de circunferencia. Alrededor de cuatro mil esclavos se emplean hoy en sus plantaciones, consagradas casi exclusivamente al cultivo del café.

La hospitalidad brasileña en una *fazenda* es simplemente ofrecida con largueza, y cuando el dueño de casa dice a su huésped : « está en su casa », hay que tomar esta declaración al pie de la letra ; los esclavos están ahí para obedecerle, los caballos y las mulas para ir donde se le antoje : la libertad antes que nada. Usted se ocupará del empleo de su tiempo como se le ocurra. El dueño de casa irá a sus ocupaciones y los amigos a las suyas ; y si son brasileños, darán preferencia, en el empleo de su tiempo, a la conversación o a las emociones del *voltarete* (juego de cartas).

Frecuentemente durante la noche, una orquesta bastante aceptable compuesta de esclavos de la propiedad, viene a tocar valsos y cuadrillas para hacer bailar a la juventud. Se ve entonces los trabajadores, que a esta hora vuelven de los campos, pasar con curiosidad sus cabezas crespas a través de alguna ventana abierta mientras que una gran sonrisa ilumina sus rostros satisfechos de placer.

La velada se termina temprano en la *fazenda*, porque hay que estar de pie antes de la salida del sol si se quiere aprovechar de los mejores momentos del día. La dueña de casa da la señal retirándose y detrás de ella van sus negritos frotándose los ojos. Estos jóvenes esclavos son los « pajes » de la *senhora*. Cuando ella se pasea, la siguen atentos al menor signo y acechando todos sus movimientos. ¿Ella se sienta ? Ellos se echan en círculo en torno de su sillón o se ponen a hacer piruetas y a jugar como una banda de pequeños gatos. Fatigados de su jornada, a veces se duermen bajo una mesa o detrás de un mueble y de ordinario es a patadas que, al desearse las buenas noches, se despierta a los pequeños durmientes para enviarlos a acostarse en otro lado.

Estamos en la época de la cosecha del café. Es uno de los trabajos más importantes de la *fazenda* ; por éso, de la mañana a la noche, los esclavos están ocupados en las plantaciones. Desparramados en los cerros, de pie o de rodillas, cada uno frente a un cafeto, se ve a los negros tomar sucesivamente estas ramas completamente cubiertas de su hermoso fruto rojo, desgranarlas en un canasto plano que llevan amarrado a la cintura y cuando está lleno, ir a vaciar su contenido en un carro que espera a poca distancia. Todo ello ocurre rápidamente, casi en silencio bajo el ojo vigilante de los *feitores*, que han cuidado de hacer trabajar los hombres de un lado, y las mujeres del otro, sin duda para evitar las distracciones. Luego, cuando el macizo carro tirado por cuatro bueyes está lleno hasta el borde, se va lentamente con un ruido estridente y agudo producido por el eje que no es jamás engrasado. Parece que los conductores no renunciarían por nada en el mundo a esta música ; le atribuyen una influencia supersticiosa y pretenden además que ella distrae las bestias.

Mientras volvía a caballo con el *administrador*, portugués como casi todos sus colegas y muy orgulloso de su administración, me enumeraba con complacencia las cualidades de las diferentes plantaciones que recorríamos. « Ésos -me decía mostrándome unos magníficos cafetos-, son muy buenos servidores, tienen treinta años y cada uno da una media arroba (8 kilos)... ¡Ésa es la verdadera riqueza del Brasil ! » Y como en ese momento atravesábamos una plantación de algodón cuyas cápsulas entreabiertas dejaban escapar sus copos blancos como nieve, decapitó con cólera algunas ramas con la punta de su fusta, queriendo demostrar con ello el poco caso que hacía de ese producto.

El cultivo del algodón está en efecto lejos de prosperar en Brasil, mientras que la terrible competencia que le hacen los algodones del sur de los Estados Unidos y los de Egipto, cuyos puertos de exportación se encuentran entre diez y quince días más próximos de los mercados ingleses, no permite de esperar que esta rama de la agricultura pueda tomar un gran desarrollo. En un momento solamente este cultivo dio buenos resultados, y fue cuando tuvo lugar la guerra de secesión de los Estados Unidos ; pero en cuanto las hostilidades fueron suspendidas, el bloqueo de los puertos del sur cesó y la explotación experimentada por el Brasil, que se había puesto a cultivar el algodón en gran escala, se encontró absolutamente paralizada. La exportación, que en 1869 se elevaba aún a la cifra de 3.292.000 de kilogramos, alcanza este año apenas un volumen de 222.000 kilogramos.

Pero hay otra clase de cultivo que según me parece merecería un poco más de atención que la que se le dedica. Es esencialmente autóctono, tiene gran parecido con el algodón y estará quizás llamado en el futuro a provocar una verdadera revolución en la industria manufacturera del país. Quiero hablar de una especie textil llamada *cipo-seda* (liana seda). Esta planta da una fibra admirablemente blanca y de gran resistencia, porque las pruebas han demostrado que un solo hilo soporta un peso de ciento cincuenta gramos. Por lo demás estas fibras han sido experimentadas en Bélgica y en Inglaterra ; ellas han dado resultados bastante satisfactorios como para que los conocedores vacilen a estimarlas al valor del algodón o incluso al de la especie llamada *sea Island*.

Por lo demás, el Brasil no podría hacerse ilusiones puesto que la competición europea (especialmente la competencia inglesa) asfixiará durante largo tiempo su industria manufacturera en los dominios donde las facilidades de comunicación permitirán de transportar mercaderías extranjeras a un precio remunerador. Será únicamente en el interior, donde la navegación penetra con dificultad, donde las rutas llegan imperfectamente, que las fábricas lugareñas podrán desarrollarse al producir ahí mismo. Ahora bien, la *cipo seda* crece en gran abundancia precisamente en lugares alejados de la costa, como las orillas del *Río Doce*, el distrito de Santa Bárbara, la provincia de Minas, regiones que parecen ser muy indicadas para dar fácil salida a los tejidos nacionales.

El reino vegetal ofrece además aquí sujetos de estudio muy interesantes desde otro punto de vista. Así, una planta que se alimenta de insectos y un insecto que se transforma en planta no son las curiosidades menores que vi en esta *fazenda*.

El primer fenómeno es un bonito arbusto cuya flor sirve de cebo para las moscas : ellas vienen a posarse, pero apenas han tocado esta especie de sensitiva que el cáliz se cierra sobre la víctima, para reabrirse solamente cuando la planta ha digerido su presa. El nombre científico de esta arbusto es *nepenthes phyllamphora*.

El insecto que se vuelve planta se encuentra no lejos de los prados donde crecen los especímenes de botánica insectívora de los cuales acabo de hablar. Se parece a una gran larva cuyo cuerpo es sin embrago articulado y duro al exterior. En el momento de morir se entierra a una profundidad de algunos centímetros. Ahí este singular coleóptero muere y germina. Lo tuve entre mis manos cuando presentaba todavía su forma primitiva ; y ya, como la Dafne mitológica, sus patas habían comenzado a brotar. Poco a poco creció y se hizo tubérculo, pareciéndose mucho a

una papa, pero recordando siempre su apariencia primitiva. Luego el tallo se desenrolla al punto de convertirse en planta; a la primavera, se cubre de flores azules. ¿Es realmente el insecto que germina? ¿No serán ciertos granos tragados por él antes de morir que brotan así? Confieso que es un punto que no pude elucidar; desgraciadamente, los testigos cotidianos de ese hecho tan curioso no pudieron explicármelo.

Entre las distracciones habituales en la vida de la *fazenda* hay que poner en primer lugar la caza y por supuesto que soy un gran aficionado, listo a no escatimar ni tiempo ni fatigas a cambio de algunos buenos disparos de fusil; pero confieso que encontré escasas ocasiones en Brasil para entregarme con plena satisfacción a este placer.

Al llegar de Europa, se puede imaginar con gusto que en estas inmensas selvas vírgenes por ejemplo, las piezas de caza deben ser abundantes y que el cazador las encuentra a cada paso. ¡Ay, que no! Y de inmediato se está sorprendido, al penetrar bajo estas naves de verdura, del silencio absoluto que ahí reina. Ni un grito, ni un llamado; todo está silencioso al punto de ocasionar una desagradable impresión. A veces, sin embargo, luego de largas horas de espera, un aullido lejano o un cloqueo sonoro hacen que el cazador se estremezca; se dirige entonces con mil precauciones hacia el lugar de donde viene el ruido... pero la pieza de caza, siempre atenta, ha escuchado desde lejos el crujido de una rama, el ruido de un paso, el más ligero roce, y como delante de ella está el espacio sin límites, muy frecuentemente ha dejado su retiro mucho antes de que se haya podido aproximarsele.

Sin embargo, no es completamente imposible de alcanzarla y de valerse de ardidés. El medio más entretenido para ello consiste en la caza al llamado. Se toma lugar muy temprano en alguna encrucijada bien elegida, se designa como acompañante algún negro que imite con admirable perfección el grito de las diferentes aves de caza. El ave interpelada responde de muy lejos, luego se le escucha acercarse poco a poco hasta que por fin aparece saliendo prudentemente del espeso follaje. Se mata así, pero lo más a menudo a bocajarro todo tipo de pájaros de la misma especie que la perdiz o el faisán.

Si por una hermosa mañana un *fazendeiro*, montero mayor, propone a sus huéspedes una partida de caza con perro corredor, éstos deben aceptar con gusto, no por la expectativa, a menudo fallida, de ver animales de caza, sino más bien para ver de manera entretenida y pintoresca los bosques, ríos, llanos, y de informarse sobre el entusiasmo cinegético de los indígenas, a los que el fracaso no desanima jamás. Cuántos hermosos paseos hice así, unas veces cazando la *pacca*, especie de roedor más grande que una liebre, o el puerco salvaje, en las laderas boscosas que bordean el *Parahyba*; otras veces corriendo el ciervo en los llanos inmensos de la región de *Guaratinguetta* y de *Pindamonhangaba*. También a veces perseguí en vano, en las alturas de la *Serra de Mantiqueira*, en medio de bosques de araucarias, el tapir de formas macizas y la *onça* (jaguar), cuyos estragos sin embargo eran muy manifiestos en torno nuestro.

Nuestras cazas eran de ordinario más fructuosas en las numerosas ciénagas que bordean los ríos o el mar. Ahí se encuentran cantidades considerables de agachadizas y de patos de todo tamaño y de todos los colores. En las lagunas se persiguen estas

aves en piragua. Cada cazador se sienta en el fondo de una de estas pequeñas embarcaciones, mientras que un negro, en cuclillas detrás de él, rema con zagual sin ruido e incluso derecho sobre el ave, a la que se le dispara en el momento en que emprende el vuelo. Como estos esquifes primitivos son muy livianos y particularmente sensibles al equilibrio, el menor movimiento en falso echa por la borda al pasajero demasiado inquieto. Me acuerdo que uno de nuestros amigos, recién llegado de Europa, demasiado inexperto o demasiado ardiente para cazar, se fue al fondo del lago con su fusil, sus cartuchos y su negro, donde felizmente no se quedó mucho tiempo.

Un día en que cazábamos al borde del mar, en medio de los bosques de mangles donde el agua se encuentra en tanta cantidad como la tierra vegetal, nuestros perros levantaron un *tamanduá*, especie de oso hormiguero. El animal, acosado de cerca, se fue a refugiar en un árbol hueco cuya concavidad estaba más alta que la talla de un hombre. Después de haber empleado sin éxito, para hacerlo salir, las minas y las contraminas, el fuego y los cuchillos, un recurso local se impuso : un hombre hábil dejó deslizarse al interior del hoyo un *lazo* (nudo corredizo) bien abierto, luego de lo cual vimos aparecer en el orificio de su refugio la gran cabeza izada con gran esfuerzo. Rápidamente estuvo fuera de combate. La principal defensa del *tamanduá* consiste en sus formidables garras que salen en la extremidad de sus cuatro miembros vigorosos que apretan con fuerza irresistible. Por éso los perros sienten el más gran pavor de este animal pérfido que mata al abrazar.

Que me sea permitido de no hablar de los loros y de los monos que, ingenuo europeo, creí que iba a encontrarlos a cada paso ensordeciendo el ámbito con sus gritos desagradables o transformando en gimnasio las ramas de todos los árboles. En ciertas estaciones, es cierto, se puede matar muy fácilmente loros verdes de porte mediano, cotorras y tucanes multicolores con un pico desproporcionado, que recorren la selva lanzando gritos continuos. En cuanto a los guacamayos y a los otros grandes pájaros de plumaje tan rico y tan variado, hay que contentarse con verlos pasar en el aire a grandes alturas.

¡Y los monos ! ¡Cuántas veces los perseguí, creyéndome siempre a punto de divisarlos, siempre escuchándolos huir con sus chillidos burlones !

En realidad se diría que los malditos animales sienten el olor de la pólvora, porque me sucedió a veces de ver bandadas enteras en la selva cuando estaba sin armas. Entonces se instalaban en las ramas altas y nos miraban tranquilamente pasar ; pero el día en que llevaba entre las manos un fusil, me era necesario un gran esfuerzo para alcanzarlos.

Me acordaré largo tiempo de la mala pasada que yo mismo me jugué cierto día en que confesé a mi anfitrión, un *fazendeiro* gran cazador, que nunca había comido carne de mono. La misma noche ordenó servir a la mesa los despojos mortales de un gran *barbado* (mono barbudo). La porción que me correspondió fue una mano crispada que parecía tenderse suplicante hacia mí y de la cual me sentí obligado, sin misericordia, de probar una de sus horribles falanges !

CAPÍTULO VII

**Montevideo.- La ciudad y sus alrededores.- Una revolución.-
Corridas de toros.- Buenos Aires ; el Banco Provincial.-
La guerra con Paraguay.**

Buenos Aires, 31 de octubre de 1874.

El 1° de octubre me embarqué en Río a bordo del *Ariadne*, paquebote del *Belgian Royal Mail*, con destinación a los Estados de La Plata, donde debía residir algunos meses. Tuve la buena suerte de convencer uno de mis amigos, el conde Eugène de Robiano, que se encontraba entonces en viaje por la América del Sur, de juntarse conmigo, y estuve contento de hacer en tan amable compañía las diferentes excursiones que la novedad del país debía solicitar a nuestra curiosidad.

En la entrada del brazo de mar que se llama « Río de la Plata », las aguas del río y las del océano forman una línea perfectamente marcada con dos colores que se tocan sin confundirse : el azul del lado del mar, y el amarillo del lado del continente. Apenas internados en esta última zona, vemos abalanzarse sobre nosotros un huracán que se dibuja en el cielo por un gran arco azul oscuro primero y luego completamente negro. Es el *pampero*, viento de tierra sumamente violento que los marinos temen muy particularmente. Viene de la Cordillera, atraviesa la Pampa, esta inmensa región de llanos que se extiende desde Los Andes hasta el Atlántico y, siguiendo el curso del río, llega como tempestad a su desembocadura.

El vigía lo señala a lo lejos y en seguida, a los pitazos repetidos de los cabos, en un abrir y cerrar de ojos el velamen se hizo lo más delgado posible ; todo, hasta el más pequeño pedazo de tela es cargado sobre las vergas. Pronto la superficie del agua se agita, una larga estela de espuma blanca aparece y se extiende con suma velocidad ; las olas nacen y crecen a ojos vistas, se entrechocan con estrépito levantando el navío que brinca, crujiendo sordamente... Pero la alerta duró poco y el viento, luego de haber silbado entre los cordajes, desapareció con la misma rapidez

con la que había venido, dejando tras de sí un mar embravecido que se calma lentamente.

Una hora después echamos el ancla delante de Montevideo. La « Santé », provista de su bandera amarilla al venir a darnos la entrada, nos anuncia grandes noticias : caigo justo para asistir al espectáculo esencialmente latinoamericano de una revolución ; ella está que se arde del otro lado del río, en Buenos Aires. El general Mitre, pretendiente a la presidencia de la república, tiene en jaque al gobierno legal ; la capital está bajo un régimen de terror y los habitantes que han podido huir vinieron en masa a atestar Montevideo.

La perspectiva de estar obligados, quizá, de acostarnos al sereno, nos hizo no apurarnos en desembarcar ; esa noche nos contentamos con mirar la tierra desde lejos. Montevideo parecía una ciudad considerable ; se extiende sobre un suave declive dominado por la catedral. Al otro lado de la rada se eleva un montículo, el *Cerro*, coronado por una fortaleza que se parece a una máquina hidráulica ; pero esta única elevación en medio de un país plano es evidentemente la gloria del Uruguay. Cuento alrededor nuestro tres barcos encallados en bancos de arena ; sólo los mástiles emergen. Parece que hay que desconfiar aquí de los bajos fondos y de las corrientes.

Fue con mucho trabajo que al día siguiente encontramos donde alojarnos. Luego de habernos asegurado una posada, nuestra primera preocupación fue de ir en busca de noticias. Las que llegan de la orilla derecha no son muy tranquilizadoras : un decreto del gobierno ha ordenado cerrar todos los negocios de Buenos Aires ; obliga a los habitantes a no salir de sus casas esta semana, porque no puede responder por sus vidas ; se prohíbe circular sin una *papeleta*, especie de pasaporte. Los periódicos predicen horas sangrientas ; y cosa notable, el día en que la revolución debe estallar es anunciado, por decirlo así abiertamente, para el día 12 del mes corriente. En esta fecha, en efecto, el presidente que sale, el doctor Sarmiento, debe entregar el poder a su sucesor que acaba de ser elegido, el doctor Avellaneda. Esto no es del gusto, según parece, de un poderoso partido, a la cabeza del cual se encuentra el general Mitre, uno de los hombres más considerables del país.

En Montevideo, capital del Uruguay o de la *Banda Oriental*, como lo llaman los habitantes de La Plata, las simpatías por la revolución son manifiestas ; en todos lados se efectúan reclutamientos ; los clubes se agitan y conspiran ; es muy interesante estudiar en vivo la manera como estos países comprenden la neutralidad. Las calles principales y los cafés están repletos de ardientes patriotas argentinos que discuten con pasión ; y los cabecillas de la revolución preparan cómodamente su plan de campaña sobre el territorio supuestamente neutro.

De repente una noticia se propaga según la cual la escuadra argentina -ella se compone de un único navío- se ha acercado de las aguas de la orilla uruguaya..., y pronto se señala un buque arbolando bandera de guerra. Sin duda que viene a presentar combate a una cañonera de la cual se apoderaron los insurgentes poco antes y que en este momento se encuentra refugiada en el puerto. La emoción es grande y se espera que de un minuto al otro se desate un furioso combate de artillería... Pero el día pasa sin el más mínimo cañonazo.

¿Y qué es lo que se sabe al día siguiente? Lejos de querer matarse unos a otros, patriotas e insurgentes entraron en conversaciones para venderse recíprocamente al mejor postor... Pero no pudieron ponerse de acuerdo por una diferencia de algunas centenas de piastras y se separaron amigablemente. ¡ A ese costo, comienzo a comprender la facilidad con la cual se hacen aquí las revoluciones !

Los agitadores y las mujeres me parecen los únicos sujetos dignos de interés en la capital de la *Banda Oriental*, ya que las calles son demasiado estrechas, las casas demasiado uniformes, los comercios demasiado europeos y las quintas de los alrededores demasiado calcadas sobre un mismo modelo, para merecer la menor atención de un turista amante de lo pintoresco.

¡Ellas son encantadoras, estas *hijas del país*, como ellas se llaman a sí mismas ! La viejas son majestuosas, las jóvenes son todas adorables ; con absoluta evidencia las feas están todas incomunicadas, porque no se ven. Lo que hay de delicioso en sus costumbres es que, sabiéndose interesantes, tienen el buen gusto de mostrarse con liberalidad a la admiración del sexo fuerte. Todas las noches, hacia las siete, hay *función* (solemnidad) en la *matriz* (catedral), y estas damas se dan cita para ello engalanadas con sus más encantadores atavíos. Luego de escuchar con devoción el sermón y el oficio, salen de la iglesia y se dirigen hacia la calle elegante, *calle 25 de Mayo*, con el pretexto falaz de tomar el aire. Ahí, una multitud de hombres alineados en una doble hilera, reunidos en medio de la calle, haciendo frente a las aceras, se agrupan en los lugares donde los comercios alumbran mejor y miran con mucha admiración el desfile que camina lentamente con esta seguridad que da la certeza del éxito. ¡Con cuánto arte han fijado con el gran peine de Carey, en lo alto de su gran moño, la clásica mantilla de encaje ! ¡ Cuántos fuegos despiden, bajo sus largas pestañas, sus grandes ojos negros ! ¡Qué enorme arsenal de coquetería en sus miradas lánguidas o en sus movimientos de abanico ! ¡ Cuánta soltura en el andar y esos pies tan bonitos y bien mostrados ! Y parece que este espectáculo encantador recomienza todas las noches sin que jamás nadie se canse.

En la *tertulia* (baile de sociedad), en la que me encontré unos días más tarde, tuve la ocasión de ver todas las bellezas autóctonas en traje de gala, rivalizando en su presentación y también, desafortunadamente, en su manera de pintarse. Como en todos los países del mundo, a veces es bonito, pero cuántas ilusiones pueden morir con un solo pincelazo exageradamente marcado. Todavía hay peor : les perdonaría una brizna de color, pero ¿ por qué algunas imaginaron de espolvorearse los cabellos con polvo de oro ?

Para distraer los numerosos extranjeros que en este momento honran con su presencia Montevideo, la Municipalidad tuvo la graciosa idea de adelantar la temporada habitual para las fiestas de verano y en todos los muros se ha pegado este anuncio entusiasmante :

**¡Toros ! ¡Gran corrida extraordinaria !
Con permiso de la autoridad y si el tiempo lo permite...**

Regresé encantado de este espectáculo, nuevo para mí y no hubo decepción a mis expectativas : ¡ Es cruel, pero apasionante ! Vi matar seis toros, despanzurrar

numerosos caballos, lanzar por los aires tres o cuatro hombres, que por lo demás ningundo de ellos fue demasiado dañado.

Es hermoso. Esta arena al aire libre, este público sobreexcitado, este toro que carga furioso sobre los *picadores* a caballo que llevan la lanza en ristre. Los toreros, muy pimpantes en sus trajes de lentejuelas brillantes, saben tan bien posar para el público y molestar el toro con sus capas vistosas. Luego es el momento de los *banderilleros*, que van a picar sobre el testuz de la bestia terribles puntas adornadas con cintas ; por último el *espada* hace su entrada con calma y altivez, juega algunos instantes con el animal furioso antes de enterrarle, en lugar justo, la espada en la nuca.

El primer toro fue el más avieso entre todos ; en un instante había destripado varios caballos. Es entonces una maravilla de ver cómo los jinetes echados a tierra, trabados por sus perneras de fierro, arrastrados por sus propios caballos, escapan a esos peligros múltiples. Uno de ellos, habiendo sido levantado sobre los cuernos del bicho y mantenido en los aires, la emoción estaba en su punto culminante. Esperaba, lo confieso, ver el cuerno atravesarlo de parte en parte ; pero el hombre giró sobre el terrible pivote y luego, gracias a un movimiento sacudido de la cabeza del animal, fue lanzado sobre la arena, de donde se levantó saludando al público con una sonrisa que en vano trataba de disimular su origen forzado.

Otros dos toros que se negaban a combatir fueron retirados del recinto en medio de las rechiflas furiosas.

Para ello, tres *gauchos* (hombres de campo), en traje nacional, penetraron a caballo en el ruedo ; lanzaron su arma infalible, la larga cuerda con un nudo corredizo llamada *lazo* ; el toro es atrapado por el cuello y los caballos, lanzados al galope arrastran el animal, que se defiende como un diablo, por las buenas o por las malas. El mismo procedimiento se emplea para sacar de la arena los caballos o los toros muertos.

Me parece que nada puede dar una idea más exacta de lo que era el circo entre los romanos : es el mismo espectáculo de hombres que desafían cada vez una muerte atroz ; este pueblo pide sangre, abuchean los torpes, mientras que para manifestar su entusiasmo al *torero* que acaba de hacer un buen pase, hombres y mujeres lanzan al ruedo sombreros, abanicos, cigarros, naranjas, todo lo que encuentran a mano.

Me gusta mucho el discurso del *espada*, que antes de ir a dar el golpe con su arma piruetea graciosamente delante del público y declara sacrificar el noble animal « en honor del presidente, del público que está a la sombra y del público que está al sol ».

Quisimos hacer una pequeña excursión de caza en el norte para tener las primicias de la *pampa*, que nos proponemos visitar en profundidad más tarde.

Existe un tramo de ferrocarril que, partiendo de Montevideo, atravesará todo el Uruguay en dirección de Brasil. Al día de hoy el trazado no tiene más de 250 kilómetros de largo. Saliendo de la ciudad atraviesa primero un suburbio de elegantes quintas rodeadas de jardines, luego penetra en la llanura ligeramente ondulada que se extiende hasta perderse de vista. Una primera zona de campos cultivados, bordeados por setos de álces y de plantas carnudas, es pronto reemplazada por el *campo*

propriadamente dicho. Es una extensión sin fin de praderas uniformemente verdes en donde no crece ningún árbol ; solamente se ven algunos matorrales a lo largo de los ríos y por todos lados inmensas tropas de bueyes, de caballos y de corderos. De tiempo en tiempo un jinete, galopando en el llano, rompe la monotonía del paisaje, o algunas avestruces, asustadas por el paso del tren, devoran terreno huyendo delante nuestro con toda la velocidad de sus largas piernas.

La composición de nuestro convoy corresponde bastante bien a este aspecto semi salvaje de la región : se hace un alto en una estación ; un viajero sube en nuestro coche ; su primer gesto al sentarse es sacar su revólver del cinturón y depositarlo descuidadamente sobre sus rodillas. En la estación siguiente, nuevo compañero de viaje, nueva demostración defensiva. ¡ No hay duda que en estos parajes se viaja de ordinario en muy mala compañía !

En la mañana llegamos a Florida, que se encuentra a mitad de camino del extremo actual de la línea. Es el lugar habitual de reunión de los cazadores de Montevideo, porque ahí la caza abunda y en algunas horas, sin que nos haya costado mucho trabajo, habíamos matado unas cincuenta perdices. Se parecen mucho a las perdices grises de Europa y se hallan en todas partes en cantidades considerables. En esta temporada viven en parejas, escondiéndose entre los cardos, la única planta que crece en el *campo*.

No es raro levantar en la pradera grandes lagartos llamados *iguanas*, gruesos como el brazo y que tienen más de un metro de largo ; o también *tatús*, cuadrúpedos singulares que llevan sobre el lomo una caparazón impenetrable que va desde el cuello hasta el nacimiento de la cola. Se me asegura que estas dos especies de caza constituyen excelentes platos ; pero la experiencia me ha vuelto desconfiado a este respecto.

El 20 de octubre nos ponemos en camino hacia Buenos Aires. El trayecto se efectúa con rapidez desde Montevideo en excelentes barcos a vapor que, saliendo en la noche, llegan al día siguiente en la mañana a la vista de la capital de la República Argentina. Pero ahí no siempre es fácil de alcanzar tierra, ya que los navíos de gran calado deben fondear a once millas mar adentro, casi hasta perderse de vista. Se tiene, pues, que pasar del gran navío a otro más pequeño que lleva pasajeros y mercadería hasta una milla de la orilla, al lugar donde los barcos fluviales, que aunque son muy planos de quilla, echan igualmente el ancla. Los viajeros se ven entonces obligados de bajar a las chalupas, las que no siempre pueden atracar. Se está forzado, para alcanzar el muelle con los pies secos, de subir a las carretas que vienen al encuentro de las embarcaciones entrando en el agua hasta la mitad de las ruedas ; es sobre este singular aparato de navegación que el recién llegado, estupefacto, toca por fin tierra firme.

Estuve sorprendido primero, al operar estos numerosos trasbordos, de escuchar hablar por todos lados el italiano tanto como el español. A juzgar por los gritos y los improperios, podría creerse fácilmente en la rada de Nápoles o de Liorna. Es que en realidad la mayor parte de los hombres que viven aquí de las pequeñas ocupaciones del puerto son emigrantes italianos. De los sesenta mil individuos que llegan en término medio todos los años de Europa a La Plata, por lo menos la mitad viene de Italia.

La ciudad tiene un gran estilo por sus hermosas casas con terrazas y sus cúpulas de iglesias ; pero desde que se entra en sus calles eternamente derechas que se cortan en ángulo recto, todas igualmente surcadas por un tranvía, la impresión favorable se desvanece. Se ve en ella pocas plazas, monumentos sin carácter, algunos bellos almacenes y en una de sus calles principales el Banco Provincial, soberbio edificio completamente cubierto de mármol y de oro. Visitamos el interior de este palacio y al recorrer las salas y las oficinas, escucho relatar los diferentes acontecimientos que hicieron nacer este establecimiento de crédito, los principios económicos que lo desarrollaron y por último el sistema peligroso sobre el cual está basado. Estos detalles son curiosos e interesantes de consignar, ya que pueden dar una idea bastante justa de las costumbres financieras de este país.

No hace mucho tiempo que se usaba todavía en cada casa la costumbre de poner en lugar visible un bocal de vidrio conteniendo el polvo de oro que serviría a pagar los gastos domésticos. Era, si se puede decir, el termómetro del crédito del cual disponía cada familia ; se medía según el nivel más o menos alto al cual se elevaba el precioso contenido. En esta época el comercio existía únicamente con la metrópoli, ya que ella se reservaba el privilegio exclusivo de suministrar las mercaderías a sus colonias en cambio de los productos que ella retiraba ; las diferencias se pagaban en polvo de oro. El establecimiento de bancos no habría tenido objeto.

Pero a comienzos del siglo, habiéndose producido la declaración de independencia, vinieron con ella guerras largas y costosas. El nuevo gobierno sintió rápidamente la necesidad de recurrir a un banquero que le adelantara el dinero del que había menester. Comenzó por hipotecar los ingresos del Estado ; luego se constituyó un banco de descuento al cual le otorgó el derecho de emitir billetes.

A pesar de los privilegios con los cuales había sido favorecido, este banco no tardó en ver declinar su crédito ; el papel que había creado fue rápidamente depreciado y el gobierno, cuyas necesidades crecían sin cesar, al no encontrar en la institución bancaria los recursos esperados, resolvió tomar el derecho de emisión por su cuenta y de hacerse banquero que descuenta. Fundó el Banco Nacional con fondos que había logrado tomar prestados en Inglaterra, dándole todo el carácter de un Banco de Estado.

Esta absorción del elemento financiero por parte del elemento político, no fue muy de naturaleza a consolidar el crédito del nuevo banco. Sufrió las consecuencias de las crisis por las que pasó el gobierno; su papel moneda perdió casi todo valor, y cuando el dictador Rosas fue depuesto en 1852, se encontró, como las finanzas públicas, en la situación más crítica.

Entonces fue necesario pensar en elevar el crédito, tanto al exterior como al interior, lo que no era cosa fácil. El empréstito contratado en Londres desde hacía treinta años y cuyos atrasos estaban en suspenso desde hacía veintisiete años, hizo primero el objeto de negociaciones en las cuales la deuda, en capital y en intereses, fue de nuevo reconocida y garantizada por el Estado. Luego el Banco Nacional, que ya no inspiraba ninguna confianza, fue absorbido por un nuevo establecimiento creado con el nombre de Banco Provincial de Buenos Aires ; éste no tardó en prosperar más allá de lo que se estaba en derecho de prever. Una medida muy

singular contribuyó especialmente a su éxito. fue el derecho acordado al banco, por una ley especial, de perseguir sus deudores en sus bienes, teniendo la preferencia sobre cualquier otro acreedor.

Esta medida sin precedentes en la historia de los bancos, y que es criticable por más de una razón, tuvo sin embargo como efecto de inspirar la confianza. El número de depósitos aumentó rápidamente. Las operaciones de descuento se elevaron sucesivamente de 5 millones de francos en 1854 a 225 millones en 1872. El capital de reserva que en 1854 era de 880.000 francos, es ahora de cerca de 50 millones. Estos resultados son excelentes, pero hay que reconocer que el éxito es ficticio y lleno de peligros, ya que el privilegio fiscal del cual goza el banco lleva como consecuencia de anular toda seguridad del comercio. Qué garantías, en efecto, puede tener cualquier otro acreedor con respecto de su deudor, puesto que si entabla diligencias contra éste o provoca su liquidación, se encuentra bajo la amenaza de que el Banco Provincial intervenga y que, usando de su privilegio, absorba el activo sobre el cual contaba el acreedor.

En todo lo que tiene relación con la ligereza con la cual este banco comprometió fondos en empresas muy dudosas, me callo ; también sobre las dificultades que tendría para realizar su capital ; por último, sobre la imprudencia del gobierno, que acaba de ceder a otro establecimiento de crédito un privilegio análogo de diligencias contra los deudores... Por lo menos, de ello resultan conflictos desastrosos y una situación eminentemente complicada para el comercio...

Si la seguridad no se encuentra en los bancos, ella se encuentra aún menos en las calles : sólo se ven patrullas, puestos de guardias nacionales, oficiales nuevos ricos desde ayer pavoneándose en sus uniformes que son mitad tela, mitad galón de oro y que buscan en vano llamar la atención de los habitantes, que se esconden prudentemente detrás de sus ventanas bien cerradas.

Cabe hacer notar que todo el ejército regular desertó en masa, para ponerse a las órdenes del general Mitre, jefe del movimiento. Y el gobierno, que después de todo es el único establecido regularmente, sólo puede contar con los guardias nacionales... Por éso el desafortunado transeúnte es el blanco de estos soldados bisoños y demasiado activos que le hacen sufrir mil vejámenes. Mi primer cuidado fue el de procurarme una *papeleta* en nuestro consulado, pero de todas maneras cada noche era víctima de controles... Pronto me di cuenta que el mejor de los salvoconductos era el de hablar mal el español, y a ese respecto me encontraba perfectamente en regla.

En días apacibles, los bonaerenses, hoy refugiados en los sótanos, van a *Palermo* a exhibir el lujo de sus carruajes y la elegancia de sus atavíos. Este lugar de reunión es un muy triste paseo compuesto por los jardines de un palacio de aspecto lúgubre que en otro tiempo fue la residencia del famoso Rosas, el dictador y opresor de estas comarcas.

A algunas leguas de Buenos Aires se encuentra un pequeño puerto llamado *Tigre*, situado en la desembocadura del *Río Paraná*. Contaba con admirar este río que tiene la reputación de ser uno de los más grandes de América del Sur ; pero primero estuve muy sorprendido al ver la orilla opuesta tan cercana, que los navíos de gran calado no pueden ni siquiera dar la vuelta en esta especie de canal. Se me explicó que estaba en

uno de los innumerables canales formados por islas de todos tamaños ; y avanzar así, frotando los dos bordes entre esos manojos de verdura constituye una navegación encantadora.

Queríamos embarcarnos ahí para ir hasta *Asunción*, capital del Paraguay. El viaje es de ordinario fácil y puede hacerse en seis días en los barcos a vapor que suben el río. Desgraciadamente este estado de revolución impide momentáneamente a los paquebotes de recorrer el Paraná y estamos obligados a renunciar a nuestros proyectos.

Todo lo que escucho decir sobre el Paraguay, que acaba de afrontar una verdadera guerra de exterminación, es muy emocionante : ha luchado solo durante cinco años contra los ejércitos de la alianza Brasil – Argentina – Uruguay ; la guerra sólo terminó con la muerte del presidente dictador López, muerto con la mayor parte de sus soldados.

Para dar una idea de las pérdidas sufridas por este país, diré solamente que de una población de 220.000 habitantes existe hoy, entre los mayores de quince años, una proporción de veintisiete mujeres por cada hombre.

Enumerar las causas que llevaron la triple alianza de dos repúblicas y una monarquía sudamericanas a una guerra contra esta pequeña república del Paraguay, sería demasiado largo ; pero la explicación más simple se encuentra en el hecho que López era o un loco o el más orgulloso de los perversos. Violó los tratados, declaró la guerra a tontas y a locas a poderosos vecinos, de los cuales hubiera podido hacer aliados ; insultó sus banderas y dio en Paraguay tales ejemplos de despotismo y de crueldad, que los Estados limítrofes, olvidando sus disensiones tan vivas, se unieron para liberar sus fronteras de este déspota molesto y peligroso.

No fue cosa fácil, porque desde hacía mucho tiempo que el Paraguay había sido armado por sus gobernantes sucesivos; el tirano Francia, primero, luego el antiguo presidente López, por último su hijo Francisco Solano López, que sucedió a su padre por un singular derecho en una república, el derecho hereditario.

Al comenzar la guerra, el ejército paraguayo se encontraba compuesto por alrededor de 60.000 hombres convenientemente armados, disponía de una artillería temible y de una flota que debía tomarse en cuenta. Los soldados combatieron admirablemente y su jefe no había retrocedido ante a ningún obstáculo para excitarlos a la lucha. López, queriendo utilizar en su provecho las creencias y principios religiosos que los jesuitas inculcaron a esas tribus, catequizadas por ellos durante largos años, logró hacerles creer que combatían por la más grande gloria de Dios. En más de una cartuchera se encontró billetes en los cuales podía leerse : « vale para ir al cielo ».

El fanatismo religioso y patriótico les hizo soportar fatigas inauditas, sostener combates desproporcionados y a menudo los llevó a gestos de audacia increíbles. Así, algunos paraguayos se atrevieron una noche de tratar de apoderarse, a nado, de un acorazado brasileño ; ayudados por las tinieblas treparon al abordaje con el puñal entre los dientes y habrían podido hacerse dueños del navío matando a la tripulación sorprendida, si no hubiera sido por la presencia de ánimo de un mecánico, que al ver

el peligro largó sobre cubierta todo el vapor de la caldera... Estos intrépidos fueron quemados o bien se precipitaron al río.

Muchos horrores se cometieron durante esta época terrible. López, al mismo tiempo que se defendía de sus enemigos, se encarnizaba con feroz crueldad contra los suyos. Las mismas mujeres no fueron respetadas ; expulsó de la ciudad centenas de ellas. Empujadas durante días por el ejército, desprovistas de todo recurso, expuestas a todas las privaciones, ultrajadas y maltratadas, muchas murieron en el martirio. Algunas, entre otras unas parientes de López, fueron fusiladas, otras abandonadas en las selvas y las que sobrevivieron a tantas miserias, se las vio volver a *Asunción* muertas de hambre y casi desnudas cuando los ejércitos aliados entraron a la capital en enero de 1869.

Esta campaña, que comenzó en 1865, se prosiguió con alternativas de éxito y de reveses ; pero su lentitud es atribuída especialmente a las inmensas dificultades materiales encontradas por la flota y el ejército brasileños, ya sea para subir los ríos cortados por fortalezas temibles, ya sea para atravesar alrededor de doscientas leguas de territorio sin recursos de alimentación. Las fiebres, las enfermedades palúdicas, las privaciones de todo tipo, por último el cólera, decimaron tropas y además frenaron la marcha de las operaciones militares. En abril de 1869, López resistía aún, mientras que el ejército aliado parecía condenado a establecer sitios y a efectuar contramarchas.. Para colmo de complicaciones, el general en jefe brasileño había abandonado su mando y se había ido, descontento y fatigado, sin siquiera informar el gobierno imperial.

El hombre al cual estaba reservada la difícil tarea de poner orden en el desorden, de reanimar los corajes abatidos y de terminar gloriosamente esta guerra, llegó entonces de Río de Janeiro. Era un general muy joven, que pertenecía a una estirpe nacida para mandar los ejércitos y que posee desde hace mucho tiempo el secreto de llevarlos a la victoria. Este hombre era el conde d'Eu.

El príncipe llegó a *Asunción* y estableció ahí un gobierno provisorio. Llamó a él los ciudadanos paraguayos, hizo cesar los abusos que se cometían por doquier y dirigió él mismo una serie de operaciones que fueron mantenidas con rigor. Notables hechos de armas y victorias se sucedieron ; la derrota del ejército de López fue completa. Éste fue entonces perseguido sin parar en su retirada hecha con precipitación, hasta que por fin fue alcanzado en el mes de febrero de 1870.

Rodeado por los quinientos combatientes que le quedaban, el déspota luchó con coraje y como un desesperado. Recibió una herida de lanza y cayó, negándose a rendirse ; entonces el soldado le hizo saltar la tapa de los sesos.

Se estima que esta terrible guerra costó la vida a más de cien mil paraguayos de todas las edades y de ambos sexos. ¡ Es difícil de imaginar un aniquilamiento más completo que aquél en que tal guerra dejó este desgraciado país !

Con la historia del triste héroe de estas páginas sangrientas se mezcla el nombre de una mujer que López había traído consigo de Europa, cuando hizo una estadía bajo pretexto de perfeccionar sus estudios. Esta persona, en cuanto las hostilidades cesaron, fue enviada a Inglaterra, su país natal. La he visto después de paso en Río de

Janeiro con dirección de La Plata. Según decía iba a reclamar del gobierno actual del Paraguay la mitad, o quizá la totalidad del territorio de la república, que el ex presidente le había donado un día de buen humor, por acta debidamente notariada.

Felizmente para ella, a su llegada a Buenos Aires, amigos prudentes le aconsejaron de no llevar más adelante su viaje y sus reclamaciones. Ellas hubieran podido, en efecto, costarle caro.

CAPÍTULO VIII

**El mate.- Estancia de la Virgen ; la crianza de corderos ; la esquila.-
Arroyo Malo : los trabajos en una estancia de crianza bovina.-
Invasión de langostas.**

Estancia del Arroyo Malo, 20 de noviembre de 1874.

Cansados por las incertidumbres revolucionarias que contrariaban todos nuestros proyectos de viaje, nos embarcamos el 1° de noviembre a bordo de *La Villa del Salto*, para navegar río arriba el *Río Uruguay*. El objeto de nuestra excursión era el de visitar algunas *estancias* en la *Banda Oriental*, comenzando en las orillas del *Río Negro*.

Las primeras horas de navegación transcurrieron al medio del *Río de la Plata*. El navío navega río adentro, siendo imposible divisar ninguna de las orillas del río. Pero pronto distinguimos la desembocadura del Uruguay al ir a detenernos frente a la isla *Martín García*, que domina su entrada.

Este islote fortificado, ocupado actualmente por los argentinos, es como una manzana de la discordia entre la república y el Brasil : el gobierno imperial, que tiene necesidad de la libre navegación del río para comunicar fácilmente con sus provincias del sur, pide la neutralización de *Martín García* ; pero la República Argentina no tiene ningun deseo de ceder sus derechos y esta querrela, antigua ya, amenaza con envenenarse todavía más a propósito de un motivo cualquiera.

Mientras tanto, esta fortaleza sirve como lugar de detención para los indios arrestados en la frontera. Hay que imaginarse a qué punto estos pobres nómadas, aislados en medio de las aguas, pueden sentir la nostalgia de la *pampa*, donde montando sus caballos casi salvajes, hacían alegremente sus correrías y sus estragos.

Nuestros compañeros de viaje son algunos *estancieros*, hermosos hombres con maneras llenas de holgura, de tez morena, el ojo vivo, que regresan a sus hogares muy felices, estoy seguro, de abandonar el adoquinado de las ciudades y de encontrar de nuevo el llano inmenso ; algunos oficiales que conversan ruidosamente sobre la política del día o de los contratiempos futuros de la guarnición que deben alcanzar en el interior ; por último, tres o cuatro *gauchos*, estos hombres de la *pampa*, que permanecen en cuclillas en un rincón y parecen observar los otros mortales con el más profundo desprecio.

Para pasar el tiempo, todo el mundo bebe sin parar el *mate*. Esta *yerba mate* es el café de Brasil, el té de Rusia, el vino de Italia o la cerveza del Norte ; sin esta bebida

un habitante de La Plata no podría vivir, por lo menos a juzgar por el papel que juega en sus existencias . La *yerba* se cosecha en gran abundancia en *Paraguay*, donde los indios la llaman « hierba de Santo Domingo ». Cuenta la leyenda que cuando el santo visitó estos lugares, queriendo dejarles un recuerdo agradable de su estadía dotó esta planta, que hasta entonces era venenosa, de toda clase de virtudes. Ella se parece bastante al té, pero tiene un gusto infinitamente más amargo. Se pone algunas hojas con un poco de azúcar en calabazas más o menos ricamente y artísticamente trabajadas ; se vierte en seguida agua caliente, luego, en medio de un agujero practicado a este efecto se introduce la *bombilla*, especie de canuto de plata o de cualquier otro metal, a través del cual se aspira la infusión.

Es imposible de hacer una visita en toda la cuenca de La Plata sin que se le ofrezca esta bebida. En la cabaña ahumada del pobre *gaucho* como en la residencia suntuosa del rico habitante de las ciudades, en cuanto usted llega, la infusión nacional hace su aparición.

La toma del *mate* está de alguna manera regida por un código de cortesía, del cual es útil de conocer por lo menos sus primeros elementos. Así, en cuanto un extranjero entra en una casa, la inevitable calabaza acompañada por su *bombilla* le es inmediatamente ofrecida. El primer deber es el de aceptar, el segundo es ofrecerla sucesivamente a todas las personas presentes, que le responden : *no, está en buenas manos*. Autorizado por tal cumplimiento, usted bebe la droga, pequeña ocupación que dura cerca de cinco minutos ; el instrumento debe entonces ser restituído a la dueña de casa ; esta se apura a ponerle de nuevo agua caliente y de pasar el *mate* al vecino ; luego la operación continúa así indefinidamente. Este consumo de *mate* debe durar todo el tiempo que dura la visita, a menos que como un afortunado turista usted no conozca la fórmula de cortesía que se emplea para indicar que usted querría abstenerse en la próxima vuelta. Para mí, que puse bastante tiempo a comprender esta fórmula, temiendo transgredir los usos, bebía, bebía... ¡ y era detestable !

Hacia el crepúsculo nos deslizamos a lo largo de la orilla plana y verde, con aspecto monótono, encontrándonos en plena noche a alturas del *Río Negro*. En este lugar el *Uruguay*, que en realidad es un río de interior ya que con el *Paraná* forma el *Río de la Plata*, tiene por lo menos cuatro kilómetros de ancho y sin embargo estamos ya alejados del mar de cerca de cien leguas. Nos trasladamos a un barco a vapor más pequeño que hace el servicio del *Río Negro* y al cabo de alrededor de una hora desembarcamos en *Soriano*. Hay que esperar hasta el día siguiente para encontrar los medios de alcanzar la *estancia de La Virgen*, donde se nos espera ; felizmente en *Soriano* hay un hotel a donde se nos lleva para pasar la noche en una pieza donde el suelo es en arcilla seca y que tiene como cielo raso la totora del techo.

El día siguiente, domingo, vemos llegar el señor y la señora de Martrin, nuestros futuros anfitriones, que vienen a caballo para asistir a la misa. Nos ruegan de acompañarlos al regreso ; pronto nos ponemos en camino yendo derecho a través del llano completamente cubierto de pastizales y alcanzamos, a unos quince kilómetros de ahí, la *estancia de La Virgen*, construída sobre una pequeña altura.

Desde hace diez años, el señor de Martrin lleva la vida activa e independiente del *estanciero*, y su joven mujer comparte con él esta existencia, a veces un poco monótona, con tanta gentileza como entusiasmo. Nos reciben con su amabilidad muy

francesa a la que se agrega el espíritu de hospitalidad propio a estos países lejanos, cualidades que se aprecian tanto más, me parece, cuanto más se siente la lejanía de la vieja Europa.

Nos hacen visitar sus dependencias compuestas por una sucesión de construcciones muy sencillas de madera, tierra y caña ; en seguida montamos a caballo para dar la vuelta obligada de la propiedad. El terreno que recorreremos tiene alrededor de una legua y media cuadrada, es decir, cuatro mil hectáreas ; está rodeado de cercos de alambre que se extienden por una longitud de veinte kilómetros. La propiedad se encuentra dividida en dos partes : la primera consiste en pasturajes de una calidad superior, que alimenta dieciséis mil ovinos ; mientras que en la segunda, cuya hierba es de calidad inferior, pacen dos mil quinientas cabezas de ganado vacuno y tres a cuatrocientos caballos.

Nuestras cabalgaduras son nacidas y criadas en la estancia ; pero su educación deja que desear todavía desde el punto de vista europeo. Así, para acercarse de ellas y enjaezarlas hay que tomar mil precauciones ; luego, para montar, es indispensable de dejar que el animal dé vueltas sobre sí mismo, sin lo cual se negaría al poyo. Por último, una vez a caballo es necesario además una cierta adaptación al *campo* para no perder a cada instante su centro de gravedad. En efecto, la llanura se encuentra en muchos lugares cubierta de cardos salvajes de dos o tres pies de alto y como este follaje espinoso pica desagradablemente las piernas de los caballos, éstos lo evitan como pueden. Según esto, el jinete inexperienced, al tomar el galope, quiere conducir su cabalgadura, pero la bestia está acostumbrada a conducirse como le da la gana. De manera infalible cada vez que esta gira a la derecha, el jinete está preparado para ir a la izquierda, giros que molestan de manera muy singular el equilibrio.

La mantención de estos caballos es de lo más fácil ; cuando la necesidad se hace sentir, un *peón* (doméstico de estancia) se va al *campo* a « galopar » algunos de ellos ; los lleva al *corral*, especie de recinto cerrado por empalizadas, donde serán encerrados. Entonces, por medio del *lazo* se apodera de las bestias que deben ser trabajadas, lo que hace sin miramientos ; y cuando vuelve sólo tiene que sacarle la silla y las riendas... El caballo parte para ir a juntarse con su *tropilla*, donde encuentra de nuevo el pasto fresco, el agua clara y todos los encantos de una sociedad caballar.

A pesar de la proximidad del verano, el primer período de nuestra estadía fue frío : el *pampero* soplaba con extrema violencia y todas las mañanas encontrábamos el llano cubierto de blanca escarcha ; por éso nos dábamos el gusto, en las noches, de las conversaciones frente al grueso leño que arde ; ¡ cuánto tiempo hace que no asistía a una fiesta igual !

Durante el día nos entregábamos a largas galopadas a través de la comarca, unas veces para visitar algún punto interesante, otras para seguir de cerca los trabajos de la estancia. El señor de Martrin es un jinete consumado ; antes de ser estanciero pasó largos años en África como oficial en un regimiento de cazadores y pudo dar libre curso a su pasión por la equitación en La Plata. Por éso es que los mismos *gauchos* quedan admirados por su osadía, calidad que ellos también poseen en grado sumo, y por su manera elegante y ágil con la cual sabe manejar su montura. Los autóctonos en general no tienen ninguna noción seria del manejo de un caballo en las evoluciones

rápidas: para volver bruscamente paran en seco y en seguida dan media vuelta; su patrón puede jactarse de dar lecciones a esos centauros aplicando las ayudas^(*), que le dan sobre ellos una superioridad incontestable.

No dejamos de lado los placeres de la caza, ya que las piezas abundan por estos lados. Las perdices son tan numerosas que generalmente se hace poco caso de dispararles ; las lagunas están pobladas por miles de patos, mientras que grandes pavos salvajes y flamencos rosados descansan cómodamente en medio de estas bandadas.

Desgraciadamente existe en el *campo* un pájaro vigilante que denuncia siempre la presencia del hombre ; es una especie de avefría llamada *tero-tero*, a causa de su eterno grito. Este volátil incómodo es el centinela avanzado de la caza acuática que, en masas compactas, cubre las pozas diseminadas en el llano. El cazador debe darse un trabajo infinito para poder acercarse sin ser visto ; se arrastra entre las hierbas altas, se esconde detrás de todo lo que encuentra ¡ pena inútil !, a cien metros de la orilla un vigilante *tero-tero* salta en el aire y larga su grito de alarma y listo, todas las aves se vuelan y no queda otro consuelo que tirar contra el vigía importuno ; ¡ pero para qué sirve, si son tan numerosos !

Dejemos hasta aquí el aspecto deporte, para hablar del principal ingreso de la *estancia de La Virgen*. Él consiste en la crianza de ganado lanar. Es con vivo interés que escuchamos nuestro huésped cuando nos enumeró las condiciones de esta fecunda fuente de ingresos, al mismo tiempo que seguimos los diferentes trabajos necesarios para su desarrollo.

Esta industria pastoral fue introducida en la *pampa* desde hace pocos años, solamente en 1852. Ese año algunos extranjeros tuvieron la feliz idea de criar corderos en los terrenos en que el pasto había mejorado a causa de una larga estadía de ganado vacuno. Desde entonces la raza ovina se ha mejorado considerablemente y al mismo tiempo el comercio de la lana y de los cueros tomó proporciones cada vez más considerables.

Así, en 1873 los corderos han producido en el mercado de Buenos Aires una exportación de pieles, lana, sebo y grasa que se eleva a un total de 150 millones de francos. El puerto de Amberes por sí solo absorbió 50 millones de francos en lana, es decir, la mitad de la exportación total de este artículo ; Francia recibió por un valor de 26 millones y la Inglaterra, por 7 millones. Si cito las cifras de la plaza de Buenos Aires con preferencia a la de Montevideo, es que esta ciudad es, por su posición, el depósito general de todos los productos de la cuenca de La Plata, dejando muy detrás de ella, en importancia comercial, la capital del Uruguay. Hoy la crianza del cordero parece hacerse la principal industria en las regiones que avicinan estos dos grandes centros. En todo el alrededor se extiende una primera zona de terrenos consagrados a la agricultura ; una segunda zona, cubierta de praderas en un radio de muchas leguas, está dedicada a la raza ovina, mientras que los bueyes y los caballos son criados en los terrenos que están más allá de estas dos primeras regiones. Poco a poco la tierra, al bonificarse por el pasaje de los animales, hará que cada zona se extenderá por

(*) *Ayudas* : técnicas de equitación basadas en los estímulos que el jinete comunica a su cabalgadura por medio de la brida, las espuelas, la voz o cualquier otro medio. NdT

graduaciones sucesivas, mientras que los límites de explotación se encontrarán así cada vez más alejados.

Como la crianza de corderos exige una primera inversión de fondos poco considerable y entrega sin grandes riesgos fuertes beneficios, esta industria tendrá sin duda un gran futuro. Ella se impone muy naturalmente a los pequeños capitalistas y por consiguiente al emigrante europeo en general. Se puede evaluar, en término medio, que un terreno de una legua cuadrada es suficiente para mantener veinte mil corderos y, para formar una *majada* (tropa), una oveja comprada en otoño cuesta solamente cerca de cinco francos. Si se tiene en cuenta el producto de las lanas, la venta de los animales gordos para carne de abastero, el valor de las pieles provenientes de los corderos sacrificados para el consumo local, por último la estimación de los borregos que nacerán al otoño, el rendimiento anual de estos rebaños no será menos del ciento por ciento de la suma gastada en la primera compra.

Simplemente hay que deducir primero de este magnífico ingreso, ya sea el interés del capital empleado en la compra del terreno, ya sea el precio de su arriendo. Sobre este aspecto es muy difícil dar cifras exactas, ya que los precios de venta de los campos o de arriendo de los talajes difieren completamente según su calidad y según la distancia en que se encuentran con respecto de los grandes centros. Así, para la compra, varían entre veinte y sesenta francos la hectárea, en una región distante entre diez y setenta leguas de las grandes ciudades.

De ordinario el pastor suscribe un contrato con el propietario del suelo, en virtud del cual se hace su mediero : cada uno de los contratantes debe poner, por ejemplo, mil corderos ; si uno presta sus pasturajes, el otro da su trabajo y sus cuidados como contrapartida ; éste es alojado y se alimenta con el ganado ; y todos los beneficios son compartidos. Por supuesto que tal arreglo puede aplicarse a todas las extensiones de terreno como a todos los capitales y de hecho es el más comúnmente empleado.

Los cuidados que reclama la crianza de corderos son, por decirlo así, insignificantes ; consisten en ejercer una vigilancia suficiente para impedir que los diferentes grupos de ganado se mezclen, y en ciertas épocas en arrearlos todas las tardes hacia amplios rediles construídos con este fin. Cada cordero es marcado en la oreja con un signo que indica la identidad del propietario.

Cuando hay necesidad de hacer un *aparte* en una *majada*, dicho de otra manera, de tomar algunos animales designados al medio del rebaño, que se cuenta en millares de bestias, todas son empujadas hacia una serie de empalizadas cada vez más estrechas, hasta que por fin sea posible de elegir en el montón. Ello se practica especialmente en la época de la esquila, único momento del año en que se deba utilizar un gran número de brazos. Entonces el propietario llama a los *gauchos* diseminados en el llano y los paga como jornaleros. Pero no se elige un tiempo al azar para la esquila, porque ella es una de las más grandes preocupaciones del estanciero, ya que tiene que temer tanto el frío súbito, peligroso para los corderos recién esquilados, que el calor que es a menudo fatal en un momento en que las heridas causadas por los tijeretazos se envenenan si hay demasiado sol y con él llegan las moscas, que se hacen numerosas. Además, como un cordero da en promedio cuatro libras de lana, no es un trabajo fácil de extraer esos miles de vellones cada día.

Por éso la esquila es un acontecimiento en la estancia, como entre nosotros lo es la cosecha. Con este motivo se hacen provisiones extraordinarias ; los trabajadores llegan de todos lados, a caballo por supuesto, arreando a menudo diez o quince cabalgaduras que constituyen toda su fortuna. A la caída de la tarde tienen lugar las fiestas, tanto más animadas que contrastan con la vida tan solitaria que viven de ordinario estos hombres.

El tiempo de la esquila cayó justamente en el momento en que nos encontrábamos en *La Virgen* y el buen tiempo había vuelto. El señor de Martrin decidió comenzar la esquila. Veinticinco o treinta hombres se entregaron a esta operación, sin parar de la mañana a la noche. Un millar de corderos en término medio, pasaba cada día entre sus manos, porque un buen obrero corta más o menos cincuenta vellones durante su jornada.

Es un espectáculo entretenido el que ofrecen todo esos *gauchos* reunidos, cuya conversación muy animada trata a menudo de las calidades de sus caballos. Cada uno toma partido, ya sea por sus propias bestias o bien por las de su vecino ; la conversación se inflama, las apuestas llueven y muchos salarios se encontrarán disminuídos o bien completamente anulados por las pérdidas.

Cuando, una hora antes de la caída del sol, el trabajo está terminado, la lana recogida, amarrada y ensacada, los apostantes montan rápidamente sus caballos y las carreras tienen lugar. Las distancias a recorrer en línea recta son establecidas previamente; de ordinario son sólo algunos centenares de metros. Casi siempre estos señores corren un *match* en caballos sin montura. Como el *starter* (*) es un adelanto desconocido, los dos competidores parten juntos al galope un poco antes del punto acordado, siendo la partida válida cuando los dos jinetes, sintiéndose lanzados sin ventaja para ninguno de ellos, gritan juntos : « ¡ vamos ! ». Ello permite de hacer una sucesión indefinida de partidas falsas, a menos que el número de estas haya sido convenido previamente. Incluso sucede algunas veces ver emplear una superchería por parte de aquéllos que montan un caballo que tiene más resistencia, pero menos velocidad que el otro ; es la de emplear las partidas falsas como medio de fatigar el caballo del adversario.

Los días se habían vuelto soberbios, el sol calentaba con ardor y muchas veces tuve la oportunidad, en las extensas praderas, de admirar un fenómeno nuevo para mí : el espejismo. Todo el horizonte, en el lado opuesto al sol, nos ofrecía el aspecto de un paisaje delicioso, con agua, árboles, casas, cosas que en realidad no existían en el lugar donde las veíamos y que sin embargo daban la ilusión completa de existir.

Habría querido quedarme largo tiempo todavía en esta agradable residencia, pero teníamos que visitar más al norte una explotación consagrada exclusivamente al ganado vacuno y a los caballos, con el fin de darnos cuenta de este nuevo tipo de crianza. Tomamos un barco a vapor que remontaba el río Uruguay y al día siguiente temprano éramos dejados sobre la orilla, no lejos del *Arroyo Malo*.

(*) *Starter* o más exactamente *starting-gate* (puerta de partida) : máquina automática compuesta de cintas elásticas que se levantan rápidamente para dejar paso a los caballos alineados para la carrera en la línea de partida. (NdT)

Es bastante original de ir donde personas que uno no conoce en absoluto y entrar en relación con ellas mandándoles a decir que esperamos, al borde del río, a dos o tres leguas de distancia, que nos envíen caballos para poder llegar hasta ellas. Tal como fueron encontradas en la pradera, las cabalgaduras son prestamente arreadas hasta nosotros, conducidas por un muchacho a caballo. Les ponemos inmediatamente la silla y la brida, equipaje indispensable para un viajero en estas regiones, y galopamos derecho hacia el norte. La comarca cambia de aspecto; ella es mucho más accidentada, pero por lo demás igualmente desértica. Llegamos a la estancia habitada por tres jóvenes franceses, los señores Cornet d'Hunval, para quienes llevamos cartas de recomendación.

Antes de tentar la vida aventurada de la pampa, nuestros nuevos anfitriones cargaron espada en la campaña de 1870: los muros de la sala de estar se ven ornados con sus fotografías que los muestran en uniforme con los oficiales del 3er batallón móvil de la Somme. ¡Cuál no sería mi sorpresa y mi alegría de encontrar entre esos retratos el de uno de los míos, Ludovic de Beauvoir, que había sido uno de sus camaradas de armas! Por eso comenzamos a conocernos más a fondo y por mi parte sentí tanto más placer cuando constaté que mis más entrañables lazos de familia me ligaban, como a ellos, con la Picardía. Estos hombres emprendieron ahí una grande y enérgica obra. Les deseo desde el fondo de mi corazón un éxito pleno, porque dan en efecto un saludable ejemplo al mostrar que jóvenes de buena familia pueden, sin vacilar frente a las dificultades de una vida nueva, acrecentar honestamente y con virilidad sus patrimonios

Llegados aquí hace dos años y luego de un aprendizaje de unos diez meses donde el señor de Martrin, encontraron la hacienda que ocupan y la arrendaron por diez años. Están muy bien ahí y muy cómodamente instalados, llevando una vida de las más activas en medio de sus tres o cuatro mil cabezas de ganado vacuno y se interesan cada día más a su oficio de estancieros.

Como tienen para uso personal una centena de caballos de monta, teníamos de sobra para elegir y el primer día hacemos un gran paseo para reconocer el terreno donde iremos al día siguiente a *parar el rodeo*, es decir, a « correr los bueyes ».

Galopábamos alegremente cuando de improviso, como en una caja de sorpresa, sale delante de nosotros de entre las altas hierbas una gran avestruz, que huye precipitadamente. No tardamos en descubrir por qué el animal se dejó así sorprender: cumplía con el deber de familia de encubar ventiséis grandes huevos. ¡La tortilla que habríamos podido hacer! Lo cómico de la histoire es que el ave ocupada tan maternalmente era un macho, confirmando lo que había escuchado ya con respecto al papel ejemplar que juega el macho mientras que la hembra corre a través de la pradera...

Varias veces tuve la ocasión de probar estos huevos de avestruz, de los que uno solo equivale a quince huevos de gallina. Es un manjar bastante delicado, pero cuyo gusto levemente azucarado es un poco insípido. Al día siguiente pues, antes del alba, estábamos en silla para asistir al *rodeo*. Este trabajo consiste en reunir mil o dos mil vacunos en un mismo lugar, ya sea para elegir algunos de ellos, o bien para darse cuenta de su estado sanitario, o simplemente para acostumarlos a agruparse en un punto dado. El estanciero nos asegura que este tiempo de galope forzado inflingido a

sus bueyes es un excelente medio de engordarlos. Los gauchos, los caballos y los perros, todos manifiestan un alegre entusiasmo por esta carrera, verdadera fiesta de la estancia. Cada uno de los jinetes se dirige por un camino diferente hacia el límite de la propiedad, sigue al galope el cerco o el río y por medio de un grito, que los animales conocen bien, les da la alerta y los pone de pie. Entonces gritando y silbando, ayudado por los perros, arrea delante de sí una pequeña tropa que agranda poco a poco con todos los bueyes diseminados en su camino. Se trata antes que nada de no dejar animales detrás de sí, de no permitir que uno u otro se escape del grupo ; y como a cada instante algún animal reacio tiende a alejarse, hay que hacer una carrera a galope tendido para cortarle el paso y obligarlo a volver hacia la tropa. Las vacas y los terneros sobre todo tienen la costumbre de escaparse y de obligar así al jinete a emprender carreras repetidas. Incluso a veces los animales resisten ; entonces los perros, perfectamente adiestrados, se abalanzan sobre ellos y los muerden en carne viva para obligarlos a avanzar.

Nada más pintoresco que este rodeo a galope tendido, detrás de centenas de vacunos corriendo a todo correr, bramando y mugiendo. De todos los puntos de la pradera se les ve precipitarse a cabeza gacha, la cola al viento ; y en esta persecución encarnizada yo no sé quién está más animado, si el hombre o su caballo. En este ejercicio hay que tener sangre fría y buen ojo, porque a menudo se está obligado a aproximarse de la bestia de muy cerca para obligarla a cambiar de dirección, y entonces, ¡ cuidado con esos cuernos afilados cuyos golpes pueden provocar heridas graves ! Penetran tan bien que uno de los nuestros, no pudiendo esquivarse con la rapidez suficiente, se encontró con su caballo destripado. El jinete rodó sobre sí mismo en una pestañada y una intervención pronta fue necesaria para desviar el toro furioso que, abandonando su primera víctima, se lanzaba ya contra él con las intenciones más hostiles.

El inmenso rebaño es por fin reunido, frente a nuestro grupo de jinetes que se habían dado cita sobre una altura ; entonces el estanciero pasa en revista sus animales para en seguida dar sus órdenes, las que casi siempre tienen por objeto una condena a muerte. Hay que apoderarse del condenado ; dos *gauchos* lo aíslan poniéndolo entre ambos y empujándolo poco a poco hacia el exterior ; el animal, al sentirse alejado, quiere ir a juntarse con el grueso de la tropa, pero los jinetes le cortan la retirada y en este verdadero juego de perseguidas la destreza de los hombres gana siempre. Por último, cuando el animal está bien aislado, un *gaucho* en pleno galope desenrolla el lazo que está amarrado a su montura, la cuerda silba girando dos o tres veces sobre su cabeza y el nudo, lanzado con una seguridad prodigiosa, va a agarrar la víctima, ya sea por los cuernos o bien por el cuello. El toro cautivo aminora el paso, el jinete hace lo mismo ; la bestia quiere defenderse, pero otro *gaucho* acude y en el momento en que ella se abalanza dando saltos le tira un nuevo nudo corredizo que la echa pesadamente por tierra ; se la toma por los cuernos y el cuchillo del matarife hace muy rápidamente su oficio.

Si el trabajo consiste, no en matar el toro sino que en marcarlo o de hacerle una operación delicada, el momento palpitante es cuando los *gauchos* están obligados de liberar el animal y permitirle de levantarse ; se trata entonces de saltar sobre el caballo con gran agilidad, para huir del buey humillado y furioso a toda velocidad. Pero estos hombres despliegan en todos sus ejercicios una destreza y una sangre fría admirables, que los ponen al abrigo del peligro ; manejan sus caballos brutalmente,

pero con presteza, y como son inmensamente pretenciosos, no hay juego de manos que no inventen para mofarse aún de los terribles cuernos que se precipitan amenazadores sobre ellos.

Para distinguir sus bestias, los diferentes propietarios las marcan con un fierro al rojo ; tal precaución es necesaria a causa de la destrucción de los cercos y a veces de la ausencia de ellos. La marca cambia con cada nuevo propietario, lo que a veces se traduce, por ejemplo, en caballos que tienen la pierna cubierta de arabescos, lo que daña a su belleza.

Un día nuestros huéspedes quisieron agasajarnos con un plato esencialmente nacional, haciendo que se nos prepare un *asado con cuero*. Para ello « galopamos » un novillo, entre los más más gordos del grupo, hacia la estancia. Cuando llegamos, los hombres echaron pie a tierra y aproximándose de la bestia preparada convenientemente para el sacrificio por medio de esta carrera rápida, la tomaron al lazo, le cortaron los jarretes y la mataron. Entonces, provistos de cuchillos, cortaron en las carnes todavía palpitantes el voluminoso pedazo que debía sernos ofrecido y, poniéndolo sobre carbones ardientes, el cuero haciendo oficio de marmita, lo dejaron asar lentamente. El *asado*, servido algunas horas después, estaba excelente. Le hicimos honor en medio del regocijo de los artistas culinarios, estos brillantes jinetes de la mañana, que se volvieron carniceros un poco antes, para terminar como cocineros.

Hacía tiempo que tenía ganas de hacer un largo recorrido en la región con el fin de comparar la marcha rápida de los caballos del *campo* con el paso monótono de las mulas de las *serras* del Brasil. El señor d'Hurval tenía precisamente que tratar un negocio en *Paysandú*, centro comercial importante situado a orillas del Uruguay ; me propuso acompañarlo y más o menos en tres horas franqueamos la distancia de sesenta kilómetros que nos separaban de la ciudad.

Este medio de locomoción suave y rápido sobre un caballo constantemente al galope, es verdaderamente encantador ; pero la orientación de la ruta a seguir se hace bastante difícil a causa de las barreras que cierran las diferentes propiedades. Si no se conoce exactamente las puertas, se puede perderse indefinidamente ; hay además diseminados en el llano ciertos arroyos con los bordes cenagosos, de los cuales hay que conocer los vados, o si no se corre el riesgo de empantanarse completamente.

Durante el trayecto tuvimos que atravesar un río ancho y profundo llamado *Queguay*. Llegamos a la orilla, desensillamos nuestros caballos y los echamos al río atados a un ronzal ; felizmente que cerca de ahí se encontraba una pequeña piragua de la que nos servimos, mientras que nuestro remero sigue con dificultad nuestros caballos que nadan con rapidez.

Hacemos así atravesar el río Uruguay mismo, pese a su anchura, a rebaños enteros ; entonces los hombres se echan igualmente al agua y para nadar más fácilmente agarran las crines de un caballo. Si algún animal se desvía del camino, van a trearlo por los cuernos o por las narices y lo ponen de nuevo en la buena dirección.

Al día siguiente, volvemos con la misma rapidez a la estancia. Durante nuestra ausencia ella había tenido que soportar una invasión de langostas que en grupos

compactos habían venido a arrojarse alrededor de la vivienda. Muchos arbustos y plantas eran comidos, la huerta destruída y en ciertos lugares el pasto había desaparecido como si se le hubiera allegado fuego. Los habitantes del lugar pretenden que estos insectos, de unos cinco a seis centímetros de largo, constituyen un alimento bastante bueno y los cuecen como los camarones. Pero este *maná* no deja de ser un azote, sobre todo cuando las langostas, luego de haberse quedado varias horas en el mismo lugar, dejan sus huevos en todos lados ; estos no tardan en abrir y durante un mes, antes de irse a su vez, estos recién nacidos se alimentan a costa de la propiedad. Estas invasiones son pues, para el estanciero, una calamidad tan desastrosa como la sequía o la epizootia.

CAPÍTULO IX

Los caballos.- El *gaucho*.- El ganado vacuno.- Los *saladeros*.- El final de una revolución.

Montevideo, 8 de diciembre de 1874

Hay mucha distancia, de seguro, entre los medios primitivos empleados en una estancia para el adiestramiento del caballo y los sabios preceptos que dictaba en su *Manège royal* el profesor Pluvinel^(*). Es verdad que en la *pampa* el fin perseguido es únicamente domar rápida y someramente animales casi salvajes, que desde el nacimiento han vivido completamente libres en espacios inmensos. El único contacto que han tenido con el hombre es cuando éste llega a ellos armado con un hierro y con fuego, para dejarles un recuerdo tan doloroso como durable, haciendo así acto de propiedad.

Es sin duda por el resentimiento provocado por los malos tratos de los cuales había sido víctima, que el joven caballo tomado al *lazo* frente a nosotros opuso gran resistencia para dejarse echar por tierra. Cuando fue extendido, bien agarrotado, se le pasó a través de la cabeza un cabestro y con gran trabajo se le amarró con una correa muy corta a un sólido poste. Durante un día entero el potrillo fue abandonado a sus reflexiones sin beber ni comer ; al cabo de algunas horas, había cesado de dar coces y de hacer vanos esfuerzos por liberarse.

Al día siguiente, el *domador* se acercó del caballo, que estaba de nuevo a la defensiva, y trató de ensillarlo, operación muy difícil y bastante delicada, porque la silla local se compone de una colección de mantas y de correas superpuestas. Como se trata, tanto como sea posible, de evitar las coces distribuidas por el potro con toda la energía de sus cuatro años, se está obligado de ponerse a distancia y de lanzarle sobre el lomo las cuerdas y las mantas, aprovechando de cada instante favorable para apretar las correas.

Cuando por fin todo estuvo bien amarrado, el hombre pasó en la boca del caballo un freno grosero y pesado y lo amarró como pudo, deshizo las trabas, saltó a la grupa y desató la correa. Entonces comenzó una serie de embestidas formidables, saltos de carnero vertiginosos donde la bestia, arqueando el lomo al saltar, hacia difícil de conservar el equilibrio. Pero el *gaucho*, bien pegado a la silla, no era hombre que iba a dejarse desarzonar por tan poco. Al ver que sus esfuerzos son inútiles, el caballo cambia

^(*) Antoine de Pluvinel de la Baume, Caballerizo Mayor del Rey ; escribió un tratado sobre el arte de montar para « *l'instruction du roy* », su célebre *Le maneige royal*, publicado en Paris en 1625. (NdT)

de sistema : se lanza en la llanura a una velocidad que el jinete es incapaz de moderar. Un hombre, galopando a su lado, era el único que dirigía este paseo un poco loco al empujar con su propia cabalgadura la del *domador* en la dirección que quería darle. Toda la habilidad de este último consiste en no dejarse desmontar ; esto le sucede sólo en el caso en que el caballo se caiga rodando. Pero entonces el jinete cae parado y es a golpes de fusta que llama al caído a su deber.

Al cabo de cuatro días de este ejercicio repetido mañana y tarde, el animal queda generalmente domado y puede ser empleado en los trabajos de la estancia. Los caballos castrados son los únicos a ser domados de esta manera, porque en La Plata no se monta nunca ni las yeguas ni los sementales, que son destinados a la reproducción, mientras que el exceso de tropas toma lamentablemente el camino del matadero, donde es dirigido hacia el comercio de los cueros, de la grasa, de los huesos, de los cascos y de las crines.

Esta raza, de origen andaluz traída por los españoles, degeneró en sus formas sobre el suelo de América, pero adquirió por otro lado cualidades de resistencia a la fatiga dignas de ser apreciadas en Europa para más de una tarea. Además, las maneras como los caballos se multiplican en la pampa, los pocos cuidados necesarios para su crianza, los bajos precios con que se les cotiza, el poco valor de las yeguas son otras tantas ventajas propias a llamar la atención de los especuladores. Hoy, lejos de los centros, una yegua vale unos veinte francos, un caballo calificado como adiestrado vale entre cincuenta y ochenta francos. Es verdad que el empleo de los caballos en las ciudades, ya sea para los vehículos o más especialmente para los tranvías ha hecho subir un poco sus precios en estas plazas, donde se elevan hasta cuatrocientos francos ; pero se trata entonces de bestias excepcionales, de un modelo superior y muy a menudo productos de sementales venidos de Europa. No se subestima su precio si se le fija en alrededor de doscientos francos el de un buen caballo de la pampa puesto en el puerto de embarque.

Sé que las objeciones que hoy se elevan contra la importación de caballos en Europa son múltiples : se les encuentra demasiado chicos y muy a menudo intratables, dos inconvenientes para destinarlos a la remonta de los ejércitos. De acuerdo ; pero la raza es susceptible de perfeccionamientos. Los caballos más grandes que se ve circular en Buenos Aires y los que varios criadores presentan en las carreras constituyen una prueba. ¿Por qué un capitalista perito en el tema no haría la prueba en cualquier punto del territorio de La Plata ? Debería importarles poco que sus pupilos tengan que hacer un viaje de cien o doscientas leguas para alcanzar un punto de embarque, puesto que los ganados vacunos lo hacen. Si intenta de hacer una crianza de caballos introduciendo poco a poco la sangre de las hermosas razas francesas o inglesas, si se ocupara de manera más intensiva del adiestramiento, si evita lo más posible la marca sobre el anca, ¿ por qué no tendría éxito ? Se me objetará aún la carestía del transporte ; pero esta razón no me parece seria en absoluto, cuando se conoce la cantidad de navíos que llegan todos los meses de Europa y regresan con sus bodegas vacías.

Considerando el valor medio de un potro de cuatro o cinco años destinado a la exportación a doscientos francos, suma ya considerable ; si se estima en el mismo precio el valor del transporte, lo que está fuera de toda proporción, los beneficios serán sin duda suficientemente remuneradores. Tales beneficios estarán asegurados si se logra presentar, para el servicio del ejército en particular, caballos que reúnan las condiciones de tamaño requeridas y que posean además las cualidades de resistencia a la fatiga y de sobriedad extraordinaria que caracterizan los productos de la pampa. A los elevados precios en que

se cotizan hoy los caballos en Europa, me parece seguro que tal especulación se hará luego en gran escala. Sin embargo, para decirlo todo, existe un inconveniente de peso : es la inestabilidad política en los Estados de La Plata. Viene una revolución y las primeras víctimas serán infaliblemente los criadores de caballos. No tardarán a ver abatirse sobre ellos, legal o ilegalmente, bandas armadas que en una razzia se llevarían las tres cuartas partes de la tropa.

En la pampa, el caballo forma parte, por decirlo así, del *gaucho*. En efecto, si frecuentemente se ven caballos no montados, al contrario nunca se ven hombres a pie. Para ir al cerco vecino de su casa, para transportar cualquier instrumento de trabajo, aunque sea a cien metros de distancia, la ayuda de este compañero inseparable le es necesaria. Que se trate del más mínimo esfuerzo, de la más leve tracción, el *gaucho* no se servirá de sus brazos, sino que recurrirá invariablemente a la perilla de su montura o del lazo que va con ella. Hay que llevar a la estancia un cordero o incluso un ternerito ; hay que maniobrar la polea del pozo para sacar agua hacia la superficie, es siempre el caballo que hará el trabajo, ya sea para cargar con el peso o bien para tirar la cuerda. No puedo pues, hablar del caballo sin tratar de esquizar al mismo tiempo el *gaucho*.

Mostremos primero su traje de parada: un gran sombrero redondo de ala ancha le da marco a su cabeza ; en torno del cuello lleva un pañuelo de seda muy vistoso y sobre la parte superior del cuerpo un *poncho*, especie de manta, de ordinario de un color claro, que echa sobre sus hombros pasando la cabeza por un agujero practicado para ello. El resto del atuendo se compone de un ancho pantalón, mientras que los pies van protegidos por botas, a veces por simples pedazos de cuero, pero los talones van invariablemente provistos de espuelas con rodajas de un diámetro desmesurado. Los más ricos adornan con monedas de oro y de plata los arreos de su caballo y en especial el cinturón que se ponen rodeándoles los riñones.

Todos llevan a la cintura las *bolas*, un arma terrible entre las manos del que sabe manejarlas ; consisten en una trenza de correas de cuero que tiene la forma de una T ; las dos extremidades superiores llevan cada una una pelota de madera, la extremidad inferior, una pelota de fierro. Para servirse de ellas se toma en la mano derecha la punta más pesada, se da a las *bolas*, por encima de la cabeza, un enérgico movimiento de rotación y se las lanza sobre el objeto elegido. La cuerda va a enrollarse con violencia irresistible en torno de la piernas del hombre o de la bestia perseguidos, provocando inevitablemente una caída. Es fácil de comprender que el ojo y la costumbre son necesarios para manejar convenientemente este instrumento sobre un caballo que va al galope. Es poco usado en los trabajos de la estancia, ya que la violencia del choque fractura frecuentemente los miembros enlazados por la cuerda que los aprisiona.

Los *gauchos*, verdaderos habitantes de la pampa son tipos interesantes de estudiar ; son el eslabón entre los civilizados y los salvajes, están al servicio de los primeros, pero pasan muy fácilmente, según las conveniencias, en el campo enemigo. Por lo demás la tez morena, sus trazos acentuados donde se ve una nariz fuertemente arqueada, acusan el origen indio, del mismo modo que su porte elegante y la flexibilidad de sus miembros dejan ver su origen español. Moralmente se parecen todos, tienen un orgullo exagerado bordeando el ridículo y una vanidad completamente pueril ; considerándose como seres superiores en la creación, creen que el forastero es despreciable ; ignorantes en grado sumo piensan que toda ciencia, todo prestigio, toda virtud y todo mérito se reducen al arte de montar a caballo y de lanzar el *lazo*.

Así, desde la edad en que en cualquier parte los niños comienzan a andar, el *gaucho* está a caballo ; vi frecuentemente algunos esforzarse por alcanzar las crines con sus pequeñas manos ; para ello se ayudan con los pies, con los puños y se encaraman a la montura tan codiciada como subirían a un árbol. Una vez encima, tomando la fina cuerda que le sirve de brida, el muchachito galopa y trabaja como un hombre.

Si tan temprano comienza a imitar sus mayores en el arte de montar, el niño no tardará tampoco a compartir sus pasiones : los *gauchos* son esencialmente jugadores y no es raro ver uno de estos gallardos jinetes llegar a una reunión montando un magnífico caballo, completamente cubierto de oro y de plata, que regresa algunas horas después sobre un penco sin silla y sin riendas, dirigiendo su cabalgadura con ayuda de una simple cuerda fina pasada en la boca. Y se va, fumando filosóficamente su cigarrillo, sin haber sido en absoluto afectado por su desventura. No perdió ni el aire libre, ni el espacio infinito, ni su libertad ; ¡ el resto es lo superfluo, que va a recuperar tarde o temprano !

Por lo demás son grandes niños ; hay que tratarlos como tales : mentirosos, vindicativos, se vengan escondiéndose de su enemigo. Si al contrario, usted les hace algún bien, no le dirán nunca gracias. Cuando un patrón despide un servidor, debe hacerlo con una urbanidad exquisita, si no quiere sufrir cruelmente las consecuencias.

Estos temperamentos un poco salvajes tienen a veces su lado novelesco. Cada joven tiene su *novia*, la bella por la cual lucha y busca aventura. El estado de *novia* es, a decir verdad, el único buen momento en la vida de las pobres mujeres de este país, puesto que ellas cuentan en general muy poco, no tienen vida social, ni lugar de reunión, ni placer y pasan su existencia en un estado miserable, sirviendo al hombre como esclavas, porque es más su amo que su esposo.

Recorriendo la pradera, un día pasaba delante de una miserable cabaña de donde se escapaban los acordes de una guitarra. Atraído por la curiosidad eché pie a tierra, amarré las patas delanteras de mi caballo con la *manea*, especie de traba en forma de 8, y me dirigí a la vivienda. Al *Ave María Purísima* que pronuncié, según los usos de aquí al pasar el umbral, unas voces me respondieron desde el interior : *Deo gratia*^(*). Con lo que estaba autorizado para entrar. El cuadro que se ofrecía a mí era original : varios *gauchos* encucillados o sentados sobre los talones, en torno de un fuego prendido al medio de este antro, bebían el *mate* ; dos mujeres de tez cobriza, con trazos finos sin embargo, atizaban el fogón o vertían agua hirviendo en la calabaza común que se me ofreció en seguida. En un rincón un hombre todavía joven, tenía entre sus manos una guitarra con la cual tocaba con cierta habilidad, acompañando un canto triste, bastante monótono, pero no sin melodía. Mis anfitriones se apartaron un poco para hacerme lugar en el círculo ; me ofrecieron un asiento hecho de un cráneo de buey sobre el cual se había clavado una piel de cordero y me invitaron a sentarme. Tomé prisa en aceptar este ofrecimiento ya que el humo que se desprendía del fogón, donde se consumían osamentas de animales, sube desagradablemente a la garganta ; para evitarlo es indispensable de ubicarse lo más bajo posible.

El hombre con la guitarra continuaba cantando ; improvisaba una *décima*, una especie de endecha donde enumeraba las gracias y las virtudes de una joven muerta en la flor de la edad. La relación era sencilla, elegante, a veces incluso emocionante. Supe en

(*) La respuesta al saludo « *Ave María Purísima* », es más frecuentemente « *sin pecado concebida* ». (NdT)

seguida que esa gente acababa de sepultar aquélla de la cual se cantaba los encantos ; el poeta era su novio ; los otros, sus parientes o sus amigos.

Estuve largo tiempo observando esta escena pintoresca, pero pronto al mate sucedió el aguardiente de caña; luego el grupo, que comenzaba ya a animarse de manera singular, salió para jugar al exterior un juego favorito con cuchillos clavados en la tierra ; incluso el desgraciado novio fue muy luego de la partida.

Cuando me iba, vi el lugar donde la tierra acababa de ser removida ; pobre niña ! El final de su oración fúnebre será pronunciado quizá dentro de un momento por su padre y su novio, cuando pasarán titubeando cerca de su tumba..., y el viento de la pampa borrará mañana hasta las huellas del lugar donde fue sepultada !...

En ciertas regiones está todavía en uso, según parece, la costumbre de depositar los muertos, a la manera india, en las altas ramas de los árboles donde se descomponen al sol o desaparecen en jirones bajo las garras de los buitres.

-« ¿Dónde va su alma ? »-, pregunté al hombre que me acompañaba. -« ¿Quién sabe ? »- me respondió con un gesto indiferente. El hecho es que casi no hay ideas religiosas entre la población diseminada en este inmenso territorio ; los niños son a veces bautizados, pero es la excepción ; con seguridad es ése el único sacramento conocido. La gran lejanía con los centros explica suficientemente la ignorancia en la cual vive esta gente ; pero a falta de creencias poseen supersticiones ingenuas, como por ejemplo la de sanar un animal al mirarlo a través de un nudo corredizo hecho con una hierba. A este respecto su razonamiento es el que sigue : Dios, porque es todopoderoso, puede evidentemente curar la bestia, pero pide una oración ; esta oración se encuentra en la brizna de hierba o en cualquiera otra manifestación del mismo tipo.

La moral del *gaucho* es bastante amplia en lo que concierne el bien ajeno ; ladrón por naturaleza, no tiene ningún escrúpulo, cuando anda con el estómago vacío, de tomar el alimento donde lo encuentra. Ahora bien, esta raza no se alimenta con pan, que en estos lugares es un lujo, ni de verduras, sino solamente de carne sin aliñar. El hambriento mata, pues, un buey en cualquier lado, le corta un pedazo, lo hace asar, lo come y deja pudrirse el resto de la bestia a campo abierto. Pronto el estanciero, atraído por el olor constata el daño ; si el hecho se repite muy seguido, informa la policía ; de ordinario ésta no descubre nada. Entonces decide de buscar el abigeo por sí mismo y dirige la investigación, la que a veces se termina por un disparo de revólver discreto, que hace pronta y sumaria justicia.

El ganadero tiene gran interés en reprimir estos delitos, porque ellos le causan un daño enorme, no tanto por la muerte del animal, sino que por la depreciación del cuero, parte que representa por lo menos un tercio del valor de un buey. A este propósito, puede ser interesante de conocer las bases sobre las cuales reposa la explotación de una estancia. Los rebaños se reproducen por sí mismos y en la época en que los animales están gordos el propietario vende una cantidad normal a los *saladeros*, inmensos mataderos donde la piel, la carne, la grasa se separan y son entregadas a la exportación. Es la industria pastoral en toda su simplicidad. En general hay que contar con que un rebaño de tres mil vacunos necesita por lo menos un espacio de una legua cuadrada (2.700 hectáreas) de buenos pastizales, o de mucho más si los terrenos son de una calidad inferior ; que la producción anual de un rebaño de esta importancia se eleva en término

medio a siete u ochocientos terneros ; por último, que cada animal vendido a los *saladeros* produce entre 50 y 60 francos.

Según los cálculos efectuados en diferentes puntos de la pampa, el ingreso anual del ganadero no debe ser menor de 10 a 15% del capital empleado. Los resultados pueden ser con frecuencia muy superiores y pienso que como término medio en cinco años, jamás será inferior.

El estanciero cuenta con otro medio para aumentar sus ingresos, si los terrenos de los cuales dispone se lo permiten, es decir, si los pastos son abundantes y si la sequía no ha vuelto árido su suelo; en tal caso, compra a bajo precio hacia el otoño, en los excedentes de otros rebaños, animales jóvenes, para venderlos al final del invierno grandes y gordos y por consiguiente mucho más caros. O bien aún se informa sobre las comarcas vecinas, a veces incluso lejanas, donde los pastizales se han empobrecido a causa de una de las mil razones que pueden provocar este accidente en la pampa ; compra ahí barato bueyes flacos ; estos animales, recuperados por una alimentación abundante, rinden generalmente a su nuevo dueño muy cerca del 100% de su valor inicial.

Puede suceder sin embargo que el propietario o el arrendatario de los terrenos en buenas condiciones, no siempre dispongan de los capitales suficientes para hacer este tipo de negocios. Entonces se dirige a un capitalista, el que le confía la suma necesaria para comprar un rebaño de mil animales, por ejemplo. Con los gastos inevitables, cada cabeza costará alrededor de seis piastras (30 francos), es decir que por el rebaño entero serán 30.000 francos. El propietario del campo se compromete a ocuparse de los animales, lo que no le cuesta nada ; solamente reclamará a título de indemnización por sus trabajos alrededor de una piastra por animal, lo que en tal caso da 5.000 francos. Al cabo de alrededor ocho meses, si el campo es bueno, las bestias están gordas y se venden, en término medio, en 11 piastras (55 francos), lo que hace 55.000 francos. El prestamista obtiene, en menos de un año, un interés considerable por su capital, mientras que el estanciero recogió un beneficio neto de 5.000 francos sin haber tenido que hacer gastos de ningún tipo. Este género de contratos se ejecuta de ordinario con una escrupulosa honestidad ; por lo demás el capitalista tiene un medio de control fácil en el número de cueros que su socio debe entregar, cualquiera que haya sido la causa de la muerte de los animales desaparecidos.

Las contrariedades posibles que se oponen al éxito de la industria pastoral de los vacunos son las enfermedades, las langostas, la sequía, la guerra, los robos, azotes que de tiempo en tiempo hacen su aparición en este país. Pero es muy raro que el beneficio sea nulo ; además, los años prósperos, mucho más numerosos que los que no lo son, compensan ampliamente las pérdidas sufridas. El año 1873 fue particularmente fatal a causa de una sequía extraordinaria, pero los dos años precedentes habían sido particularmente felices, y el año 1874, teniendo en cuenta las pérdidas sufridas, no será en absoluto considerado como uno de los menos fructíferos.

La república del Uruguay posee hoy alrededor de siete millones de vacunos, la república Argentina cuenta con cerca de treinta millones ; y según las estimaciones más serias, esta última podría alimentar diez veces esta cifra, ¡ o sea 300 millones de cabezas de ganado !

Se plantea aquí muy naturalmente el problema del precio de los terrenos. Casi todos están entre las manos de grandes latifundistas, descendientes de los primeros ocupantes españoles, o bien pertenecen al Estado, que antiguamente los cedió, sin reclamar arriendo, a hombres a los cuales no se atreve a retirárselos por temor de provocar una revolución. Los precios varían indefinidamente, según su calidad y su ubicación.

Me contentaré con citar el ejemplo de la región que recorrí, en razón de la situación relativamente excelente donde se encuentra. La *suerte* (3/4 de legua cuadrada, ó 2.025 hectáreas) no se encuentra a menos de 15.000 piastras, es decir, 75.000 francos, ó 36 francos la hectárea. Este precio es completamente excesivo y tiene su origen en la confianza del propietario en una plusvalía próxima ; así, el precio del arriendo no es proporcional con esta alta estimación. En efecto, contando el interés del capital a 10%, lo que es normal en estos países, la hectárea debería arrendarse en 3 francos con 60 centavos. Sin embargo no sucede así, variando entre 1,50 centavos francos y 2,50, lo que fija el precio de arriendo de la *suerte* entre 3.000 y 5.000 francos.

Por éso, al estanciero le conviene más arrendar la tierra que comprarla, siendo el único gasto serio que tendrá que hacer el de construir las viviendas, puesto que la escasez de obreros y la falta de materiales hacen las construcciones bastante caras. Por éso es que la mayoría de las estancias están compuestas de chozas de la más modesta apariencia. En lo que toca al salario de los *gauchos* es, por decirlo así, insignificante y su número es muy restringido con respecto a la importancia de la explotación.

La costumbre de instalar alambradas para delimitar las propiedades se hace cada vez más común en los lugares que no tienen barreras naturales, como los ríos. La instalación de esta línea de demarcación es de precio elevado, pero sus ventajas, al impedir que rebaños vecinos vengán a pacer en los campos cerrados, compensa ampliamente el desembolso.

En lo que toca a las especulaciones que la compra de terrenos provoca en la república Argentina, hay una especialmente digna de ser anotada : El gobierno busca cada día a empujar sus fronteras del lado suroeste, expulsando los indios saqueadores hacia las regiones bajas de la Patagonia. Las tierras situadas en la frontera se venden ahí por precios mínimos, de 10.000 a 20.000 francos la legua cuadrada ; se trata de hacerse propietario legítimo, lo que no es fácil para el extranjero, víctima de las intrigas y de los engaños de ciertos indígenas ; en seguida hay que tratar lo más posible, porque es la condición puesta por la ley, de hacer valer como se pueda esos terrenos. El capital consagrado a esas adquisiciones será con seguridad por lo menos inmovilizado durante cierto tiempo, puesto que las incursiones de los indios y sus razzias comprometen enormemente todos los esfuerzos. Pero vendrá un día, en cinco años, quizá en diez, en que los civilizados habrán expulsado definitivamente los salvajes y les impedirán de avanzar más allá de los límites cada vez más distanciados. Entonces, las tierras compradas a bajo precio, fatalmente aumentarán de valor de una manera considerable.

Esta protección de las fronteras es incluso una de las principales ocupaciones del ejército argentino, cuando no está haciendo una revolución ; líneas de fuertes se establecen y una vigilancia de día y de noche es ejercida, mientras que el gobierno decidió de oponer, en los confines más amenazados de su territorio, un inmenso obstáculo a las incursiones de los indios : van a ser cavadas cien leguas de fosos para separar los ladrones de los ganaderos. Así, el ganado ya no podrá pasar la frontera, o será

necesario rellenar, en algún lugar, el prodigioso surco, lo que permitirá siempre a los puestos vecinos de llegar a tiempo para dispersar los cuatrerros. Una vez que la frontera estará bien defendida, un camino será luego trazado y en seguida vendrá el ferrocarril que unirá estos territorios remotos a los centros comerciales.

Ojalá que mis amables anfitriones del *Arroyo Malo* puedan pronto ver sus esfuerzos coronados por el más feliz de los éxitos ; fue el voto que les formulé durante ocho días seguidos al decirles adiós cada vez ; porque, obligado de volver a Buenos Aires, me iba todas las mañanas a la orilla del Uruguay a esperar la pasada del vapor ; pero el servicio, desorganizado por la revolución, ya no respetaba los días establecidos. Al ver que nada venía, volvía alegremente a la estancia para pasar en ella algunas horas más.

El encanto que me retenía en tan buena compañía se rompió sin embargo un día : vi dibujarse a lo lejos el penacho de humo blanco, esperado sin mucha impaciencia, y al día siguiente me encontraba en *Fray Bentos*, cuyo inmenso *saladero*, hecho famoso por el *extractum carnis Liebig*, alinea a lo largo del río sus hangares, sus empalizadas y sus máquinas.

Hay una gran cantidad de establecimientos de este tipo en toda la cuenca de La Plata. Ahí son llevados desde el interior todas las tropas de bueyes que han engordado y que están en estado de dar una carne abundante. Como estos mataderos sacrifican de mil a mil quinientos bueyes por día, se puede tener una idea de la inmensa cantidad de animales que es necesaria para sostener el trabajo de matanza durante la temporada, cuya duración es de alrededor cuatro meses.

Estas hecatombes ofrecen un espectáculo interesante, pero un poco repugnante : los animales enloquecidos son empujados sucesivamente de un gran corral hacia uno más pequeño, hasta un último que se termina en una puerta corrediza. En este lugar está ubicado un hombre que atrapa la bestia más próxima con su *lazo* ; entonces la poterna se abre, el animal es arrastrado en un corredor estrecho donde el desnucador, de un solo golpe en la nuca con el estilete, lo deja tieso. El piso donde cae es movedizo y corre sobre un pequeño ferrocarril ; este carrito es puesto en movimiento en seguida y reemplazado por otra vagoneta destinada a recibir la víctima siguiente...

En cinco minutos, ni más ni menos, un gran número de trabajadores provistos de cuchillos y de hachas, con el cuerpo semidesnudo, han vaciado el buey, lo han desollado, cortado, disecado y repartido en pedazos, los que son alineados en seguida en un orden perfecto sobre caballetes preparados con este fin.

Al recorrer estos cobertizos, se siente una sensación extraña cuando el pie resbala en un lodo sanguinolento, cuando el olor acre de la sangre apreta la garganta, cuando todos esos brazos enrojecidos se agitan en una actividad febril. La parte más importante de las carnes es cortada en tajadas de dos pulgadas de espesor, las que son sucesivamente sumergidas en un estanque con salmuera, expuestas al aire, luego cubiertas de sal y puestas a secar al sol. La carne preparada así tiene el aspecto del bacalao seco ; se les envía en capas superpuestas en los navíos, para servir, bajo el nombre de *carne seca*, a la alimentación de los negros del Brasil y en La Habana. El valor de este producto de exportación de los *saladeros* se cifra anualmente en 250 millones de francos. Lo barato de esta carne habría debido favorecer la introducción de este producto en Europa, donde tanta gente de las clases pobres está privada de esta alimentación tan útil al hombre ; pero

su aspecto poco apetitoso y esta salazón a ultranza son, según parece, objeto de la repugnancia que sienten los europeos, aversión que encuentra su origen más bien en los prejuicios.

¿ Se descubrirá un día el medio de transportar la carne perfectamente conservada, más allá de los trópicos ?

El problema es de un interés primordial para el futuro de estos países ; porque si de repente se abrieran inmensos mercados a este nuevo comercio, el resultado de ello sería casi incalculable y los beneficios de la industria pastoral de La Plata aumentarían singularmente.⁽¹⁾

Los cueros, que constituyen también un importante artículo comercial, son expuestos al sol para ser secados, luego sumergidos en sal o simplemente impregnados de arsénico. En 1873, el mercado de Buenos Aires exportó de ellos por un valor de 47 millones de francos. La grasa y todos los pedazos de carne no empleados son depositados en una cuba ; ahí son fundidos por la acción del vapor y se convierten en sebo. Los huesos, los cuernos, las pezuñas y las crines son igualmente recogidos y entregados al comercio.

En *Fray Bentos*, las mejores partes del buey están destinadas a hacer el extracto de carne. Con este fin son molidas finamente, hervidas en inmensas ollas llenas de agua ; luego, toda la parte líquida pasa a través de un tamiz que retiene las partes sólidas. Luego de una segunda cocción de varias horas, se deja que el caldo cuaje, con lo que se obtiene esta pasta tan conocida, de la cual un solo kilo representa cuarenta kilos de carne con casi todos sus elementos nutritivos. ¡ Es decir que seis libras de extracto equivalen a toda la carne de un buey entero ! Comenzada hace diez años con un capital de 12.500.000 francos, la usina Liebig proporciona hoy a sus felices accionistas un ingreso anual de cerca de 4 millones de francos.

Salí de *Fray Bentos* el 30 de octubre para dirigirme a Buenos Aires, donde pasé algunos días y heme de nuevo de vuelta en Montevideo ; ayer todavía se estaba en plena revolución al otro lado del río ; ¡ hoy, como por encanto, todo está terminado ! ¡ El general Mitre se rindió pidiendo una amnistía general... y se la acordó !

Vistas de cerca, estas guerras civiles no tienen un carácter tan terrible y hay que ceder mucho en las nuevas políticas, cuando emanan del gobierno. En efecto, las victorias se suceden una tras otra ; aunque al día siguiente estos felices acontecimientos son desmentidos ; o bien los boletines oficiales anuncian que una gran batalla tuvo lugar, terminando con estas palabras ingenuas : « Felizmente no hubo ninguna muerte que deplorar ». Los habitantes de Montevideo, que nunca pierden la ocasión de burlarse de sus vecinos, explican el hecho de la siguiente manera : En principio, cuando los dos beligerantes se enfrentan, envían recíprocamente emisarios que llevan por misión de decir más o menos lo siguiente : « Somos dos mil, ¿y ustedes ? -Nosotros somos cinco mil », responde el interpelado. Luego cada uno vuelve a su campo respectivo, profiriendo las

⁽¹⁾ Este descubrimiento parece ser hoy un hecho consumado : El *Frigorífico* construido por el señor Tellier ha llevado de La Plata a la Exposición Universal de París pedazos de carne conservada a la temperatura de 0°. Todos constataron que ella se encontraba en tan perfecto estado como si hubiera provenido de una matanza de hacía dos horas. Desgraciadamente, los gastos de transporte son todavía demasiado elevados para asegurar el pleno éxito de su invención. (NdA)

más terribles amenazas de exterminio... y el de más débil número, aprovechando las tinieblas de la noche, levanta el campo ; la victoria es del otro.

Hace algunas semanas, los insurgentes devolvieron al gobierno dos cañoneras que habían logrado capturar. Al no haber tenido el dinero suficiente para ponerlas en funcionamiento, en vez de destruirlas prefirieron restituirlas, haciendo este razonamiento lleno de sensatez, que tarde o temprano tendrían ellos, los argentinos, que hacer los gastos...

Es muy de desear, por la prosperidad del país, de ver esta revolución apagada definitivamente y que las aspiraciones de los partidarios de Mitre, que no siguen su jefe sino que más bien lo empujan, se calmen atinadamente luego de este último fracaso. Este tipo de sacudidas no traen otro resultado que el de hacer vacilar el crédito, amedrentar la emigración y poner las finanzas en desorden. Por el contrario, la tranquilidad de la cual la república Argentina tuvo el raro bienestar, había contribuido a hacer considerables las relaciones comerciales de Buenos Aires con el mundo ; así, durante el año 1873 el total de la exportación y de la importación se elevó a más de 500 millones de francos. Bélgica no es la menos interesada de las naciones en ver prosperar este comercio, puesto que ella ocupa la primera fila en la exportación ; el puerto de Amberes atrajo a él solo un valor de 69 millones y medio de mercaderías, o sea un tercio de la explotación total de la república.

Al fin de cuentas, estas comarcas que acabo de visitar están fatalmente destinadas a un gran futuro y ofrecen incontestablemente al emigrante, rico o pobre, un extenso campo a su actividad y serias promesas de éxito. Con respecto a la vida que allí se lleva, ella deja los recuerdos más encantadores. Hay algo de muy atractivo en esta existencia de libertad absoluta en medio de la pampa sin límites, donde por oficio uno se entrega de la mañana a la noche al doble placer de la equitación y de la caza.

Embarcarse llevando consigo una buena provisión de entusiasmo, de cartuchos y de salud, para ir a vivir durante dos o tres meses de esta vida activa y animada, no es ni empresa difícil ni cosa penosa. Aquéllos que intentarán tal excursión no se reprocharán, al regreso, de haber intercambiado durante algún tiempo estos viajes, estos galopes en al pradera, estas cazas y todo este encanto nuevo, contra la vida en Europa, a pesar de todos sus placeres y sus hechizos.

CAPÍTULO X

Visita a la colonia belga de *Itajahy*.- Viaje del emperador a *Campos*.- La caña de azúcar y la industria azucarera. – Bautismo del príncipe de *Grão Para*.

A bordo del *Cervantes*, 3 de enero sz 1875.

Antes de volver a Río de Janeiro debía visitar, en la provincia de Santa Catalina, una antigua colonia belga establecida a orillas del *Río Itajahy*. Me embarqué pues en Montevideo en un paquebote brasileño que partía hacia los puertos del litoral sur del imperio, y después de haber bordeado una costa arenosa y plana durante unas treinta horas, llegué a *Río Grande do Sul*.

Esta ciudad está construída al borde de una vasta laguna que comunica con el mar a través de un alfaque extremadamente peligroso, si hay que juzgar por los numerosos navíos encallados cerca de este paso. En la comarca, en todo su alrededor, la mirada sólo encuentra agua y arena ; es de una monotonía desesperante, pero en las calles se tiene por lo menos el placer de reencontrar los tipos del Brasil, las negras del mercado, los portugueses en pantuflas, los soldados negros y los esclavos que saludan el transeúnte pidiéndole la bendición.

Partimos de nuevo el mismo día bajo una fuerte brisa del este, por lo demás la peor para poder franquear el paso. A pesar de todas las precauciones de los barcos faros, de las boyas, de los pilotos, tuvimos un momento de emoción porque en el lugar más peligroso una gran ola vino a levantarnos por estribor, mientras que el banco de arena nos retenía por babor, ¡ y el navío se acostó completamente, la cubierta haciendo casi ángulo recto con el agua salada !... Muy felizmente otra ola vino a ponernos a flote y no tuvimos otro daño que la deplorable pérdida completa de la vajilla.

Pronto llegamos a la rada de Santa Catalina para fondear frente a *Nossa Senhora do Desterro*. Una entrevista con nuestro cónsul, el señor de la Martinière, me puso rápidamente al corriente de las informaciones que me eran necesarias, y tomé de nuevo el mar esa misma noche en mi detestable barco, que me reservaba aún una sorpresa desagradable. En efecto, en momentos en que estábamos ya en pleno viaje, al salir de la rada, escuchamos un ruido seco... ¡ la cadena acababa de romperse y al dejar el navío en la incapacidad de ser dirigido, fue llevado por la corriente y, lanzado a todo vapor, iba contra los roqueríos de la costa !... Se hacen muchas reflexiones durante los cortos instantes de un peligro tan inmediato. Esta vez no sirvieron de

nada, gracias a los esfuerzos del maquinista que pudo disminuir la velocidad, con lo que logramos detenernos a unos veinte metros solamente del obstáculo contra el cual íbamos a estrellarnos.

El timón reparado aguantó hasta la desembocadura del *Río Itajahy*, donde pedí desembarcar. Encontré caballos e inmediatamente me puse en camino para subir la orilla derecha del río. La cabalgata fue agradable ; sentía una verdadera alegría al ver de nuevo la gran vegetación, las altas montañas y el hermoso sol que dora y anima todo.

Seguido por mi palafrenero iba un poco a la aventura, porque a pesar de mis informaciones no tenía ninguna certitud de ir por el buen camino para alcanzar la colonia. Por último, después de una larga etapa, en los límites de la selva, llegué a una pobre *venda*, donde lo primero que golpeó mi mirada fue esta inscripción : « J. Maes », ubicada sobre la puerta. La ortografía de este nombre no podía dejarme dudas, debía estar en realidad al lado de un compatriota.

Eché pie a tierra y al ir hacia el umbral dirigí la palabra en flamenco^(*). El efecto fue mágico: inmediatamente fui rodeado por la mujer, los niños, los vecinos; tuve que allegarme a su mesa y compartir la comida. Entonces expliqué por qué estaba ahí y cuando supieron que venía *van hunne zaken te klappen* (a hablar de sus asuntos), estalló una alegría general que me emocionó.

Se me condujo a la choza del más antiguo entre los colonos y ahí los reuní a todos. Escuchándolos miraba con vivo placer sus buenas y simpáticas caras flamencas, tostadas por el sol y fatigadas por los duros trabajos, pero sin embargo muy reconocibles para mí, a pesar de este marco exótico. Este *rancho* abierto a todos los vientos, estos zaguales de piragua y estos instrumentos de pesca, estos arcos de indios, los penachos de los cocoteros, las grandes hojas de los bananos que penetraban bajo el techo, todo éso estaba lejos de la choza bien cerrada, con la gran chimenea que humea lentamente y sobre cuyo manto estaba la vajilla centelleante bajo el cielo brumoso del país natal.

Tenían esta manera tan nacional de explicar las cosas a gritos con el pretexto de hacerse comprender mejor, terminando siempre por conversar entre ellos. Entre estas buenas personas que me rodeaban había también numerosas mujeres... Toda esta gente piensa en la patria, habla de ella con emoción y conserva religiosamente su recuerdo ; los de la nueva generación, aunque nacidos en Brasil (ya que los colonos están ahí desde hace treinta años), hablan también el flamenco ; pero los hijos no tienen esta apariencia robusta de nuestros jóvenes campesinos ; es porque han vivido privaciones y esta patria lejana, de la cual sus padres le hablan a menudo, la imaginan vagamente como una « tierra prometida » a la cual muy pocos de entre ellos podrán un día alcanzar.

Hay ahí veintidós familias llevadas por un belga, el señor Van Lede, que había comprado tierras al gobierno brasileño ; como su empresa no tuvo el éxito que esperaba, abandonó la colonia y luego de algunas desventuras, estos infelices quedaron sin ninguna protección. Desprovistos de títulos de propiedad hoy ven que se

^(*) Dícese « flamenco » por la lengua neerlandesa hablada en Flandes, región del norte de Bélgica, que constituye hoy una entidad federal. (NdT).

les quita sus tierras ; se tala los bosques y se los llevan, sin que ellos puedan oponerse ; sólo les queda la tarea ingrata de cultivar, a lo largo del río, terrenos que todos los años, en la época de las crecidas, son arrasados por las inundaciones. Felizmente que no es difícil de obtener que se haga justicia a esos pobres colonos y me siento autorizado para esperar que, a este respecto, mi visita no fue inútil.

Mis compatriotas quisieron escoltarme al regreso hasta el río ; un barco a vapor pasaba ; me condujo hasta *Itajahy*, luego a Santa Catalina donde me embarqué en el excelente paquebote *Cervantes* con destinación a Río de Janeiro

Río de Janeiro, 21 de julio de 1876.

Durante los 18 meses que acaban de transcurrir, no tuve ni tiempo ni motivo para abrir mi diario de viaje ; mis ocupaciones en tanto que encargado de negocios me retuvieron en las residencias oficiales de Río y de Petrópolis y no disfruté mucho del placer de las excursiones.

Sin embargo quiero consignar rápidamente aquí los recuerdos de una visita al norte de la provincia de Río, donde tuve el honor de acompañar la familia real. Sus Majestades iban a inaugurar un ferrocarril que unía *Macahé* a *Campos*, el centro más importante del Brasil en la producción de azúcar.

A bordo del *Bezerra de Menezes*, arbolando la bandera imperial, se encontraban el emperador y la emperatriz, Monseñor el conde d'Eu, el ministro de agricultura, el presidente de la provincia y un séquito numeroso. La salida de la bahía fue espléndida : mientras que sobre los muelles y en los fuertes las tropas presentaban armas, en la rada todos los navíos de guerra brasileños y extranjeros tiraban salvas repetidas en honor de los augustos viajeros. A las tres de la mañana estábamos frente a *Imbetiba*, pueblo cercano de *Macahé*. La banda musical de a bordo despertó rápidamente los pasajeros y al alba descendimos a tierra. No eran más de las ocho y ya se escuchaban los discursos ; se cumplió con las solemnidades de la recepción, para luego asistir a un desayuno de trescientos cubiertos, ofrecido por la administración del nuevo ferrocarril. Subimos luego a un vagón y recorrimos la nueva vía.

Primero atravesamos una región muy triste : pantanos hasta perderse de vista, agua y altas hierbas ; después el paisaje se hizo más fértil cubriéndose completamente de campos de caña de azúcar. En cada estación había lectura de discursos y de elogios, incluso fuera de los lugares de parada, porque mucha gente vino de muy lejos para poder ver el soberano, o quizá ver la locomotora ; vi unos pobres negros que, presa de asombro, caían de rodillas, como para implorar estas potencias misteriosas.

La nueva línea recorre una centena de kilómetros ; entramos a la estación de *Campos* hacia las cuatro y atravesamos la ciudad a pie en medio de un tropel, de una polvareda y de un calor indescriptibles. Los cohetes petardos, complemento indispensable al júbilo público en Brasil, parten en todas direcciones y por centenas de miles ; la multitud aclama al emperador con entusiasmo y cada uno se empuja

para acercarse lo más posible del soberano, quien se siente visiblemente emocionado por tales demostraciones.

Nos dirigimos a la iglesia principal para asistir, a los sones de una música ensordecedora, a un solemne *Te Deum*. Durante este tiempo la ciudad se iluminó como por encanto y encontramos las calles alumbradas por mil luces de color. Las luces que corren a lo largo de las dos orillas del *Parahyba*, muy ancho en este lugar, los farolitos que cubren literalmente los barcos y que se reflejan en las aguas, todo da a esta fiesta una animación extraordinaria.

Al día siguiente nuestro viaje continúa con una serie de excursiones muy interesantes en medio de esta región casi exclusivamente consagrada a la explotación de la caña de azúcar. Un pequeño trencito que sigue caprichosamente todos los meandros de la ruta en un recorrido de veinte kilómetros, nos llevó donde el señor Barrozo, en la *fazenda del Colegio*. Fue en otro tiempo un colegio construido por los jesuitas ; pero sus bienes cayeron desde entonces en otras manos, casi de la misma manera como los bienes del clero cayeron, en nuestros países, entre las manos de los compradores de bienes nacionales luego de la Revolución.

Primero se nos mostró el *enghenio* donde se fabrica el azúcar ; vemos los cilindros compresores que extraen de la caña un jugo verdoso ; las calderas donde este líquido clarificado se transforma en melaza ; los condensadores donde el producto, cristalizado en veinticuatro horas, da la chancaca ; por último, las cubas de fierro picadas de agujeros por donde se escapan, gracias a una rotación rápida, todas las materias extranjeras, mientras que el azúcar, purificado por unos chorros de vapor, queda adherido a las paredes.

Esta fabricación exige potentes máquinas a vapor y un utillaje muy costoso, por lo que sólo puede aplicarse a las grandes explotaciones. Los pequeños propietarios se sirven de la caña de azúcar más comúnmente para hacer aguardiente, la que llaman *cachaça*, especie de ron muy apreciado por los negros y más generalmente por toda la población del Brasil. Para obtenerlo, basta con dejar fermentar el jugo de la caña y destilarlo en seguida.

A pesar de los perjuicios que trae consigo en este país el abuso de la *cachaça*, especialmente entre los esclavos, muchas personas autorizadas preconizan la fabricación de aguardiente en todo el imperio, en detrimento de la fabricación de azúcar. Se basan en el argumento de que con una fabricación cuidadosa, la exportación de este licor está llamada a un futuro más prometedor que el del azúcar, totalmente desprestigiado hoy en los mercados de Europa. A decir verdad, los productos de Campos son menos malos que los de las otras partes del país ; desgraciadamente son víctimas de la detestable reputación adquirida por la industria azucarera del Brasil. Los verdaderos culpables, si se cree el mismísimo *Jornal do Comercio*, son los propietarios de las provincias del norte, Bahía y Pernambuco, que fabrican con mucha negligencia y que para las entregas caen en « costumbres de fraude incalificables ». En una palabra, el azúcar brasileño está desprestigiado a tal punto, incluso en América, que en La Plata, país limítrofe, este artículo de consumo es traído del Perú. Y sin embargo, con un poco de esfuerzo cuántos resultados no podrían obtenerse en estas regiones, donde la caña crece, por así decirlo, sin cultivo.

Para tener una idea de la decadencia de esta industria hay que mirar el cuadro comercial de estos últimos años. Hace diez años la exportación de azúcar era de 6.136 quintales y en 1875 sólo alcanza la cifra de 1.317 quintales.

Luego de visitar la fábrica del señor Barroso, volvimos a la vivienda del propietario, donde nos esperaba un espléndido festín. Pero el programa del día estaba lejos de ser completo. Esta comida, como por lo demás todas aquéllas en que se tiene el honor de tomar con el emperador, fue terminada muy rápidamente y fuimos, clausurada la tertulia, a visitar una *fazenda*, propiedad del señor Carvalho. Ahí nuevamente, por deferencia hacia las leyes de la hospitalidad, tuvimos que pasar a la mesa. A la hora del postre presencié un episodio emocionante. El propietario, tomando la palabra, leyó un acta en buena y debida forma según la cual, en honor de la visita imperial, liberaba uno de sus esclavos. El emperador se levantó a su vez y respondió que nada podía serle más agradable ; luego Su Majestad, tomando el papel se lo entregó al negro previamente designado y que se encontraba detrás de ella. El pobre hombre, radiante de alegría iba a ponerse de rodillas, pero el emperador, previendo el gesto se adelantó y tendió la mano al nuevo ciudadano. Este acto, realizado con toda sencillez, dibujó de un trazo el carácter elevado y los sentimientos generosos del soberano.

Nada puede dar una idea de la rapidez con la cual se sucedieron en este viaje las excursiones, las visitas a otras *fazendas*, las ceremonias oficiales, etc. Un día bajamos el *Parahyba* hasta su desembocadura, llegando a la pequeña ciudad de *João da Barra*. Este río, navegable en una parte considerable de su recorrido, está estorbado en este lugar por un banco de arena de los más peligrosos, que los navíos, incluso los de poco calado, sólo pueden franquearlo dos veces por mes ; esto explica suficientemente la necesidad de un ferrocarril que una Campos con un puerto de mar.

Otro día, en medio de un paisaje infinitamente variado, subimos uno de los afluentes del *Parahyba*, el *Río Muriahé*. Si hubiéramos prolongado nuestro recorrido de quince o veinte leguas, habríamos tenido grandes posibilidades de encontrar una u otra tribu de indios salvajes siguiendo « el sendero de la guerra », en los confines de sus inmensas selvas ; desgraciadamente, una visita a estos súbditos poco civilizados del imperio, no estaba contemplada en el programa oficial.

Luego de una pequeña parada en casa de un plantador importante, nuestro barco fluvial, completamente empavesado, nos llevo a *San Fidelis*. Hacía noche ya. En una hora, cortejos con antorchas, *Te Deum*, presentación de las autoridades, visita al concejo municipal, a la escuela, a la cárcel, a uno o dos notables ; luego, como el tiempo comenzaba a faltarnos para pasar a la mesa puesta para Su Majestad, el emperador sin vacilar dio orden de transportar a bordo la cena ofrecida por un gran señor local y lo invitó a acompañarnos. Partimos en seguida, descendiendo de nuevo el río *Parahyba*, con riesgos de encallar veinte veces en los numerosos bancos de arena.

A la una de la mañana estábamos de vuelta en Campos ; a las dos llegábamos al baile ofrecido por las damas a la emperatriz ; a las cuatro subíamos al tren para tomar el camino de regreso. Pasamos una parte del día donde la vizcondesa de Araruama, en una *fazenda* situada a veinte kilómetros del ferrocarril ; se había dispuesto de más de cien caballos de silla y de tiro para transportarnos, mientras que la víspera quinientos esclavos habían construido el camino en medio de arenales y pantanos.

Llegando de noche a Macahé nos embarcamos, bajo un espléndido claro de luna, hacia Río de Janeiro ; pero nadie pensó en las bellezas naturales después de las fatigas provocadas por las noches mundanas que acabábamos de pasar, con corbata blanca y traje negro, en la región de la caña de azúcar. Luego, hacia las nueve de la mañana, entrábamos en la bahía bajo el saludo del cañón de los fuertes. Pronto estuvimos rodeados de una flotilla de embarcaciones trayendo los altos funcionarios que venían a ver Sus Majestades y a desearles la bienvenida del regreso en « su buena ciudad de Río ».

Desde entonces, un acontecimiento importante tuvo lugar, que trajo la alegría a todos los corazones.

La señora condesa d'Eu, princesa imperial, había dado a luz un hijo que sería, después de su madre, el heredero de la corona de Brasil.

En la capilla imperial asistimos a la ceremonia del bautizo del príncipe de *Grão Para*. El cortejo del futuro emperador hizo su entrada, precedido por los heraldos de armas en traje antiguo de oficiales del palacio, llevando las insignias imperiales; del clero revestido de ornamentos suntuosos. El emperador y la emperatriz en persona llevaron su nieto a la pila bautismal. Al lado de ellos se encontraba Monseñor el conde d'Eu y detrás de él todos los grandes dignatarios del imperio, los mariscales y almirantes, las damas de palacio llevando el traje de rigor con penachos blancos en el tocado y largos abrigos de corte, de color verde y oro. Los muros de la iglesia estaban ocultados por ricos tapices y la profusión de luces, el brillo de los ornamentos, daban a la ceremonia un carácter imponente y grandioso.

Esta pompa, desplegada en varias circunstancias por la corte del Brasil, sorprendería quizá en Europa a toda esa gente inclinada a creer que, porque place al emperador de viajar como un particular, no existe ningún ceremonial en Río. Nada de éso, pues, y la noble sencillez de la cual Sus Majestades quieren dar ejemplo se acomoda perfectamente, cuando es de rigor, con las más minuciosas tradiciones de etiqueta de la casa de Braganza.

Mi estadía en Brasil llega a su fin y me preparo a embarcarme en el próximo paquebote para Magallanes. De este país, donde me tocó vivir cerca de tres años, llevo mil buenos recuerdos y no encuentro, para formular un adiós otra cosa que una palabra repetida a menudo en Brasil, pero casi intraducible : para decir sus pesares, votos de regreso, palabras de reconocimiento, deseos de felicidad y de prosperidad, se dice solamente este vocablo que abarca todo : ¡ *Saudades* !

CAPÍTULO XI

**El estrecho de Magallanes y el *Sandy Point*.-La isla de Róbinson Crusoë.-
Valparaíso ; Santiago.- Terremotos.- Resultados económicos de la Exposición
de 1875.- Política interior.**

A bordo del *Iberia*, 8 de agosto de 1876.

El 22 de julio en la mañana, en el barco *Iberia* de la Compañía del Pacífico, dejaba la rada de Río de Janeiro. Confieso que no estuve vacío de emociones al ver borrarse poco a poco en lontananza este panorama que para mí resumía el Brasil y me recordaba tantas horas encantadoras.

Cuatro días después nos deteníamos en vista de Montevideo para tomar pasajeros y los despachos ; luego, al salir del *Río de la Plata* poníamos rumbo al sur. El *Iberia* es un soberbio navío de seis mil toneladas; hacemos alrededor de trescientas millas cada venticuatro horas y tal velocidad me hace muy sensible a la brusca transición de los calores tropicales a los rigores de un invierno austral.

El 1° de agosto entramos en el estrecho de Magallanes ; el canal en que penetramos al alba es bastante ancho y por los dos lados se ve una tierra desolada. A la derecha se extiende la Patagonia, unas veces recortada por grandes planicies de arena, otras ligeramente ondulada por montículos cuyas crestas cubiertas de nieve centellean con los rayos oblicuos del sol naciente ; a la izquierda, la Tierra del Fuego, con aspecto todavía más lúgubre ; región completamente desnuda de vegetación, tierra negra que de lejos parece haber sido desgarrada por un gigantesco arado. Ni un árbol, ni un habitante ; algunos postes ubicados de tarde en tarde en los ángulos de las orillas para indicar a los navíos su ruta durante el día ; pero en la noche uno se encuentra sin puntos de referencia. Siempre avanzando, costeamos islas de arena cuyas orillas elevadas como cortadas a cuchillo le dan el aspecto de inmensas fortificaciones. Por último, hacia las dos, fondeamos frente a *Punta Arenas*, que los ingleses llaman *Sandy Point*.

Hace veinte años, Chile fundó en este lugar relativamente favorecido, porque está abrigado de los vientos más fríos, una pequeña colonia de presidiarios compuesta de

un millar de habitantes. Es, según creo, la estación comercial situada a la más baja latitud en todo el hemisferio austral.

Una parada de algunas horas nos permite bajar a tierra para visitar el pueblo que se extiende sobre la falda suave de una montaña y que va hasta el mar ; está compuesto de calles largas y anchas, con casas pequeñas y bajas y muy ralas. La vegetación de los alrededores se compone solamente de montes desmedrados : es un paisaje de invierno, triste y frío. Después de mis paseos de hace algunos días en medio de cañas de azúcar, me pareció extraño de caminar sobre el hielo y hacer crujir la nieve bajo mis pies.

En esta época del año, los indígenas abandonan la orilla para buscar un abrigo al interior. Sin embargo pude encontrar varios patagones, cuyo aspecto me llamó especialmente la atención : tienen una estatura de unos seis pies, sus miembros son al mismo tiempo delgaduchos y groseros, las manos y los pies son enormes ; largos cabellos caen en desorden sobre sus hombros, cubriendo en parte sus caras bestiales de colores sombríos y con ángulos salientes. Llevan por todo vestido una manta cuadrada hecha con pieles de *guanaco* (llamas de la cordillera), cosidas unas con otras y en la cual se envuelven de la cabeza a los pies, cuidando de poner la piel hacia el interior. El comercio de estas pieles es el único lazo que los pone en contacto con la colonia ; durante el verano vienen en gran número a *Sandy Point* a cambiar estos productos de la caza por algunas botellas de aguardiente. Por lo demás, los colonos conocen perfectamente el valor de estas pieles, notables por su flexibilidad y sus hermosos matices, y nos las venden bastante caras.

Recorrí las chozas del pueblo para encontrar este producto indígena ; un emigrante francés, que me acompañaba, se creyó obligado entretanto de contarme su « papel político » durante la Comuna de París ; pero me interesó mucho más al hacerme conocer una habitante de la Tierra del Fuego. Mi cicerone casual me dijo que pocos días antes el bote a vapor de un navío de guerra chileno anclado en el estrecho, costeano la orilla opuesta, había salvado esta mujer y una de sus compañeras. Ambas huían a nado de una piragua tripulada por sus salvajes compatriotas, los *fueguinos*^(*), que les lanzaban flechas y querían matarlas. Así, incluso en Tierra del Fuego hay quizá novelas, ¡ que se terminan de manera trágica ! Habría querido interrogar la fugitiva y anotar el reciente escándalo en esta comarca vecina del polo sur ; pero como desgraciadamente nadie podía comprender su lenguaje, sus explicaciones se redujeron a una pantomima incomprensible. La heroína era horrible, chica y rechoncha ; frente estrecha, pómulos salientes enrojecidos y agrietados por el frío ; aspecto bastante pérfido. Había cambiado su traje típico, compuesto habitualmente de algunas conchas, por un grosero *poncho* y parecía que le gustaba bastante el suave calor de esa prenda. Queriendo manifestarle toda mi simpatía por sus desgracias, le regalé un vestido comprado en el lugar y un cigarro ; ella mostró poco entusiasmo por el vestido, pero tomó con avidez el cigarro ; poco más o menos, fue el único indicio que nos dio de cierta superioridad entre los seres de la creación.

Un misionero anglicano vino a tomar lugar a bordo y me contó que hacía muchos años que se había establecido en la extremidad de la Tierra del Fuego, muy cerca del Cabo de Hornos. Según él esta isla cuenta más de veinte mil habitantes, divididos en

(*) El autor escribe *fuegueros*. (NdA)

tres tribus extranjeras entre sí y que no hablan la misma lengua ; los naturales son de un carácter bastante suave y es por culpa de los europeos que se hicieron crueles y adquirieron la deplorable reputación de comer carne humana. Si se cree al Reverendo, hace todavía pocos años que ciertos navíos de guerra y de comercio habían considerado como una distracción permitida en estas latitudes de tirar contra los pobres salvajes que pasaban en piragua al alcance de las carabinas. Es bastante natural entonces que estos desgraciados busquen a su vez, en un día de naufragio, a vengarse de los blancos, ofreciéndose el consuelo de cortarlos en pedacitos y de simular por lo menos una abundante comida de carne humana.

El puerto de *Sandy Point*, convertido gracias a la navegación a vapor en uno de los puntos de parada y de reaprovisionamiento más útiles entre el Atlántico y el Pacífico, contribuye a aumentar considerablemente, desde hace algunos años, el movimiento de barcos en el Estrecho de Magallanes. La importancia de esta situación, que sólo se encontrará comprometida el día en que un canal abierto en América Central vendría a ofrecer una ruta mucho más corta al comercio marítimo de Europa, no ha escapado en absoluto a las repúblicas de La Plata y de Chile. Estos dos estados vecinos hacen valer hoy sus pretensiones a la propiedad del estrecho y como consecuencia a una parte de la Patagonia de una extensión de alrededor de veinte mil leguas cuadradas. En apoyo de sus pretensiones recíprocas presentan pruebas extraídas de antiguos documentos españoles que extienden el virreinato, sea de Chile, sea de La Plata, hasta estos límites. Hasta el momento la cuestión está pendiente ; ella ha sido confiada a los plenipotenciarios de las dos naciones reunidos en Buenos Aires. Sin embargo, últimamente un incidente marítimo interrumpió de enojosa manera la discusión pacífica sobre los derechos de cada país. Un barco mercante francés, el *Jeanne-Amélie*, provisto de un permiso en regla extendido por la autoridad argentina, cargaba guano en la costa del Atlántico, muy cerca de la entrada del estrecho ; este barco, sorprendido por el comandante de la corbeta chilena que hacía un crucero por esos parajes, fue declarado con carga indebidamente autorizada y por consiguiente culpable de piratería. Entonces fue embargado y su tripulación hecha prisionera a bordo del navío de guerra. Torpemente maniobrado por los hombres de la marina chilena, el navío francés naufragó con mal tiempo al tratar de alcanzar *Punta Arenas*. Por supuesto que el capitán víctima de esta aventura se apresuró a reclamar, quejándose ante los tribunales chilenos ; el asunto llegó hasta la Corte Suprema de Santiago, pero él era espinudo : de un lado, si el tribunal atribuía la culpa a Chile, reconocía los derechos de la república Argentina ; de otra parte, declarar el navío presa legítima era renunciar de hecho por adelantado a la solución pacífica, de la cual se ocupan en este momento los diplomáticos sudamericanos⁽¹⁾

(1) Puede ser interesante de dar aquí el texto de la circular por la cual el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Buenos Aires comunicó al cuerpo diplomático los resultados obtenidos. Ahí se verá que las repúblicas sudamericanas tienen una elevada idea de los ejemplos que dan.

« Buenos Aires, 9 de diciembre de 1878.

« Señor Ministro,

« Tengo la satisfacción de comunicar a Su Excelencia que ayer fue firmado en Santiago, por los plenipotenciarios de las repúblicas de Argentina y Chile, un arreglo honorable de todas las cuestiones pendientes entre una y otra, basado en el artículo 39 del Tratado de Amistad de 1856.

« Al confiar al arbitraje la solución de estas cuestiones, al reconocer el principio del *uti possidetis* de 1810 y al establecer, mientras tanto, una jurisdicción provisoria que no crea derechos sobre el Atlántico a la república Argentina, ni sobre el Estrecho de Magallanes a Chile *los dos*

El veredicto que fue pronunciado honra el espíritu inventivo de la magistratura chilena y para en seco, al menos por el momento, las dificultades nacidas de las circunstancias. La Corte Suprema declaró que el navío francés, objeto de la queja, habiendo desaparecido en razón de fuerza mayor, no había materia a pronunciar sentencia. El asunto se quedó ahí y la decisión me parece suficiente para satisfacer a medias al capitán francés. (*)

Este lejano puesto de *Sandy Point* presta inmensos servicios yendo en socorro de los numerosos navíos en peligro de naufragio cerca de la costa. El gobernador nos dijo que este año se habían salvado más de ciento cincuenta náufragos e hizo notar que no pasan quince días sin que haya un siniestro marítimo. Comprendiendo su gran misión de humanidad se consagra, con celo digno de todos los elogios, a la vigilancia de la zona de su jurisdicción. Al más mínimo indicio emprende búsquedas ; nada lo desalienta, nada lo cansa. Hace poco tiempo se le trajo una caja encontrada en tal grado de latitud y arrastrada por tal corriente ; en esta caja había un anuncio fechado de seis meses antes, en que se anunciaba que un navío se había destrozado en uno de los escollos de la entrada del estrecho. Podría haberse dicho que después de tan largo tiempo toda búsqueda sería inútil ; pero se obstinó en sus investigaciones, terminando por encontrar, en los roqueríos de los Doce Apóstoles, un grupo de desdichados que habían vivido ahí, desde el naufragio, en la más atroz indigencia y sin otro alimento que los pingüinos que podían cazar.

Como la misma noche de nuestra llegada hacía un tiempo espléndido y que la luna brillaba con todo su resplandor, nuestro comandante decidió aprovechar de ello para continuar el viaje. A pesar del frío pasé una parte de la noche en cubierta para admirar el magnífico espectáculo que desfilaba ante mí. A medida que avanzábamos el canal se estrechaba y a ambos lados sólo se veía montañas de nieve y enormes ventisqueros que descendían hasta el agua ; iluminadas por los rayos de la luna, estas masas blancas eran de un efecto sorprendente. Hacia medianoche se cubrió ; sin embargo continuamos nuestra marcha y cuando el día apareció estábamos todavía en medio de montañas, ora rasando los peñones, ora navegando por anchas bahías, donde sentíamos ya la cercanía de una fuerte brisa del oeste. Nos preparamos a ser sacudidos y las chalupas fueron puestas sobre la cubierta ; hacia las dos pasábamos a la vista del Cabo Pilar, peñón negro y malo contra el cual, empujado por la corriente, uno puede quebrarse como vidrio ; ¡ y henos aquí vogando en el Océano Pacífico !

gobiernos han dado al mundo un elevado ejemplo de moderación y sabiduría y una prueba elocuente

de que las naciones americanas saben subordinar sus diferencias y sus pasiones a los intereses de la paz y del progreso, cada vez que ellas encuentran los medios dignos para salvar el honor nacional.

« Ruego a Su Excelencia tener a bien comunicar al Gobierno del cual es usted el distinguido representante, esta buena nueva, que mantiene la paz entre las repúblicas de Argentina y Chile, y de aceptar la seguridad de mi perfecta consideración ».

« M.A. Montes de Oca »

(*) El naufragio del *Jeanne Amélie* provocó una reclamación diplomática, a la que Chile dio satisfacción por fin en 1924, con el pago de una indemnización al propietario del navío. (Cfr. Web : Armada de Chile, biografías, artículo Angel Custodio LYNCH IRWING). NdT.

Como es su costumbre, no quiso honrar su nombre y nos sacudió bamboleándonos sobre inmensas olas que derramaron la sopa y produjeron mareos al por mayor.

El 6 de agosto íbamos a través de una neblina espesa y como hacía tres días que no habíamos podido determinar la posición del sol, el punto era incierto. En razón de que el sondaje ya no acusaba una profundidad segura, echamos el ancla, lo que fue prudente porque hacia las nueve de la noche, habiéndose disipado la neblina divisamos a algunos cientos de metros, justo al frente nuestro, la isla de *La Mocha*, que habría sido desagradable encontrar. Es verdad que un naufragio en esta latitud carecería de originalidad ; en efecto, no lejos de ahí se encuentra la isla que habitó antaño el héroe de uno de los más queridos libros de nuestra infancia, escrito por Daniel de Foë. El teatro de sus hazañas se llama *Juan Fernández* y está situado a un poco más de trescientas millas de la costa chilena.

Parece que la historia, tan interesante como fantástica, de Róbinson Crusoe tiene un fondo de verdad. Esta tierra es conocida desde hace mucho tiempo y ha sido alternativamente habitada y luego abandonada por los pescadores del continente. Fue durante un período en que se encontraba desierta que un náufrago escocés, llamado Alejandro Selkirk, fue arrojado a ella y se mantuvo solo, incluso sin Viernes, cuatro largos años. Vivió de los recursos naturales de la tierra, aumentados considerablemente por toda suerte de materiales y de animales domésticos dejados por los antiguos habitantes. Un navío que pasaba por ahí por casualidad lo salvó. Hizo poner en la caverna que había habitado una placa conmemorativa que se encuentra todavía en el lugar. Un oficial de la marina chilena me contó que había conocido en *Juan Fernández* otro Róbinson : era un desdichado condenado a muerte que el gobierno chileno, a título de conmutación de pena, había hecho transportar a ese lugar que para entonces se encontraba deshabitado. Este hombre encontró el medio de vivir bastante bien ; privado de armas, había encontrado una agilidad tal que para procurarse alimentos perseguía y alcanzaba en las rocas las cabras salvajes. Hoy la isla está en comunicación regular con tierra firme. Algunos aficionados a la caza de Santiago van incluso todos los años, y teniendo en cuenta el gusto nacional por la exageración que habla de hecatombes inverosímiles, es según parece un terreno muy abundante en caza. Uno de nuestros compañeros de viaje, abusando del grado de postración en que se encuentran los pasajeros luego del largo viaje en el mar, quiere incluso hacernos creer de todas maneras que hizo una caza contra los asnos salvajes !

Santiago, 20 de agosto.

La llegada a Valparaíso bajo una hermosa puesta de sol, ofrece un espectáculo magnífico : la ciudad está construída en forma de anfiteatro en torno de una amplia bahía ; detras de ella se escalonan dos hileras de montañas que dibujan todo el ancho de Chile. La más lejana de estas cadenas es la Cordillera de Los Andes ; ella destella bajo un manto de nieve, elevándose majestuosamente el *Aconcagua*, uno de los más altos volcanes del globo.

Valparaíso es una ciudad bastante hermosa, apretada entre la montaña y el mar ; sólo se ve en ella dos calles muy largas en las que se concentra toda la actividad, el comercio, los negocios, las líneas de tranvías, etc. La mayoría de las mujeres salen cubiertas con el gracioso velo negro llamado *manto*, que les envuelve coquetamente

la cabeza y los hombros ; encontramos hombres del campo a caballo y altaneramente cubiertos por el *poncho*. Al caer la noche, la policía lleva silbatos que los agentes, para asustar sin duda los ladrones, deben hacer sonar sin interrupción, lo que produce un estrépito poco propicio al sueño de los apacibles ciudadanos.

Pronto dejé Valparaíso para dirigirme a Santiago. El trayecto se hizo en cinco horas de ferrocarril ; atravesamos primero una serie de pequeños pueblos, grandes trigales, pastizales y viñas ; después nos internamos en la montaña árida y reseca ; el trazado conduce a una muy grande altura de donde se divisa la Cordillera, al pie de la cual se extiende el valle que produce casi toda la riqueza agrícola del país.

La naturaleza es tan bella y majestuosa en Los Andes, que se está tentado de repetir sin cesar la descripción de los magníficos panoramas que ofrece. Esta inmensa cadena de montañas forma una serie de picos y de volcanes de cinco y seis mil metros ; sus cumbres se pierden entre las nubes, pero a veces se ve surgir alguna cima resplandeciente cuya nieve adopta, bajo los rayos del sol, visos rosados que varían a cada hora del día.

Bajamos la montaña a todo vapor y llegamos a Santiago. Esta ciudad debe a sus seiscientos metros de elevación sobre el nivel del mar y a la vecindad de la inmensa nevera contenida en la cordillera, el clima continuamente tan sano del cual goza ; sin embargo la viruela causa ahí en este momento terribles estragos ; este año ha hecho cerca de ocho mil víctimas por una población de ciento cincuenta mil almas. Es entre los pobres que ella castiga con más vigor, decimando las familias que se amontonan en los barrios formados únicamente de *ranchos* infectos y mal ventilados, en medio de una aglomeración cuyo tercio de individuos solamente está vacunado. Para evitar la peste, ¿ por qué el gobierno no toma medidas enérgicas, como hacer la vacunación obligatoria ? Con este fin podría utilizar los medios de coerción que una ley recientemente aprobada por las Cámaras ha puesto a disposición de la policía : la república acaba de decretar en efecto, que en lo sucesivo la « paliza » sería aplicada en complemento de las penas de prisión. Me pareció curioso de ver esta medida puesta nuevamente en vigor en un país que se enorgullece de practicar los usos democráticos... Sin duda alguna que tendremos que poner el azote entre los instrumentos de progreso...

El aspecto de los suburbios, que atravesamos al dejar la estación del ferrocarril, es poco atractivo ; pero cuando se llega al centro de la capital, la mala impresión desaparece por completo ; hay calles anchas, grandes plazas, almacenes elegantes, mansiones de hermosa apariencia, bulevares y en todas partes un movimiento considerable.

La primera cosa que atrae la mirada y la curiosidad del recién llegado, es el peñón del Santa Lucía : en medio de la ciudad construída en el llano al pie de la Cordillera, se levanta este montículo convertido en parque de recreo. Para hacerse una idea de su aspecto hay que figurarse un juguete de Nuremberg en hojalata o en cartón, con alcázar, fuentes, kioscos, puentes levadizos, casitas, mausoleos, grutas, escaleras, estanques y yo qué sé. Un verdadero museo al aire libre de artes decorativas aplicadas a los paseos públicos. En este promontorio hay de todo, hasta una biblioteca, una iglesia, un restaurante y... una escuela de natación. La ventanilla donde se pagan los diez centavos de entrada no es la parte menos original : el inspector está sentado al

interior de la primera carroza traída por los españoles en estos lugares. Un camino en espiral permite llegar en vehículo hasta la cumbre, donde se goza de un panorama completo de la ciudad y de una parte de la región... ¡ Pobres torres, campaniles y campanarios, que no pueden tener un aspecto imponente al lado de estas montañas que los aplastan desde las alturas !

En la ciudad hay un monumento destinado a recordar una terrible catástrofe : el 8 de diciembre de 1868, mientras que una parte de la población se encontraba reunida para el oficio en la iglesia de la Compañía, un temblor de tierra se produjo súbitamente. Los cirios al volcarse con el movimiento pusieron fuego a los tapices de la nave y en algunos minutos se declaró un violento incendio. Por desgracia la puerta principal de la iglesia estaba cerrada ; la multitud espantada se precipitó hacia las puertas laterales demasiado estrechas, que se encontraron inmediatamente obstruidas y más de dos mil personas fueron quemadas vivas en este edificio. El monumento que fue levantado en el lugar mismo en que sucedió este drama horrible, está coronado por una estatua de bronce que levanta sus brazos al cielo, como para implorar misericordia en favor de esas desdichadas víctimas.

Al visitar la sala de baile del gran teatro supe que el año pasado casi se había producido un accidente del mismo tipo. En medio del entusiasmo de la danza se escuchó de repente un fragor siniestro, las lámparas comenzaron a agitarse y el piso a moverse ; no había duda que se trataba de un terremoto. En un instante la música y las danzas se detuvieron, los colores desaparecieron de los rostros todavía animados por el placer, la masa de asistentes se dirigió con impulso simultáneo hacia una salida estrecha para huir hacia la calle. En ese momento un hombre de sangre fría comprendió el peligro : iban a aplastarse si trataban inútilmente de salir. Tuvo tiempo de llegar primero a la puerta, la cerró, le puso el pestillo y declaró que nadie pasaría... Felizmente que el techo no cayó, solo pasaron un gran susto y las danzas interrumpidas recomenzaron de lo mejor.

Por supuesto que nadie se acostumbra a un peligro de esta naturaleza, pero las conmociones del suelo son tan frecuentes en toda esta costa, que los habitantes tratan de resignarse a ellas. La única precaución acostumbrada cuando un temblor se hace serio, es de salir con prisa de las casas para refugiarse al medio de la calle. Cuando el hecho se produce en medio de la noche, se tiene el pintoresco y curioso espectáculo de una población entera enloquecida, lanzando gritos desesperados y dirigiendo al cielo oraciones fervientes, de rodillas, en trajes de dormir. Por mi parte, durante mi estadía en Santiago, sentí una sola sacudida; y ella fue tan corta, que apenas tuve tiempo de darme cuenta del peligro : una mañana mi lecho se alejó repentinamente del muro, todos los objetos de mi pieza fueron derribados y en seguida la calma volvió.

Tales advertencias significativas, aunque recuerdan a los autóctonos el peligro que los amenaza, no han impedido la construcción de edificios más bonitos que sólidos. El barrio elegante está lleno de grandes residencias privadas en las cuales se ha debido gastar sumas enormes. Visité una casa cuyo propietario se dedicó a reproducir lo más fielmente posible la Alhambra de Granada ; las murallas, los techos y hasta la fuente de Los Leones fueron construídos según las dimensiones de la original.

El año pasado, Santiago tuvo su Exposición Internacional cuyo palacio, las dependencias, el jardín fueron cuidadosamente conservados y servirán de paseo público. En suma, esta Exposición tuvo un éxito mediocre, sobre todo los resultados económicos fueron deplorables ; en vez de producir un desarrollo comercial, llevó derecho Chile hacia una crisis y he aquí cómo : Varios años felices habían contribuído a aumentar considerablemente la riqueza pública ; la agricultura y la industria minera daban resultados inesperados. Entregada entera a la dicha del éxito, la república invitó al mundo a una Exposición Internacional para el año 1875 ; el gobierno esperaba afirmar con ello que el país había entrado en una nueva era y que había alcanzado un alto grado de prosperidad.

Pero en aquel momento llegaron las decepciones : las cosechas fueron malas y las famosas minas de plata de *Caracoles* cesaron repentinamente su producción. La exportación disminuyó y la balanza con la importación se hizo tanto más negativa cuanto la fe general en un futuro próspero había hecho aumentar cada vez más los pedidos en Europa. Sin embargo, la Exposición se inauguró ; ella aumentó aún más las ideas de gastos y de lujo, que estaban ya bastante desarrolladas en Chile. ¿ Qué es lo que resultó ? Las mercaderías afluyeron, el lujo aumentó, lo que hizo nacer deseos, necesidades artificiales en los negocios y la consecuencia fue, al fin de cuentas, que disturbios serios aquejaron el equilibrio normal.

Esta situación enojosa se reveló de un golpe con la noticia reciente de que el valor del dinero había bajado considerablemente en el mercado de Londres. En el lapso de cinco días la piastra, cotizada a cuarenta y siete peniques, cayó súbitamente a treinta y cuatro. Frente a la desproporción que se establecía entre el valor de las dos monedas legales de la república, el oro y la plata, las casas de importación, que tenían que perder en sus pagos en Europa, donde debían cancelar en oro, mientras que en Chile sólo recibían plata, alzaron inmediatamente sus precios en un 50%... Fue una verdadera crisis financiera que podía hacerse fatal al poner trabas a todas las operaciones del comercio. La situación mejoró un poco, pero el daño estaba hecho, la confianza ya no existe, los negocios están paralizados y la baja, aunque siendo menos exagerada, se traduce todavía por el cambio de la libra esterlina a 32 francos de plata.

Felizmente para Chile, la tranquilidad pública de la cual goza da lugar a esperar que pronto verá volver los bellos días de la prosperidad financiera y comercial. Prudentemente, el país supo desde su liberación de la dominación española, preservarse casi completamente de las revoluciones que agotan todavía las repúblicas vecinas. Además, la configuración del suelo contribuye a impedir las guerras interminables : apretados en un espacio estrecho entre las montañas y el mar, las partes son condenadas luego a irse a las manos y vaciar rápidamente sus querellas. Esta situación distingue esencialmente Chile de la república Argentina, donde el espacio es tan vasto que permite a la guerra civil de diluírse, para decirlo así, en un territorio desprovisto de obstáculos naturales.

Desde hace cerca de cuarenta años, los presidentes se han sucedido sin que sus elecciones trajeran esas sacudidas internas que son siempre fatales. En este momento, don Federico Errázuriz está a punto de ceder el lugar a don Aníbal Pinto ; ambos pertenecen al partido moderado, llamado conservador-progresista, y bajo esta sabia dirección la nación puede contar con un futuro de verdaderos progresos. Sin embargo, en las últimas elecciones un nuevo partido político, llamado « socialista », se reveló

como medianamente poderoso y muy capaz, venido el caso, de tomar el poder. Es interesante de verlo desarrollarse bajo la dirección de un hombre de valor incontestable, el señor Vicuña Mackena. Los cabecillas de este partido son jóvenes ambiciosos, un poco turbulentos y reclutados sobre todo entre los abogados sin causas que buscan en la política un substituto a su necesidad de actividad. Tienden a arrastrar el pueblo y aprovechan de su inexperiencia para luchar con él contra la clase burguesa, que representa en Chile las ideas conservadoras. Su gran caballo de batalla parece que es la lucha contra la dominación del clero, cuyos privilegios son aquí todavía considerables.

El chileno es esencialmente patriota, ama su país y se muestra muy orgulloso de él en toda ocasión. Adopta gustoso todas las ideas de civilización y de lujo que le parecen buenas. Se las da de amar las artes, la literatura, las ciencias, de las cuales la cultura tiende a esparcir cada vez más en un medio particularmente apto a comprenderlas y apreciarlas. En todas partes, en las ciudades como en las aldeas, se encuentra el espíritu de asociación que se establece con éxito trayendo cantidad de beneficios y de estimulantes. Llegando del Brasil, me llamó la atención el parecido de ciertas sociedades de socorros mutuos con las famosas *irmandades*; aquí como allá estas cofradías tienen un centro de reunión, cajas de ahorro, con frecuencia un hospital o asilos. Solamente que en Brasil los cofrades son pertigueros, en Chile son bomberos... Por lo demás, por la lanza como por el hisopo, la francmasonería se puso de la partida y juega incluso un papel muy importante.

CAPÍTULO XII

**Una visita a las haciendas del sur.- La zamacueca.- El cultivo del trigo.-
El ex rey de La Araucanía.- Copiapó : la sequía ; el cerro encantado.-
Riquezas mineras.- Iquique y Arica : el incendio y el terremoto.**

Chimborango, 30 de agosto de 1876.^(*)

Había conocido en Santiago don Aníbal Ranchez, comerciante de ganado que, sensible a mi admiración por el país, me ofreció de acompañarlo a las *haciendas* (propiedades rurales), donde se proponía comprar un millar de vacunos. Por supuesto que acepté el ofrecimiento y me encontré con puntualidad a la cita que me dio, temprano en la mañana, en la estación del sur.

El ferrocarril en el que viajamos no fue muy difícil para construirlo ; se prolonga en el sentido del valle situado entre la Cordillera y otra cadena de montañas del lado del mar. Este valle, ora se extiende de manera a formar una provincia entera, ora se estrecha al punto de formar una banda de una o dos leguas de ancho. Atravesamos inmensos trigales, apenas salidos de tierra en esta estación, luego pastizales poblados de animales ; aquí y allá algunos bosques de espinos y grandes hileras de álamos, apretados unos contra otros, dividen la llanura y se hacen numerosos a medida que avanzamos hacia el sur. Luego de un corto viaje, descendemos en *Chimborango* (*).

Como llovía a chorros, mi compañero dejó para un día más clemente los asuntos serios y me condujo a una casa amiga, donde fuimos recibidos con cordialidad. La familia donde fui introducido estaba de fiesta ; ramas de árboles y banderas multicolores adornaban el salón de esta modesta vivienda de campo ; apegadas a los muros estaban alineadas las sillas, ocupadas por un encantador enjambre de jovencitas, unas más hermosas que otras. Una de ellas, acompañándose con una guitarra, cantaba *canciones* y *tonadas*, especies de baladas a veces graves, a veces llenas de alegría, a las cuales la lengua española presta además un encanto suplementario ; el grupo de asistentes respondía en coro y parecía efectuar este ejercicio con gran gusto. La dueña de casa circulaba en el salón ofreciendo al corro diversos refrescos, tales como la *chicha*, vinito del lugar, o bien licores verdosos a base de apio, muy apreciados por los autóctonos.

De pronto una pareja se dirige al centro del salón y al son de la música y de los cantos se pusieron a bailar la *zamacueca*. El hombre y la mujer, cada uno munidos de un pañuelo, lo agitan y lo hacen girar sobre la cabeza, marcando un pequeño paso saltarín y acompasado, a veces se alejan, a veces se encuentran espalda con espalda. El *caballero*, con el puño en la cadera, toma aspecto vencedor y quiere fascinar la

(*) Se trata, sin lugar a dudas, de *Chimbarongo*. NdT

señorita que tiene frente a él. Ésta, con poses lánguidas u osadas parece primero embrujada, luego resistente, hasta que por fin, reducida a la merced de su pareja, deja caer el pañuelo...

La fiesta se prolongó hasta el alba ; pero vi de nuevo las graciosas danzarinas algunas horas después, animadas todavía por los placeres del baile, cuando venían a asistir devotamente a la misa del domingo, envueltas en sus mantillas negras que arreglan con una gracia encantadora. Estas jóvenes mujeres arrodilladas en las losas del santuario, tomando poses a veces piadosas, a veces coquetas, ofrecían un cuadro de lo más seductor. Los campesinos llegaban a caballo de todas partes en su pintoresco traje de *huaso* ; muchos de ellos traían a las ancas sus esposas quienes, sentadas detrás de la montura abrazando el marido por la cintura, deben tener verdaderamente un « asiento » para conservar así el equilibrio al ritmo vivo del galope.

Tuvimos que dejar esta compañía aldeana y montar a caballo para ir a pasar revista a los bueyes de la *Hacienda El Perejil*. Para mostrárnoslos, el propietario ordenó de inmediato un *rodeo*. Así se llama la operación que había visto frecuentemente en La Plata ; pero aquí ella es más fácil porque los animales son menos salvajes. En cambio los jinetes manejan mucho mejor los caballos y ejecutan verdaderos pases de destreza haciéndoles dar la vuelta sobre sí mismos en todos los sentidos. Estos hombres tienen como juego favorito una lucha a caballo que designan con el verbo *topear*. Dos jinetes se ubican frente a frente a cierta distancia y luego de una señal dada se cargan recíprocamente con toda la velocidad de sus cabalgaduras, las que chocan con violencia ; una lucha de fuerza y de maña comienza hombre contra hombre, caballo contra caballo, porque se trata de derribar el adversario o de hacerlo perder pie. Los caballos se animan mucho en este ejercicio y se logra incluso lanzarlos contra los muros hechos de ordinario con barro seco, los que llegan a derribar con golpes del pecho. Están tan acostumbrados a luchar que cuando se encuentran alineados unos al lado de otros al frente de una taberna cualquiera, casi siempre uno de ellos arremete para empujar los otros y así distraerse mientras esperan a los amos.

Después de haber comprado doscientos o trescientos vacunos, don Aníbal me condujo a otra *hacienda* que pertenecía a don Adolfo Blanco. Este rico propietario consagra la mayor parte de sus tierras al cultivo del trigo y las numerosas máquinas a vapor, trilladoras, segadoras mecánicas, alineadas simétricamente en el patio de su vivienda, dan testimonio de toda la importancia de su explotación..

La agricultura parece ser llamada a un gran futuro en Chile, gracias a la fecundidad del suelo. La producción del trigo hoy se eleva anualmente a cerca de quinientos millones de kilogramos y es susceptible de aumentar mucho más. En efecto, no sólo el país se basta a sí mismo, sino que se ha formado una corriente de exportación creciente hacia Australia por el *Callao*. —Es interesante constatar que el conjunto de colonias australianas, luego de haber realizado amplios ensayos agrícolas, ha renunciado en razón de la pobreza del terreno y prefirió dar más impulso al sector pastoral, aunque ello lo obligara a hacer venir de la costa sudamericana los miles de sacos de harina necesarios a su consumo-. Por otra parte, el gobierno extiende todavía cada día sus fronteras y da a los agricultores excelentes tierras, rechazando hacia el sur las tribus salvajes e insumisas de la Araucanía. Estos puñados de indios,

que ningún procedimiento suave o violento no ha podido civilizar, van extinguiéndose poco a poco, pero sin embargo disputan encarnizadamente su territorio al cordón de tropas encargado de expulsarlos.

El ciudadano francés que se hacía llamar rey de la Araucanía había ido a buscar entre una de esas tribus, compuesta solamente de algunos individuos, la corona con la cual trató durante cierto tiempo de pavonearse en Europa. Pero en Chile se pretende que había olvidado de decir en las cancillerías de las cuales reclamaba el reconocimiento de sus títulos, que su reino no había durado más que lo que dura una barrica de aguardiente entre las manos de semejantes súbditos.

Había dejado mi amigo don Aníbal a sus preocupaciones bovinas, para dedicarme durante algunos días, en la *hacienda* del señor Blanco, al placer de la caza. Encontré que era de las más abundantes en medio de las praderas o de las ciénagas de esta propiedad. En particular las aves de agua existen en gran cantidad y todo el día las bandadas de palomos salvajes, de loros, de cormoranes, de gansos y de pavos pasaban por miles sobre nuestras cabezas ; incluso a veces divisábamos, planeando en los aires, un cóndor de vuelo majestuoso ; pero mis balas no llegaban a alcanzarlo y el pájaro de Los Andes volvía, con gran contrariedad mía, a las cimas nevadas de la Cordillera.

Copiapó, 9 de septiembre.

Dejé Valparaíso el 1° de septiembre en uno de los barcos que hacen el servicio entre esta ciudad y *El Callao*. Deteniéndose en todos los puertos de la costa, estos navíos transportan una mezcla singular de animales, de gente, de verduras y de productos de toda naturaleza. Como todo el litoral es una región árida, los habitantes deben recibir su alimentación de las provincias fértiles de Chile ; es así como la cubierta y la entrecubierta están llenas de víveres y de productos que las pequeñas industrias expenden sucesivamente en todos los puntos de parada. El barco se encuentra transformado en una verdadera feria : cada comerciante pone su puesto y no hay nada más entretenido que ver esta población hormigear riendo, cantando, cocinando y mareándose en medio de canastos amontonados y de gallináceas enloquecidas. La primera noche un viento de oeste nos envió grandes olas, sobre las cuales nos balanceábamos espantosamente. Imposible de cerrar los ojos, porque la entrecubierta contenía una centena de bueyes, pobres bestias, amarradas por los cuernos, haciendo lo que podían por tenerse en pie. ¡ Se podrá tener una idea del ruido producido por esas cuatrocientas patas que a cada cabeceo del buque perdían el equilibrio !

Vamos navegando muy cerca de la costa que no tiene nada de atractivo : son montañas sin variación, desnudas, peladas y áridas de las cuales el mar castiga continuamente sus rocas desgarradas. Nos detuvimos sucesivamente en *Coquimbo*, en *Huasco*, en *Carrizal*. En cuanto llegábamos a cada uno de esos puntos, veíamos salir de la orilla botes cargados de habitantes que venían a hacer sus provisiones a bordo. En la noche, cuando hacia las ocho o las nueve se echaba el ancla, gozábamos de un doble espectáculo : al exterior, cada pez que nadaba en torno del navío producía en el mar fosforescente largas estelas luminosas ; en el barco teníamos el placer de asistir,

desde lo alto del castillo de proa, al mercado que tenía lugar en cubierta, a la luz incierta de los faroles venecianos.

En *Caldera*^(*), donde desembarqué, tomé el ferrocarril para dirigirme a *Copiapó*; Un pequeño tren compuesto de dos vagones sale a mediodía y henos aquí en el desierto de *Atacama*: Arena, piedras, ¡ montañas de piedras y de arena !

Cuando se viene de un país, como es mi caso, donde no hay piedra sin su arbusto, donde todo es verde hasta fatigar la vista, se siente una impresión singular al encontrarse transportado a un lugar de aspecto absolutamente diferente. Se creería que una mano maldita virtió sobre esta región una cantidad inmensa de corrosivo; porque es verdad que no se habría logrado de otra manera hacer desaparecer mejor toda huella de vegetación.

Luego de dos horas de trayecto en este desierto entramos en la verdura, porque *Copiapó* está rodeado de viñas y jardines con agua, flores y frutos. Pero esta vegetación es aquí un lujo, porque ella es obtenida solamente por medio de sabias combinaciones y cuidados continuos. En estos parajes no llueve nunca; ¡ el año pasado fue completamente excepcional, porque el agua del cielo cayó durante dos horas ! Sólo el *Río Copiapó*, un modesto arroyo, produce toda la riqueza agrícola del lugar; él forma en todo su recorrido desde la cordillera, un oasis que va de veinte a cien metros. Esta banda estrecha está consagrada al cultivo del trigo y da dos cosechas al año. Pero hay que ver también con qué cuidado se ha establecido en cada campo un ingenioso sistema de irrigación por medio del cual no hay espacio de cinco metros cuadrados que no esté provisto de una pequeña esclusa.

Nuestro cónsul, el señor Crooy pudo, por una larga estadía en esta región, darse cuenta de los recursos que ofrece y de los perfeccionamientos a hacer en ella; preconiza el desarrollo en la provincia de un sistema de irrigación destinado quizá a tener gran éxito. Según él, con la ayuda de las nieves eternas de la Cordillera, no sería difícil de dirigir algunas corrientes de agua hacia el oeste; también se podría por este medio tratar de forestar en parte esta región; las lluvias serían así atraídas y podrían obtenerse no se sabe cuántas riquezas agrícolas de una tierra dotada de tan grande fertilidad.

La sequía ha producido no lejos de *Copiapó* un singular fenómeno del cual nació una leyenda. Durante mi estadía había escuchado hablar frecuentemente de un « genio » que vivía en el desierto. Este ser misterioso picó enormemente mi curiosidad hasta que un día se me condujo a su morada, llamada *cerro encantado*^(**). De ahí volví en verdad tentado de creer en su existencia; ¡ porque si no lo vi, por lo menos lo escuché perfectamente ! En efecto, luego de haber galopado una hora en la planicie llegamos al pie de un antiguo volcán; en este lugar, una acumulación de arena, presa entre dos contrafuertes, se extiende en una capa oblicua por un espacio de más de doscientos metros; pero en vez de obedecer a las leyes de la gravedad y de descender poco a poco hacia las partes bajas del valle, esta arena tiende a subir por él y se la ve deslizarse sobre esta superficie lisa en una leve nube levantada por la brisa; al mismo tiempo se escapa de la montaña un gruñido sordo, prolongado, algo como un aullido siniestro de un efecto muy sorprendente. Como el viento vino a refrescar,

(*) El autor escribe *Caldeira*. NdT

(**) El autor escribe *serro*. NdT

el « genio » se puso en una cólera atroz y aulló de una manera tan lúgubre que encontramos nuestros caballos, amarrados en el valle, temblando con todos sus miembros y haciendo esfuerzos desesperados por huir.

Hay que suponer que esta arena, extremadamente fina y seca, rodando sobre sí misma a una gran profundidad en una montaña probablemente hueca, produce ese ruido extraordinario. Pero según la leyenda hay en esas cavernas inexploradas un montón prodigioso de lingotes de oro, defendidos por algún monstruo al que sería temerario disputarle sus tesoros. Por eso no es sorprendente que, frente a este hecho inexplicable, la creencia popular quiera a toda costa ligarlo al objeto de sus preocupaciones constantes : la búsqueda de metales preciosos.

¿Cómo no quedar sorprendido, en efecto, de la riqueza minera de esta región, cuando el mineral de cobre, de plata, de oro es aquí tan común como la piedra ? Desde hace treinta años el distrito ha dado por mil quinientos millones de productos, mientras que lo que puede producir todavía es incalculable. Desgraciadamente la carestía de la obra de mano es tal, que los gastos de explotación sobrepasan muy a menudo los beneficios de las pequeñas empresas.

Estamos aquí en el país de las fortunas rápidas, de los golpes de suerte y de los picotazos que dan millones ; los habitantes se ven afectados por estas emociones, dando un poco la impresión de esos jugadores que se encuentran en torno del tapete verde. ¡ Por supuesto que sólo se escucha hablar de minas, de filones, de lingotes, de lugares famosos excavados con furor y luego, de las decepciones y de los reveses ! El terreno mismo está en relación con esta fiebre de los buscadores : en todas partes, en el desierto y en la montaña se ven hoyos de alrededor de dos metros de diámetro, con profundidades considerables. El minero que creyó encontrar un filón hizo este pozo con ayuda del pico, lentamente, porque a un obrero solitario le es necesario de más o menos un mes para avanzar ocho metros ; debe cargar en su espalda, en un cuévano, el mineral arrancado al suelo para sacarlo a la luz subiendo por las salientes de las rocas, sin escala y a menudo sin cuerda. Cuando ha trabajado así durante varios meses, con frecuencia el beneficio no se manifiesta remunerador. Entonces abandona su mina; otro la retoma y a veces es el cuarto o el quinto propietario que llega por fin a la riqueza al encontrar una veta digna de ser seguida.

Fui a visitar en los alrededores una mina de cobre explotada de una manera mejor organizada. Ahí el trabajo es de los más simples : una rueda, movida por un caballo, retira el mineral del filón de las galerías a más de cien metros de profundidad ; en la superficie los bloques son reducidos a picotazos en pequeños trozos, para luego ser enviados a los hornos. El rendimiento de esta mina es bastante fructuoso ; daba por una tonelada de mineral, alrededor del 40% de cobre. El propietario me dice que él trata a destajo^(*) con sus obreros y compartía con ellos todos los beneficios, los que de repente pueden elevarse a proporciones considerables, porque se ignora lo que se encontrará al día siguiente : ¿quién sabe ? tal vez oro. En efecto, al ver llegar un canasto lleno de piedras de cierto aspecto, el señor Crooy me aseguró que ellas debían contener muestras auríferas ; hicimos reducir en polvo y luego lavar esta arena de manera primitiva y pronto aparecieron granos brillantes y amarillentos... ; pero había muy poco para que valiera la pena de llamar la atención del minero.

(*) « A destajo » : lo contrario de « a jornal ». Dícese también « a tanto alzado ». NdT

Un poco más lejos visitamos una mina de plata donde se repite el mismo trabajo. A algunas leguas de *Copiapó* se encuentra un famoso yacimiento de este metal, llamado *Chañarcillo* ; esta mina ha producido hasta cincuenta mil kilogramos de plata pura en un solo año. La montaña que contiene una tan gran abundancia está dividida en más de doscientas propiedades y la cantidad de hoyos con los cuales está perforada en todas partes la hace parecerse a un vivar lleno de madrigueras.

La plata es separada de las materias extrañas con las cuales se encuentra mezclada, por el mismo procedimiento utilizado con el oro : pulverización, lavados sucesivos y amalgama. Luego de estas diferentes manipulaciones se saca del horno bloques en forma de conos que pesan entre ciento cincuenta y doscientas libras.

En el museo del colegio provincial pude ver reunidos todos los especímenes de las riquezas mineras que se encuentran en la provincia de *Atacama* ; son curiosas muestras de plata nativa en barras, en hojas, en coladas, en filamentos enmarañados, tal como han sido encontrados en el suelo ; también oro, cobre, amatistas, cristales. Quedé sorprendido de encontrar ahí bloques de hulla de excelente calidad que, según me dijeron, se encuentra en gran abundancia en un radio poco extenso ; sin embargo estas minas son explotadas apenas, lo que es lamentable en una región que tiene una enorme necesidad de combustible. También se ha descubierto en la Cordillera yacimientos de bórax, que constituye otra riqueza para el futuro, porque hasta hoy, el único país en América del Sur que entrega bórax al comercio, es el Perú.

Atacama cuenta, por su producción minera, como la provincia más importante de Chile y la suma de su exportación se elevó en 1875 a más de 68 millones de francos. Comparando entre ellos los resultados anuales, se nota que generalmente son en una graduación ascendente y sin embargo el número de minas explotadas y de los brazos empleados es muy inferior al de hace cinco o seis años. Este hecho proviene de la acción centralizadora ejercida sobre este tipo de trabajos : la producción aumenta mientras que la mano de obra disminuye.

No hay duda de que la industria minera podría extenderse mucho más si se le ofrecieran ciertas condiciones más favorables. Así, escuché hacer el reproche al gobierno de haber contrariado muchas veces el desarrollo de esta provincia del norte ; disensiones de partidos, luchas políticas han sido frecuentemente la causa de esta incuria, por no decir de la hostilidad gubernamental. Además, el Estado ha gravado los descubrimientos con un impuesto nuevo de cincuenta a setenta y cinco francos, en lugar de los quince exigidos anteriormente. Ahora bien, muchos trabajadores no poseen tal suma e incluso, después de haberla pagado se ven a menudo obligados a esperar muchos meses antes de ser declarados legítimos propietarios y por consiguiente no pueden emprender ningún trabajo. En seguida hay que dirigirse a un ingeniero del gobierno, quien hace pagar bastante caro las mensuraciones exigidas por la ley. Pero esto concierne las pequeñas explotaciones ; en cuanto a las otras más importantes, ellas carecen, sobre todo en este momento, de una impulsión que únicamente los capitales sólidos podrían dar para sostener durante varios años un trabajo quizá infructuoso. Porque es el caso de que muchos yacimientos todavía muy ricos, han sido abandonados por falta de brazos ; se trataría pues de retomar desde las fundaciones el filón abandonado o de hacer las búsquedas para dar con él. La mayoría de estos trabajos deben ser retomados desde cero, porque los primeros mineros descuidaron de apuntalar sus galerías. Pero según opinión de hombres muy

competentes, el éxito final no podría ser puesto en duda bajo una dirección enérgica que disponga de las sumas suficientes y también de buenos ingenieros.

Una compañía establecida en gran escala podría utilizar los viajes de regreso de sus navíos para transportar directamente en este país mercaderías europeas, porque la venta de los artículos de importación está hoy enteramente abandonada al pequeño comercio ; éste hace beneficios considerables y sin embargo todas estas mercaderías vienen de Valparaíso de segunda mano.

La perfección del trabajo y la fuerza del capital encuentran pues, facilidades para arrancarle la riqueza a esta tierra que, por decirlo así, sólo ha sido raspada en la superficie.

En rada de Arica, 13 de septiembre.

Mi viaje por mar continuó en su monótona uniformidad ; después de la costa chilena comenzamos a ir a lo largo de Bolivia, cuyas orillas no son ni menos áridas ni menos desoladas.

Bolivia tiene más de cien leguas de costa muy poco habitadas y en toda esta extensión hay sólo dos puertos, *Cobija* y *Tocopilla*^(*). Aunque del primer punto parte la ruta oficial hacia las ciudades más importantes de la república : *La Paz*, *Cochabamba* y *Sucre*, este camino está, digamos, abandonado ; viajeros y mercaderías encontrarán ventajas si toman el itinerario mucho más corto que pasa por Perú.

Pabellón de Pica, puerto peruano donde nos detenemos enseguida, se distingue por una montaña de guano de color amarillento, frente a la cual varios navíos están ocupados en tomar su precioso cargamento. Abandonamos estos lugares preferidos de todas las aves del Pacífico, para ir a echar el ancla frente a *Iquique*. El año pasado, esta ciudad ardió como una caja de fósforos; todas las casas, construídas en madera, eran un excelente alimento para el fuego, razón por la cual el elemento destructor no dejó nada en pie. En este momento está en reconstrucción y como estos edificios de tablas no son difíciles de levantar, la ciudad tiene ya un aspecto respetable y pronto estará lista para un nuevo incendio o un gran terremoto.

En los diferentes puertos en que hicimos escala había visto los habitantes, al revés de lo que sucede en todas partes, venir a buscar al mercado ambulante de a bordo las verduras y las frutas ; aquí, donde imaginaba que enviaríamos a tierra en busca de agua dulce, me informo que los habitantes están obligados a beber el agua de mar destilada en máquinas a vapor ; así, si por desgracia las calderas llegaran a hacer explosión, los *iquiqueños* morirían de sed.

Este puerto fue en otro tiempo el gran depósito de los salitres explotados en los alrededores, donde el nitro alcalino se presenta en capas espesas sobre extensiones considerables llamadas *salitrales*. Pero actualmente la explotación de este producto se encuentra gravemente comprometida a causa de los desastrosos principios

(*) El autor escribe *Tocopilla*. NdT

económicos que guían las finanzas de la república peruana. Tendré la ocasión más tarde de volver sobre este tema.

Cuando nos poníamos de nuevo en camino, se embarcó un autóctono al cual sus amigos bullangueros le hacían una entusiasta despedida. El maestresala de a bordo me informa que este personaje tan aclamado es un gran poeta del Perú. « Sin duda, me dije, se dirige a Lima para leer ante el pueblo reunido algún nuevo poema del cual quiso reservar la primicia a un círculo selecto de auditores *iquiqueños* ». ¡ Pero qué decepción ! Este hijo amado de la Musas me comunicó él mismo que va a solicitar del gobierno peruano la autorización de explotar una guanera descubierta durante sus deambulaciones poéticas ; ¡ y los entusiastas de hace un momento no eran otros que sus socios capitalistas !

Hoy echamos el ancla frente a *Arica*, que se hizo célebre en los anales de la navegación por el singular accidente que ahí se produjo. En 1868, un terremoto sacudió de manera espantosa toda esta parte de la costa ; tres olas enormes, levantadas por yo no sé cuál actividad submarina, fueron lanzadas encima de la ciudad y la destruyeron casi completamente. La más fuerte de estas olas arrastró un barco americano que se encontraba en la bahía y lo depositó, derecho sobre su quilla, al interior de tierra a más de quinientos metros del borde del mar. Este navío, completamente de fierro, cuyo nombre era *Wateree*, estaba listo para zarpar con su tripulación en su puesto, franqueó pues la orilla, la línea del ferrocarril, los pantanos y los campos cultivados ; y ahí está, plantado en medio del llano, esperando sin duda que una nueva perturbación de los elementos venga a ponerlo de nuevo a flote. Alrededor de estos restos los arbustos forman hoy un espeso monte y los lagartos se encaraman en sus flancos ennegrecidos por el tiempo. Yo entré a su interior sirviéndome, en guisa de escala, de una de las inmensas ruedas del barco ; hoy está desarbolado y sin cubierta, pero las grandes piezas de fierro quedaron. En una de las calderas encontré establecida toda una familia indígena que parecía acomodarse muy bien de esta extraña vivienda.

CAPÍTULO XIII

Desembarco en trapecio.- Arequipa .- En tren por la Cordillera de Los Andes.- Navegación en el lago Titicaca.- La Paz.- Entrada triunfal del presidente de Bolivia.

¡ Habíamos desembarcado en Mollendo por medio de un trapecio ! Cualquiera que sea la originalidad de este medio de tocar tierra, es el único empleado en este puerto peruano. Y es así simplemente porque el estado del mar en este lugar no permite casi nunca de hacer atracar las embarcaciones al muelle, entonces se decidió de detenerlas a algunos metros de tierra firme ; de ahí se lanza un trapecio al cual cinco o seis viajeros cada vez se aferran como un racimo humano. Por medio de un pitazo, una grúa puesta en movimiento por una máquina a vapor, nos levanta del bote y nos deposita veinte pies más arriba, en el desembarcadero. Las maletas toman el mismo camino y Dios sabe cuánto temblé por mis haberes ; felizmente todo llegó en buen estado.

La vía férrea por la cual ganamos Arequipa está tallada en la falda de la montaña y se eleva a grandes altitudes con curvas en zigzag que obligan a la máquina a avanzar a veces hacia adelante, a veces hacia atrás. Al llegar a la cumbre atravesamos inmensas mesetas de arena y pronto desembocamos con vista a la cordillera y al volcán Misti, este coloso nevado de seis mil doscientos diecisiete metros, al pie del cual se encuentra Arequipa. Bajamos a todo vapor para entrar en el valle formado por el *Río Chili* ; este valle al principio no es otra cosa que un chorrillo de verdura, pero que se transforma rápidamente en un llano fecundo. Mi primera impresión sobre Arequipa es excelente : he aquí por fin una ciudad que tiene un sello, con sus viejos palacios, sus iglesias agrietadas, sus ventanas historiadas y sus puertas macizas. Pero se está sorprendido primero por el amontonamiento de ruinas ofrecidas en espectáculo por las calles de la ciudad, que datan del terrible terremoto de 1868. Casi todas las iglesias perdieron sus torres, muchas casas quedaron derribadas a medias ; la plaza principal, antaño adornada por una galería en arcadas, no es sino que un montón de escombros.

En el momento en que llegaba vi, del otro lado de la plaza, desembocar una tropilla de veinticinco o treinta llamas que llevaban, amarrados sobre el lomo, los productos destinados al mercado. Son extrañas estas bestias con su largo cuello, de ojo curioso y aspecto afable. La mayoría son pardas, otras son blancas, algunas francamente rosadas. Quise acercarme de ellas, pero me trataron como extranjero, ¡ me escupieron a la cara !

Las llamas son bestias de carga muy útiles en esta parte de América del Sur. Sólo pueden llevar una carga restringida a cincuenta kilogramos, pero tienen la ventaja de subir como las cabras entre las ásperas rocas de la montaña. Sus conductores son indios

que llevan en la cabeza una especie de morrión alto y que llevan los cabellos largos y trenzados en trenzas muy finas que descienden en la espalda, mientras que dos rizos caen en espirales sobre los hombros. Las mujeres tienen un sombrero de tela roja con los bordes doblados y ornados con galones de plata; van vestidas con un refajo escarlata y sobre la espalda muy a menudo descansa un crío fajado en una tela firmemente amarrada a los hombros y a la cintura de su madre.

Compré algunas frutas a estos pintorescos indígenas, pero como no comprendía su lengua me costó comprender por qué, cuando pagué una compra de un real con un billete de cuatro reales, el comerciante me había dado: 1° las frutas que había comprado; 2° una ficha de gutapercha, en uso para el pago del tranvía de Arequipa (único vehículo de la ciudad); 3° la mitad desgarrada de un billete de dos reales; 4° un paquete de cigarrillos. Un religioso que pasaba en ese momento, vestido con una sotana azul y tocado con el interminable sombrero con canalones, al ver mi turbación tuvo a bien detenerse. Me explicó, sin parar de fumar su cigarrillo de hojas de maíz, que la moneda divisionaria era escasa y que a falta de ella el comerciante me daba vuelto en especies o por equivalentes. Agradecí el amable Padre y me retiré, lleno de admiración por la facilidad con la que hace sus transacciones el pequeño comercio de este país, donde el oro supera ya el papel en el 70%.

Puno, 19 de septiembre.^(*)

Hoy me encuentro a orillas del lago *Titicaca*, donde llegué luego de un viaje en ferrocarril de lo más curioso. Partiendo de Arequipa, cuya altitud sobre el nivel del mar es ya de dos mil trescientos metros, alcancé el mismo día una altura de cuatro mil quinientos metros, escalando una serie de planicies formadas por la Cordillera en este lugar. Esta conformación de la montaña permitió de hacer un trazado sobre pendientes relativamente poco inclinadas, de modo que basta con una locomotora poderosa para subirlas.

Como el camino es largo y que en el trayecto las cosas se desarrollan en familia, el jefe del tren, del que me había hecho amigo, me invitó a ir a bailar una *zamacueca*^(**) en el vagón de los equipajes. Lo seguí con gusto y encontré reunida ahí toda una compañía de autóctonos que danzaba, cantaba, tocaba la guitarra y bebía al seco. ¡Manera muy pintoresca de franquear Los Andes! Mi anfitrión me explicó que este jolgorio estaba destinado a celebrar el día aniversario de la independencia de Chile, su país natal; y para manifestar su alegría, a cada parada del tren hacía estallar petardos, cuyas detonaciones producían ecos que se repetían alegremente por las montañas.

Después de las danzas llegó el momento de la caza; en efecto, mientras atravesábamos las alturas divisamos numerosos grupos de vicuñas pastando tranquilamente en medio de los campos. Cuando el tren se acercaba, veíamos estos graciosos animales tender el cuello y mirar con inquietud, para luego saltar todas juntas, a cabeza gacha y perderse en la lejanía. La vicuña pertenece a la familia de las llamas, es un poco más grande que un corzo y está cubierta de un vellón de color pardo. Los indios la cazan en gran cantidad para emplear su lana, abundante y extremadamente fina.

^(*) El autor escribe *Punho*. NdT

^(**) El autor escribe *samacueca*, que parece ser la ortografía que se empleaba en esa época. NdT

De la plataforma del vagón observaba, no sin emoción, todos los movimientos de sus rebaños errantes ; tenía mi carabina a la mano y de tiempo en tiempo enviaba por si acaso una bala en dirección de las que estaban más cerca. Detrás mío, toda la asistencia seguía con ansiedad mis movimientos y me animaba a tirar a distancias enormes.

Luego de algunas tentativas fallidas he aquí una bestia que se presenta al alcance; tiro y a la alegría general, el cuadrúpedo rodó por tierra.

Tan pronto como el conductor apretó los frenos, dio la señal de alto y se precipitó el primero hacia mi víctima, que fue recogida y llevada al tren. Nos pusimos de nuevo en marcha y la vicuña fue pronto despresada por un conocedor ; yo me quedé con la piel y distribuí con generosidad los pedazos de la caza a mis bailarines de hacía poco.

Durante este tiempo la temperatura había descendido considerablemente y me reuní con los viajeros que habían quedado extranjeros a las distracciones del furgón de equipajes, agrupados en torno a la estufa instalada en nuestro vagón. Habíamos llegado a la región de las nieves. Primero se veían aquí o allá algunas placas aisladas ; luego, poco a poco, todo se hizo blanco y en la estación de *Vicocaya*, donde el tren se detuvo por la noche, un manto de nieve cubría enteramente la planicie y la cumbre de las montañas circundantes. Estábamos a una altura de catorce mil quinientos pies y en la estación, que también es un hotel, no resistí a la tentación de jugar una partida de billar, más o menos al nivel de la cima del Mont Blanc ; pero mi partida fue corta, porque comencé a sentir cruelmente los efectos de un mal llamado en el lugar el *soroche*, al cual, lo confieso, no quise creer cuando me lo predijeron antes de mi partida de la costa. Supe, a mis expensas, cuán doloroso es ; es una especie de sofocación que provoca náuseas, hemorragias por la nariz y los oídos, latidos del corazón horriblemente sacudidos ; se tiene este sentimiento penoso de estar privado de aire respirable en medida suficiente. Es asunto de acostumbrarse, me dicen..., a menos que se muera de ello, lo que ha ocurrido a más de un viajero.

Al día siguiente partimos de nuevo al alba, y luego de haber subido una centena de metros más arriba, descendemos una pendiente suave, ora dominando grandes lagunas donde se reflejan, como en un espejo, las montañas desnudas de la orilla, ora atravesando brezales donde pacen rebaños de llamas y de alpacas. Hacia la tarde costeamos inmensas ciénagas de donde parten a todo vuelo bandadas de pájaros de todas las especies, para luego llegar a *Puno* (*), situado al fondo de uno de los golfos formados por las orillas caprichosas del *Titicaca*. De la ciudad se divisa solamente una pequeña parte de este gran lago ; pero a partir de mañana tendré tiempo de admirarlo cuando lo atravesaré, haciendo un recorrido de más de doscientos kilómetros .

El único lugar señalado de Puno es su catedral, cuyas proporciones son considerable ; frente a este monumento se encuentra una gran plaza donde veo alineadas una centena de jóvenes indias, con faldas color oscuro y con el corpiño completamente abierto. Están en cuclillas para vender frutos o verduras, resecos por el frío. ¿ Es coquetería o pura ingenuidad ? No lo sé, pero el caso es que hay un contraste notorio entre la exposición de sus frutos marchitos y una exhibición cuya frescura es digna de seducir la mirada del mismo Catón.

(*) *Punho*, según el autor. NdT

¡ Un naufragio a mil novecientos catorce metros sobre el nivel del mar no es cosa común ! Es sin embargo lo que habría podido sucederme, porque al desembarcar en *Chililaya* acabo de saber por los pasajeros del barco precedente que tuvieron que escaparse en chalupas porque su navío había encallado en un banco de arena. No tuvimos el mismo destino, pero faltó poco para ello, porque al salir del puerto de Puno nos varamos dos o tres veces; pudimos alcanzar por fin aguas adentro, pero fue para saltar y balancearnos espantosamente sobre las olas bastante gruesas de este pequeño mar. Para colmo de molestias, la estadía en cubierta se hizo bastante incómoda a causa de un polvo incesante ; pronto descubro que es producido por la acción de la brisa sobre el singular combustible amontonado en la parte delantera del barco para alimentar la caldera ; este combustible es producido por las llamas y ha sido recogido en las praderas donde viven estos útiles cuadrúpedos. ¡ Cuál no sería nuestro asco, cuando pasamos a la mesa, al ver que el cocinero indio se descuidó al punto de dejar que el balanceo mezclara pedazos perdidos del combustible a los platos viscosos que nos servía !

Dejamos lejos detrás nuestro los collados áridos de los alrededores de Puno para dirigirnos hacia una cadena de montañas que se dibuja en el horizonte, completamente cubierta de nieve : son los picos del *Sorata* y del *Illimani* ; aparte de éso, sólo vemos el cielo y el agua. En la noche el lago es enteramente iluminado por una tormenta ; los relámpagos se suceden con locura y pronto la borrasca está en su climax ; avanzamos a sotavento y el capitán me confía que no sabe dónde estamos. Durante toda la noche damos vuelta en redondo, con riesgo de tropezar con un banco de arena o de ser arrojados a la costa. Felizmente que nuestro navío, el *Yavari*, aguanta. No seamos demasiado exigentes y consideremos las dificultades que fue necesario superar para traer, a lomo de mula, por consiguiente antes de la construcción del ferrocarril y a través de más de cien leguas de montaña, este vaporcito de una capacidad de alrededor de ciento cincuenta toneladas. En las orillas del Pacífico valía probablemente cien mil francos ; transportado aquí se estima que ha costado más de dos millones. Hoy existen dos de estos barcos en el lago ; hacen el servicio alternadamente entre las costa peruana y la costa boliviana ; pero esta línea es poco seguida por los viajeros, ella sirve solamente para el transporte de mercaderías, demasiado pesadas para ser cargadas a lomo de mula o de llama hasta La Paz.

Luego de esta noche turbada por la tempestad, reencontramos al alba nuestra ruta ; pronto dejamos las aguas adentro para entrar en un golfo del cual costeamos sus orillas ; aquí la vista es agradable, aunque la vegetación en estas alturas sea extremadamente desmirriada. Quedo sorprendido de ver el lugar tan poblado ; por todas partes se levantan pequeñas chozas de indios agrupadas en torno de una iglesia y formando aldeas coquetamente situadas en los pliegues del terreno ; por todos lados se extienden campos que cubren la montaña hasta la cumbre y dispuestos lo más a menudo en gradas a causa de la pendiente fuerte. Aquí y allá se divisan indios, hombres y mujeres, labrando, arando, haciendo pastar sus ganados. Cruzamos hermosas piraguas de juncos que se deslizan suavemente bajo una vela de estera inflada por la brisa ; la proa muy elevada de estas embarcaciones les da el aspecto gracioso de los cisnes que nadan sobre las olas.

Dejamos a nuestra izquierda varias islas igualmente habitadas y pasamos frente a la de *Titicaca*. Esperaba ver los indios que están en la orilla prosternarse y cantar algunos himnos al Sol, ya sea en dialecto *quichua* o en *aimara*; ¡pero parece que olvidaron todo!... Sin embargo es de esta isla que salió, hace varios miles de años, el tronco originario de los Incas, en la persona de *Manco Capac* y de *Mama Ocllo*^(*), marido y mujer y al mismo tiempo hermanos, ambos hijos del Sol. Partieron de ahí para ir a fundar el *Cuzco* y echar las bases de este imperio sagrado, que Pizarro y sus soldados derribaron, en nombre de la civilización y del progreso.

Existen en *Titicaca* ruinas que se divisan en la costa: son los baños y los palacios de los Incas, un amontonamiento de piedras enormes superpuestas de manera inexplicable. Es evidente que estos monumentos remontan a una alta antigüedad, pero la ciencia no está completamente segura sobre la edad que debe atribuírseles.

La Paz, 25 de septiembre.

De Chililaya pusimos doce horas en vehículo para llegar a La Paz; seis mulas nos tiraban penosamente en una planicie árida, donde el camino está apenas trazado. Pero la belleza del espectáculo, a la llegada, compensa ampliamente las penas del camino. De repente, sin que nada haga presentir este cambio de vista, se llega al borde de una inmensa hondonada hecha invisible hasta entonces por la configuración del suelo, y muy al fondo se divisa La Paz. A mil quinientos pies debajo nuestro, casi verticalmente, la ciudad extiende su manto de techos rojos dominados por los campanarios de las iglesias. Al frente se destaca la base del *Illimani*, sus rocas desgarradas y trabajadas por las erupciones volcánicas, que dan a estas montañas sus tonos multicolores hechos cálidos por los rayos del sol poniente. Descendemos a trote largo un camino rápido construido con curvas regulares, mientras que por un sendero trazado en línea recta, cruzamos veinte veces la fila casi ininterrumpida de llamas, asnos y ganado arreados por sus conductores, el todo animando de la manera más variada y la más ruidosa esta especie de inmensa escala.

Henos aquí en *La Paz de Ayacucho*, con sus calles estrechas y escarpadas, adoquinadas con piedras puntudas y resbalosas. Tuve la buena suerte de no encontrar alojamiento en el albergue de muleteros decorado con el nombre de « Hotel de París » y me apresuré de aceptar la hospitalidad gentilmente ofrecida por uno de los principales comerciantes de la ciudad, el señor Steinert. Con cuánto regocijo encuentro en esta agradable morada un lujo muy europeo que me retribuye por las numerosas privaciones que tuve que sufrir este último tiempo.

La ciudad está presa de una gran animación: se prepara a recibir el nuevo presidente, usurpador del poder, el general Daza, un verdadero dictador, que a la cabeza de todo un ejército va a hacer su entrada triunfal en su buena ciudad de La Paz. Deseoso de no perderme este curioso espectáculo, voy a ir a ubicarme muy cerca del palacio presidencial, soberbio edificio cuya arquitectura regular contrasta extrañamente con su techo cubierto de paja..

Desde la mañana las calles se repletan de una multitud enorme donde domina el elemento indio; los naturales del país, después de haber vendido sus gallinas en el

^(*) El autor escribe *Mama Oello*. NdT

mercado, vienen a saludar su presidente. Hay guirlandas por todas partes y banderas suspendidas en las ventanas. En frente del palacio se encuentra una fuente, que fue designada para realzar el brillo de la fiesta ; este monumento está coronado por una estatua representando Neptuno al salir de las aguas, tridente a la mano y un pie sobre un delfín. El concejo edilicio no encontró nada mejor que vestir este Neptuno de una camisa de tul, de adornar su tridente con una bandera tricolor y de ponerle sobre la cabeza una peluca de algodón, escribiendo a sus pies *Libertad*.

Ninguna retirada en derrota ha podido dar jamás una idea de lo que fue el desfile de las bandas que precedieron al ejército llamado regular. Indios arrastrando animales cargados de bagajes, de fusiles quebrados, de utensilios de cocina, de vituallas ; en seguida todo un regimiento de mujeres dobladas bajo el peso de zurroneos repletos de armas, de niños en pañales o de provisiones. Estas mujeres son las *rabonas*, admirable institución que sacaría de apuros más de una intendencia europea, y he aquí por qué : en Bolivia los pertrechos del soldado en campaña comprenden no solamente la fornitura militar, sino además una mujer que lo acompaña por doquier, hace sus provisiones, prepara su comida, carga con sus bagajes y, en una palabra, provee enteramente a su subsistencia. A la intendencia, en el caso en que exista, no le queda otra cosa que cruzarse de brazos.

Después del desfile femenino llega el de las tropas, que llevan a su cabeza el presidente Daza montado en un magnífico caballo, vestido con un uniforme resplandeciente, avanza en medio de un brillante estado mayor compuesto de generales y coroneles. Su gran penacho rojo, amarillo y verde ondea al viento y con la cabeza alta, aspecto radiante, da lentamente una vuelta por la plaza. Por lo demás es un hombre bastante bien parecido y es evidente que no lo ignora. Jovencitas le llevan coronas de flores que él pone en su brazo y de tiempo a otro se detiene, sonriente, bajo un balcón de donde cae de pronto una lluvia de pétalos de rosas con la cual se deja espolvorear complacientemente. A su lado van dos indios que portan un singular estandarte compuesto de pequeños cuadrados de tela de diferentes colores ; estos hombres llevan un sombrero enteramente cubierto de plumas de colores vistosos y cubren sus hombros con una especie de sobrepelliz. A cada instante se detienen y agitan con gravedad sus banderines. Según me dicen, es el signo de adhesión de los indios, que indican así la sumisión de todas las tribus bolivianas al nuevo gobierno.

Viene en seguida el ejército compuesto de un millar de soldados de infantería de porte excelente y dos o trescientos soldados de caballería. El buen semblante de estos soldados es sorprendente, en verdad, pues acaban de hacer más de trescientas leguas. En efecto, don Hilarión Daza, habiéndose apoderado del poder en el mes de marzo, después de haber echado a la puerta al presidente legítimo don Tomás Frías^(*), se ha conducido desde entonces como un dictador triunfante : el Estado es él ; ya no hay cámaras, ni ministros, ni electores. Después de su golpe de estado se puso en marcha para hacer reconocer su poder, tan nuevo como irregular, en todas las ciudades principales de la república, pasando a *Oruro*, a *Cochabamba*, a *Sucre*, a *Potosí*. Solamente que, como en su ausencia podía temer un levantamiento militar, llevó tras sí este ejército en la larga marcha que termina al entrar a La Paz, de donde había partido.

Todo éso parecía corresponder muy poco con el programa de una república democrática, pero ello importaba un bledo al héroe del momento. Rodeado por una

(*) El autor escribe Thomaso. NdT

guardia pretoriana con corazas y cascos refulgentes, parece desafiar la *Libertad* en camisa que de lo alto de su fuente dirige su triunfo.

En el hecho, parece que los bolivianos encuentran este régimen encantador ; y será así hasta la próxima revolución, de la cual nacerá un entusiasmo del mismo tipo. Mientras tanto, el « Amo » decidió que durante siete días La Paz celebraría su feliz advenimiento. Comenzamos pues una serie de regocijos a los cuales está invitado en primera línea el ejército. Con tal fin el regimiento que compone la caballería boliviana acaba de acuartelarse en la ciudad ; los escuadrones se ponen en línea de batalla en la plaza ; pero como no hay caballerizas, los húsares echan pie a tierra, desensillan, cargan la silla sobre sus propias cabezas y, precedidos por sus « mujeres de campaña », se van a vivir cada uno a su casa o en el local del regimiento, mientras que los caballos, dejados en una repentina libertad, guiados por un solo jinete, toman la dirección de la pradera donde quedarán abandonados a sí mismos hasta una nueva expedición.

CAPÍTULO XIV

**Viaje a las yungas: el *Illimani*; las *Angosturas*; la *coca* ; costumbres y paisajes.-
La quinina.- Cómo funciona en Bolivia el sistema republicano-democrático-representativo.-
Recuerdos del presidente Melgarejo.- Los indios oprimidos.- Ruinas de Tiahuanaco.-
Regreso a la costa a través de la Cordillera.- Tacna.**

Creí deber tomar la costumbre de hacer mis excursiones con un mínimo de equipajes, lo que me valió, al partir de La Paz, las observaciones del doméstico local que había contratado la víspera. Levantó desesperadamente los brazos al cielo declarando que me faltaban por lo menos cinco *pellones* (mantas de silla), fundas de arzón y alforjas, un colchón, indispensable, según decía, provisiones de boca, ¡ y yo qué sé ! Todas son cosas sin las cuales un buen boliviano no podría partir de viaje. Gracias a la cortesía de mis anfitriones reuní a última hora lo estrictamente necesario y tomando la cabeza de mi pequeña caravana compuesta por mi guía *Juliano* y de un muletero que conducía las mulas de los bagajes, me puse en camino para ir a visitar la provincia de *Yungas*, situada al pie de la vertiente oriental de la Cordillera y donde se forman los primeros afluentes del Amazonas.

Siguiendo el lecho del *Río La Paz*, entre montañas desnudas y abarrancadas por las lluvias, a veces pasamos frente a haciendas, llamadas *fincas* o bien atravesamos un oasis de verdura donde se ampara una pequeña aldea de indios. Hacia la noche, nuestro camino bifurca ; pasamos un afluente del Río La Paz y delante nuestro vemos levantarse el monte *Illimani* con la cumbre completamente cubierta de nieve y enteramente rodeado de verdura en su base. En medio de esta vegetación frondosa emergen dos o tres casas, de entre las cuales una será nuestra morada por la noche. Escalamos una pendiente pronunciada y por un sendero bordeado de bosquecillos de árboles en flor, de naranjos y especies de todo tipo, llegamos a una hermosa *finca* propiedad de don Vicente Bolivian y Rojas. Provisto de cartas de recomendación para mi huésped, fui puesto rápidamente en presencia de un anciano ciego que me recibió con una afabilidad y una cortesía perfectas. Esperando la hora de la cena hizo que se me condujera a su jardín -¡ una verdadera maravilla !-. Las plantas de todos los climas, los árboles de todas las latitudes están ahí reunidos y cultivados : el nogal crece cerca de la palmera, la beterraga al lado de la caña de azúcar ; aquí un vergel lleno de manzanos magníficos ; allá un grupo de plátanos que derraman sus anchas hojas. Corto un modesto aciano del campo y no lejos de ahí crece al aire libre la más delicada flor de los trópicos.

¿ Existe en el mundo entero otro propietario que pueda hacer servir a su invitado, durante la misma comida, helado traído algunas horas antes de sus tierras en la región de las nieves y una lima dulce, fruto esencialmente tropical, que se acaba de coger en ese mismo jardín ? Esta *finca*, verdadera Arca de Noé de todos los climas del mundo, está situada en una cuesta muy pronunciada del flanco del *Illimani*, lo que permite pasar, recorriendo solamente algunos kilómetros, de las nieves eternas a los calores de las latitudes vecinas del Ecuador. La vivienda del dueño está construída naturalmente a la altura más favorable. Escondida en una cesta de flores en medio de una primavera perpetua, se parece a un oasis encantado donde se siente, a cada hora del día, esta

felicidad inefable de sentirse respirar y vivir. ¡ Y el dueño de esta encantadora estancia es ciego !

¡ Cuánta diferencia con las orillas desoladas del *Río de La Paz*, que encontré al día siguiente al dirigirme hacia los desfiladeros llamados *Las Angosturas* ! Es un extraño fenómeno este sablazo formidable que partió la Cordillera para abrir un camino a la masa de agua que en otra edad estuvo prisionera de la planicie superior.

Al mirar un mapa, es difícil explicarse cómo esta enorme hondonada, completamente rodeada de una corona de montañas, pudo henderse, por decirlo así, y permitir a sus aguas de verterse libremente hacia el valle del Amazonas. Del lago inmenso que debió existir ahí en otros tiempos, sólo quedan los bajos fondos que hoy forman el *Titicaca* y el *Popochoro*^(*). Tal desgarradura, ¿ es la consecuencia de un terremoto ? ¿ Es el resultado del asalto constante de las aguas, que al cavar una serie de embudos, terminaron por partir en dos el dique de granito que se oponía a su paso ?... Los geólogos no están de acuerdo sobre esta cuestión. Como quiera que sea , atravesamos hasta la noche una sucesión de gargantas tan estrechas que tuvimos que caminar en el río mismo, que se había hecho torrente por la añadidura de numerosos afluentes. Dos murallas de rocas, de quizá mil pies de altura, sólo dejan entre ellas un pasaje que tiene a lo más cuatro a cinco metros de ancho y cuyas vueltas tortuosas simulan desde lejos la entrada de una caverna. El viento se precipita con tal violencia en estos corredores que varias veces me sentí levantado de mi silla y yo me agarraba con todas mis fuerzas, lo confieso, a las crines de mi mula para no ser derribado. Con toda seguridad habría considerado como imposible de pasar si no hubiera tenido delante mío mi guía, que razando con su caballo la pared de granito avanzaba a pesar de todo, mostrándome el camino. Por lo demás en ciertas épocas del año este camino es impracticable y no es raro ver las caravanas esperar varios días que el viento amaine o que las aguas hayan bajado.

Después de dos días de marcha, siguiendo siempre el lecho del río sin encontrar ninguna habitación, obligados de acampar la noche al borde del torrente, franqueamos una de las montañas que bordean el *Río La Paz* para llegar a la provincia de *Yungas*. *Yrupana*, donde vamos a buscar alojamiento, es un hermoso pueblo perdido entre los naranjos y los plátanos ; su altura sobre el nivel del mar es apenas superior a los mil metros. Mi entrada a esta aldea fue un acontecimiento, tanto los viajeros europeos son escasos. *Juliano*, con ademán importante, pide para el *capitán*, ya que ése es el título con el que mi doméstico me honora para darme importancia, la casa del *corregidor* (alcalde). A falta de posadas en el lugar, estos altos funcionarios se reservan el honor de ofrecer hospitalidad, al precio de una elevada contrapartida, a todo viajero de paso. El dueño de casa está ausente, pero se apresuran a ofrecerme un cobertizo donde podré descansar al abrigo.

Estaba impaciente por ir más adelante en esta comarca curiosa ; es por éso que al día siguiente, desde el alba, montábamos de nuevo. El camino se presentó bajo un aspecto muy diferente del de los últimos días. Pronto sólo fue un paseo a través de un inmenso jardín que se extendía graciosamente a través de una sucesión de cerros color verde. Los caminos son coquetos, bordeados de cafetos en flor o de olorosos matorrales de rosas ; la mirada se pierde sobre las terrazas escalonadas donde se cultiva con el cuidado más grande la planta llamada *coca*. Es un arbusto de dos a tres pies de alto que da cuatro cosechas por año de sus hojas ; éstas, una vez secas, son entregadas al comercio

^(*) ¿Se tratará del Poopo ?...NdT.

para los indios de Bolivia y del Alto Perú, que consumen de ella una cantidad considerable.

La coca es masticada como el betel de los orientales y los indígenas le atribuyen virtudes tónicas extraordinarias. Conocida en la más alta antigüedad, los Incas la hacían cultivar en grandes cantidades, mientras que leyes especiales reglamentaban su explotación; los Sacerdotes del Sol perfumaban con ella los altares en las grandes solemnidades religiosas y mascaban algunas hojas antes de consultar los oráculos. Por éso es que la tradición hizo pasar esta planta en la imaginación popular como un talismán, una panacea universal; es reputada como un medio de sanar todos los males, de reposar de todas las fatigas, pero también para asegurar los triunfos de la fortuna, incluso los del amor.

De hecho, escucho por todas partes alabar las virtudes de esta preciosa *coca*: el indio le debe su extremada resistencia a las fatigas. Mascando solamente algunas de estas hojas llegan a mantenerse durante largos viajes a través de la montaña; ella lo alimenta y apaga su sed al mismo tiempo. Quizá podría atribuirse a los felices efectos de esta planta el aspecto robusto y la blancura admirable de los dientes, que son marcas distintivas de toda la población.

Los trabajadores que encontramos en el camino nos saludan alegremente con un *Dios auki tiuratá*, lo que en lengua aimará quiere decir « buenos días »; las mujeres son menos corteses y nos dejan pasar volviendo la cabeza; se me afirma que es muy mal visto que ellas miren un forastero.

Estamos aquí en un país donde las costumbres, los usos, el lenguaje tienen un carácter muy especial. Pude hacerme una idea completa después de algunos días al encontrarme en *Coroico* en el momento en que tenía lugar una fiesta en que toda la población endomingada estaba reunida en la Plaza del Mercado. Las mujeres, vestidas con una falda azul oscuro, se cubren los hombros con una esclavina ajustada por medio de grandes alfileres en forma de cucharas cuyo mango habría sido aguzado. Llevan en la cabeza un inmenso sombrero, estilo pagoda china, adornado de cuatro puntas dispuestas en forma romboidal y recubiertas con un tejido negro que cae a la manera de un baldaquín. El traje de los hombres no es menos pintoresco: llevan los cabellos largos anudados como una coleta, portan chaqueta corta, calzón azul y un ancho cinturón multicolor. El conjunto daba a esta reunión popular un sello a la vez elegante y original.

El *corregidor*, en casa del cual estaba hospedado, administraba la justicia en el momento de mi llegada. No estuve poco sorprendido al ver las mujeres que comparecían frente a él, quedarse en cuclillas contra el muro durante todo el interrogatorio. Según se me dijo, era un signo de gran respeto... Un poco más tarde, al pasar frente a la fuente pública, divisé algunas niñas ya crecidas, que hacían sus abluciones entregadas alegremente a sus juguetes en tenida de paraíso terrestre, veladas solamente por la gracia muy transparente de sus inocencias.

Una noche hice alto en una pequeña finca, donde la belleza del paisaje me había atraído particularmente; recostado en la veranda miraba el gracioso cuadro que se extendía frente a mí: la luna alumbraba con sus rayos plateados las chozas diseminadas en la montaña y se reflejaba jugando con malicia sobre las grandes hojas de los bananos; el aire no estaba agitado por el menor soplo de viento. En medio del silencio de la noche

escuché de repente acordes quejumbrosos y suavemente modulados : era la *quena*, instrumento favorito de los indios de Bolivia, especie de flauta esculpida en una tibia humana, de donde salen notas extrañas que más bien parecen exhalar una queja, que no una melodía ; los descendientes de los Incas afieccionan cantar así, en emidio de la calma nocturna, la grandeza de otro tiempo y la servidumbre actual.

Me dirigí hacia el lugar de donde venían estos acordes y un espectáculo digno de un lápiz caprichoso se dibujó a mi mirada. Una docena de indios reunidos en corro en un vasto claro, vestidos con sus oscuros trajes en los que se destacaba una especie de dalmática blanca y tocados con una corona de plumas, se entregaban a la danza. En medio de ellos, un hombre envuelto en una piel de tigre y con la faz cubierta por una máscara gesticulante coronada de largas crines, hacía mil contorsiones y exitaba sus compañeros con el gesto y con la voz ; rodeando el grupo, circulaban mujeres que vertían en cocos vacíos una bebida fermentada. Esta escena, en que los rayos de la luna dibujaban crudamente las siluetas extrañas, tenía algo de fantástico, de misterioso y de salvaje.

Al verme, una de las mujeres vino a mí y me presentó la copa primitiva que tenía entre las manos y me invitó a beber en ella. Era preciso hacerlo quieras o no quieras ; pero ya había reconocido la *chicha*, brevahe cuya técnica de fabricación poco atractiva me había explicado la víspera mi guía. El maíz del cual proviene es masticado por las mujeres ; en general se prefiere la masticación de las viejas, que trituran larga y penosamente la materia, a la de las jóvenes cuyos hermosos dientes despachan rápidamente la tarea ; luego esta horrible molienda, bien impregnada de saliva, es secada al sol y reducida a tabletas ; sólo queda, cuando se quiere obtener la bebida, que a diluirlas en agua y dejar fermentar.

¡ Esperemos que como el fuego, la fermentación purifique !... , pero aquella noche tuve sueños extraordinarios : me vi transportado en medio de los salvajes vecinos, en las tribus de los *guarayos* y de los *parintintines*, donde perdido en los efluvios de una *chicha* salida de los molares de las Parcas, realizaba en honor de la rubia Febé^(*), un paso fantástico al son de una música infernal...

Pocos días después, retomé la ruta hacia La Paz subiendo de nuevo Los Andes, de los cuales divisaba de nuevo sus cimas nevadas. En mi última etapa en las *Yungas*, la mujer del *correjidor* se me acercó para preguntarme si tenía un específico eficaz para un infeliz que se moría en su casa. La seguí y encontré un pobre indio presa de un acceso de intensa fiebre ; parecía a punto de exhalar el último suspiro. La quinina era indicada ; pero al querer salvar este hombre proporcioné una dosis imprudente, administrándole una cantidad para matar una mula... El efecto fue inmediato, pero contrario a mis buenas intenciones, porque el enfermo se quedó súbitamente en una inmovilidad completa ¡ y temí haberlo envenenado ! Gracias al cielo, al otro día mi prestigio, un momento vacilante por este resultado deplorable, se encontró repuesto ; no solamente el indio vivía todavía, sino que se sentía visiblemente aliviado y mi anfitriona maravillada me pedía con insistencia un poco de polvo blanco. ¡ Pobres gentes, mueren de la fiebre en el país mismo de la quinina ; y como recolectores insensatos van a recoger en la selva, para entregarla al comercio, la preciosa corteza, que sería casi siempre el mejor remedio a sus enfermedades !

(*) Phébé : Nombre de la luna, confundida más tarde con Artemisa. NdT

Sin embargo fueron sus ancestros los que hicieron conocer al mundo este febrífugo maravilloso. He aquí cómo fue contada por un literato autóctono la historia de este descubrimiento en un estilo pomposo y lleno de imágenes, pero desbordante de color local. Traduzco el relato de don José Domingo Cortés^(*):

« En los bosques seculares que cubren la parte oriental de Bolivia crecen árboles cuyas ramas majestuosas se elevan hasta el cielo. En medio de una naturaleza magníficamente poderosa, dorada por el sol eterno de los trópicos, corren ríos deliciosos. El cristal de sus aguas sólo es enturbiado de tiempo en tiempo por una liviana piragua hecha de corteza en la cual una familia de indios entrega su destino a las corrientes que la arrastran, para llevarla de un Edén a otro Edén.

« En estos lugares no hay ciudades y la civilización, con su cortejo fecundo pero agotador de sus invenciones, todavía no ha venido a empobrecer los dones del cielo.

« Ahí todo respira la indolencia feliz nacida de la ausencia de necesidades ; ahí crecen las preciosas especies destinadas a alimentar los felices dueños de estos lugares. Apenas tienen necesidad de lanzar sobre esta tierra fértil un puñado de arroz para recoger con profusión abundantes cosechas. El sol no deserta nunca estos valles donde reina una primavera perpetua y la gran vegetación que los cubre les procura las lluvias bienhechoras del verano tropical.

« Los árboles, abandonados a sí mismos, producen frutos exquisitos que cuando están maduros las ramas se doblan solas para que el indio no se moleste en levantar los brazos para cogerlos..

« Al centro de una naturaleza eternamente joven, sólo el hombre llega a la vejez y muere; ésa es la única diferencia entre el Paraíso terrestre y el oriente boliviano.

« Estamos en el año 1638.

« Los indios de la selva han escuchado rugidos extraños, que dan la muerte como lo hace el rayo y que brotan, como del relámpago, en un rayo de fuego. Sus sacerdotes han anunciado que el momento ha llegado en que se cumplirán las profecías de los ancianos.

« El pueblo, después de haber consultado los dioses, corre a esconderse lejos de estos extranjeros llegados últimamente y que preceden la muerte y la destrucción.

« En la noche, muertos de fatiga, los fugitivos se acuestan al lado de hogueras encendidas para alejar los tigres ; comienzan a sufrir cruelmente de las privaciones y todos los males que los agobian los atribuyen a los recién llegados. Pronto la enfermedad decima los infortunados y la fiebre extiende su manto emponzoñado sobre toda la comarca. El número de víctimas se hace inmenso ; y como aquél que aún ayer lloraba sobre el cadáver de un hijo, es llorado hoy por sus supervivientes de algunas horas, en una cruel agonía.

« Familias desaparecen enteras y las tribus, que antaño se componían de innumerables combatientes, se veían aniquiladas por el flagelo. La amarga queja del sufrimiento se exhala ahora de esos valles risueños ; los gritos y las lágrimas resuenan lúgubres en los bosques. ¡ Los dioses han olvidado su pueblo, mientras que los augurios sólo presagian duelos y muerte !

« La fiebre se propaga de la selva a la montaña y pronto alcanza las orillas del mar ; las quejas de los blancos se confunden con las de los indios y una misma tumba cubre opresores y oprimidos.

^(*) José Domingo CORTÉS (1839-1884). Adicto a la Legación de Chile en Bélgica ; Caballero de la Orden de la Rosa del Brasil ; ex Director Jeneral de las Bibliotecas Públicas de Bolivia ; Miembro Corresponsal de la Exposición Internacional de Chile en Francia.(Blas BRUNI CELLI : « Venezuela en 5 siglos de Imprenta » . {Net}.). NdT

« Una mujer, con el alma pura como la de un ángel, estaba entonces sentada en el trono virreinal del Perú : era la dulce condesa de Chinchón, que se complacía en secar las lágrimas arrancadas a los indios por la dura conquista ; éstos pagaban su caridad con un piadoso reconocimiento.

« La muerte vino a golpear a las puertas del palacio ; la ciencia y los cuidados más asiduos se encuentran pronto impotentes a evitar el golpe fatal que se llevaría esta noble mujer.

« Una noche en que las últimas angustias de la agonía se confundían con los sollozos del pueblo, se presenta un pobre indio llevando, según dice, un talismán y pide ser introducido en la cámara de la virreina. Llegado cerca del lecho rodeado de médicos, se arrodilló y con voz grave dijo : -Poderosa señora, el bien que has hecho a los hijos de América va a recibir su recompensa. Escúchame y la esperanza va a animar tu corazón

« Cuando el genio del mal vino a extender sus alas malditas sobre nuestros bosques, fuimos golpeados seriamente por la muerte. Yo tenía apretada contra mi pecho mi hija única, retrato de su infortunada madre, que esa misma mañana acabábamos de enterrar al pie de una palmera.

« Sentía su frente ardiendo y con su garganta seca, la niña podía apenas articular algunas palabras para pedir agua.

« Nos encontrábamos en la montaña ; abriéndome paso con dificultad en medio de lianas entrelazadas, alcancé un arroyo donde corría un agua turbia y rojiza. Sus orillas estaban bordeada de árboles tan viejos como en nuestros bosques seculares, enteramente cubiertos de flores blancas, parecidas por la forma y el olor a las del naranjo.

« Muchos de estos árboles, derribados por la mano del tiempo, estaban acostados en medio del agua. Una voz secreta me dijo : Bebe, y yo bebí. Luego, llevé esta agua a mi hija que apagó su sed ardiente con la avidez de un ciervo sediento.

« ¡ Dos días después, mi niña había sanado!

« La experiencia de los ancianos de la tribu nos hizo conocer entonces que esta agua debía su virtud a la corteza de los árboles que habían dormido en ella.

« El odio que hemos jurado a tu raza nos empujó a prometer de jamás revelar este secreto ; pero el mal te ha golpeado y nuestro amor por tí es más fuerte que el odio a todos los tuyos.

« En el nombre de vuestras tribus te traigo un pedazo de esta preciosa corteza que, en homenaje a tus bondades, hemos bautizado con el nombre de *chinchona* ».

La condesa fue salvada por la virtud de este talismán y desde el año de 1638 la medicina se vio enriquecida con este precioso específico, que ella designa todavía hoy con el nombre de *chinchona officinalis*.

Dos días de viaje a través de bosques magníficos que cubren la ladera de la montaña, fueron suficientes para alcanzar las nieves de las altas planicies de la Cordillera ; después, luego de haber franqueado un estrecho desfiladero, encontré la ruta que lleva a La Paz. Los bolivianos pretenden que, frente a la incertidumbre sobre el lugar donde estuvo en otros tiempos el Paraíso terrestre, hay que buscar sus huellas en las *Yungas* ; estaría tentado de creerles, tanto más que Adán y Eva habrían tenido que dar un paso para encontrarse, expulsados por el ángel, en tierra de desolación. En efecto, la vertiente opuesta es árida y reseca, ahí la vida parece detenida ; sólo algunas llamas melancólicas pacen aquí o allá una hierba escasa y puesta amarilla por el frío. Cruel contraste para el viajero entre esta región y el lugar tan pintoresco del cual acabo de recorrer una centena de leguas.

Al volver a *La Paz* supe que el dictador se dignó formar un ministerio constitucional: las ovaciones continúan, las diputaciones se suceden, los regocijos públicos siguen sin querer acabar. Tomé parte en ellos asistiendo a una representación de gala de teatro dada en honor del general Daza.

El Rey Sol no habría sido más solemne y majestuoso que don Hilarión, en el trono levantado para él en la logia presidencial. Rodeado de su brillante estado mayor, cuyos ricos recamados relucían bajo las luces inciertas de los quinqués humeantes de las candilejas, el « amo » condescendía a veces a echar una mirada benevolente hacia la multitud, la que golpeaba las manos transportada por las trivialidades poéticas recitadas por una actriz que lo trataba en versos de « salvador de la patria ».

Para mí fue causa de alegría, quizá irreverente pero sin duda sincera, al ver aquellas demostraciones de entusiasmo prodigada por la muchedumbre a aquél que aclamaba por haber sabido ser el más fuerte o el más audaz. Sentí cierto placer, lo confieso, cuando sorprendí los arrebatos de vanidad satisfecha que subían a la cara de este advenedizo de ayer; porque de ahí mi mirada se dirigía con complacencia hacia esta divisa: « República-democrática-representativa », y estas palabras, inscritas un poco en todas partes, se me figuraba entonces como el « *mané, thécel, pharés* »^(*) de la revolución triunfante.

Por lo demás, no tengo ninguna intención de prejuzgar en bien o en mal de los actos futuros del hombre que se llamó a sí mismo para presidir los destinos de Bolivia; quizá sea realmente capaz de hacer este servicio a su país; quizá sea también un caprichoso. ¿Quién sabe? A veces se ha visto que la posesión del poder da a luz singulares caprichos o maravillosos resultados. Para sólo hablar del primer caso, me cuentan los rasgos de otro presidente usurpador, el famoso Melgarejo, derribado en 1871. Un día el dictador, estando ebrio como de costumbre, hizo llamar su guardia y ordenó a todos los soldados que saltaran por la ventana de la planta alta de su palacio para demostrar a un extranjero ahí presente, la superioridad del soldado boliviano; muchos se quebraron los brazos o las piernas, pero él no se fijaba en detalles. En seguida, para dar una alta idea de la disciplina, hizo comparecer su edecán y lo obligó, de grado o de fuerza, a hacer bajo su orden « el bello » o « el muerto », como un caniche.

Otra vez, durante una violenta tempestad, fue llevada a la plaza una batería de artillería la que comenzó, por orden del presidente, un fuego continuo hasta que los elementos se hubiesen calmado..., luego, satisfecho del resultado, se jactó de haber tenido la última palabra en su lucha contra el cielo.

Calígula no lo habría hecho mejor. Quizá fue superado en la siguiente historia, que me fue relatada por testigos oculares. El tirano tenía una Dulcinea; ahora bien, ocurrió que un oficial de su comitiva le faltó el respeto al objeto amado; la ofensa había sido pública, el desagravio tenía que serlo igualmente: se trajo una silla a la plaza del

^(*) Mané, Thecel, Pharés: Palabras de condena del último rey de Babilonia, que había cometido un sacrilegio con los vasos sagrados conquistados por Nabucodonosor; escritas con letras flamígeras por designio de Dios, ellas fijaban, según interpretación del profeta Daniel, el término de su reino, que sería dividido entre persas y medas. NdT

palacio, melgarejo se sentó ; la bella boliviana, en tenida de gala , vino a arrodillarse poniendo su cabeza entre las rodillas del jefe del Estado, teniendo las manos en la espalda como hacen los niños en el juego del « adivina quién te dio »^(*). El oficial recibió entonces la orden de venir a besarle las manos ; pero en el momento en que acercaba los labios, las manos se habían retirado..., ¡ y la falda también !

Circulan cien historias del mismo tipo. Paso bajo silencio las percepciones de impuestos arbitrarios, los ciudadanos apacibles expulsados del país o fusilados, etc., etc. Todo este conjunto constituye una país singular ; la anarquía más brutal reina en él como ama absoluta. En torno del jefe efímero del Estado intriga todo un mundo de funcionarios, parásitos del poder que tratan de hacer fortuna... He ahí el gobierno. Se recluta en la clase de origen español ; en cuanto al pueblo, él se compone de indios que trabajan, que no disfrutan de nada, están privados de las ventajas de la educación y de la civilización y pertenecen, como verdaderos siervos, sea a los grandes propietarios, sea al Estado. Por un extraño contraste, una ley declara elector, y por consiguiente ciudadano, todo hombre que sepa leer y escribir ; pero casi no hay indios en este caso, por la simple razón de que no hay escuelas que les sean destinadas.

Manteniendo esta población en la ignorancia, el gobierno persigue un fin fiscal, porque el indio no elector está obligado a pagar anualmente un impuesto inicuo de veinte francos por cabeza. No son ésas las únicas cargas que pesan sobre estos pobres desheredados: las contribuciones extraordinarias no les son ahorradas y derechos excesivos de exportación gravan los productos del suelo. Así, la arroba de *coca*, cuyo precio en *La Paz* es de sesenta francos, ha sido gravada para salir de la provincia de *Yungas* de un derecho de cinco francos, -es decir, 8%-, ¿ Es necesario agregar que el indio no puede ni siquiera ser poseedor de la tierra ? La arrienda solamente y paga en dinero, en cosechas o muy a menudo en días de trabajo.

¿ Son éstos los beneficios conquistados, hace medio siglo, en nombre de la « libertad », por Simón Bolívar ? Hizo desaparecer el yugo español al mismo tiempo de las orillas del Orinoco, del Amazonas y de La Plata, ¡ pero dejó los antiguos poseedores del suelo bajo la opresión de los hijos de aquéllos contra quienes había combatido !

Tacna, 12 de octubre.

Me decidí a hacer el viaje de regreso hacia la costa atravesando a caballo la ancha meseta que se extiende ente La Paz y la vertiente occidental de la Cordillera de Los Andes.

Mi primera etapa fue *Tiahuanaco*. Este pueblo, situado a orillas del lago *Titicaca*, avicina las interesantes y célebres ruinas que datan de una época muy anterior al descubrimiento español. Uno de estos restos se encuentra en el mismo camino ; es una enorme piedra enterrada a medias en el suelo ; las esculturas que contiene están perfectamente conservadas y representan los rasgos de una divinidad antigua o quizás de un célebre jefe inca. Mi guía me cuenta que se trató de llevar esta estatua a *La Paz* ; pero pronto se estuvo obligado a renunciar al proyecto por falta de medios de transporte suficientemente poderosos. Este bloque de granito, abandonado en el camino, ¿ no estará ahí como una inmensa ironía hacia los « civilizados », que no pudieron llegar a

(*) Juego de prendas. NdT

transportar una sola de esas piedras que los « bárbaros » supieron amontonar para construir sus monumentos ?

El nombre de *Tiahuanaco* viene de dos palabras de la lengua *quechua* ; fue dado a este lugar por un inca, dice la leyenda, que admirado por la velocidad con la cual un correo urgente le había sido traído, habría dicho al indio : *Tihay, Huanaco* (siéntate, huanaco), aludiendo a esta especie de llama rápida y liviana que salta entre las rocas de la Cordillera..

Este punto era sin duda el lugar de residencia favorito de los soberanos del país, porque ahí se encuentran todavía vestigios de sus palacios : jardines trazados en torno de una elevación del terreno, que quizá fue una fortaleza, encerrando monolitos considerables que tienen hasta ocho metros de largo y que a menudo están adornados con esculturas. Se admira ahí una puerta perfectamente conservada, todavía de pie, aunque su parte superior está quebrada ; fue tallada en una sola piedra de por lo menos dos metros de alto por cuatro de ancho ; una de sus caras está ornada con bajorrelieves que representan, como tema principal, un ser humano cuya cabeza está adornada con rayos alegóricos y teniendo en cada mano un cetro diferente ; alrededor hay figuras alineadas simétricamente, unas que tienen rostro de hombre, otras una cabeza de cóndor, todas tienen igualmente un cetro y están orientadas dando la cara al centro.

Los sabios exploradores que han pasado delante de este monumento han buscado numerosas explicaciones sobre estas esculturas. En primer lugar, parece que la figura principal representa un ser superior, quizá el dios Sol, o por lo menos un jefe supremo que tendría en sus atribuciones no solamente el Estado, sino también la religión. Está rodeado de otros jefes, sus tributarios o vasallos, que le rinden homenaje.

De *Tiahuanaco* proseguí mi ruta hacia el oeste. A la extremidad de la primera planicie que recorrí tuvimos que atravesar, por un puente colgante hecho de cañas, el *Desaguadero*, canal natural que vierte las aguas del *Titicaca* en el *Popochoro* o lago *Pansa*. De ahí, durante cuatro días, sólo fueron largas etapas a través de brezales sin fin ; mi única distracción era de disparar a las vicuñas, cuyos numerosos rebaños pacen tranquilamente en estas alturas desoladas. ¡ Ay que son cansadoras estas cabalgatas, que a veces comienzan en medio de la noche ! Penetrado por un viento de escarcha no me atrevía a bajar de mi mula para reanimar por medio de ejercicios mis miembros entumecidos. La rarefacción del aire es tal en estos parajes, que no se puede hacer cien pasos sin quedar fuera de aliento. Nuestras cabalgaduras, fatigadas también, resbalaban a veces al pasar un torrente helado durante la noche, y cuando el sol aparecía por fin, sus rayos intensos no tardaban en hacerse sentir de manera molesta. Sin embargo, trotábamos hasta la noche ; los puntos de parada son raros en estas planicies desiertas de donde no se sale sino para encontrar otras en un nivel más elevado, donde un viento agrio quema la cara completamente agrietada por el frío de la noche, donde los ojos sólo encuentran un paisaje lúgubre y muerto, donde el camino está jalonado por los cadáveres de mulas y de asnos muertos por la fatiga y el *soroche*. Aquí y allá, rebaños de llamas y de alpacas animan un instante estas soledades ; inmensas lagunas de sal, que parecen lagos escarchados, se extienden hasta el horizonte coronado de montañas con sus cumbres nevadas.

Por fin, he aquí el *Tambo* (refugio) de *Tacora*, y allí, a algunas centenas de metros comienza la bajada. Ella se hace por un camino en zig zag sembrado de piedras rodantes

y cubierto de un polvo atroz levantado por el viento ; pero uno casi no se da cuenta, a tal punto se está feliz de sentirse revivir al volver bajo un clima más suave. En la mañana había tiritado bajo mis *ponchos* superpuestos, mientras que más tarde me instalaba ya a la puerta de nuestra chabola para respirar, durante mi sueño, el aire tibio y puro de la noche bajo los trópicos.

Tacna, construída al pie de la montaña, está rodeada de verdes jardines a los cuales un arroyo nacido en la Cordillera da una fecundidad bienhechora. Al recorrer estas calles animadas donde se alínean grandes casas de comercio, bazares y tiendas de todo tipo, se reconoce un centro de negocios importante. Es que en efecto esta ciudad, aunque perteneciente ya al Perú, se ha convertido en el principal depósito de los productos destinados a Bolivia ; todavía hoy se prefiere, para los transportes comerciales, seguir la ruta que acabo de recorrer, en vez de hacer el trayecto largo y dispendioso del ferrocarril que une *Arequipa* a *Puno*.

Europa tiene abierto en Bolivia un vasto campo a sus productos manufacturados mediocres, puesto que como no hay ninguna industria en este país, todo debe venir del extranjero. El intercambio de estos productos podría hacerse contra plata, cobre, quinina, lanas y pieles ; tendría que mencionar muy especialmente las minas que, es posible, serán catalogadas un día entre las más abundantes del mundo ; pero hoy son mal conocidas y relativamente poco explotadas. En este momento el comercio alemán parece haber comprendido la importancia de tal mercado, donde todo queda por suministrar y donde tantos productos de alto valor podrían exportarse. Numerosas factorías aparecen rápidamente en los grandes centros y tienden a absorber en breve plazo el comercio de Bolivia.

¡ Deje *La Paz*, entregada entre las manos de un gobierno revolucionario, para caer en un Perú en revolución ! En *Tacna*, los habitantes se preguntan con inquietud si la ciudad no será entregada al pillaje por Piérola, jefe insurgente que, partiendo de *Arequipa* con un puñado de hombres, acaba de apoderarse de *Moquegua*, situada a una veintena de leguas de aquí. El ejército regular lo persigue y se teme que el rebelde no venga a requisicionar las cajas de caudales de los principales comerciantes para financiar algún tiempo su campaña.

Pero no voy a esperar tales acontecimientos ; al final uno se cansa de los *pronunciamientos* y me preparo a partir hacia *Arica*, desde donde un paquebote me llevará al *Callao*.

CAPÍTULO XV

**Lima, la ciudad y sus monumentos.- Las limeñas.- Santa Rosa y La Perricholi.-
Las *Huacas*.- Los chinos.- Peleas de gallos y lidias de toros.-
Política interior.**

Lima, 15 de noviembre de 1876.

Un cuarto de hora por ferrocarril es necesario para ir del puerto del Callao a Lima. Mi primera impresión al entrar a la capital del Perú fue, debo decirlo, un completo

desencanto ; la originalidad que se espera encontrar en esta ciudad donde deberían reflejarse las tradiciones arquitectónicas de la vieja España, falta completamente y el viajero, decepcionado recorre arterias bien alineadas, bordeadas de casas de aspecto muy moderno. Aquí y allá solamente algunos viejos edificios contrastan con el conjunto de construcciones y recuerdan los esplendores de otra edad. Algunas iglesias, un pequeño número de palacios y conventos han podido resistir a los terribles terremotos que, a intervalos diferentes, han destruído la obra de los hombres y amenazan la ciudad cada día en su existencia.

Lima, aunque situada solamente a 12° de la línea, no tiene sin embargo un clima muy tórrido ; está al medio entre los trópicos y nuestras zonas templadas ; un estado habitual de leve neblina basta muchas veces para esconder el sol durante días enteros, procurando así durante la noche un rocío bienhechor.

Si el aspecto de Lima corresponde imperfectamente a la idea que han dado de ella descripciones entusiastas, por el contrario la reputación de belleza y de gracia de las limeñas no es en ningún caso usurpada. Quienquiera que haya tenido la impresión extraña del viajero que ha visto las mujeres veladas en una ciudad musulmana, puede hacerse una idea del sentimiento de atracción y de curiosidad punzante que asalta al recién llegado frente a esos chales negros que dejan brillar entre sus pliegues discretos, esas pupilas hechas todavía más provocantes por la sombra que las protege. El *manto* ha servido sin duda a proteger de las miradas profanas los rasgos cuya contemplación está reservada al amo ; pero desde entonces, esta graciosa prenda inventada para asegurar a la mujer, fuera del hogar doméstico, un sello de misterio y de modestia, se ha hecho el auxiliar coqueto de la intriga en una ciudad reputada por sus hazañas galantes.

Las mujeres más elegantes salen casi todas envueltas así, en las horas matinales, sea para ir a la iglesia, sea para ir de negocio en negocio. Incluso hay algunas que se sirven de la mantilla para ir al teatro y escondiéndose así de las miradas indiscretas, van a sentarse valientemente en la platea perdidas en la multitud y seguras de la más estricta incógnita. Sin embargo no siempre el manto está cerrado sin piedad y las que lo llevan, especialmente cuando son hermosas, encuentran siempre manera de arreglárselas para que se vea todo su rostro. Hacia la noche, a la hora del paseo, es de buen tono para las damas de mundo, de abandonar la mantilla y de mostrarse entonces cubiertas con tocas europeas, en todo el brillo de sus gracias y sus encantos.

El contraste que se encuentra a cada paso entre las mujeres de Lima, en sus hábitos, sus costumbres, su carácter, recuerda dos tipos muy diferentes, es cierto, pero en los cuales se personifica su naturaleza al mismo tiempo piadosa y liviana, ferviente y apasionada. Estos dos tipos, de los cuales la tradición ha conservado en todas partes el recuerdo, de los cuales mil imágenes retrazan las líneas son, una Santa Rosa de Lima y una hermosa pecadora, la Perrichole. La primera, venerada como la patrona de todas las Américas, es el símbolo de la pureza, de la caridad y de todas las virtudes. Se puede ver todavía la casa donde nació, donde vivió. La piedad de los fieles transformó esta morada en una serie de capillas adornadas con todas sus reliquias magníficamente engastadas y religiosamente conservadas desde hace trescientos años.

En cuanto al recuerdo de la Perrichole, de la cual Offenbach inmortalizó la leyenda, es igualmente popular en Lima. Según parece era una india *chola*, nombre tradicional de los mestizos ; sus gracias habían seducido y subyugado completamente,

hace un siglo, el viejo virrey don Antonio Amat. Aunque cortesana, elevada al primer plano de los honores, Mariquita Villegas se entregó a todo tipo de excentricidades que el tiempo no ha borrado del recuerdo, y entre las cuales especialmente una merece ser citada, porque la más adecuada como ejemplo de este carácter mitad antojadizo, mitad devoto. Tuvo el capricho de pedir a don Antonio un magnífico coche de gala ; éste se apresuró a hacer venir de España, con gran gasto, una carroza completamente dorada, que fue un acontecimiento en Lima. Un día ella se pavoneaba en la ciudad, con gran escándalo de sus habitantes, cuando la casualidad hizo que pasara el Santo Sacramento ; prontamente, descendiendo del vehículo se prosternó sobre el polvo ; y al día siguiente la favorita ofrecía a la iglesia el obsequio del virrey, pidiendo que fuera destinado al servicio del culto.

El origen del sobrenombre de Perrichole es objeto de controversia ; él se descompone en dos palabras españolas : *perra* y *chola*. Según los unos, fue una apelación imaginada por la población irritada por su conducta liviana ; según los otros sería una expresión de ternura que se le escapó a su amo y señor, pudiendo equivaler a « ¡ mi perrita chola ! ».

Durante el siglo diecisiete los españoles trajeron a estos países cierta cantidad de cuadros que luego un rico coleccionista de Lima, el señor Ortis Sevallos, se esforzó por reunir para formar una hermosa y notable galería de la cual tuvo a bien hacerme los honores. Es interesante de encontrar ahí telas de Velásquez y de Murillo, consideradas como perfectamente auténticas ; éso permite suponer que esos dos grandes pintores, habiendo recibido un gran número de pedidos para el Perú, se pusieron a reproducir varias de sus mejores obras.

Otra colección muy curiosa a estudiar es la de las antigüedades indias recogidas especialmente en los numerosos cementerios del tiempo de los Incas y encontradas en las excavaciones en muchos puntos de la costa. Como entre estos pueblos existía la costumbre de enterrar sus muertos con algunos atributos de su profesión, de sus gustos o de su posición social, se puede así levantar una esquina del velo que recubre todavía la historia de este imperio americano.

El doctor Macedo posee en este género la colección más completa ; donde él se encuentran reunidos miles de vasos, la mayor parte en tierra cocida, representando todo tipo de sujetos : figuras de hombres, de animales, de peces, hechas con verdadero arte. La mayoría de las *huacas* (nombre dado a estas reliquias de otra edad) son, a pesar de sus formas de lo más extrañas, recipientes destinados a contener líquidos ; un ingenioso sistema de pitos es adaptado y permite al aire de escaparse cuando el agua sube o desciende, produciendo sonidos ora agudos, ora sordos y quejumbrosos.

En los diferentes especímenes de este arte, que pertenecen a una civilización completamente destruída hoy, se cae presa de admiración por la analogía que existe con los gustos, las ideas e incluso las tradiciones del antiguo mundo. Pequeños instrumentos de tocador, brazaletes u ornamentos diversos en oro y plata ; los dibujos sobre todo ofrecen un singular parecido con ciertos modelos egipcios. Otra similitud con la antigüedad en decadencia es la elección de temas inconvenientes o groseros. En este aspecto el *Museo Borbónico* de Nápoles podría hacer intercambios ventajosos con los Museos de Lima. Un objeto de cerámica que tengo entre las manos recuerda el mito de Prometeo, cuyo hígado es comido por los buitres ; otro representaba, sin lugar a dudas,

Ceres o una divinidad parecida ; hay gran cantidad del mismo tipo. Las ruinas de los antiguos pueblos, de los cuales Lima está rodeada, son recintos con murallas, ordinariamente de tierra y situados sobre elevaciones del terreno ; ahí se descubre grupos de viviendas perfectamente visibles, pero la verdura que debía refrescar las moradas ha desaparecido, puesto que ya no es mantenida por los numerosos canales, hoy deteriorados y de los cuales se encuentra vestigios en todas partes.

Estas huellas de civilización similares entre sí, ¿ podrían ser testimonio de que hubo intercambios antes del siglo dieciséis entre Europa y esta parte de América ? Esta cuestión no ha sido definitivamente esclarecida y a este propósito me acuerdo de haber escuchado sostener por un joven erudito, el señor Charles Wiener, encargado por el gobierno francés de una misión científica en América del Sur, una opinión quizá muy fundada. Es de aquéllos que niegan tales relaciones ; según él, la explicación a tales paralelos se encuentra en el razonamiento que sostiene que toda civilización, todo estado de progreso debe seguir un camino aproximadamente el mismo : igual como el hombre hace en la infancia por instinto todos los movimientos y adquiere poco a poco , con toda naturalidad, un mismo orden de ideas, de aptitudes y de gustos.

Si dentro de algunos siglos una generación viene, a su turno, a excavar los cementerios de estas regiones, como la generación presente lo hace por la antigua, los hallazgos por hacer en las tumbas serán con seguridad menos lucrativos, pero igualmente interesantes desde el punto de vista de la momificación de los cadáveres. En efecto, es una particularidad del clima de desecar los cuerpos en vez de corromperlos ; por éso, las precauciones higiénicas no son necesarias de tomar como se hace en nuestros países. La mayoría de los camposantos son verdaderas necrópolis, porque los muertos son ubicados en anchas murallas, las que dibujan una serie de jardines en medio de los cuales árboles y flores alcanzan su plenitud. En muchos lugares vi incluso arrojar los cadáveres en una vasta fosa común ; esta fosa queda abierta y avecina el « panteón » (porque todo cementerio lleva este nombre pomposo) no es en absoluto reputado insalubre o malsano.

Al visitar el Panteón en Lima, el 2 de noviembre Día de los Muertos, quedé sorprendido por la manera casi gozosa con la cual los peruanos honoran a sus difuntos. Toda la población se había dirigido para esta circunstancia al cementerio de la ciudad, a pie, a caballo, en coche o en ferrocarril. Los rostros respiraban la alegría que procura un paseo al campo en una hermosa mañana de primavera. Se conversaba animadamente en medio de las tumbas y de tiempo en tiempo se escapaban desde los panteones, abiertos para la ocasión, pequeños gritos alegres lanzados por visitantes que se encontraban de manera inopinada.

Entre los grupos que circulan en todos los sentidos, algunos trajes asiáticos llaman muy particularmente mi atención. Son los chinos que vienen a rendir homenaje a las cenizas de sus compatriotas muertos cristianamente. Al lado del nombre de bautismo del difunto, escrito con letras latinas, se encuentra grabada una inscripción con caracteres chinos ; sus amigos se detenían al pie de esas tumbas y luego de algunos instantes de recogimiento, hacían arder frente a la piedra sepulcral paquetes de papeles de todos los colores que en seguida lanzaban por los aires. Esta costumbre, sin duda pagana, practicada para aliviar los manes de estos hermanos cristianos, en medio de una multitud alegre venida a llorar los muertos... ¡ Qué singulares contrastes !

La presencia de chinos da a Lima una fisonomía particular ; forman aquí una población completamente distinta. Su número es considerable, puesto que en un lapso de diez años, de 1863 a 1873, hubo en Perú una importación de entre ochenta y cien mil Hijos del Cielo. Tales cifras no se han mantenido este último tiempo ; por lo demás el gobierno chino, conmovido por la manera como sus nacionales son tratados, acaba de prohibir completamente esta trata de culis para América del Sur. Quiere impedir así la verdadera servidumbre en la que caían estos hombres que consentían a alienar por contrato su libertad por un período de ocho años. Al cabo de esta duración los contratantes encontraban siempre el modo de volver a empezar el contrato, reteniendo los individuos en cuestión por medio de la obligación de pagar deudas que, intencionalmente, se les había empujado a contraer.

De ello resultó para los chinos del Perú una verdadera esclavitud ; fueron objeto de transacciones, de ventas, de compras, igual como se haría con un animal o una cosa. Su utilidad es tal, que resulta difícil de imaginar cómo se podría prescindir de ellos ; casi todas las explotaciones agrícolas usan solamente estos trabajadores y en Lima se los encuentra en todas partes como domésticos, cocineros, cargadores, etc., haciendo, en una palabra, todos los oficios. Muchos de entre ellos, más inteligentes o más afortunados, han establecido casas de comercio donde ayudados por este instinto de mercaderes que distingue su raza, hacen hoy negocios considerables. La China les envía sus productos típicos, sus tejidos, su té, sus especias y esta infinidad de artículos de lujo cuyo uso se propaga cada vez más ; ella recibe en cambio plata, que el comerciante chino en el Perú trata de acumular por todos los medios, para enviarla en barras o en lingotes hacia la madre patria.

Al ver estas calles llenas de negocios donde se amontonan los productos de Extremo Oriente, esos comerciantes vestidos con el traje nacional, gravemente sentados frente a su mostrador o conversando en una lengua incomprensible, uno se creería sin dificultad transportado en algún barrio de una ciudad del Celeste Imperio. Nada falta a la ilusión, ni siquiera el teatro, al que asistí varias veces en búsqueda de un espectáculo nuevo para mí, pero también interesante, tanto por los actores como por el público.

La escena representa invariablemente el fondo de un hermoso servicio de té cuyos personajes de repente se pondrían en movimiento : guerreros con cara terrible, mujeres excesivamente coloreadas, ancianos bonachones con bigotes blancos de un largo increíble ; toda esta gente con trajes centelleantes de variados matices, guarnecidos con trencillas de seda y respunteados de oro, forma un conjunto deslumbrante. El tema es siempre una escena de tribunal, cuyos incidentes burlescos hacen volverse loco de gusto al auditorio ; o también el combate homérico de un solo hombre contra una docena de enemigos ; éso sucede en medio de malabarismos, de piruetas y de saltos mortales terribles por su intrepidez. El teatro naturalmente está repleto de chinos que escuchan con avidez estos interminables diálogos entregados en un tono uniformemente nasal, desde las nueve de la noche hasta las seis o siete de la mañana. De aquel ambiente que apesta se sale aturcido por el opio y también por la música, porque de un cabo al otro de la función una orquesta compuesta por violines gritones de formas extrañas, de gongs y de platillos no para de poner estos instrumentos al diapasón más estridente que se pueda imaginar.

En el mismo establecimiento se encuentra una casa de juego donde los clientes se empujan en masa ; un poco más lejos unas piezas están especialmente arregladas para los fumadores. Estas salas, de primera o de segunda clase, están siempre llenas de aficionados : se les ve, acostados sobre esteras, unos fumando con una indolente beatitud

su pequeña pipa atiborrada de opio ; los otros, ya entorpecidos, expresando una satisfacción plácida y bestial, mecidos sin duda por los sueños más fantásticos. Es muy sorprendente que la policía tolere este consumo vergonzoso, porque el opio se vende libremente en Lima. ¿ Será porque un político muy importante es el principal importador de opio ?

Existe otro tipo de espectáculo no menos curioso de ver porque es llevado al extremo límite de la perfección en su género ; quiero hablar de las peleas de gallos. Varias veces por semana, aficionados que pertenecen a todas las clases sociales se reúnen en un pequeño circo rodeado de graderías para asistir con pasión a estos combates que son más crueles que todos aquéllos en uso en los otros países de América. Los contrincantes están armados, en la espuela de la pata izquierda, con verdaderas navajas de doble filo de ocho a diez centímetros de largo ; se traspasan mutuamente, se cortan las patas, se hacen saltar los ojos, pero no aflojan y terminan de ordinario por expirar ambos en la arena..., el que muere primero, pierde. Durante las peripecias de la lucha, las apuestas siguen su camino, los *book-makers* excitan al público, ofrecen buenas ganancias, aumentan lo que está en juego. Es animado y apasionante ; hay apostadores que ponen sobre un gallo hasta dos y tres mil francos.

El señor Maldonado, propietario de este establecimiento, tuvo a bien mostrarme su equipo, o más bien su gallinero de entrenamiento. Cría campeones a los cuales cualquier aficionado puede desafiar con combatientes venidos del exterior. Ahí vi trescientos gallos que viven cada uno en una pequeña celda muy limpia, donde la comida y la bebida son traídas a horas bien reguladas. Los pobres animales, por razones de higiene, no siempre tienen un palo a su disposición que les permita pasar sus horas de soledad en un dulce sueño. Por éso es que este ejército de gladiadores, para distraerse, se desgañitan gritando ; y el amo, cuya habitación está contigua, debe complacerse con esta música guerrera, como los emperadores romanos con el *¡ Ave Caesar, morituri te salutant !*

Sólo diré unas palabras de las corridas de toros, cuyos méritos son muy alabados en el Perú, sin razón según me parece. El circo *del Acho* puede contener quince mil espectadores ; el recinto fue pues construído con muy vastas proporciones. Solamente una cosa distingue este espectáculo de todos aquéllos del mismo tipo : en Lima, los *capeadores*, esos hombres que de ordinario corren a pie para excitar el toro con capas de colores resplandecientes, van a caballo. Entonces es necesario cabalgaduras de una flexibilidad maravillosa para evitar las cornadas del animal furioso y piruetear con la misma presteza que puede hacerlo un hombre a pie.

Por medida de orden o simplemente a título de distracción, se hace concurrir a este espectáculo miembros del ejército que, sentados en las galerías reservadas para ello, el fusil entre las piernas, se interesan ruidosamente a las peripecias de la lucha. El presidente de la república es, según se me ha dicho, un aficionado y gran protector de las corridas de toros ; quizá se inspira de la antigua moraleja : *Panem et circenses*. Como se encuentra cada día con dificultades mayores para entregar a los peruanos el primero, quiere por lo menos darles el segundo.

El general Prado acaba de llegar, desde hace poco, a la presidencia ; y como en este momento se hace mucha política, pude ver, durante mi corta estadía, este lado bastante curioso de la situación interna. Para hacerse de ella una idea justa, es

conveniente releer dos discursos muy instructivos pronunciados sucesivamente por los dos presidentes de la república : el primero es del 28 de julio último ; don Manuel Pardo, en el momento de dejar el poder, se expresaba así :

« Mi gobierno encontró el orden político fundado en la fuerza material; el orden económico y social en el agotamiento del Tesoro ; el orden fiscal en el descuento del futuro.

« Estos excesos debían producir sus consecuencias lógicas : los abusos de la fuerza trajeron la ruina del poder militar ; los excesos de un régimen fundado en el descuento del futuro disminuyeron los recursos de nuestra vida fiscal y económica, poniendo en peligro los intereses que estos recursos tenían por misión justamente de salvaguardar... ; mi administración -agregaba para concluir-, reparó, tanto como fue posible, todos estos males ».

Algunos días más tarde el general Prado, en su mensaje de investidura a la presidencia, decía :

« En 1868, la deuda se elevaba apenas a 40 millones de soles (200 millones de francos) y con una administración sensata habría podido ser totalmente pagada en 1871.

« Muy lejos de alcanzar este resultado, la nación debe ahora 200 millones de soles (mil millones de francos), y los ingresos del guano, que habrían podido ser destinados al desarrollo moral y material de la nación, son dirigidos hacia el servicio de la deuda.

« Este enorme pasivo, agregado a los grandes gastos del presupuesto, excede ampliamente la cifra insuficiente de los ingresos.

« Esta falta de equilibrio conduce a no poder prever hasta dónde puede llevarnos este estado tan anormal...”

Estas dos ponencias sobre la situación son suficientes para esbozar el estado político y financiero del Perú : camina hacia un abismo ; y cada administración, queriendo evitar la responsabilidad de la caída, echa la culpa sobre el otro o se mantiene a fuerza de arbitrios.

En medio de este desorden aparecen todas las ambiciones personales y el país, que tendría más que nunca necesidad de reposo y de tranquilidad, se ve sin cesar turbado por revoluciones. Estas son suscitadas más corrientemente por ambiciosos ávidos de una presidencia, aunque sea efímera y no se detienen a considerar los medios para llegar a este fin. Son apoyados por partidarios más o menos numerosos, que no tienen otro objetivo que el de obtener, por medio de un cambio de gobierno, un empleo ventajoso o una jubilación lucrativa.

Los hechos de los cuales fui testigo escriben una página de esta larga lista de disturbios internos, donde la multitud juega un papel quizá inconsciente, pero siempre cambiante y brutal ; donde las pasiones se entorchocan lo más a menudo sin otro móvil que los intereses individuales ; donde la justicia triunfa algunas veces, pero para continuar siempre amenazada por la falta de equilibrio político y moral.

Las elecciones del 7 de mayo último habían llevado a la presidencia, al general don Mariano Ignacio Prado para reemplazar a don Manuel Pardo⁽¹⁾ . Esta elección fue ratificada el 2 de agosto por el Congreso. La posición del nuevo jefe del Estado no dejaba

⁽¹⁾ Es el mismo Manuel Pardo que fue asesinado en Lima el 16 de noviembre de 1878. NdA.

de ser difícil a causa de la popularidad de la cual gozaba su predecesor. Don Manuel Pardo había tenido, en efecto, el talento de diferir durante cuatro años, a fuerza de recursos extremos, la bancarrota que amenazaba sin cesar y parecía ser la consecuencia fatal de la administración de su predecesor, el coronel Balta. Esta especie de malabarismo financiero le valió numerosos amigos y partidarios, tanto en las filas del Congreso como en las de la burguesía e incluso del pueblo.

Los hombres influyentes de este partido, desde el primer tiempo del general Prado, hicieron como que querían ejercer una especie de control sobre su administración. Cada uno de los actos del nuevo presidente fue enérgicamente atacado en las Cámaras y por la prensa, bajo el pretexto de que ninguno respondía al programa político previamente anunciado. De las críticas se pasó a las amenazas. Esta manera de actuar sacó de quicio a los amigos del general Prado ; quisieron prevenir sus adversarios y dieron ellos mismos la señal de la violencia : el 20 de agosto hubo un tumulto en Lima ; el populacho sobreexcitado a propósito y transformado en enemigo decidido de Prado, se amotinó bajo las ventanas del *Club de la Unión*, para luego precipitarse hacia la casa del antiguo presidente. Fue el mismo general Prado, alertado con presteza, que debió acudir a caballo para contener la multitud y defender la vida de su predecesor. La capital estuvo muy agitada ; incluso hubo efusión de sangre y el pueblo gritaba contra Prado, al que aclamaban todavía pocos días antes, ¡ muera el ladrón de salitre ! Esta acusación se refería a una prestidigitación económica, sobre la cual hablaré más tarde.

La agitación se había calmado apenas cuando otra agitación venía de nuevo a amenazar la tranquilidad pública. Un personaje muy conocido en Lima, Piérola, había logrado reunir bajo sus órdenes un puñado de hombres, se apoderó por sorpresa de la pequeña plaza fuerte de *Moquegua* y desde ahí amenazaba Tacna cuando pasó por allí de regreso de Bolivia. Declaraba abiertamente su pretensión de llegar a la presidencia.

Por extraña coincidencia esta noticia fue conocida en Lima el mismo día en que se presentaba en las Cámaras un proyecto de amnistía en favor de los exilados del movimiento revolucionario de 1874, y Piérola se encontraba en esta lista.

La emoción fue grande en la capital ; no lo fue menos en el Congreso, que votó inmediatamente por noventa votos contra trece la suspensión de los artículos de la Constitución relativos a las garantías aseguradas a la libertad individual. Ello significaba de poner entre las manos del general Prado amplios poderes para darle la facultad de hacer arrestar y juzgar sumariamente a quienquiera que resultara sospechoso de conspirar contra el orden público. El derecho de reunión fue suspendido; arrestaciones tuvieron lugar y en el acto tres mil hombres, con el coronel La Cotería a la cabeza, partieron en guerra contra Piérola.

Los acontecimientos favorecían decididamente al nuevo presidente. El jefe del movimiento revolucionario, demasiado débil para tener posibilidades serias de éxito, contaba con pocos amigos declarados ; frente al peligro común los partidos políticos olvidaron sus recientes querellas ; por último, el mismo señor Prado, en calidad de enemigo personal de Piérola se hacía el sostén del general Prado.

El ejército, representante del orden, puso fin sin gran dificultad a la aventura de este puñado de revolucionarios y la victoria de *Yacango* conseguida por el coronel La Cotería contra las fuerzas pierolistas, decidió al infeliz pretendiente a huir hacia Bolivia.

Parece que en ese país cuenta con numerosos amigos, entre los cuales el presidente dictador, general Daza. Las tropas acaban de volver a Lima donde fueron bien acogidas ; su jefe, héroe del día, es colmado de honores, de alabanzas y de versos patrióticos. ¡ Cosa extraña !, este mismo La Cotera, hoy vencedor de Piérola, fue arrestado hace dos años, en momentos en que se aprestaba a juntarse con este revolucionario para unirse a él en una tentativa análoga a la que acaba de reprimir.

En un país donde la mayoría de los ciudadanos destacados sólo buscan en lo político la satisfacción de un interés personal, no es sorprendente de ver estas luchas continuas que vienen a turbar el orden público, tanto a los ojos del que lo busca, que a los de la multitud que aplaude... hasta el momento en que esta misma muchedumbre, dirigida por una corriente contraria, o sacudiéndose del miedo que la había vuelto dócil, cree hacer justicia matando y degollando...

¿ Quién no se acuerda del fin trágico, todavía muy reciente, de los hermanos Gutiérrez, usurpadores de la presidencia ? Fueron ejecutados en la calle y luego colgados en la catedral, mientras que jirones de sus carnes fueron después comidos por el populacho que, en la plaza pública, había prendido hogueras para asar sus presidentes !

Tales ejemplos deberían hacer reflexionar a los ambiciosos, pero no es así. Ellos son quizá más numerosos que nunca, mientras que las fascinaciones del poder vienen todavía cada noche a acariciar los sueños de más de un oscuro pretendiente !...

CAPÍTULO XVI

**Chorrillos.- El ferrocarril de La Oroya.- La agricultura, el salitre, el guano.-
Sistemas económicos y financieros de la república del Perú.**

Lima, 21 de diciembre de 1876.

Varias líneas de ferrocarril permiten de ir fácilmente a diferentes puntos en torno de Lima, ya sea para dirigirse a la costa o bien para alcanzar las altas planicies de la Cordillera o también para ir a las *haciendas* de la llanura.

La estadía favorita durante el verano para la gente elegante de la capital se llama *Chorrillos* ; es un gran pueblo formado por casas y quintas encantadoras donde, huyendo de los calores, se viene a buscar el fresco que procura la cercanía del mar. La región circundante es un poco monótona ; pero los asiduos de esta playa, como tienen costumbres eminentemente sociales, se contentan con los recursos que cada uno aporta. *Chorrillos* comenzaba apenas a recibir sus huéspedes ordinarios cuando yo lo visité ; pero habiendo tenido repetidas veces la ocasión de encontrarme en algunas reuniones en Lima, pude darme cuenta del verdadero encanto que opera, en el extranjero como en el autóctono, esta sociedad amable y acogedora, llena de entusiasmo y alegría. Existe otra excursión que el turista no debe dejar de hacer ; es de ir a visitar el ferrocarril de *La Oroya*. El trazado de la línea, cuyos trabajos de ingeniería están hoy casi todos terminados en un recorrido de doscientos kilómetros, se eleva hasta una altura de cuatro mil ochocientos metros sobre el nivel del mar. Esta empresa grandiosa es debida a un norteamericano, mister Meiggs, que concibió el proyecto de unir la costa con la vertiente atlántica, cuyas regiones, casi vírgenes todavía, estarían así abiertas al comercio y a la civilización. Quizá llegará un día en que se pondrá por ese medio en comunicación entre ellos el puerto del *Callao* y los puertos del Alto Amazonas, servidos ya por los barcos a vapor de una Compañía brasileña ; pero para llevar a cabo este proyecto habría que encontrar una vía navegable que se acerque más de la Cordillera por medio de uno de los afluentes del gran río. Desgraciadamente los cursos de agua explorados hasta ahora presentan en varios lugares cataratas o rápidos impracticables incluso para los navíos pequeños.

Don Emilio Sanz, antiguo amigo de colegio que tuve la suerte de encontrar en su país natal, quiso proponerme de ir a ver esta curiosa vía férrea. Partimos pues una mañana desde Lima y pronto el tren nos llevó hasta los primeros contrafuertes de Los Andes. Ahí el convoy comenzó a subir la montaña por pendientes cada vez más pronunciadas ; atravesamos un primer puente tendido osadamente sobre un ancho valle donde resuena de manera extraña todo este enmarañamiento de barras que vacilan y que hacen ruido de chatarra. El tablero de este puente, establecido sobre solamente tres pilares, no tiene menos de ciento setenta y cinco metros de largo ; diviso al fondo, a noventa metros debajo nuestro, un torrente que hizo dar a este lugar el nombre de *Puente de las Verrugas*, a causa de la particularidad que tienen estas aguas de cubrir de tumores a aquellos que beben o se bañan en ella. Este arroyo va a desembocar, un poco más arriba de Lima, en el río *Rimac*, que es el único que alimenta la ciudad... Se me dice que felizmente la mezcla de las aguas anula esta influencia que sería deplorable para los habitantes.

La ruta, cuyo plano inclinado alcanza a lo más cuatro por ciento, se hace cada vez más accidentada. Recorremos unas veces un tramo lleno de curvas, otras veces con largos túneles cavados en la montaña, que van a dar sobre puentes suspendidos de un efecto abismante en estos desfiladeros salvajes. A veces, sólo el ancho de la vía dibuja en cornisa, en el flanco de la roca, un pasaje a cielo abierto suspendido sobre precipicios de una profundidad vertiginosa. Durante el trayecto, un empresario de estos trabajos me asegura que, si tuviera a su disposición otro medio de transporte, cualquiera que fuera, lo preferiría a este ferrocarril -por decirlo así- aéreo. ¡ Es muy poco tranquilizador !

El tren se detiene en *San Mateo*, situado a tres mil metros de altura. Es la última estación abierta hoy a la circulación. Hace algún tiempo las locomotoras subían hasta *Anchi*, pero la ruta, por falta de mantenimiento suficiente, se deteriora y el frente de explotación en vez de avanzar disminuye cada mes. Hoy faltan los fondos para la continuación de esta obra, que ha costado ya cerca de doscientos millones de francos, mientras que el gobierno peruano vacila ahora a consagrar una suma de unos quince millones que serían suficientes para asegurar su conclusión. Esta obra notable quedará pues esbozada o caerá en ruinas antes de haber alcanzado su objetivo.

Después de haber pasado una noche en *San Mateo*, proseguimos nuestro viaje de exploración a lomo de mula, para visitar el resto del recorrido cuyos trabajos de ingeniería se hacen cada vez más intrépidos a medida que subimos. Seguimos los antiguos senderos de la montaña ; nuestro guía se ve frecuentemente obligado de apuntalar ciertas partes del camino para permitir a nuestras cabalgaduras de poner el pie sobre una piedra en la cual puedan encontrar un punto de apoyo... Esos momentos en que uno se ve suspendido así sobre el abismo, a merced del menor paso en falso de su mula, son particularmente desagradables ; pero no hay otra salida, porque si se pone pie a tierra para franquear los pasajes peligrosos, no se tarda en convencerse que es mucho mejor fiarse en esos cuatro pies prudentes y firmes que a su inexperiencia personal.

En la noche alcanzamos la región de las nieves ; a esta altura (4.768 metros), la vía atraviesa un túnel cavado en el monte *Meiggs* y comienza entonces a descender suavemente hacia la vertiente opuesta hasta el pueblo de *La Oroya*. Este punto extremo de la línea no tiene actualmente ninguna importancia, pero podría adquirir mucha si se hiciera el centro de tránsito para, de una parte los productos mineros de plata y de hulla, que son extraídos de las altas planicies vecinantes, de otra parte para los cereales suministrados por los ricos valles del este, en la cuenca del Amazonas.

Al dejar a nuestra derecha el monte *Meiggs*, continuamos todavía nuestra ascensión por varias centenas de metros y llegamos por fin a la *hacienda* de *Morococha*, donde proyectamos visitar las minas de plata. No diré nada de esta excursión ni del paisaje siberiano que se extendía frente a nosotros, ni de los paseos que tuvimos que hacer en las galerías subterráneas. Todo éso me hubiera sin duda interesado mucho si no me hubiera sentido presa desde mi llegada de este terrible *soroche*, del cual ya había tenido la ocasión de experimentar los desagradables efectos. Pasé allá arriba veinticuatro horas interminables ; a cada instante me parecía que el aire respirable iba decididamente a faltarme ; al mismo tiempo un violento temblor nervioso, causado por los movimientos desordenados del corazón y de las arterias me sacudía como si hubiera sido presa de una fiebre ardiente.

Sin duda que elegiría de preferencia, para levantar mi carpa, un lugar bien diferente de éste, ubicado a cinco mil metros de altura donde la temperatura varía, desde medianoche a mediodía, entre 5 grados de frío y 25 ó 30 grados de calor, y donde la presión barométrica es de 16, mientras que en el *Callao* es de 30.

Al regreso a Lima fuimos a visitar en Santa Clara, no lejos de la ciudad, una *hacienda* dedicada a la caña de azúcar perteneciente a un rico propietario, el señor Llona. Tuve ya la ocasión de hablar de este tipo de explotación, por lo que no volveré sobre el tema ; diré solamente que me llamó más la atención la magnificencia de este

establecimiento, levantado con un lujo de lo más esmerado y detalles de perfección en las máquinas que puede producir veinticuatro mil kilogramos de azúcar por día. En todo el rededor de la usina se extienden inmensas plantaciones de caña surcadas por un pequeño ferrocarril que lleva hasta el cilindro destinado a triturar las cañas cortadas a ras del suelo por los trabajadores chinos.

La industria azucarera en el Parú ha hecho grandes progresos desde hace algunos años. Se pasó bruscamente del pequeño cultivo y de un sistema muy primitivo a la gran explotación agrícola e industrial. El lujo en la perfección y acabado de las máquinas se hizo incluso una verdadera exageración, porque cada gran propietario ha puesto su amor propio en poseer un establecimiento más hermoso y más caro que el del vecino. De ello resultó un hecho desastroso : la mayoría de los especuladores han gastado ahí capitales cuyo interés se encuentra más que comprometido por la falta de alimentación para toda esta actividad mecánica ; las usinas, por la falta de plantaciones suficientes, quedan inactivas una parte del año y sus empresarios se arruinan endeudándose.

Y sin embargo, las numerosas tentativas de cultivo hechas estos últimos años han demostrado que una gran parte de la costa puede producir la caña y que además este cultivo conviene perfectamente a la naturaleza del suelo y del clima. La buena calidad del azúcar fabricado ubica ya la república a la cabeza de todos los países productores de la América del Sur y se estima generalmente que esta región, de donde se exportan anualmente cien millones de kilogramos podría, en muy poco tiempo, suministrar más de mil millones.

Pero aquí se plantea un gran problema para el futuro agrícola del Perú : los únicos trabajadores empleados en este momento en las *haciendas* son los culís chinos ; y cuando lleguen a faltar, lo que sucederá en un futuro cercano, ¿ cómo se les reemplazará ? No se puede contar con los indígenas, poco numerosos en la costa para responder a las necesidades de estas explotaciones ; casi no se puede tampoco fundar esperanzas en el colono europeo, porque siendo solicitado de todas partes, preferirá las regiones hacia las cuales se han establecido ya corrientes de emigración y donde el trabajo puede ser menos pesado y mejor pagado. El gobierno peruano se jacta en este momento, es verdad, de atraer desde la China una inmigración libre ; a tal efecto acaba de subvencionar un servicio directo de barcos a vapor entre ambos países ; pero si no tiene éxito en esta empresa y si sus esperanzas son vanas, ¿ qué brazos le quedarán a la agricultura ?

La explotación del azúcar podría tener el destino de la del salitre y la del guano ; estos dos productos, que hace poco todavía eran los grandes recursos del presupuesto peruano, fueron mal administrados y por así decirlo, entregados al pillaje, tienden cada vez más a volverse valores negativos entre las manos de un gobierno tan superficial como menesteroso.

¿ Qué es lo que hizo, en efecto, la industria del salitre ? En 1873, el nitrato de soda, que hasta entonces era franco y libre de derechos, fue gravado con un impuesto de salida, bajo el pretexto que hacía una competencia peligrosa al guano, ya objeto de gravamen. En esta época los productores y exportadores, previendo que este arancel sería todavía infaliblemente elevado, se apresuraron a aumentar la producción del nitrato con el objeto de establecer en Europa, al abrigo de sobresaltos, una importante reserva de mercaderías. En 1875 sus previsiones se realizaron : el impuesto fue duplicado ; pero esta medida, que no detuvo la exportación que daba resultados excepcionales, hizo que el

gobierno del señor Pardo, sin considerar que sacrificaba los intereses económicos del país para ventaja momentánea del fisco, aumentó aún más los derechos de salida. Sin embargo, el salitre continuaba dando a la aduana ingresos considerables ; entonces el Estado repitió aproximadamente la historia de la gallina de los huevos de oro. Creyó que era de su interés monopolizar tan importante fuente de ingresos y, apretando todavía más la tuerca del impuesto terminó por paralizar completamente la industria privada : ¡ había degollado la gallina ! La mayoría de los propietarios, al no poder vender ya en Europa sus productos a un precio remunerador, se vieron obligados de ceder al Estado sus empresas industriales. Éste no supo sacar partido de ello y la producción del nitrato de soda, hoy día considerablemente obstaculizada, amenaza con no poder levantarse de la crisis que la atraviesa.

La historia de las concesiones de guano es igualmente lamentable. Nadie ignora de dónde proviene este excelente abono, tanpreciado hoy por la agricultura en el mundo entero : las innumerables bandadas de pájaros que desde hace siglos pueblan las costas del Perú y de Bolivia, se encargaron de acumular sobre las rocas del borde del mar y de las islas vecinas el precioso fertilizante, al que la sequía excepcional del clima le hace conservar calidades amoniacaes que le dan el principal mérito. Las islas *Chinchas*, situadas bajo el grado 14° de latitud, han suministrado hasta hoy en gran abundancia el guano amontonado por capas que varían entre diez y cuarenta metros de altura, cubriendo espacios considerables ; ciertos puntos de la costa no están menos abundantemente provistos. Los navíos que llegan para tomar su cargamento se acercan de la orilla y por medio de una especie de inmenso tubo de tela ponen en comunicación la cala del barco y los trabajadores ; éstos echan el guano en el tubo que lo lleva a amontonarse en el navío. La operación es, pues, de las más simples, los obreros pueden ser poco numerosos, el valor de la mercadería es considerable.

Desde 1840 especialmente, la exportación del guano tomó su mayor extensión ; el gobierno, ora se arrogó el monopolio exclusivo ; ora, apurado de dinero, cedió sus derechos a particulares a cambio de avances de fondos. Era ése un terreno resbaladizo para un Estado cuyas finanzas, siempre endeudadas, lo obligaban sin cesar a echar mano a recursos extremos . Resultó de ello que esta fuente de riqueza se encontró varias veces hipotecada en garantía de empréstitos que, como se sucedían, no siempre respetaron las prendas dadas anteriormente.

La situación actual es la consecuencia inevitable de tales artimañas : un primer contrato, que data ya de hace más de diez años, hacía consignataria del guano peruano la Casa Dreyfus, cuya sede está en París ; ahora bien, el gobierno, frecuentemente a corto de fondos de los cuales siempre tenía una necesidad urgente, debió recurrir varias veces a los consignatarios para obtener avances ; éstos le fueron hecho de muy buenas ganas al principio, pero prudentemente denegados en seguida. Entonces fue necesario encontrar otros recursos y los empréstitos de 1870 y 1872 no tuvieron otro fin : el primero hipotecaba la explotación del guano después del término del contrato Dreyfus ; el segundo hipotecaba yacimientos descubiertos recientemente y que fueron declarados sin razón muy ricos. Pero el gobierno, sin tomar en cuenta sus compromisos, al término del contrato Dreyfus se precipitó inmediatamente a firmar uno nuevo con la casa Raphaël, de Londres. Esta combinación, aceptada por los portadores de bonos peruanos en Inglaterra no lo fue por los mismos portadores en Bélgica y en Francia. De ahí viene que hoy en día la Casa Dreyfus, habiendo adelantado al Perú sumas superiores a sus compromisos, se pretenda con derechos a continuar la exportación de guano hasta que haya cobrado las

sumas prestadas, sin que el gobierno pueda impedir de hacerlo. Por su lado, la Casa Raphaël, siendo nuevo consignatario, puede hacer valer sus derechos puesto que un contrato en buena forma se los garantiza. Por último, los portadores de bonos a su turno, sobre todo los del empréstito de 1870, considerándose como privilegiados, tienen más razón para reclamar la prioridad sobre todos los otros.

En medio de todo este embrollo, el gobierno no parece en absoluto estar en aprietos y no hay duda que cuenta con el azar o con la bancarrota para encontrar una solución a la extraña situación de la cual es autor. El azar podrá servirle en el sentido de que el guano está lejos de agotarse en el Perú; incluso existe una opinión bastante generalizada, según la cual queda por descubrir, en la gran extensión de las costas, numerosos yacimientos escondidos hoy bajo la arena. A este respecto es difícil saber si ello es fundado, porque las evaluaciones sobre los depósitos conocidos son ellas mismas muy inexactas; y con más razón todavía, es también imposible de estimar las cantidades que podrían todavía ser explotadas. Un día u otro, sin embargo, este abono terminará por desaparecer; pueda ser que al menos, durante todavía algunos años, asegure al Tesoro peruano recursos que desgraciadamente no sabe usar con medida, como tampoco sabe cuidar su crédito con habilidad.

Sea como fuere, la situación financiera y económica del Perú aparece hoy gravemente comprometida. Este país, que posee productos naturales para los cuales encontraba fácilmente una salida lucrativa en todas partes, se adormeció durante demasiado tiempo en la despreocupación completa por el futuro. Cada nuevo gobierno trae consigo una multitud de favoritos del poder; éstos, convertidos en funcionarios, al primer cambio son jubilados por el resto de sus días; incluso sus viudas y sus hijos continúan gozando de una pensión a menudo muy elevada. De ello resulta que cada ciudadano cree que el Estado está obligado de constituirle rentas y las finanzas, endeudadas de ese lado, mermadas aquí y allá por especulaciones temerarias, se encuentran rápidamente agotadas.

Lanzado bajo la presidencia del coronel Balta en una serie de empresas aventuradas, el Perú ha visto construir ferrocarriles, establecer dársenas, elevar monumentos públicos que, todos, son más bien pesadas cargas que fuentes de ingresos. Después de días sangrientos, don Manuel Pardo, elegido presidente contribuyó, con el pretexto de reorganizaciones necesarias, a arruinar no solamente el tesoro sino que además el crédito público. La mejor prueba es que la renta peruana, cotizada en Londres hace cuatro años a 74, cayó hoy a 12. El papel moneda, único valor en circulación, pierde cada día; yo vi caer el « sol » a 25 peniques, cuando a la par estaría a 48. Por supuesto que el comercio sufre de este estado de cosas, la importación disminuye y parece imposible que pronto, agotados los recursos y artimañas, Perú no se encuentre presa de una de esas terribles crisis, de las cuales un país se levanta difícilmente.

Que no se crea sin embargo que en Lima se está en la postración. La situación parece solamente original y cada cual, despertándose economista esa mañana, desarrolla en los periódicos un medio nuevo de salvar a la patria. En cuanto a la revolución ella está, ya lo dije, a la orden del día, y el primer pretendiente venido, reaccionario o radical, se cree con derecho, si la ocasión se presenta, de poner todo a sangre y fuego por al más gran bien de sus conciudadanos.

Ése es el Perú tal como se me apareció... ¿ Estaremos pues obligados a unir dentro de poco este nombre, antaño sinónimo de riqueza, al siniestro término de bancarrota ?

CAPÍTULO XVII

Salida de Lima.- Guayaquil ; el presidente Veintemilla.- Recuerdos de García Moreno.- Travesía del Istmo de Panamá.- Caracas- La Martinica.- El regreso.

A bordo del Lafayette, 25 de diciembre de 1876.

Dejé Lima el 22 de noviembre, para tomar esta vez definitivamente el camino del regreso.

Si, luego de mi estadía en el Perú me dejé llevar a expresar mi opinión poco favorable sobre sus principios económicos y políticos, debo mencionar también las excelentes relaciones que tuve el placer de establecer y de mantener ahí. Siempre recordaré con gratitud la amable acogida de que fui objeto de parte de algunos amigos de Europa entre la encantadora sociedad de Lima y en particular en la casa hospitalaria de nuestro cónsul general, el señor Oyagüe, que ocupaba ahí tan dignamente el puesto que Bélgica le había confiado.

A este propósito quiero dejar dicho que en todas las comarcas que acabo de recorrer, mi amor propio nacional fue halagado agradablemente al ver de qué manera Bélgica es generalmente conocida y estimada. Para todos estos países nuevos que buscan todavía a tientas, a menudo dolorosamente, el equilibrio necesario a su estabilidad y que sin embargo, por su organización política, tienen con nosotros más de un parecido ; nuestra constitución, nuestras leyes, nuestras instituciones son objeto de constante estudio, de citas y, puedo decirlo, de sincera y celosa admiración.

Sería deseable de ver que nuestros recursos industriales y comerciales, sean tan conocidos como nuestras instituciones ; desgraciadamente la ausencia casi total de factorías belgas detiene singularmente la vulgarización de nuestros productos. El ejemplo del comercio alemán, que desde hace algunos años ha tomado una importancia considerable, debería animar nuestros negociantes : el primer paso es el que cuesta ; ¡ pero en Bélgica cuesta mucho cuando se trata de expatriarse !

Saliendo del *Callao* para dirigirse hacia el norte, los navíos de la Compañía del Pacífico hacen generalmente escala en *Payta*, pequeño puerto peruano ; este lugar es quizá el más desolado del desierto que se extiende casi sin interrupción a lo largo de toda la costa, por un espacio de alrededor de ochocientas leguas. No hay una brizna de verdura en ninguna parte, por lo que para suplir a ello la Municipalidad del lugar tuvo la ingeniosa idea de hacer pintar sobre los muros que rodean la plaza de la ciudad, árboles destinados a reemplazar la vegetación ausente ; ¡ desgraciadamente, al desteñirse se volvieron azules !

¡ Qué sentimiento de admiración deben experimentar los niños nacidos en este suelo árido, cuando pasan por primera vez en la región situada algunas millas más al norte, donde penetramos al día siguiente al internarnos en el *Río Guayaquil* ! Los bordes de este ancho río están cubiertos de espesos macizos de verdura formados por la selva de mangles ; las raíces de estos árboles salen del agua soportando sus trocos gigantes al abrigo del vaivén de las mareas. Durante algunas horas de navegación costeamos sea una orilla, sea la otra, según la profundidad del agua ; de tiempo en tiempo un claro en la selva permitía de entrever un paisaje de llanos, en el que divisábamos entonces algún *rancho* aislado, rodeado de un bosquecillo de palmeras y construido sobre pilotes para proteger sus habitantes de las inundaciones ; al interior, abierto a todos los vientos, una ecuatoriana de piel bronceada se balanceaba perezosamente en la tradicional hamaca, único mueble de estas moradas primitivas.

El navío se detuvo frente a *Guayaquil*, viniendo a amarrarse muy cerca del muelle. La animación fue grande porque era la hora del mercado ; los habitantes de la ciudad circulaban en torno de piraguas alineadas en la arena ; los indígenas venidos del

interior exponían sus productos que ponían a la venta. Las casas con varios pisos, todas de madera, las calles bordeadas de arcadas que protegen el transeúnte de los ardores del sol, ofrecen un aspecto bastante gracioso ; pero el calor es tórrido : sólo estamos a tres grados de la línea. Sin embargo, al entrar en las viviendas se siente una gran sensación de bienestar debida a las amplias ventanas y a las corrientes de aire que al circular por todas partes crean un agradable frescor.

¿ Será necesario decirlo ? Ahí me encontré nuevamente con la revolución, por lo que la ciudad estaba en estado de sitio. El general Veintemilla, tomando posesión del poder reinaba como dueño de Guayaquil y se preparaba para marchar sobre Quito, donde se encontraba bloqueado el gobierno legal.

Un amigo aceptó llevarme a hacer una visita al general ; lo encontramos instalado en el palacio de gobierno, donde se hacía proteger concienzudamente. Fue necesario pasar literalmente por encima de varios soldados del cuerpo de guardia que dormían, el fusil entre las piernas, acostados sobre los peldaños de la escalera de honor. Sin embargo, pudimos llegar sin tropiezo hasta el dormitorio de Su Excelencia, que presidía ahí su consejo de ministros. Algunos de estos altos funcionarios estaban sentados en la cama, otros sobre la mesa e incluso sobre un fardo de ropa. Los intereses de la revolución se discutían ahí gravemente en este cuadro familiar.

El general nos recibió muy cortésmente y conversó algunos instantes con nosotros sobre sus proyectos. Según él, no había duda de su éxito; pero si no marchaba inmediatamente hacia Quito, era para evitar una muy grande efusión de sangre. Parece que el presidente legal, el señor A. Borrero, dice lo mismo ; y como ambos adversarios se encuentran con medios de subsistencia, uno con las cajas del Tesoro en *Quito*, el otro con el ingreso de la aduana en *Guayaquil*, no se ve medio de que esta situación tome fin tan luego. Mientras tanto las comunicaciones están interrumpidas con la capital y el comercio se queja airadamente de tan enojosa crisis política.

Las personas con las cuales me entrevisté me hablaron, no sin amargura, del estado actual de los asuntos, comparado con los días de verdadera prosperidad de los cuales se gozaba hace poco todavía en Ecuador bajo la presidencia de García Moreno.

Este jefe de Estado es una gran figura y una fisonomía muy característica en la historia de las repúblicas sudamericanas. Era un hombre honesto, con toda la fuerza de esta expresión. Dotado de una energía para hacer el bien que ningún móvil de interés personal o de temor pudo jamás doblegar ; caminó constantemente hacia una meta única : la prosperidad material y moral de su país.

Presidente de 1860 a 1865, fue llamado de nuevo al poder en 1869 y murió asesinado el 6 de agosto de 1875. Durante su presidencia introdujo reformas en todos lados : se cuidó que el clero, cuyas costumbres se habían singularmente relajado, fuera llamado al orden ; el ejército fue organizado y equipado y fue constituida toda la organización interior. Dotó el país de universidades, de una escuela militar y de una escuela politécnica, de observatorios, de una academia de bellas artes, etc. Para dar una idea de la prosperidad que hizo nacer, basta con decir que las rentas de la república eran en 1868 de alrededor de 700.000 piastras y que a su muerte se elevaban a la suma de 3 millones de piastras.

A él se debe la ruta abierta al rodado, hecha a través de la Cordillera y que debe unir *Quito* a *Guayaquil*. Un día un extranjero lo felicitaba a propósito de la conclusión próxima de esta obra, de la cual cada uno se placía en reconocer la utilidad. —« Quisiera, respondió, que se pusiera sobre la primera piedra de esta carretera, no mi estatua, como usted dice, sino una inscripción que recuerde que ella fue construida a pesar de la voluntad de todos los ecuatorianos ». En éso, como en todo, tuvo que luchar primero contra la inercia de los hombres de los que disponía en su gobierno.

García Moreno fue, hay que reconocerlo, un dictador ; pero lo fue únicamente para aplicar con su mano firme y leal, a un pueblo joven poco capaz de gobernarse , esta divisa que había hecho suya : « ¡ Libertad para todo, excepto para el mal ! ». Inflexible con los conspiradores que trataron de trastocar el orden establecido, los hizo fusilar sin piedad ; su madre en persona fue un día a pedirle públicamente la gracia de un abogado muy conocido en *Guayaquil* ; se negó, porque no fue él quien había sido amenazado, sino la tranquilidad y el progreso de la república. Por el contrario supo perdonar a los que conspiraron contra él personalmente y más de una vez los dejó perplejos por la audacia con la cual los desafiaba.

García Moreno estuvo poco implicado en la política extranjera ; sin embargo una vez llamó la atención por esta protestación aislada -de la cual todavía hay recuerdos-, por la cual la república del Ecuador se negó a reconocer, en 1870, Roma como capital de Italia.

Nunca se supo quiénes fueron los enemigos que prepararon la infame celada que le costó la vida, golpeado por la espalda por un oscuro asesino. Todavía hoy es unánimemente llorado en Ecuador ; toda la prensa americana, sin distinción de partido, convino en rendirle justicia.

Nuestro navío, habiendo terminado en *Guayaquil* su cargamento de caucho, retomó el mar y pasamos la línea el 28 de noviembre ; al día siguiente estábamos a la vista de Panamá. Esta ciudad está situada sobre un promontorio ; se llega a las primeras casas por un camino bordeado de una frondosa vegetación. Aquí y allá se ve una muralla de cemento o un viejo caserón español que esconde sus ruinas bajo una invasión de plantas parásitas y de los arbustos que crecen entre las piedras desnudas.

La atmósfera está cargada de humedad, el calor es pesado y agobiante ; por éso, las horas en que se está obligado de quedarse ahí esperando el día de la partida de los paquebotes, son más que monótonas.

La travesía del istmo se hace en ferrocarril ; durante tres o cuatro horas se pasa por una serie de ciénagas más o menos disimuladas bajo una verdura abundante. Este recorrido es poco interesante y ni siquiera tiene el aspecto imponente de un paisaje tropical. Es probable por lo demás que los trabajos del hombre hayan desflorado considerablemente la obra de la naturaleza ; la selva virgen es un poco como esta planta sensitiva que nos gusta tocar entre la hierba, cuando el tren se detiene y cuyas hojas se repliegan sobre sí mismas al menor contacto : ella se protege rápidamente con un velo que la esconde a las miradas profanas. Del camino se divisan algunas aldeas miserables formadas por chozas cubiertas de hojas secas ; los habitantes de esas cabañas, todos medio desnudos, parecen corroídos por la fiebre. El clima mortífero de estas regiones ha hecho millares de víctimas entre los pobres trabajadores de todas las nacionalidades que

vinieron aquí a ganar algunos dólares ; ¡ se pretende incluso que el número de obreros muertos durante la construcción de la vía férrea es igual al número de los durmientes que la sostienen !

Del otro lado del istmo, *Colón*, llamado *Aspinwall* por los americanos es igualmente malsano y propio a dar la fiebre; por éso es que no se queda ahí sino el tiempo indispensable para subir a bordo. La misma noche el *Lafayette*, en el que me había embarcado, levó el ancla y la brisa fresca del mar vino pronto a aliviarnos del calor incómodo.

Luego de algunas escalas sin interés en *Sabanilla*, en seguida en *Puerto Cabello*, echamos el ancla frente a *La Guayra*. Como tenía tiempo para ir a *Caracas*, capital de Venezuela, me apresuré de aprovechar de él.

Un largo camino polvoriento sube serpenteando a través de la montaña y ofrece hermosos paisajes sobre el mar ; luego hay que bajar la ladera opuesta por un camino sin parapeto donde el coche, lanzado a trote largo hace los zigzags más desagradables. *Caracas* se encuentra a una altura de alrededor mil metros ; cuenta con cerca de cincuenta mil habitantes ; el clima de esta ciudad es, según parece, bastante agradable ; los alrededores parecen bonitos ; en todo el contorno, sobre la misma meseta, se divisan bosques y grandes plantaciones de café o de cañas de azúcar.

Una sola particularidad me pareció digna de ser consignada ; ella concierne la gloria del presidente actual de Venezuela. El señor Guzmán Blanco usurpó el poder hace seis años ; dictador durante los dos primeros años, fue en seguida elegido presidente constitucional. Se otorgó a sí mismo el título de *americano ilustre* y no se le designa de otra manera en todos los actos públicos. Además se hizo elevar en *Caracas* dos inmensas estatuas de bronce de las cuales una, de diez metros de altura, domina la ciudad y atrae la mirada desde todas las direcciones. Ni un puente, ni una casa han sido construídos en los últimos seis años sin que una piedra conmemorativa no recuerde las hazañas del *ilustre americano, regenerador de la patria*.

Esta manía de pasar a la posteridad es por lo menos poco modesta ; con todo, el jefe del Estado asiste en persona a la inauguración de cada monumento que deberá asegurar su gloria. Pero quién sabe si al primer día estas estatuas no se volverán dinero contante para la felicidad del pueblo, que hoy paga muy caro sus costosas fantasías.

La Guayra dista de la Martinique dos días de navegación ; el 9 de diciembre pasábamos bajo los cañones de Fort-de-France, para ir a ubicarnos en el muelle de carga del carbón. La ciudad es notable por su limpieza, sus calles bien mantenidas, su sistema de irrigación que conduce un agua excelente en abundancia a todas las casas y riega constantemente las vías públicas. En una amplia plaza rodeada de palmeras se levanta la estatua de la emperatriz Josefina. Parece que las martiniquesas quisieron tomar este monumento como el tipo imperecedero de la moda, porque casi todas vestidas con la cintura subida, como fue de uso durante el primer imperio. Éso agrega un sello de originalidad a su singular traje abigarrado, completado con un madrás artísticamente plisado alrededor de la cabeza y cuyos colores gritones animan su tez oscura o negra.

Fui a Saint-Pierre, la ciudad más importante de la isla, en un pequeño vapor que va a lo largo de la costa y hace el trayecto en una hora y media. Un paisaje gracioso se

extiende a lo largo de la orilla y ofrece en todas partes el aspecto de una gran prosperidad ; por todos lados se divisan vastos campos de caña de azúcar, principal riqueza comercial de esta colonia. Saint-Pierre, aunque es una ciudad muy americana, toma gravemente aires de subprefectura y el contraste entre los funcionarios civiles o militares venidos de Francia y sus administrados de todos los colores es bastante entretenido de observar..., pero tomemos estos buenos mulatos en serio, ya que son perfectamente ciudadanos franceses y como tales gozan de los beneficios de lo que llaman, en su lenguaje negro, el « suffrage univesel ».

Nos quedaban todavía algunas horas de descanso en la Pointe-à-Pitre ; después, el 11 de diciembre a mediodía, dos cañonazos anunciaron nuestra partida para la gran travesía : ¡ quince largos días entre cielo y agua !

Una navegación no es nunca divertida, es la vida suspendida ; pero cuando se desea el fin de ella para volver a ver, después de tres años de ausencia, su país, su familia y sus amigos, esta espera es particularmente penosa.

Por último, hemos aquí hoy día en vista de las costas francesas ; el piloto, que nos había visto desde Belle-Isle, viene a bordo para hacernos entrar en el Loira ; ¡ en algunas horas estaremos en Saint-Nazaire !...

Después de haber recorrido, desde el día en que dejé Amberes, más de diez mil leguas por tierra y por mar, reconozco que uno de los mejores momentos del viaje es siempre el del regreso.

F I N